

El lapso de catorce semanas a partir del 20 de febrero de 1957, que es objeto de la segunda entrega de este *Diario de la guerra*, es trascendental para el desarrollo de la lucha guerrillera en la Sierra Maestra y, en general, de la guerra revolucionaria en Cuba.

El recuento histórico contenido en este volumen comienza con la salida del destacamento rebelde al mando de Fidel de la finca de Epifanio Díaz y narra las incidencias de la guerrilla en torno a la llegada del primer contingente de refuerzo enviado por el Movimiento, el arribo de otros periodistas norteamericanos y la primera ascensión al pico Turquino. Concluye con un detallado relato del combate del Uvero, el 28 de mayo de ese año, que –al decir de Che– marcó la mayoría de edad del Ejército Rebelde.

DIARIO DE LA GUERRA 2

Heberto Norman Acosta
Pedro Álvarez Tabío

DIARIO DE LA GUERRA 2

Heberto Norman Acosta
Pedro Álvarez Tabío



20 de febrero de 1957 - 28 de mayo de 1957

ISBN 978-959-274-106-5



OFICINA DE PUBLICACIONES
DEL CONSEJO DE ESTADO



DIARIO DE LA GUERRA

2

La mayoría de edad del Ejército Rebelde
20 de febrero - 28 de mayo de 1957

HEBERTO NORMAN ACOSTA
PEDRO ÁLVAREZ TABÍO

DIARIO DE LA GUERRA
2

La mayoría de edad del Ejército Rebelde
20 de febrero - 28 de mayo de 1957



Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado
La Habana, 2010

EDICIÓN, DISEÑO Y REALIZACIÓN DIGITAL
CORRECCIÓN TIPOGRÁFICA
María del Carmen Remigio / Silvy Medina

DISEÑO DE CUBIERTA
Emilo Lamí / Aida Soto-Navarro

- © Heberto Norman Acosta y Pedro Álvarez Tabío / 2010
- © Sobre la presente edición:
Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado / 2010

ISBN: 978-959-274-106-5

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción, total o parcial, de esta obra, por medios poligráficos, electrónicos o de cualquier otra índole, sin la autorización de los autores o la editorial.

Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado de la República de Cuba, calle 8 número 210 e/ Línea y 11, Vedado, La Habana, Cuba.
Tel (537) 855-5258/ Fax (537) 836-5234/ correo: publice@enet.cu

CONTENIDO

<i>PRÓLOGO</i>	11
1 EN ESPERA DEL REFUERZO	15
Miércoles 20 de febrero	17
Jueves 21 de febrero	23
Viernes 22 de febrero	24
Sábado 23 de febrero	26
Domingo 24 de febrero	30
Lunes 25 de febrero	31
Martes 26 de febrero	34
Miércoles 27 de febrero	37
Jueves 28 de febrero	41
Viernes 1º de marzo	51
Sábado 2 de marzo	61
Domingo 3 de marzo	64
Lunes 4 de marzo	71
Martes 5 de marzo	76
Miércoles 6 de marzo	80
Jueves 7 de marzo	84
Viernes 8 de marzo	89
Sábado 9 de marzo	93
Domingo 10 de marzo	96
Lunes 11 de marzo	99
Martes 12 de marzo	102
Miércoles 13 de marzo	105
Jueves 14 de marzo	108
Viernes 15 de marzo	111
Sábado 16 de marzo	119
Domingo 17 de marzo	122
Lunes 18 de marzo	127
Martes 19 de marzo	131
Miércoles 20 de marzo	134

Jueves 21 de marzo	137
Viernes 22 de marzo	141
Sábado 23 de marzo	143
Domingo 24 de marzo	147

2 REBELDES EN EL TURQUINO 153

Lunes 25 de marzo	155
Martes 26 de marzo	161
Miércoles 27 de marzo	163
Jueves 28 de marzo	167
Viernes 29 de marzo	170
Sábado 30 de marzo	173
Domingo 31 de marzo	175
Lunes 1º de abril	179
Martes 2 de abril	181
Miércoles 3 de abril	183
Jueves 4 de abril	185
Viernes 5 de abril	187
Sábado 6 de abril	190
Domingo 7 de abril	192
Lunes 8 de abril	194
Martes 9 de abril	196
Miércoles 10 de abril	198
Jueves 11 de abril	202
Viernes 12 de abril	205
Sábado 13 de abril	206
Domingo 14 de abril	208
Lunes 15 de abril	210
Martes 16 de abril	212
Miércoles 17 de abril	215
Jueves 18 de abril	218
Viernes 19 de abril	227
Sábado 20 de abril	229
Domingo 21 de abril	234
Lunes 22 de abril	237

Martes 23 de abril	240
Miércoles 24 de abril	244
Jueves 25 de abril	246
Viernes 26 de abril	249
Sábado 27 de abril	252
Domingo 28 de abril	255
Lunes 29 de abril	259
Martes 30 de abril	261
Miércoles 1º de mayo	263
Jueves 2 de mayo	266
Viernes 3 de mayo	269
Sábado 4 de mayo	274
Domingo 5 de mayo	277
3 LA GUERRILLA SE VISTE DE YAREY	283
Lunes 6 de mayo	285
Martes 7 de mayo	298
Miércoles 8 de mayo	301
Jueves 9 de mayo	302
Viernes 10 de mayo	308
Sábado 11 de mayo	317
Domingo 12 de mayo	321
Lunes 13 de mayo	323
Martes 14 de mayo	325
Miércoles 15 de mayo	327
Jueves 16 de mayo	331
Viernes 17 de mayo	333
Sábado 18 de mayo	337
Domingo 19 de mayo	342
4 EL COMBATE DEL UVERO	349
Lunes 20 de mayo	351
Martes 21 de mayo	354
Miércoles 22 de mayo	357

Jueves 23 de mayo	359
Viernes 24 de mayo	363
Sábado 25 de mayo	366
Domingo 26 de mayo	370
Lunes 27 de mayo	378
Martes 28 de mayo	383
<i>EL LUGAR</i>	386
<i>SE OCUPAN LAS POSICIONES</i>	393
<i>COMIENZA EL COMBATE</i>	400
<i>LA VICTORIA</i>	413
<i>LA RETIRADA</i>	419
<i>UNA POSDATA FINAL</i>	425
<i>UN EPÍLOGO BREVÍSIMO</i>	431

PRÓLOGO

El lapso de catorce semanas a partir del 20 de febrero de 1957, que es objeto de la segunda entrega de este Diario de la guerra, es trascendental para el desarrollo de la lucha guerrillera en la Sierra Maestra y, en general, de la guerra revolucionaria en Cuba.

El recuento histórico contenido en este volumen comienza con la salida del destacamento guerrillero al mando de Fidel de la finca de Epifanio Díaz, donde acababan de producirse cuatro hechos de gran significación: la entrevista ofrecida por Fidel al periodista norteamericano Herbert Matthews, la primera reunión de la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio desde el inicio de la guerra, la captura y ajusticiamiento del traidor Eutimio Guerra y la redacción por Fidel del primer manifiesto programático de la guerra, hechos con cuyo recuento concluye la entrega inicial del Diario de la guerra I.

En la primera parte de este tomo, que hemos titulado “En espera del refuerzo”, se narran las incidencias de la guerrilla hasta la llegada del contingente preparado por el Movimiento 26 de Julio para su envío a la Sierra Maestra, incluida la nueva dispersión de los guerrilleros en las Minas del Frío el 1º de marzo de 1957, la última que sufrirán. Son días de grandes penalidades físicas para los combatientes, expuestos como nunca al hambre, la lluvia, el frío y las interminables caminatas por el duro escenario de la montaña. Desde el punto de vista de la lucha, durante estos días Fidel abre una especie de compás de espera para dar tiempo a la incorporación del refuerzo que ha orientado preparar a Frank País y Celia Sánchez, en tanto aprovecha para ampliar el conocimiento del terreno y los contactos con la población campesina.

La segunda sección se titula “Rebeldes en el Turquino” y comprende los acontecimientos ocurridos en las seis semanas transcurridas desde el 25 de marzo de 1957, fecha de la incorporación del refuerzo del llano, al 5 de mayo. En este lapso ocurre la primera ascensión de la columna guerrillera al punto de mayor altitud en Cuba, el pico Turquino. Es el comienzo de la etapa de las

grandes caminatas en la guerra, decididas por Fidel con el doble propósito de curtir a los nuevos incorporados en los rigores de la lucha guerrillera y extender hacia nuevos territorios de la Sierra el ámbito de acción de la guerrilla. Ocurre en estos días la llegada del segundo periodista norteamericano que sube a la montaña, en este caso con el propósito de realizar un reportaje filmado para una de las más importantes cadenas de la televisión de los Estados Unidos.

Viene seguidamente la sección que hemos titulado —parafraseando una expresión de Che— “La guerrilla se viste de yarey”, que prosigue el relato hasta finales de la segunda decena de mayo, cuando la columna guerrillera recibe finalmente el armamento enviado por Frank País desde Santiago de Cuba. Los rasgos más característicos de estos días son la continuación de las caminatas hacia el este y el impulso del proceso de incorporación a la guerrilla de la población campesina de la Sierra.

La última sección del libro se titula “El combate del Uvero” porque concluye precisamente con el recuento detallado de esta acción, que, al decir de Che, marcó la mayoría de edad del Ejército Rebelde. Como se verá en su oportunidad, Uvero significó un claro punto de viraje en el desarrollo de la guerra. Por esa razón, ningún momento nos parece más apropiado para poner fin a esta segunda entrega del Diario de la guerra.

•

En la elaboración de este segundo volumen del Diario de la guerra hemos tenido la posibilidad de disponer de las mismas fuentes que hicieron posible el trabajo del primer tomo de esta obra, sobre todo la excepcional oportunidad de acceder a los diarios inéditos de Raúl Castro y Ernesto Guevara, a los que ahora hemos sumado los diarios de otros combatientes, en particular los de Pedrín Sotto Alba, Emiliano Nano Díaz, Gerardo Yayo Reyes y Manuel García, y en alguna ocasión la excepcional crónica de la guerra compuesta en décimas por el combatiente Salustiano de la Cruz Enríquez, Crucito, que han podido conservarse en la propia Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.

Para esta segunda entrega se contó asimismo con el copioso material testimonial acopiado, en muchas ocasiones mediante

entrevistas realizadas a los protagonistas de los hechos que se narran. Fueron utilizadas también las escasas fuentes bibliográficas de que se dispone sobre esta etapa de la lucha revolucionaria contra la tiranía batistiana, entre las que cabe destacar las memorias de los comandantes Ernesto Che Guevara y Juan Almeida y los testimonios publicados de Guillermo García, Efigenio Ameijeiras y otros combatientes, así como diversos artículos aparecidos en varias publicaciones periódicas.

•

A propósito de los dos diarios de campaña de Che y Raúl, es bueno llamar la atención del lector desde esta presentación sobre algo que seguramente advertirá en su momento. Afortunadamente, se ha conservado el diario llevado por Che durante toda la etapa de la guerra que es objeto del examen que nos hemos propuesto en este volumen, y que ahora tiene el lector en sus manos. Pero, por desgracia, los avatares de la lucha revolucionaria provocaron la pérdida de las libretas en la que Raúl Castro continuó sus anotaciones a partir del 1º de abril de 1957.

Estas libretas fueron enviadas por Raúl a finales de ese año a Manzanillo para que fueran conservadas allí. Ya en ese momento Celia Sánchez se había incorporado definitivamente a la guerrilla, y los militantes revolucionarios manzanilleros que recibieron el envío decidieron enterrar los cuadernos en el patio de la clínica La Caridad, en esa ciudad, de la cual era dueño y director el doctor René Vallejo, colaborador del Movimiento y más tarde impulsor de los servicios médicos en el Primer Frente de la Sierra Maestra. A pesar de las precauciones tomadas a la hora de preparar el paquete para su enterramiento, parece ser que las libretas no quedaron totalmente selladas e impermeabilizadas. El caso es que, muchos años después del triunfo de la Revolución, cuando se logró, después de prolongada y difícil pesquisa, determinar el paradero de estos apuntes y se excavó finalmente el lugar, la acción de la humedad había sido terriblemente destructiva. Lo que se logró recuperar era de hecho una masa compacta de una pasta de celulosa, que era en lo que se había convertido el papel de aquellas libretas.

No obstante, lo recuperado se envió a uno de los más avanzados laboratorios de restauración de documentos que existían en aquel entonces, en la ciudad de Moscú. Los especialistas de esa instalación hicieron un encomiable esfuerzo, gracias al cual pudieron salvarse algunas decenas de páginas y fragmentos de otras. Pero solamente una de las páginas salvadas del diario —la que contenía una parte de la anotación correspondiente al 27 de mayo de 1957— tenía que ver con la etapa que es materia de este volumen.

De ahí que después del 31 de marzo no podemos seguir contando con la información de excepcional valor incluida en el diario de Raúl. Hemos suplido en alguna medida esa carencia cardinal con la utilización de los diarios de otros combatientes rebeldes que se conservan, de los cuales se incluyen fragmentos ocasionales a partir de finales de marzo. Pero, obviamente, nuestro texto se resiente con esa ausencia lamentable.

•

Los textos contenidos en este libro fueron publicados por primera vez en forma de suplementos especiales del periódico Granma entre los meses de febrero y mayo de 1997. Este libro recoge en esencia el contenido de aquellos suplementos y la intención es continuar este trabajo de recuento cronológico de la guerra revolucionaria en la Sierra Maestra. De acuerdo con el plan trazado, el próximo volumen del Diario de la guerra extendería el relato hasta el primer combate de Pino del Agua, en septiembre de 1957.

LOS AUTORES

La Habana, junio de 2009

PRIMERA PARTE

EN ESPERA DEL REFUERZO

20 de febrero - 24 de marzo de 1957

MIÉRCOLES 20 DE FEBRERO DE 1957

A la 1:20 de la madrugada del miércoles 20 de febrero de 1957, el destacamento rebelde al mando de Fidel Castro abandona la finca de Epifanio Díaz, en Los Chorros, donde en los días anteriores han tenido lugar acontecimientos de gran significación para la guerrilla y para el desarrollo ulterior de la lucha en las montañas de la Sierra Maestra: la primera reunión de la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio después del inicio de la campaña, la entrevista de Fidel con el periodista norteamericano Herbert Matthews y la captura y ajusticiamiento del traidor Eutimio Guerra.

Son veinte los combatientes que parten después de cenar en la casa del dueño de la finca y despedirse de su hospitalaria y leal familia: Fidel, Raúl Castro, Juan Almeida, Ernesto *Che* Guevara, Camilo Cienfuegos, Ciro Redondo, *Julito* Díaz, Efigenio Ameijeiras, Luis Crespo, Universo Sánchez, Gabriel Gil, Esteban Sotolongo y Raúl Díaz Torres, expedicionarios del *Granma*; y Guillermo García, Manuel Fajardo, Ciro Frías, Juventino Alarcón, Adalberto *Beto* Pesant, Gerardo *Yayo* Reyes y Luis Barreras, conocido por “El Maestro”, campesinos o militantes del Movimiento en la zona de Manzanillo incorporados desde hace algún tiempo a la guerrilla.

Otros combatientes se encuentran separados momentáneamente del contingente rebelde. Sergio Pérez y Eduardo *Yayo* Castillo habían salido desde el 28 de enero para acompañar a René Rodríguez, enviado por Fidel en misión La Habana, hasta Cinco Palmas, y habían obtenido permiso para visitar sus casas en la Sierra. Calixto García, Calixto Morales y Manuel Acuña habían tomado rumbo a Purial de Vicana tras la dispersión del destacamento guerrillero en la loma de Caracas el 30 de enero, y permanecían ocultos en distintas casas campesinas en espera de poder reincorporarse al destacamento guerrillero. Un grupo al mando de Crescencio Pérez, entre los que se encontraban su hijo Ignacio y los expedicionarios Ramiro Valdés, Rafael Chao y Francisco González, se habían separado de la columna el 5 de febrero

por encontrarse algunos enfermos o en malas condiciones físicas, y se habían dirigido a la finca del colaborador Domingo Torres, en La Habanita, y luego a otras casas campesinas para recuperarse.

Aquella madrugada, la pequeña columna guerrillera emprende la marcha a través de los potreros que bordean a ambos lados el camino que viene de Cayo Espino. Moviéndose a poca distancia del camino, los combatientes avanzan con rumbo sur, en dirección a la montaña. Fidel ha querido regresar a la Sierra por otra ruta distinta de la que había utilizado el destacamento para bajar hasta la finca de Epifanio Díaz, casi en el llano, para tener así la posibilidad de explorar terreno desconocido y establecer nuevos contactos con la población campesina.

Al rato, los combatientes pasan por un costado del caserío de El Jíbaro, a unos metros de un cuartelito de la Guardia Rural que ahora está vacío. Será precisamente en este lugar, año y medio después, donde terminará de organizarse la columna que al mando de Che emprenderá desde aquí la invasión en dirección a la provincia de Las Villas. Pero entonces serán otras las circunstancias de una guerra ya prácticamente ganada después del rechazo y contundente derrota de la gran ofensiva lanzada por el enemigo en el verano de 1958. Ahora todo aquello está sólo en promesa, encarnada en la voluntad de lucha de esa veintena de hombres que abandonan la hospitalaria finca de Epifanio Díaz.

Tras caminar unas tres horas por los terrenos cada vez más ondulados de las estribaciones de la Sierra, alrededor de las 4:00 de la madrugada los veinte combatientes llegan a la zona de La Montería, un barrio situado al pie mismo del firme de la Sierra Maestra.

A esa hora tocan a la puerta de una tienda a orillas del río y del camino, propiedad de Elio Figueredo. En el almacén duerme el único empleado del establecimiento, Pedro Manuel Martínez, aquel mismo comerciante de 34 años que el 13 de enero había hecho contacto con el contingente rebelde en El Mulato para manifestarle su disposición y la del dueño de

la tienda de colaborar. Después de situar convenientemente una posta afuera, Fidel y el grupo de combatientes entran a la casa. Iluminados por velas que el empleado sitúa a lo largo del mostrador, consumen y cargan algunas laterías compradas.

Cerca de las 5:00 de la mañana, Pedro Manuel guía al grupo rebelde río arriba. El cruce del arroyo se dificulta por momentos. En el trayecto, Ciro Frías cae y se golpea fuertemente una rodilla. Aún de madrugada, llegan a un montecito y cafetal a orillas del arroyo, donde acampan. El lugar está situado en un extremo de la finca de Juan Díaz, hermano de Epifanio. Antes de que el guía vuelva atrás, Fidel le advierte ser precavido, pues no desea que se enteren de su presencia en el lugar. Le orienta además preparar una buena comida para la noche.

Raúl Castro narra en su diario de campaña:

Caminamos unas tres horas y pico por un camino real, pasamos a unos metros de un cuartel que en esos momentos no tenía guardias. [...] Cerca de las 4 a.m. llegamos a (A-M) [La Montería], tocamos en casa del amigo de aquí. Resolviendo algunas cuestiones de víveres y comida para el futuro, estuvo hablando con F. [Fidel] hasta cerca de las cinco. Nos fuimos a un cafetal donde dormimos. Acostándome y despertándome a las 7 a.m., apenas hube dormido hora y media.

Che anota en su diario:

Marchamos a la Montería donde llegamos a la tienda de Enio [hay un espacio en blanco: se refiere a Elio Figueredo], quien antes había ofrecido su tienda y ahora se hizo negar, aunque el dependiente, un mulato llamado Pedro [Martínez], nos atendió muy bien —era viejo conocido nuestro del Mulato— y nos vendió un laterío descomunal por su peso. Allí mismo, en un cayito de café cercano, hicimos noche.[...]

Ahora sólo resta esperar el restablecimiento de las garantías y dos nuevos golpes contra grupitos de soldados que los abunda en la zona. En la caminata hasta el punto pasamos por el cuartelito [del Jíbaro] donde hubo hasta hace dos días una docena de soldados, presa fácil para nosotros.

Cerca de las 9:00 de la mañana regresa Pedro Martínez al lugar donde acampa el grupo rebelde. Trae algunos dulces y un poco de queso como desayuno. Antes de regresar, acuerda con Fidel recogerlos a cierta hora de la noche para comer.

Los combatientes permanecen todo el día ocultos en el pequeño montecito, sin apenas moverse. El lugar donde acampan no es muy propicio. Al frente se encuentra la tienda y la casa del dueño de la finca; detrás, una gran loma de difícil tránsito en caso de que tengan que realizar una salida precipitada. Raúl anota:

Aquí había que estar en silencio absoluto, pues estábamos en otra ratonera. Dormité un poco por el mediodía y después de leer varias páginas del tomo segundo de la obra de Alejandro Dumas “El paje del duque de Saboya”, ya que no trajeron el tomo uno, me puse a escribir el diario y ponerme al día en el mismo.

Mientras tanto, Pedro Manuel Martínez acude a la casa de su patrón, Elio Figueredo, que se encuentra algo más arriba de la tienda, y le comunica a él y a su esposa, Susana García, la necesidad de preparar para esa noche comida para unos veinte combatientes rebeldes que se ocultan cerca. De inmediato, a escondidas de sus hijos para que no se den cuenta de que algo fuera de lo común ocurre, la mujer se da a la faena de matar y desplumar algunas gallinas, para cocinarlas en fricasé, y prepara un congrí.

Por su parte, los combatientes aguardan en el pequeño montecito a que oscurezca para bajar a comer. Prosigue relatando Raúl:

He pasado el día bastante entretenido. Comimos de algunas latas que teníamos guardadas. En estos momentos son las seis menos cuarto, ya los muchachos están recogiendo sus cosas y enterrando las latas y demás rastros que pudiéramos dejar. Cuando oscurezca completamente, bajaremos a casa del amigo, donde nos espera un arroz con pollo que habíamos mandado a preparar esta madrugada. Después seguiremos viaje hacia nuestras queridas montañitas.

El bolígrafo con que Raúl hace las anotaciones de su diario de campaña se empeña en atascarse. El escritor lo destraba rayando varias veces la punta sobre el papel, e intercala, con minuciosa conciencia histórica, la siguiente anotación: “Estos rayones son deficiencias de este lapicero, que es un poco testarudo”.

Ese día, Che escribe también en su diario: “Un día de absoluta pereza, en el mismo cafetal donde dormimos. La radio dio la noticia de la prisión de Reinaldo Benítez Nápoles, ‘expedicionario del Granma’, lo que indica que vive”.

Luego de oscurecer, Pedro Manuel recoge en casa de Elio Figueredo los calderos con la comida cocinada por la esposa de éste y baja hacia la tienda, donde prepara todo. Sale después en busca de los combatientes rebeldes y los trae de regreso al lugar.

En el trayecto es preciso tomar precauciones adicionales. Aun cuando están en manos de gente de confianza, no hay garantía absoluta de que la presencia de los guerrilleros en el lugar no se haya filtrado a otros vecinos de la zona. Fidel envía a Pedro Manuel con la vanguardia, para que sirva de guía, y ordena bajar por el propio camino y no por el cauce del arroyo, empleado con anterioridad.

La noche es muy oscura y obliga a caminar despacio, pues no pueden encender luces. Durante la marcha, es preciso pasar muy cerca de otra tienda, la de Prisciliano Garlobo, en un lugar donde se bifurca el arroyo. Pese a las precauciones, los perros ladran con gran alboroto, pero no hay otras consecuencias.

Ya cerca de la tienda de Elio Figueredo, el jefe rebelde instruye al guía para que se adelante y abra la puerta. Luego de situar una posta a la entrada, los combatientes penetran rápido en la casa y comienzan de inmediato a servirse los platos de comida. Después de comer hasta saciarse, compran más laterías.

Al rato, la columna guerrillera emprende la marcha rumbo al este para alejarse de la zona, en una dirección paralela al firme de la Sierra Maestra. Guiados por Pedro Manuel Martínez, suben y bajan las empinadas pendientes de los estribos que descienden de la Sierra, cruzan varios arroyos y llegan finalmente a un cafetal situado en un pequeño alto en la falda de la loma de La Vigía. Luego de darle algunas instrucciones, Fidel despide al guía.

Raúl concluye las anotaciones de ese día con estas palabras:

Oscureciendo, bajamos a la tienda de Pe [Pedro Martínez] y comimos un arroz con pollo. Recogimos más laterías y después de pagar nos pusimos en marcha con nuestras pesadas mochilas cargadas de laterías. Caminamos de noche y en un firme de una pequeña loma acampamos en un cafetalito medio abandonado. Comeríamos de laterías.

Por su parte, Che apunta:

Al anoecer nos acercamos al borde del cafetalito donde llegó Pedro con la noticia de que su patrón mandaba ofrecer una ayuda de 100 pesos que no le fue aceptada. En cambio, nos comimos un buen arroz con pollo y compramos más latas. A la 1 de la

mañana salimos con rumbo a La Vigía a donde llegamos en dos horas fatigosas por la carga demasiado grande debido a las conservas. Dormimos en lo alto de una loma que hace honor a su nombre, en tierras cuyo dueño desconocíamos.

JUEVES 21 DE FEBRERO

Amanece y el destacamento rebelde permanece acampado en el pequeño cafetal cerca del alto de La Vigía. Raúl anota en su diario:

Pasamos el día normal. A media tarde detuvieron a un campesino que vivía en La Vigía, un lugarcito próximo que estaba a varios cordeles. Se tenía el temor de que nos hubiera visto y ante las dudas, se decidió detenerlo. [...] Nos pusimos de acuerdo con él y bajamos hasta cerca de su casa por el cafetal.

Che anota:

Sobre las faldas de una loma, en un cafetal, pasamos la mayor parte del día, a las 2 de la tarde Universo [Sánchez] vio a un campesino del otro lado de una cerca al parecer mirando en actitud sospechosa y enseguida se le detuvo; el pobre se llevó un susto mayúsculo.

El campesino detenido se nombra Pedro Reyes, vecino de la zona. En un principio, los combatientes se hacen pasar por soldados del ejército de la tiranía para interrogarlo, pero después se identifican como rebeldes. Luego de conversar con él, la columna guerrillera baja hasta cerca de su casa y aguardan en un cafetal a que oscurezca. Che abunda en sus anotaciones de ese día sobre esta conversación:

Fidel le dijo que era de la guardia rural y que debía dar datos del paradero de los revolucionarios, él dijo

que no sabía quiénes eran los revolucionarios, se le explicó que los alzados, entonces dijo que nunca había visto ninguno pero que si veía gente extraña iba a San Lorenzo a avisar. Entonces Fidel le dijo que nosotros éramos revolucionarios y que defendíamos la causa del pobre, pero como él se mostraba dispuesto a ayudar a la guardia se lo iba a ahorcar. La reacción del hombre, Pedro Ponce [Reyes], fue extraordinaria, se levantó sudando y temblando: “No, no, cómo va a ser, vengan a mi casa a comer arroz con pollo”. Después de una filípica de Fidel quejándose de la poca ayuda de los campesinos, le pedimos la comida ofrecida y bajamos a un cafetal contiguo a la casa donde esperamos la noche para comer.

Llueve durante la tarde. Ya de noche, escuchan por radio una entrevista realizada al expedicionario Reinaldo Benítez, quien pocos días antes había sido hecho prisionero en Manzanillo tras haberse separado del grupo de Crescencio.

Raúl concluye los apuntes de ese día en su diario con estas palabras: “Oscuro completamente ya, llegamos a la casa, donde comimos un arroz con gallina bastante limitado. Dormimos en una casita sin paredes que estaba al lado de la vivienda y esperábamos a que saliera la luna de cuarto creciente para seguir la marcha”.

A su vez, Che anota: “Enseguida dormimos hasta después de la salida de la luna y a las 2:30 de la madrugada emprendimos una corta marcha hasta otro cayo de monte en una ladera opuesta a la anterior”.

VIERNES 22 DE FEBRERO

Alrededor de las 2:00 de la madrugada, el contingente guerrillero emprende la marcha. Camina sin rumbo fijo y muy lentamente, procurando enmascarar su movimiento entre

los pequeños cayos salteados de monte que matizan las laderas de La Vigía. En el diario de Raúl, la jornada está descrita en estos términos:

Como a las 2 a.m. seguimos el camino y subimos por una colina, en busca siempre de cayos de montes, ya que en esta zona no hay bosques. A la derecha teníamos un potrero y a la izquierda una impenetrable manigua; esta parte le dicen “la parte baja de la Vigía”. Decidimos dormir el poco tiempo que faltaba por aclarar, aquí mismo y como quiera. Amaneciendo nos metimos en la manigua. Pasamos un día tranquilos, comiendo de laterías. Estábamos tranquilos porque absolutamente nadie sabía que estábamos aquí.

Aunque Raúl no lo registra, ese día sigue lloviendo. El abrigo del monte se convierte en húmeda, fría e incómoda cobija para los inactivos combatientes. Los apuntes de esta fecha en el diario de Che dicen así:

Un día pasado en el más completo incógnito a no más de 2 kilómetros del punto anterior, en la falda de una loma alta cubierta de manigua espesa. En el día no hay novedad. Por la radio dieron una noticia inquietante: el descubrimiento de las fábricas clandestinas de explosivos, la detención de 9 individuos y la toma de 20 M-1 y 150.000 tiros. El monto será exagerado, pero evidentemente, algo pescaron aunque no parece por los nombres que sea gente del Movimiento.

En La Habana, en efecto, las fuerzas represivas de la tiranía habían asaltado una casa en el Vedado donde funcionaba un pequeño taller del Movimiento para fabricar bombas, y habían ocupado un local en San Miguel del Padrón donde se ocultaban armas, granadas y parque destinados al frente guerrillero en las montañas del Escambray, en la región central de la isla de Cuba, cuya creación había

propuesto a Fidel el responsable del 26 de Julio en la capital, Faustino Pérez.

Che concluye sus anotaciones ese día con estas observaciones:

El único problema de nuestro nuevo alojamiento es el agua. Por la noche, Guillermo [García], [Beto] Pesant y Yayo [Reyes] fueron al arroyo y trajeron para todos. Yo tuve los primeros síntomas de lo que puede ser un peligroso ataque de asma, ya que no me queda Dispne-Inhal. Por suerte, las jornadas son cortas y ya no quedan sino veinte días hasta el 5 que es la fecha del nuevo encuentro.

Con esa nota casi casual, Che apunta el comienzo de lo que para él será una etapa de verdadera agonía. El “nuevo encuentro” al que hace referencia es la llegada del refuerzo cuyo envío desde el llano había sido acordado con Frank País durante las conversaciones en la finca de Epifanio Díaz.

SÁBADO 23 DE FEBRERO

Los veinte combatientes que componen en ese momento el destacamento guerrillero permanecen todo el día acampados en el mismo montecito en la falda de la loma de La Vigía. Comen de las laterías adquiridas en la tienda de Elio Figueredo, en La Montería. La provisión relativamente abundante de guisantes y salchichas en salsa de tomate entusiasma en un principio a los guerrilleros, acostumbrados a dietas más estoicas de yuca o malanga hervida, pero al cabo también comienzan a aburrirse. De noche, una pareja baja al arroyo cercano con las cantimploras de todos a buscar agua.

Raúl narra en su diario:

Amaneciendo nos cayó un aguacerito. L[uis] Crespo, explorando por los alrededores [descubrió] una inmensa colmena, en un tronco como a un metro del

suelo, los panales ya le colgaban cargados de miel; pero los muchachos no le prestaron mucha atención a esta, como en otras ocasiones, porque teníamos que arreglárnosla con una cantimplora de agua, que de noche iban a buscar a un arroyo cercano algunos compañeros. Día normal.

Che escribe: “Otro día en blanco, pasado en el mismo lugar consumiendo los víveres enlatados. Como noticia de interés en la radio, una reunión de Millo Ochoa, Pardo Llada y Grau con Batista, donde se le exigió elecciones inmediatas”.

La relativa inmovilidad del destacamento rebelde en estos días y los siguientes se debe, sobre todo, a la decisión de Fidel de hacer tiempo y esperar que se aproximara la fecha del 5 de marzo, acordada con Frank para el envío de un refuerzo de cincuenta hombres armados a la Sierra. Durante estos días, la guerrilla no debería alejarse demasiado de la zona donde tendría lugar el encuentro con el refuerzo. Mientras tanto, podría aprovecharse el tiempo para dar un descanso a los combatientes, después de las azarosas semanas de la primera campaña y las dispersiones en Caracas y el alto de Espinosa, y para continuar extendiendo el conocimiento del terreno y ampliando los contactos con la población campesina de la montaña.

Para esta fecha, Frank País y sus principales colaboradores en la dirección del movimiento clandestino en Santiago de Cuba, ya habían comenzado a trabajar arduamente para organizar el contingente que partiría a la Sierra para incorporarse como refuerzo a la tropa guerrillera, y obtener los recursos necesarios. Según el compromiso establecido en la reunión con Fidel, no se disponía de mucho tiempo para la selección de los combatientes en los distintos municipios de la provincia de Oriente, la disposición de las casas donde serían albergados momentáneamente en Santiago, el acopio y preparación de las armas y los demás recursos de guerra, la confección de los uniformes, la adquisición de botas, mochilas, hamacas, piezas de nylon,

colchas, gorras o boinas y otros medios imprescindibles para la vida guerrillera.

En el caso de los hombres, las instrucciones de Frank a todas las células del Movimiento en la provincia eran explícitas: debían seleccionar y tener dispuestos a sus mejores combatientes para enviarlos a las montañas. No se trataría solamente de los militantes quemados en el trabajo clandestino, aunque éstos, como era lógico, podían ser priorizados a la hora de escoger entre los que reunieran mejores condiciones. Debían ser, sobre todo, combatientes probados en la acción, con adecuada disposición y en buenas condiciones físicas para poder soportar los rigores de la lucha guerrillera.

A lo ancho de toda la provincia —Santiago, Guantánamo, Bayamo, Jiguaní, Contramaestre, Holguín, Banes, Puerto Padre, Antilla y otras localidades— había comenzado de inmediato el trabajo de selección de los posibles combatientes. En el caso de los militantes de la zona de la costa del golfo de Guacanayabo —desde Yara hasta Niquero y Pilon, incluyendo Manzanillo, Campechuela y Media Luna—, el trabajo de selección corría por cuenta de Celia Sánchez y los responsables del Movimiento en la zona.

En cuanto al armamento, era preciso completarlo. El Movimiento contaba con una cantidad de armas que habían ido siendo acopiadas, muchas de las cuales fueron utilizadas en las acciones del 30 de noviembre de 1956. La mayor parte estaban escondidas en la finca de Juan José Otero, cerca de Puerto Boniato, y otras estaban dispersas en varias casas de la ciudad.

Celia había recibido también la importante misión de preparar las condiciones para recibir y ocultar en Manzanillo a los combatientes y asegurar su salida hacia las montañas. La idea original consistía en concentrar a los hombres en diversas casas de la ciudad. Si bien el plan tenía la ventaja de mantener a los combatientes dispersos, en las condiciones del trabajo clandestino en Manzanillo no resultaba fácil conseguir una cantidad suficiente de lugares idóneos. Por entonces Celia era la persona más buscada en esa

ciudad por las fuerzas represivas, y sus movimientos estaban muy limitados.

Precisamente por esta razón, a los pocos días de su regreso Celia decide esconderse un tiempo en la casa de René Llópiz, quien administra la finca La Rosalía, propiedad de Manuel Gutiérrez, una extensa arrocera a 10 kilómetros de Manzanillo, en el barrio de Palmas Altas, junto a la carretera de Bayamo. Llópiz tenía su vivienda en la finca, a unos 300 metros de la carretera y menos de 200 de la cárcel de Manzanillo. Alrededor del 20 de febrero, Celia se había trasladado de noche a la casa de Llópiz. Al llegar allí, se da cuenta de que ese escondite coyuntural era, en realidad, el lugar que estaba buscando para reunir al contingente de refuerzo.

A menos de 100 metros de la vivienda se levantaba un extenso y tupido cayo de marabú, lo suficientemente alto como para hacer un campamento debajo de las espinosas ramas de esta agresiva planta. Nadie sería capaz de imaginar que pudiera haber hombres escondidos en el medio de una vegetación tan poco acogedora, y mucho menos tan cerca de los guardias de la cárcel, cuya proximidad era por eso una garantía adicional. Lo importante sería tener el cuidado necesario para no llamar la atención. Con la ayuda de la familia de Llópiz, Celia comienza a limpiar por debajo una extensa área del marabusal, sin tocar las copas de las plantas, que en este lugar alcanzaban hasta 10 metros de altura y formaban un bosque cerrado.

Celia informa a Frank en Santiago que está en condiciones de comenzar a recibir a los integrantes del refuerzo. Frank avisa a su vez a las células del Movimiento que pueden comenzar a enviar a Santiago a los combatientes seleccionados. La idea es concentrarlos en esa ciudad e irlos llevando en pequeños grupos hasta Manzanillo.

Por esta misma fecha, Frank encarga a Jorge Sotús y Alberto Vázquez, conocido por Vazquecito, trasladarse a Manzanillo, el primero con una nota a Felipe Guerra Matos presentándolo como el jefe del refuerzo que se organizaba, para trabajar junto a éste en el recibo y ubicación de los combatientes

que fueran llegando. Pero ante las advertencias de que agentes del Servicio de Inteligencia Militar, el tenebroso SIM, se interesaban por los dos jóvenes recién llegados, Celia decide que se trasladen de inmediato para la finca de Llópiz y se unan al trabajo de limpieza y acondicionamiento del marabusal. Poco después se incorporará también a esta labor el militante santiaguero José Lupiáñez, conocido por Pepín.

DOMINGO 24 DE FEBRERO

El destacamento guerrillero comandado por Fidel permanece acampado dentro del pequeño montecito en la parte baja de La Vigía. El día es tranquilo y los combatientes continúan consumiendo las laterías adquiridas. Ya de noche, el jefe rebelde ordena a una patrulla que se adelante a una casa campesina para preparar alguna comida.

Raúl anota en su diario:

Día normal, no ha pasado nada. C[iro] Frías y Guillermo [García] salieron a ver [a] un amigo, al padre de Chichí Mendoza, para que nos fuera preparando alguna comida. Cuentan cuando regresaron de su misión fracasada, que los atendió (a Ciro) la vieja y que muy asustada le dijo que se fuera de allí, que ellos no estaban con un bando ni con otro. Cerró la casa, apagó las luces y se acostaron. Días antes, habíamos oído rumores de que a su hijo Chichí se lo habían matado.

Chichí Mendoza había tenido una buena actitud de colaboración cuando la columna guerrillera pasó por su finca en La Olla, cerca de Caracas, el mes anterior, pocos días antes del combate de La Plata. Las tierras de este campesino formaron parte del precio reclamado por Eutimio Guerra en pago a su traición, y *Chichí* Mendoza, denunciado por Eutimio, fue asesinado por orden del comandante Joaquín Casillas, el militar

enemigo que fungía en ese momento como jefe de las operaciones contra los rebeldes en la Sierra.

Por su parte, Che escribe ese día:

No hubo nada en todo el día, salvo el agotamiento progresivo de los víveres. Al anoecer, Ciro y Guillermo fueron a casa del viejo Mendoza, el padre de Chichí, pero el recibimiento fue dramático; el viejo se escondió en su cuarto, la vieja los invitó reiteradamente a irse y por fin, se encerraron en la casa a piedra y todo y hubo que volver por donde se vino. Quedaba entonces una puerta abierta para el día siguiente: un amigo de Ciro por el que “ponía la cabeza” según su expresión. La radio no dio noticias debido a ser domingo y aniversario de Martí, pero se esperan acontecimientos importantes en el orden nacional para estos días.

Los combatientes rebeldes no conocen todavía que la edición dominical del diario *The New York Times* de ese 24 de febrero publicaba el artículo inicial de la serie de tres escritos por Herbert Matthews sobre Cuba, que causaría una verdadera conmoción. Este primer trabajo, con cintillo de primera plana que decía “Rebelde cubano ss visitado en su escondite”, foto de Fidel con su fusil de mira telescópica y copia fotostática del autógrafo entregado al periodista, estaba dedicado a la entrevista sostenida entre el jefe guerrillero y el veterano periodista el día 17 en la finca de Epifanio Díaz.

LUNES 25 DE FEBRERO

El destacamento guerrillero permanece acampado en un montecito en la parte baja de La Vigía. Lluve desde el amanecer. Cerca de las 9:00 de la mañana los combatientes escuchan disparos de morteros y ametralladoras que cada vez se sienten más cerca. Al parecer se trata de fuego de registro realizado al azar por el enemigo para peinar algunas

zonas boscosas. Fidel decide subir el firme más próximo y aguardar a que oscurezca para continuar la marcha. Ya llevan más de dos días en el mismo lugar, y no resulta prudente permanecer allí más tiempo. Leamos el relato de Raúl:

Amaneció lloviendo. A las 9 a.m. empezaron a sentirse morterazos sin que pudiéramos precisar el lugar de las explosiones. Como seguían insistentemente disparando con morteros y ametralladoras 30.06, que se iban escuchando cada vez más cerca, a las 12 y media del día decidimos marcharnos de este lugarcito que por tres días nos sirvió de campamento. Por temor a que estuvieran peinando los cayitos de montes, subimos al firme que estaba próximo donde esperamos a las 6 y 30 para marcharnos. Desde aquí, por la noche se contemplaba un bello espectáculo, por allá en el llano, con las luces de los pueblitos y centrales que parecía teníamos a los pies.

La columna rebelde ha subido al alto de La Vigía, a unos 400 metros sobre el nivel del mar, desde donde pueden divisar el mar y las torres de los centrales de la costa del golfo de Guacanayabo, y al oscurecer las luces de Estrada Palma, Yara, Veguitas y otros poblados hasta la misma ciudad de Manzanillo. Che sigue agobiado por la crisis creciente de asma que ha comenzado a padecer desde el día anterior, y evidentemente no repara en esta vista que debe haber causado una intangible mezcla de alegría y nostalgia a los combatientes guerrilleros. Pero, de manera característica en él, tampoco menciona en sus notas su situación personal particularmente penosa, agravada por la frialdad del monte y las lluvias constantes:

El día fue de agua y de bombas. Desde por la mañana se oyeron morterazos y disparos aislados de ametralladoras y fusil que a medida que pasaba el día se iban acercando. Por fin a eso de las 5:30

sonaron bastante cerca. Escalamos el firme de la loma y allí estuvimos hasta el anochecer, entonces investigamos las diversas posibilidades que se abrían a partir de la suposición [de] que al día siguiente cepillarían el cayó donde estábamos. Ciro [Frías] quería quedarse y bajar a casa de un amigo a comer pero se resolvió irse bien lejos.

Oscuro, el destacamento guerrillero emprende la marcha. Pero a las 11:00 de la noche, ya en el barrio de La Esmajagua, los sorprende un fuerte aguacero que dura un largo rato y les impide continuar. Con las ropas completamente mojadas, los combatientes tratan de dormir algunas horas. Raúl sigue escribiendo ese día:

Salimos a caminar y nos sorprendió, cerca de un arroyo, un aguacero torrencial de mucha duración. Empapados casi todos, pues ni las capitas ni los nylons tapan mucho, decidimos dormir algo aquí mismo, donde nos sorprendió el aguacero. Estando de pie mientras llovía, hubo momentos en que me dormí de pie y por poco caigo al agua de una zanja que corría llena de agua, al lado mío. Tapándome la cara con un pedazo de nylon y mojándome el resto del cuerpo, dormí hasta por la mañana.

Che, por su parte, anota:

Iniciamos la caminata a las 7 y pico y a las 11 llegamos a un arroyo en la Majagua, pero empezó a llover y allí mismo hicimos campamento hasta el amanecer. Ya los víveres están casi agotados y nos mantenemos a chocolate y leche condensada. Las noticias de la radio son buenas pues según ellos mañana cesará la censura de prensa y se dará publicidad al manifiesto conjunto de Pardo Llada, Millo y Grau San Martín, después de haber conferenciado con Batista, exigiéndole elecciones generales.

Todo hace prever que se levantará la suspensión de garantías el día 28.

MARTES 26 DE FEBRERO

El lugar que recibe el nombre de La Esmajagua, adonde ha llegado el destacamento guerrillero en la madrugada, es la parte más alta de un largo y profundo valle intramontano al pie del firme de la Sierra Maestra por su vertiente norte. Cerrado al final por el alto de San Lorenzo, así llamado porque del otro lado del firme está el poblado de ese nombre, el valle se extiende de sur a norte a lo largo del río que recibe indistintamente las denominaciones de la Esmajagua o de Gaviro, ya que después de nacer en ese lugar baña los barrios de Gaviro Arriba y Gaviro Abajo antes de entregar sus aguas al río mayor de Jibacoa cerca del caserío de Las Mercedes. Cerrado a ambos costados por los abruptos firmes de Purgatorio, al este, y La Vigía o Gurugú, al oeste, La Esmajagua era en la época sólo accesible por el camino que subía desde Las Mercedes y Gaviro, salvaba la Maestra y moría en San Lorenzo, por el que en tiempos de seca podían transitar vehículos de montaña.

El destacamento guerrillero ha pasado la noche en la margen de un pequeño riachuelo apenas sin vegetación, en la zona de La Esmajagua. Debido al fuerte aguacero de la noche anterior, algunos combatientes advierten al despertar que están acostados dentro del agua, pues el río ha crecido con la lluvia.

Cuando aclara, se mueven más arriba en la falda hasta otro pedazo de monte pequeño y ralo, donde pasan el día descansando. Comienzan a acabarse las latas de comida. He aquí lo que narra Raúl:

Subimos a un cayito de monte muy pequeño que estaba en una elevación que permitía dominar los alrededores. Pasamos muy mal la mañana, calados

hasta los huesos, la mañana fría y húmeda. Había que estar además alerta. Llovizó un poco más, aunque con el sol fuera. Aún hoy comimos un poco de Fénix con leche condensada, la última que teníamos. Oscureciendo bajamos a un cafetalito que más tarde subíamos. Por la tarde invariablemente oímos los morterazos de “limpieza”.

Ese día, Che anota en su diario:

Fue un día de gran tensión y sin embargo no pasó nada. Al reemprender la marcha, como era al amanecer nos metimos en el primer cayo que encontramos. Yo venía algo asmático y no pude dormir durante el día tampoco. Se oían morterazos aislados en dirección a la Merced [se refiere al caserío de Las Mercedes, a unos 5 kilómetros al sur] y desde nuestro punto de observación veíamos guajiros que se iban aparentemente con gran prisa. Sin embargo, después nos enteramos que no había nada de eso.

Por la tarde, Ciro Frías sale de exploración con los combatientes de la vanguardia de la pequeña columna, y topan con la casa del campesino Emiliano Pérez, conocido de Ciro y padre de Hernán Pérez, el vecino de la Cueva del Humo con quien la guerrilla ya había hecho contacto semanas atrás. Informado Fidel, acuerdan acercarse a la casa al oscurecer.

Cerca de las 7:00 de la noche, el destacamento rebelde abandona el pequeño cayo de monte, atraviesa el camino y llega a la casa de Emiliano, quien vive allí con su hijo Giraldo, conocido por Niño. Hernán, a quien los guardias habían quemado su casa de la Cueva del Humo, está allí también. Rápidamente, los campesinos matan un puerco, buscan arroz en una tienda cercana y comienzan a preparar comida. Narra Raúl:

La vanguardia con C[iro] Frías se adelantó, estábamos en La Demajagua. Por suerte, encontramos

un viejo amigo de la “Cueva del Humo” que le habían quemado la casa y ahora estaba con el padre. Inmediatamente, mataron un lechón y con arroz lo comimos cerca de las once de la noche. Bastante mal quedó con el apuro.

En el lugar se reúnen además otras familias de la Cueva del Humo a las que el ejército les ha quemado sus bohíos, entre ellas la de José Savón, quien también había hecho contacto con los rebeldes a su paso por la zona de Caracas en enero.

Debido a la amenaza de lluvia, deciden todos dormir en el interior de una pequeña casita de guano contigua a la principal. Luego de situar las postas, los combatientes se acuestan alrededor de Fidel, en previsión de cualquier incidente. Continúa narrando Raúl:

Dormimos al lado en una casita llena de piojillos y pulgas a las que les hicimos poco caso. Antes de acostarnos, F. [Fidel] entregó 35 pesos a tres familias que les habían quemado las casas en la Sierra y que nos habían prestado algunos servicios, total: 105,00 pesos.

Che anota al respecto:

Al anochecer, cruzamos un cayo de monte y fuimos a parar a casa de Emiliano, padre de Hernán, el que es cuñado de Ciro. Allí nos enteramos de que no había movimiento en la zona y que las tropas estaban en San Lorenzo, Las Vegas [de Jibacoa] y La Merced [Las Mercedes]. En este último punto hay con certeza 115 hombres. En casa de Emiliano nos prepararon un fricasé de lechón y como de costumbre hizo mal a muchos. Quedamos hasta tarde escuchando noticias y luego nos fuimos a dormir un rato para reiniciar la marcha al amanecer. No hay noticias por radio, pues el levantamiento de la

censura sólo alcanza a la prensa de tierra. Tal vez mañana sea.

Los movimientos de tropas enemigas que reporta Che son parte de las medidas tomadas por el mando enemigo para dislocar sus fuerzas en operaciones en algunos de los poblados del interior de la montaña, con la intención de realizar desde esos puntos incursiones frecuentes en busca de contacto con los rebeldes o esperar alguna información sobre la localización de la guerrilla que les permita tratar de cercar y destruir lo que quede de la fuerza rebelde, si es que aún permanece en pie de lucha. A pesar de la publicación del reportaje de Matthews y de la desaparición del traidor Eutimio Guerra, a estas alturas, transcurridas casi tres semanas desde el último contacto con Fidel y sus hombres, los jefes militares de la tiranía están convencidos de que las disposiciones tomadas por el ejército serán lo suficientemente efectivas para mantener aislado al destacamento guerrillero, o a lo que quede de él. Suponen, no por cierto muy desacertadamente, que Fidel en todo caso está acompañado por un puñado de combatientes. Y presumen también, esta vez erróneamente, que los restos de la fuerza rebelde están desmoralizados y en desbandada, tratando de escapar de la Sierra Maestra, o bien escondidos e inactivos en algún rincón de la montaña después de haber dejado de ser una amenaza militar.

MIÉRCOLES 27 DE FEBRERO

Aún de madrugada, el destacamento guerrillero emprende la marcha. Le sirve de guía el joven Hernán Pérez. Luego de avanzar por un camino difícil y a oscuras, cerca del amanecer los veinte combatientes llegan a la vivienda de Sarvelio Arias, todavía en La Esmajagua. El dueño de la casa no está, pero son recibidos por Graciano Aldana, quien los conduce a un cafetal cercano y luego regresa a la casa para

prepararles comida. Este campesino es sobrino del útil y amistoso colaborador rebelde del Ají, Florentino Enamorado, por cuya casa han pasado Fidel y sus compañeros en varias ocasiones.

Raúl narra lo siguiente en su diario de campaña:

Nos levantamos a las 4 a.m. con el amigo de guía [Hernán Pérez] y por unos trillos casi intransitables y con la noche completamente oscura, dándonos tropezones y caídas, además de la lluvia fina que nos caía, llegamos al amanecer a casa de un amigo de éste, al que se le habló para que nos preparara comida. Seguimos entonces por un arroyito hasta una enseñadita dentro de otro cayo de café. Llovía aún cuando amaneció, colocamos algunos nylons para protegernos algo de la lluvia; al rato trajeron un poco de café y más tarde traerían un buen almuerzo de congrí con gallina y viandas. También oímos los morteros y ametralladoras de la “peinadera”.

Che escribe ese día:

Caminamos un trocito chico hasta un cayo de café a media ladera este de la Demajagua. El dueño de casa no estaba, pero un sobrino de Florentino el del Ají que ocupaba la casa nos atendió a las mil maravillas en el sentido culinario, aunque yo no pude hacerle los honores correspondientes pues estaba de vomitona debido al puerco de ayer.

Refugiados en el pequeño cafetal, Fidel y los demás combatientes escuchan por radio con alegría el escándalo producido por el artículo del periodista norteamericano Herbert Matthews, luego de levantada el día anterior la censura de prensa. Los principales órganos de información en Cuba reproducían ese día el primer artículo del editorialista del *The New York Times*, al tiempo que el ministro de Defensa del régimen batistiano, Santiago Verdeja, emitía

unas declaraciones en las que calificaba a la entrevista como “el capítulo de una novela fantástica”, y afirmaba categóricamente: “El señor Matthews no se ha entrevistado con el referido insurgente”. El vocero gubernamental impugnaba la autenticidad de la foto de Fidel publicada por el diario neoyorquino, y fundamentaba la duda con estas palabras: “Parece ingenuo que, habiendo tenido la oportunidad de penetrar en aquellas montañas y haber sostenido la entrevista, no se hubiera retratado con él el propio corresponsal para confirmar sus dichos.” Ese mismo día, el jefe militar de Oriente, general Martín Díaz Tamayo, declaraba a la prensa que era totalmente imposible cruzar las líneas donde hubiera tropas, y que la entrevista “es un cuento”.

El contingente guerrillero permanece todo ese día en el pequeño cafetal cercano a la casa, aguardando a que oscurezca para continuar la marcha. A la casa del campesino llegan rumores de que la presencia de los rebeldes ha sido advertida el día anterior en la casa de Emiliano Pérez por un delator, Menango Sánchez, quien ha bajado a avisar a los guardias, y que numerosas tropas procedentes de Minas del Frío estaban acantonadas a muy poca distancia del lugar.

Raúl escribe con elocuencia sobre la dura jornada de esa noche:

F. [Fidel] obtuvo algunos datos de movimientos de tropas. Comimos ya oscuro y un rato después partimos. Nos servía de guía el amigo del día anterior [Hernán Pérez]. Infernal jornada esta, con mil caídas, resbalones y maldiciones, lluvia, frío, cansancio, golpes. La jornada fue más larga que las anteriores y ciertamente que no se podía avanzar más. Cada paso que dábamos lo arrancábamos del alma, pues sólo el espíritu era lo único que nos mantenía, como suele suceder en las jornadas parecidas, que han sido muchas.

Poco después de la medianoche, los combatientes que marchan a la vanguardia del destacamento llegan a la casa de Diosdado Pérez, en un alto en la zona de La Esmajagua más cercano al firme de la Maestra. El campesino tampoco se encuentra, pero deciden pasar la noche en el lugar. Hernán Pérez, el práctico, pide permiso para regresar a su casa y promete volver a la mañana siguiente.

El agudo ataque de asma que viene sufriendo Che desde hace unos días se agrava cada vez más por la falta de medicamentos y las condiciones de frío y humedad. No puede respirar. Apenas puede caminar, sobre todo cuando debe escalar alguna de las empinadas y largas pendientes del trayecto. Se sostiene solamente a fuerza de voluntad, y con la ayuda que le brindan sus compañeros. Es el principio de los “días amargos” a que se refiere Che en sus memorias de la guerra, publicadas después del triunfo revolucionario. Raúl y otros combatientes se quedan atrás para ayudar a Che, y son los últimos en llegar al bohío. Raúl narra así este dramático episodio:

Después de medianoche, la vanguardia y un grupo llegó a una casita que está en los altos de la Demajagua, donde vivía un amigo del guía que desgraciadamente no estaba en la casa, pues hubiéramos tomado aunque sea un agua de azúcar caliente. Al mando de una patrulla de seis me tuve que quedar como un kilómetro atrás con el Che, que habiéndosele terminado su medicina contra el asma, sufría en esos terribles momentos un violento ataque que prácticamente lo imposibilitaba de caminar, menos cuesta arriba, por un trillo que era jabón y lloviznando delicadamente. Esperamos por espacio de una hora que el Che descansara, arrojado en el caminito sobre un nylon, para después seguir pasito a pasito.

Aunque la familia no estaba, los muchachos se apoderaron de la casa y ya dormían cuando llegamos,

menos la posta. Me guardaron un pedazo de una cama, donde dormí, después de pensar un rato si me quitaba las botas enfangadas. Los pies calados de humedad y agua.

Che puede anotar esa noche lo siguiente:

Por la noche Hernán vino a sacarnos lejos, pero a mí me dio un ataque de asma y la lluvia y la oscuridad hicieron el camino intransitable casi por lo que avanzamos muy poco, hasta la casa de un tal Diosdado, que no estaba por lo que la tomamos por asalto y dormimos cómodos y relativamente secos. Hernán se fue prometiendo volver a la mañana siguiente.

Nada más sobre su jornada terrible. El resto de los apuntes del diario están dedicados al revuelo provocado por la entrevista a Fidel:

Mientras en La Habana se ha levantado la censura radial y los noticiosos han volcado un desborde de actos terroristas realizados durante la vigencia de la censura, pero lo que ha batido récords de expectación es la entrevista de Matthews con Fidel, publicada durante tres días en el New York Times y repitiendo todo lo que éste le había dicho. Pardo Llada volcó su verbo inflamado sobre el gobierno y éste se limitó a contestar una pregunta del Herald Tribune sobre la veracidad de la entrevista afirmando por boca del Ministro de Defensa que era una patraña y que si no, ¿por qué no salía la foto de Matthews con Fidel?

JUEVES 28 DE FEBRERO

El día amanece nublado, como los anteriores. El destacamento guerrillero no puede moverse de la casita

donde ha pasado la noche, en La Esmajagua Arriba, pues serían fácilmente visibles de varios kilómetros a la redonda. Fidel aguarda a Hernán Pérez, que les ha servido de guía durante los últimos días y que la noche anterior había salido a su casa y aún no ha regresado.

La proximidad de tropas del ejército infunde alarma entre los vecinos de la zona. Aquella mañana, la mujer de Diosdado llega temerosa a la casa, recoge alguna ropa y sale con premura. Luego de buscar infructuosamente algún campesino que les sirva de guía, al mediodía el jefe rebelde decide abandonar el lugar, y los veinte combatientes salen individualmente de la casa y se dirigen con precaución hasta un pequeño cafetal en la falda de la loma, desde donde dominan los caminos. He aquí lo que narra Raúl:

Como a las 11 y 30 se oyeron varias ráfagas de ametralladoras, las primeras del día. A las 11 y 45 nos fuimos de la casa, de uno en uno, hasta alcanzar un cafetal que estaba en la falda de una de las lomas que nos quedaban detrás, a un costado. El Che se inyectó, pero el ataque de asma seguía más violento que nunca y nos retrasaba mucho la marcha. [...] Descansamos, para darle oportunidad al Che de que fuera avanzando poco a poco. Hoy sólo habíamos tomado café por la mañana, que nos llevó una vecina del bohío que abandonamos.

En estas primeras notas de sus extensos apuntes de los acontecimientos de un día que será bastante azaroso, Raúl asienta también: “Por radio oímos que había sido detenido en La Habana el compañero A[rmando] Hart. Un golpe duro para el Movimiento”.

En realidad, quien había caído en manos de las fuerzas represivas era Enrique Hart, hermano de Armando y también importante cuadro de acción del Movimiento. La confusión no se aclarará sino varios días después. Armando está en este momento en Santiago de Cuba, participando junto a Frank País en los preparativos del refuerzo.

Por su parte, Che escribe:

Fue un día abundante de emociones de todo tipo. El dueño de la casa no [apareció] en todo el tiempo y sólo fue la mujer, con un terror pánico a sacar algunas cosas de la casa. Hernán que había quedado en ir por la mañana no fue. Todo esto hizo que Fidel desalojara el rancho a las 10 aproximadamente, pero allí se tropezó con mi asma que me impedía materialmente caminar y hubo que esperar a ver si un Tedral me la quitaba y, ante el resultado negativo, el efecto de una de las dos únicas ampollitas de adrenalina. Con mucho trabajo fui escalando laboriosamente el firme.

Ocultos en el cafetal, los combatientes rebeldes escuchan por radio algunas noticias. Precisamente ese día, el periodista norteamericano Herbert Matthews daba una contundente respuesta al empecinamiento del régimen, al publicar en su diario una foto en la que aparecen juntos Fidel y él en la Sierra Maestra, que en pocos días dará la vuelta al mundo y pondrá al régimen batistiano en el más completo ridículo.

Por la tarde, el jefe guerrillero decide subir un poco más en la falda del firme de Purgatorio, y el destacamento se mueve hasta la orilla de un arroyo, dentro de un cayo de cacao en el que crecen algunas matas de plátano salteadas. Cerca de las 4:00, Luis Crespo descubre con su mira telescópica una columna de soldados que sube en dirección a Gaviro y La Esmajagua, y rápidamente avisa. Se trata, en efecto, de una tropa proveniente de Las Mercedes, que viene guiada por el chivato Menango Sánchez a caballo. A algunos combatientes les llaman la atención unos grandes bultos en forma de tubos que vienen sobre los aparejos de un arria de mulos en la retaguardia del enemigo.

Prosigue relatando Raúl:

Subimos un poco más, cuando L[uis] Crespo, que siempre está de posta por la libre, vio una larga hilera

de soldados que con muchas precauciones se acercaban a la zona donde estaba el bohío, eran las 4 de la tarde. Caminaban por un trillo que había en la falda de la loma que nos quedaba enfrente, como a 800 metros. No sabemos si iban directamente hacia donde habíamos estado un momento antes o si teniendo conocimiento que estábamos en la zona, iban a peinar. De esto último sí estábamos seguros. En un camino más ancho detrás de ellos, quedaban los mulos de la intendencia de ellos. Antes de que sonara el primer mortero, iniciamos una rápida retirada por el monte que teníamos atrás.

Che anota al respecto:

A las 4 de la tarde el guajiro Luis [Crespo] vio algo extraño en el camino de la Merced [Las Mercedes] a San Lorenzo. A mí me parecía un arria detenida, a otro tropa caminando, etcétera, pero al llegar Universo se equivocó de punto de mira y apuntó al camino de las Vegas con el resultado de descubrir una numerosa tropa que subía a ocupar posiciones en el firme hacia donde nosotros nos dirigíamos.

Fidel advierte enseguida que el ejército, informado de la presencia del grupo guerrillero en la zona, tiene el propósito de realizar un cerco en torno a las alturas que encierran el barrio, para lo cual ha despachado unidades al menos de dos de los puntos donde los guardias han establecido bases de operaciones en la zona. Aunque no ha habido contacto visual con otras tropas, lo lógico es suponer que también desde San Lorenzo, del otro lado del firme de la Maestra, se hayan movilizado los soldados. No cabe eliminar la posibilidad tampoco de que otra cuarta fuerza enemiga venga avanzando desde el oeste siguiendo el rastro de la trayectoria rebelde en los días anteriores. De ser así, el enemigo lograría cercar La Esmajagua desde el norte, el nordeste, el sur y el oeste. El jefe guerrillero ordena de inmediato emprender la

retirada en dirección al sureste, para alcanzar el firme de la loma en cuya falda se encuentran por el punto más distante para el cerco de los guardias, y cruzar al otro lado antes de que los soldados corten el paso a los rebeldes. La situación es sumamente peligrosa, pues la menor dilación puede provocar que el destacamento guerrillero quede atrapado en una parte más baja rodeado en todas direcciones por las alturas ocupadas por el enemigo.

La dirección escogida los enfrenta a un farallón de muy difícil ascenso. A los pocos minutos de marcha comienzan los disparos de morteros, ametralladoras y fusiles en dirección a la zona por donde los guardias suponen que se mueve el grupo rebelde. El mando enemigo no repara que el lugar está poblado y que muy cerca se hallan numerosas casas campesinas. Volvamos al relato de Raúl:

A las 4 y 10 exactamente, retumbaba el primer mortero, seguido de miles de tiros de armas automáticas y semiautomáticas. No respetaron de que por todos esos alrededores viven familias. Cuando sentíamos el sonido sordo de la salida del proyectil del mortero, todavía teníamos tiempo de dar unos pasos más cuesta arriba, y después tirarnos al suelo a esperar la explosión, incorporarnos y seguir adelante. La fusilería hacía descargas cerradas.

En aquellos terribles momentos, el asma sigue estrujando a Che. Al estoico combatiente le es casi imposible dar un paso para ascender en dirección al firme. Leamos lo que anota al respecto:

La marcha ascendente hacia el sur fue entonces vertiginosa. Pero no habíamos caminado unos pasos cuando sonaba el primer mortero, que eso era lo extraño que se veía en el camino, e inmediatamente sonaron las ametralladoras. Yo no podía mantener el ritmo de marcha y constantemente me quedaba atrás.

En sus memorias de la guerra, Che recuerda los trabajos que pasó en aquella oportunidad el combatiente Luis Crespo para ayudarlo a caminar, cargando a veces con todo el peso de su cuerpo y el de las mochilas de ambos con un diluvio de balas a sus espaldas, y, cuando Che pedía que lo dejara, tratando de infundirle ánimo con los insultos más atroces:

—Arriba, argentino de mierda, so pendejo, dale p' adelante o te llevo a culatazos.

Cerca de las 6:00 de la tarde, los combatientes logran alcanzar el firme de Purgatorio, previamente explorado por la vanguardia. Rápidamente cruzan el camino que sube desde las Vegas de Jibacoa y se sitúan en la falda de una elevación del otro lado, a esperar que caiga la noche. Han logrado una vez más burlar al enemigo y evadir otro cerco tendido por los guardias. Al día siguiente los soldados rastrearán la zona que han abandonado y, al no encontrar a los guerrilleros, hostigarán a los campesinos para conocer el paradero del grupo rebelde y desahogarán su frustración sometiendo a los vecinos de La Esmajagua a brutales vejaciones e intimidaciones.

Continúa narrando Raúl:

Antes de que oscureciera, llegamos al firme, al que se había adelantado la vanguardia a explorar por precaución, no lo hayan ellos tomado antes. Llegamos, atravesamos un camino lodoso y muy transitado que había encima y nos pusimos en la falda del otro lado a esperar que cerrara la noche. Por el momento no había problemas.

Por su parte, Che escribe:

Por fin llegamos al firme y lo escalamos y sobrepasamos sin novedad, mientras seguía la orgía de morterazos. Faltaba Ciro Frías que se había quedado atrás pues estaba explorando otro camino en el momento del ataque. Se nos unió cuando descansábamos en el otro lado del cerro, en el arroyo apropiado.

Los combatientes permanecen ocultos en un cayó de monte. Los disparos del enemigo sobre la posición que anteriormente ocupaban han cesado. Después de caer la noche y asegurarse de que no hay soldados cerca, el destacamento guerrillero se prepara para abandonar el montecito donde se ocultan. Pero un fuerte aguacero los sorprende y, sin darles tiempo de refugiarse debajo de los protectores de nylon, los empapa a todos.

La vanguardia se adelanta para explorar y topa en una hondonada con los candiles de la casa de Manuel Cintras, en el firme de Purgatorio, aproximadamente a unos 600 metros de altitud. La familia ha abandonado la casa y se ha refugiado en un alto cercano. Pero aquella tarde, Rosa Fuentes, la mujer de Cintras, ha regresado con sus tres hijos, asustada por los tiros. Los rebeldes se hacen pasar por soldados del ejército. Narra Raúl:

Cuando nos disponíamos a marchar y estábamos a punto de salir del bosque, un aguacero torrencial se nos viene encima. Me uno a la vanguardia y por sorpresa tomamos una casa en la que había luz encendida. Detrás vinieron el resto, mojados todos. La familia asustada, a la que le hicimos creer que éramos guardias. La vieja hablaba como cotorra y en alta voz, no sabíamos cómo mandarla a callar, menos mal que afuera llovía estrepitosamente. Guillermo capturó tres guanajos que con vianda y arroz nos comeríamos. En la casa ésa no había nada, ya que estaba abandonada y la familia regresó a ella, que estaba en una hondonada, pues en su actual casita, la dejaron hacía un momento, que está en un alto, asustada por los tiros.

Che apunta en su diario:

Seguimos caminando un poco más y llegamos cerca de una casa, a la que decidimos abordar de noche. Mi impresión es que, no obstante lo aproximado del

ataque el chivatazo no fue directo, más bien noticias no bien establecidas nos situaron en algún punto de La Demajagua. Ellos enfilaron sus cañones hacia el arroyo que pasa por el fondo del valle y nosotros ya estábamos bastante alto para que no fueran peligrosos. La noche cayó y con ella una lluvia torrencial que me mojé bastante y el asma arreció a tal punto que la última parte del recorrido hube de hacerla en brazos de dos compañeros. Estamos en una zona denominada el Purgatorio y pasamos como soldados gracias a la credulidad de la gente. Matamos tres guanajos pero no había nada con que sazonarlos y hubo que despertar a un yerno de la dueña de la casa (el marido no estaba) para que nos vendiera ajo, cebolla, algo de vianda y arroz. Vinieron él y un negro casado con una sobrina.

Fidel ordena a Luis Barreras salir acompañando a uno de los muchachos de la casa en busca de un vecino cercano, para que traigan arroz y otras provisiones necesarias para cocinar. Los emisarios se encaminan a la casa de José Isaac, muy cerca de la de Cintras. El campesino les facilita los productos y los acompaña en unión de Emilio Despaigne, otro vecino del lugar, hasta donde se encuentran los rebeldes.

Ante estos campesinos, Fidel se presenta como el comandante González, del ejército de la tiranía. No es la primera vez, ni será la última en las próximas semanas, en que Fidel decide identificarse como oficial del ejército con la intención de buscar información y de sondear la actitud de la familia campesina con la que los guerrilleros establecen contacto. Esta táctica será cada vez menos empleada en la medida en que la presencia de los rebeldes en la Sierra sea más conocida por los pobladores de la montaña y en que los campesinos vayan ganando confianza en los combatientes y en las motivaciones de su lucha.

Recostado en una hamaca, Fidel conversa con los recién llegados e indaga sobre sus opiniones políticas. La situación

de Che es tan crítica que Fidel quiere definir si puede confiar a uno de estos campesinos el cuidado del combatiente hasta su recuperación. Mientras Despaigne se muestra partidario furibundo de Batista, creyendo de verdad estar ante una patrulla del ejército, *Pepe* Isaac se mantiene fríamente cortés. Raúl escribe:

Se mandó a buscar al vecino de al lado, un compañero con un muchacho de la casa fueron los que llevaron el encargo de traer arroz, especias y otros menesteres de cocina. Vinieron dos señores: uno serio y moderado en su conversación con los guardias (nosotros), el otro excesivamente adulón.

En un momento de la conversación Isaac dice que, aunque había sido simpatizante del fallecido líder ortodoxo Eduardo R. Chibás, “al ver la obra que este hombre había hecho ahora simpatizaba con Batista”. Esta frase es clave para Fidel, quien sabe que ningún ortodoxo reaccionaba así y nadie creía que Batista había hecho en absoluto algo positivo por el país.

Tras sopesar la forma en que se expresa *Pepe* Isaac, Fidel toma finalmente la decisión de confiar en él. Ya de madrugada, luego de comer y tomar café, el jefe guerrillero hace un aparte con el campesino:

—Mire, Isaac, creo saber cómo usted piensa. Voy a decirle la verdad. Nosotros somos rebeldes. Yo soy Fidel Castro, y necesito de usted un importante servicio.

El campesino se levanta, lo abraza emocionado y le expresa su disposición a colaborar. El jefe rebelde le comunica entonces la necesidad de dejar a su cuidado a uno de sus compañeros, por cuya seguridad respondería con la vida. Che quedaría acompañado por Luis Barreras, llamado “el Maestro”, cuya fuerte constitución física podrá ser de gran utilidad al enfermo. Acto seguido, Fidel pide algún dinero a Almeida y orienta al campesino que debe bajar lo antes posible a Manzanillo para comprar las medicinas necesarias y regresar de inmediato.

Che narra la conversación en estos términos:

Al hablar con el “Comandante González”, es decir Fidel, uno se mostró muy batistiano, el otro hasta confesó ser chibasista. Visto esto y que el asma mía arreciaba a tal punto que me tuve que poner la otra adrenalina, se decidió que yo me quedara en el lugar con el Maestro y decir al hombre de más confianza quiénes éramos y mandarlo a Manzanillo a comprar el Dispne-Inhal dándole una gratificación. Al decirle Fidel quién era, el hombre dio muestras de alegrarse y aceptó el encargo que se hacía en la siguiente forma: llevaría su niña a Manzanillo, donde la haría ver con el doctor y a las medicinas que le diera agregaría el producto para mí. Para eso se le dieron 50 pesos de gratificación por lo que puede alardear de ser de los más caros soldados de la Revolución.

Prosigue relatando Raúl:

Sólo por la madrugada, F. [Fidel] se franqueó a solas con el primero [de los campesinos] para el asunto del Che, quien sufría en esos momentos el ataque de asma en su desarrollo total: ya lo único que le faltaba era que se ahogara; se quedaría con un compañero, el Maestro. Antes de que estuviera la comida, dormimos y después de comer dormimos, regados como quiera en aquel bohío destartalado, pero que para nosotros en aquel momento era el Waldorf Astoria [el más lujoso hotel de la época en Nueva York y uno de los más famosos]. Todo el mundo, menos el señor P. [Pepe Isaac], creyeron que éramos guardias. Un niño lloró casi toda la noche. El agua también duró toda la noche.

Fidel ha indagado con Isaac sobre el lugar más conveniente y seguro para que el grupo rebelde acampe unos días, y a quién puede dirigirse para recabar ayuda. El

campesino le sugiere, entre otras posibilidades, a Minas del Frío, donde puede hacer contacto con Mario Sariol, aunque advierte que él no está seguro de la disposición que pueda tener este campesino a colaborar, pues se comenta que siempre ha mantenido buenas relaciones con los guardias. En la medida en que Isaac le habla, Fidel anota en su libreta los nombres mencionados.

Che escribe al final de sus apuntes de ese día lo siguiente:

Las noticias de la radio también son jugosas: Mientras los atentados siguen o arrecian Pardo Llada le hizo una entrevista telefónica a Matthews para ver si era verdad o no lo de la entrevista. Matthews dijo que la foto reclamada como prueba existe, que él no la había publicado porque no era lo suficientemente clara para su impresión, pero que lo haría en la edición del día siguiente y que, por otra parte, publicaría también una carta autógrafa de Fidel, fechada el 17 de febrero en la Sierra Maestra. Mientras el general Díaz Tamayo desmentía más vigorosamente aún que el Ministro de Defensa la ruidosa entrevista y decía que era imposible cruzar el cordón de tropas que custodia la citada Sierra. Se da la noticia sin confirmación de que hay otro expedicionario del Granma preso en Bayamo. [...] Se anunció asimismo la detención de Armando Hart, acusado de ser el segundo jefe del Movimiento 26 de Julio.

VIERNES 1º DE MARZO

A las 4:00 de la mañana, el destacamento rebelde se prepara para reemprender la marcha. Salen todos juntos, y en un montecito cercano a la casa de Manuel Cintras se despiden de Che, quien se queda allí con el Maestro. Antes de continuar, varios de los hombres encarecen a éste que cuide y proteja con máximo celo a quien ya se ha convertido

en uno de los integrantes más queridos de la guerrilla y uno de sus combatientes más valiosos. Por eso esta separación les causa a todos no sólo pena, sino también aprensión por lo que pueda suceder. Fidel ha quedado con Che que espere el refuerzo en la finca de Epifanio Díaz, en Los Chorros, el 5 de marzo, la fecha y el lugar acordados con Frank, y lo conduzca a la loma de Caracas, donde deberán hacer contacto de nuevo con la columna alrededor del día 15.

Antes de despedirse, Fidel entrega al combatiente un fusil Johnson semiautomático, una de las armas más valiosas con que cuenta en ese momento la fuerza rebelde. El propio Che, al mencionar el hecho en sus memorias, la califica de “una de las joyas de nuestra guerrilla”. En su diario escribe: “Fidel y sus 17 acólitos restantes salieron para la zona denominada la Mina [del Frío] y quedamos en unirnos alrededor del 15 de marzo si no había problemas graves. El Maestro y yo salimos al amanecer, yo algo mejorado de mi pertinaz asma”.

Con los primeros claros del día, Che y el Maestro se mueven hacia otro cayo de monte a unos 100 metros de la casa. Casi a la misma hora, *Pepe* Isaac emprende a caballo el camino hacia las Vegas de Jibacoa con su niña pequeña. De allí seguirá hasta Las Mercedes y luego a Estrada Palma, para tomar en ese poblado un transporte que lo lleve a Manzanillo en busca de las medicinas necesarias al enfermo. Che y el Maestro deberán esperar por el regreso de Isaac, y comenzar luego el largo y peligroso camino hacia el punto del encuentro con el refuerzo.

La columna guerrillera ha quedado reducida ahora a sólo 18 hombres. Doce de ellos son expedicionarios del *Granma*: Fidel, Raúl, Almeida, Camilo Cienfuegos, Ciro Redondo, *Julito* Díaz, Efigenio Ameijeiras, Luis Crespo, Universo Sánchez, Gabriel Gil, Esteban Sotolongo y Raúl Díaz Torres. Los otros seis son campesinos o militantes del Movimiento 26 de Julio en el llano incorporados a la guerrilla: Guillermo García, Ciro Frías, Manuel Fajardo, Juventino Alarcón, *Beto* Pesant y *Yayo* Reyes.

El destacamento reinicia la marcha acompañado durante la primera parte del trayecto por dos hijos de Cintras, Manuel y Senén. El resto del camino los combatientes seguirán sin práctico, guiándose por las indicaciones dadas a Fidel por *Pepe* Isaac. Ha dejado de llover, pero el avance se hace difícil porque el camino está muy enfangado y resbaloso. Suben hasta el firme de la Maestra en Polo Norte, y siguen luego por el firme en dirección al este. Durante el recorrido, encuentran huellas que indican el paso reciente de tropas del ejército por la zona. Posiblemente se tratara de una parte de las fuerzas acantonadas en San Lorenzo, que se habían movido por el firme de la Maestra como parte de las maniobras del día anterior. Ya amaneciendo, llegan a las Minas del Frío.

Raúl relata:

El inicio de marzo lo empezamos levantándonos a las 4 y tomando un camino real (casi un trillo) tan enlodado, resbaloso e incómodo como los anteriores y peor aún. Pasamos por el Purgatorio, el Polo Norte y varios lugares, cuyos nombres nadie me dijo. Por el camino, encontramos rastros de cáscaras de cañas comidas el día anterior, a lo largo de una distancia de 150 a 200 metros. Era que la tropa del gobierno había hecho un alto para refrescarse el día anterior. En una marcha rápida, aprovechando tramos del camino que eran rocosos, llegamos al aclarar a la Mina [del Frío], donde vive un tal Mario Sariol.

Las Minas del Frío, ubicadas en el mismo firme de la Maestra a unos 960 metros de altura sobre el nivel del mar, no eran todavía en ese momento lo que llegarían a ser después al segundo año de la guerra, cuando por su privilegiada posición dentro del territorio rebelde se convirtieron en uno de los puntos más estratégicos del Primer Frente y en sede de la primera escuela de reclutas del Ejército Rebelde, y mucho menos lo que serían después del triunfo de la Revolución,

cuando se instaló allí una escuela formadora de maestros y el lugar se transformó casi en una pequeña ciudad en el corazón de la montaña. En aquel momento, el barriecito estaba compuesto apenas por tres o cuatro viviendas de familias campesinas dedicadas fundamentalmente al cultivo del café. Entre esas familias estaba la de Mario Sariol, el vecino mencionado por *Pepe* Isaac con la prevención de que podía ser colaborador de los guardias.

Una vez más, Fidel decide hacerse pasar por oficial del ejército batistiano. En vista del estado lamentable de sus uniformes y las ya crecidas barbas, el jefe guerrillero se adelanta a la casa de Sariol con otros dos o tres combatientes, y ordena al resto de sus hombres aguardar en un platanal cercano. Almeida llama a la puerta, y sale a recibirlos un hombre alto y enjuto, que los invita cortés pero reticente a pasar a la casa y esperar un poco de café que prepara la mujer.

Fidel se presenta como jefe de una tropa especial del ejército que persigue al grupo guerrillero y, después de tomar café, conversa con el campesino tratando a la vez de obtener información y de estudiar a su interlocutor. Sariol refiere que recientemente había acampado en su casa una tropa que se mantuvo varios días emboscada en el camino y había rastreado los montes cercanos.

He aquí como sigue narrando Raúl en su diario esta conversación:

F. [Fidel] decidió tomar café en la casa. Igualmente nos hicimos pasar por guardias, a pesar de nuestro escaso número y del estado de nuestra indumentaria, con el cuento de que éramos tropa especial. Todo pasó. Después del café y de unas cañas que comimos decidimos decirle que nos preparara comida, a lo que el chivato aceptaba gustoso. Empezó a hablar con F. y este a sacarle datos. Unos días antes, en su casa habían estado acampados 75 guardias, con una emboscada en el camino (creyendo que saldríamos de la Sierra, cuando en realidad hacía días que estábamos a sus espaldas y

ahora volvíamos a la querida Sierra). Sigue hablando mucho, que estuvieron peinando todo el bosque de los alrededores, etcétera, etcétera. No obstante, decidimos comer y retirarnos rápidamente a los bosques firmes que ya los teníamos a la vista, después de estar casi quince días en medio de columnas de soldados, de un cayito de monte a otro, enfermos de los nervios. Una campesina se dirigió, por medio de Mario [Sariol], al teniente González (F.) para que la dejaran pasar a los Cocos [El Coco] a ver a su mamá enferma. Concedido el permiso.

Fidel sugiere a Sariol trasladarse a un monte cercano para continuar conversando, pues no es conveniente permanecer en la casa a la orilla del camino. El campesino lo acompaña, después que el jefe guerrillero manda a buscar al resto de la tropa que aguardaba cerca. Ya en el cayo de monte, a unos 500 metros más abajo de la casa cerca de un arroyo, el jefe rebelde, después de observar cuidadosamente a Sariol, se franquea con el campesino, identificándose como el propio Fidel Castro. La inmediata reacción de Mario Sariol, quien abraza a Fidel entusiasmado, sorprende a los demás combatientes, que hasta ese momento pensaban que se trataba de una persona no confiable.

Al igual que *Pepe* Isaac y muchos otros campesinos de la Sierra Maestra, las simpatías políticas de Sariol se habían inclinado siempre hacia Chibás y la Ortodoxia. Al parecer, la céntrica ubicación de su vivienda, punto de tránsito obligado de cualquier patrulla del ejército que anduviese por la zona, le había ganado la fama de amigo de los guardias. A partir de ese momento y a lo largo de toda la guerra, Mario Sariol será uno de los más útiles y leales colaboradores campesinos del Ejército Rebelde, al que finalmente ingresará como combatiente.

Fidel le pide que prepare con rapidez alguna comida para sus hombres, pues es necesario alejarse lo antes posible de la zona e internarse en los intrincados montes de la Sierra

Maestra, donde se sentirán más protegidos. Sariol regresa a su casa y de inmediato manda matar cinco o seis gallinas y preparar arroz y vianda.

El grupo rebelde se acomoda en el montecito. Se sitúan algunas postas. En el alto, junto al camino del firme, se posiciona Guillermo García con Ciro Frías y Manuel Fajardo. Por su parte, Juventino Alarcón sustituye su fusil Springfield dañado por el de Raúl Díaz y se sitúa en la propia casa del campesino, con instrucciones de no dejar salir a nadie del lugar. Poco después, el jefe rebelde ordena a *Beto* Pesant dirigirse también a la casa y pedirle al campesino que por lo pronto haga café para traer a los compañeros que aún no han tomado.

Mientras aguardan la comida, algunos combatientes toman el sol en varios claros del montecito. Otros se afeitan, por orden de Fidel. Al rato, el siempre vigilante Luis Crespo divisa por la mirilla de su fusil una hilera de varios hombres que al parecer con fusiles y mochilas bajan desde el firme del Frío, a unos 400 metros de distancia, a quienes toma por la vanguardia de una columna de soldados, y da la alarma. *Yayo* Reyes asegura también haber visto algo. En ese momento, llega *Beto* Pesant de la casa con la información de que una mujer ha traído la noticia de que otra tropa enemiga se aproxima desde La Esmajagua.

Prosigue relatando Raúl:

Todo estaba muy bien, tres postas bien situadas, además de dos compañeros en la casa donde cocinaban y nosotros como a 500 metros en un cayo de monte no muy pequeño. En eso Crespo, que siempre está mirando con su mirilla y fue el que había visto los soldados del día anterior, dijo sorprendentemente: “Vienen soldados por allá, vi como a cinco”, señalando para un firme no muy tupido que nos quedaba al frente, inclinado un poco a la derecha, como a 400 metros. Lo peor del caso es que un poco más adelante estaban situados los compañeros de

posta y cuidando precisamente un camino que era en dirección contraria al que según Crespo traían los soldados. Aunque todos estuvimos mirando, sólo Yayo dijo que vio algo. En esto estábamos, cuando llegó Pesant, uno de los que estaba en la casa, y dijo que una mujer que había llegado, decía que de La Demajagua [La Esmajagua], por el camino, venían para acá tropas.

Temiendo que el ejército esté intentando tender un nuevo cerco, Fidel decide no esperar la comida y ordena una inmediata retirada. Rápidamente, Pesant y Yayo salen en busca de Guillermo, Juventino y los otros dos que están de posta, mientras Fidel baja con los demás hombres por el camino en la dirección indicada a los compañeros que fueron a recoger las postas. En un punto determinado, al llegar a un arroyo, giran hacia la izquierda no sin antes dejar a un combatiente en el camino para indicar el rumbo que ha tomado el destacamento. Cuando Pesant y Yayo regresan con Guillermo, Ciro Frías y Fajardo para reunirse con el resto de la tropa, no toman por el camino por considerarlo riesgoso, sino que deciden dar un rodeo por el monte. Al llegar al lugar donde estaban acampados Fidel y los otros, no los encuentran ya allí, y el combatiente que los esperaba llegar por el camino no los ve dentro del bosque. Mientras tanto, a poca distancia del lugar, Fidel y sus compañeros aguardan en el monte a la orilla del arroyo y escuchan por el radio las noticias del día. Mario Sariol, por su parte, tampoco encuentra a nadie cuando regresa al poco rato con la comida ya preparada: fricasé de gallina, congri, yuca y ensalada.

Raúl continúa relatando:

Inmediatamente, sin comprobar nada, pues no había mucho tiempo en caso de ser cierto, nos marchamos. Mandamos a recoger las postas y a Juventino, que se había perdido buscándonos; dejamos un compañero en el camino real, en el lugar donde nos desviamos, esperando a los otros seis compañeros, y

bajamos por una ladera inclinada, llena de bejucos y con pocos árboles, hasta un arroyo donde esperamos, mientras oíamos noticias por radio por espacio de dos horas.

Precisamente ese día, los órganos de prensa difundían un comunicado del estado mayor del ejército en el que se ofrecía una versión totalmente desfigurada de los acontecimientos ocurridos en la Sierra Maestra desde el 2 de diciembre de 1956. Así, el mando enemigo justificaba su derrota en el cuartel de La Plata con el infame argumento de que se trató de un asesinato de indefensos soldados mientras dormían, confiados en una supuesta tregua promulgada por el régimen. Se afirmaba que días después, en el encuentro en los Llanos del Infierno, las fuerzas insurgentes habían sufrido once bajas, y se reconocía que el ejército había tenido tres muertos y dos heridos. Se informaba también que, a partir de los primeros días de febrero, tras la organización de una fuerza combinada del ejército, la Marina y la Aviación al mando del coronel Pedro A. Barrera Pérez, cuyo cuartel general se estableció en El Macho, las tropas de la tiranía habían emprendido una operación de limpieza en toda la Sierra, en el curso de la cual se habían sostenido varios encuentros con los grupos rebeldes, que se estimaba por esa fecha en unos 50 hombres. En dichos encuentros, afirmaba el comunicado, se hicieron a los insurgentes gran cantidad de bajas y se ocuparon numerosos documentos, equipos y armas.

Ya por esta fecha, continuaba la información, el estado mayor disponía de datos precisos acerca de la separación el pasado 5 de febrero de un grupo de combatientes en mal estado físico, mientras que el resto de los hombres a las órdenes de Fidel Castro permanecían dispersos en grupos de dos o tres “para tratar de sobrevivir y escaparse”, según declaraciones de un prisionero. Resumía el comunicado del estado mayor que “en estos momentos la partida de Fidel Castro ha quedado reducida a menos de veinte hombres, dispersos y maltrechos, que rehúyen todo encuentro con las

Fuerzas Armadas”. Agregaba que la situación en la zona estaba normalizada y se esperaba poner fin a las operaciones militares en breve plazo.

Al cabo de tres cuartos de hora, regresa a donde espera Fidel el combatiente que han dejado de guardia en el camino, sin haber hecho contacto con los que faltan. Suponiendo que el resto ha tomado por otro rumbo y confiando en que aparecerán al poco rato, Fidel y los que han permanecido con él se adentran más en el tupido monte.

Una vez más —la tercera sin contar la dispersión en Alegría de Pío—, la guerrilla se divide y se pierde el contacto entre los grupos. En esta ocasión, quedan separados los seis combatientes que no habían venido en el *Granma*: Guillermo García, Beto Pesant, Juventino Alarcón, Ciro Frías, Manuel Fajardo y Yayo Reyes. Este grupo logra completarse con la incorporación de Juventino, quien había permanecido en la casa de Sariol. Pasan el resto del día buscando infructuosamente a sus compañeros en los alrededores de las Minas del Frío, y ya de noche duermen en el firme.

En definitiva, la información de la tropa que avanzaba desde La Esmajagua resultó ser incierta. Puede haberse tratado de los propios rebeldes, que llegaron a las Minas desde esa dirección. Por su parte, los guardias que creyeron ver Crespo y Yayo Reyes parecen haber sido campesinos cargados con sacos de viandas. Pero en ese momento los combatientes no lo saben, y consideran riesgoso regresar a la casa de Sariol o volver atrás a Purgatorio. Confían, además, en que pronto volverán a encontrarse con Fidel, al que suponen con buen juicio cerca de allí. En esta ocasión, lo precipitado y sorpresivo de la dispersión no ha dado tiempo, como ya es lo habitual en la guerrilla después de las experiencias anteriores, a dejar establecido un punto de reencontro en caso de separación, pero siempre queda como referencia el programado encuentro con el refuerzo en la loma de Caracas alrededor del 15 de marzo.

Esta vez, el grupo que ha permanecido con Fidel está integrado por doce hombres: el propio Fidel, Raúl, Almeida,

Camilo, Ciro Redondo, *Julito* Díaz, Efigenio Ameijeiras, Luis Crespo, Universo Sánchez, Gabriel Gil, Esteban Sotolongo y Raúl Díaz Torres. Por una singular casualidad, todos son expedicionarios del *Granma*. Ésta será la única ocasión en toda la guerra en que el contingente guerrillero comandado por Fidel contará con doce combatientes.

Al caer la tarde, continúan la marcha hasta llegar al caserío abandonado de La Magdalena, en la vertiente sur de la Maestra. El jefe rebelde decide pasar la noche allí. Luego de situar las postas, los combatientes se distribuyen en varios bohíos vacíos y, después de comer lo poco que encuentran en el lugar, se disponen a dormir. Raúl concluye así sus anotaciones ese día:

Llegó el compañero que dejamos esperando y calculando que los otros seis se retirarían por otro lado, nos marchamos más adentro del húmedo y putrefacto bosque. Esperamos a las 4 y 30 para seguir marchando. Llegamos a un claro de la Magdalena, lugar desalojado. Esperamos la noche, comiendo algunas cañas que había cerca. Oscuro completamente, bajamos con mucho trabajo para después de atravesar un río subir de nuevo. Dormimos en uno de los bohíos abandonados, después de comernos algunos plátanos maduros que encontramos.

Por su parte, Che y el Maestro han permanecido todo el día en Purgatorio, ignorantes de la nueva dispersión que ha sufrido el destacamento rebelde. *Pepe* Isaac ha prometido regresar al otro día. El asma continúa afectando al médico argentino devenido esforzado guerrillero, que casi no puede sostenerse en pie. Desde el montecito donde se guarecen escuchan los ruidos distantes de las tropas enemigas que continúan peinando los lugares por donde los rebeldes han transitado el día anterior. Barreras muestra cada vez mayor intranquilidad e impaciencia.

Las anotaciones de esta jornada en el diario de Che dicen así:

Fue uno de esos días que se graban en la memoria como ejemplo de incomodidad, de cosa viscosa. Sentados a 100 metros de la casa donde está concertada la cita pasé doce horas, con mi asma cediendo y aumentando pero sin desaparecer. Luego caminas diez pasos y paras toda la noche en una incómoda ladera con el asma prendida al cuello, sin poder dormir hasta por la madrugada y sabiendo que irremisiblemente hay que esperar hasta el día siguiente a las 3, si cumplía el hombre su encargo. Por la noche tres temblores de tierra pusieron una nota distinta en la calcomanía de las horas nocturnas llenas de ahogo.

Durante el día, el tableteo de los morteros y ametralladoras en el mismo monte donde habíamos parado el día anterior indicaba que la tropa alguna noticia tendría de nuestra aparición en el lugar y que tal vez mañana peinaría el monte donde ahora estamos. El Maestro, mi compañero, se lo pasa bastante nervioso queriendo meterse continuamente más adentro en la manigua. Hoy no tuvimos noticias pues el radio está con Fidel.

SÁBADO 2 DE MARZO

Al amanecer, el núcleo central del destacamento guerrillero, compuesto ahora sólo por doce combatientes, permanece acampado en el caserío abandonado de La Magdalena. El hambre los atenaza y buscan por doquier algún alimento para cocinar.

Raúl anota ese día en su diario: “Se capturaron algunas viandas y un gallo grandísimo y subiendo a un bohío muy estratégicamente situado, cerca del bosque, lo guisamos y comimos internados en el bosque y caminando toda la tarde. Cocinamos aprovechando la niebla”.

Por la mañana, el grupo se encamina en dirección al este por una zona intrincada en la que hay que abrirse paso entre tupidas marañas del bejuco tibisí, cuyas hojas desgarran la ropa y la piel como si fueran afiladas cuchillas de afeitar. El hambre, el frío, la lluvia, la niebla, el fuerte viento, los azota. Nunca como en estos días, los combatientes comprobarán con mayor certeza que el medio es un enemigo tan terrible para el guerrillero como las propias fuerzas militares contra las cuales deben combatir. A esta situación se añade la incertidumbre por la suerte de Che y de los demás compañeros que han quedado separados.

Cerca del mediodía, llegan al alto de la loma de la Iglesia, a 1.189 metros sobre el nivel del mar, desde donde observan el vasto panorama de una zona de la Sierra que será después escenario de importantes acciones, sobre todo durante el segundo año de la guerra. Al sur se abre ante ellos el ancho valle del río La Magdalena, en cuyas aguas, a la altura de Macagual, los combatientes se habían bañado días antes del combate de La Plata. A sus pies, el río atraviesa en su curso superior los barrios de La Magdalena, que acaban de abandonar, El Roble, El Coco y, más abajo, Caguara. A la derecha, hacia el oeste, el barrio de Meriño queda encerrado en semicírculo, desde el norte, entre los firmes del Frío y Polo Norte, el alto que divide Meriño del Tabaco y el firme de Caraquitas, a partir del cual comienza a elevarse la mole siempre impresionante de la loma de Caracas, que cierra el panorama hacia el suroeste. A la espalda de los combatientes, hacia el norte, un estribo del firme de la Iglesia enlaza con la loma que algunos en la zona llaman del Quei, por aquello de que su forma recuerda un pastel o *cake* de cumpleaños, detrás de la cual corre de oeste a este el firme de la Maestra entre Minas del Frío y el alto de Mompié. A su izquierda, en dirección al este, el angosto cañón del río del Jigüe semeja una profunda herida en la montaña, tras la cual se alza imponente, cual coloso indiscutible de toda esta zona de la Sierra, el monumental macizo de la loma del Jigüe. Del otro

lado del alto de Caguara, hacia el sureste, los combatientes adivinan el brillante reflejo de las aguas del río La Plata, y al fondo, tras las últimas estribaciones de los firmes de la costa, el mar, a unos 10 kilómetros de distancia a vuelo de pájaro.

Raúl anota: “Descubrimos zonas de futuras operaciones. Desde un mirador natural de piedra, estuvimos contemplando la amplia zona, la loma de Caracas, La Plata, el río la Magdalena, el mar y hasta un crucero que se pasa el tiempo recorriendo este tramo del litora”.

Por la tarde, descienden un tramo de la loma por su cara oriental, la que da para el río del Jigüe, y acampan a mitad de la falda para pasar la noche. Raúl apunta: “Bajamos un poco más, hasta la mitad, pues arriba hacía un frío horrible que ni al mediodía se podía estar, y dormimos, también con mucho frío; por suerte esa noche no llovió. El gobierno suspendió de nuevo las garantías”.

Fidel y sus compañeros desconocían entonces que, a pocos kilómetros de allí, el grupo de seis combatientes dispersos el día anterior, cuyo mando ha tomado Guillermo García, marcha en dirección contraria, rumbo suroeste. Luego de cruzar el alto de Meriño, llegan a la casa del campesino Adriano Sardiñas, en Caraquitas, donde comen algo. Continúan camino y duermen en uno de los estribos de Caracas.

Por su parte, Che y el Maestro permanecen toda la mañana en el mismo lugar donde se han establecido desde el día anterior en Purgatorio, en espera del regreso de *Pepe* Isaac. A media tarde, casi exactamente a la hora convenida, aparece el campesino. Trae el medicamento pedido y un poco de comida. Che resume así los acontecimientos de esta tranquila pero impaciente jornada para él:

Día de quietud absoluta sentado en el mismo lugar donde mal pasé la noche, esperando con esperanza y temor las 3 de la tarde, hora en que el hombre traería la medicina. En efecto, a la hora prometida se apareció con el Dispne-Inhal, un solo frasco es

cierto, pero lo trajo, además de la leche, el chocolate y un poco de galleta. Yo con el hambre atrasada me abalancé sobre el chocolate y creo que eso contribuyó a que no me aliviara sino a medias a pesar de contar con la medicina. A la noche no podía caminar aún y como amenazaba agua nos metimos en el bohío asaltado por nosotros la noche pasada [el de Manuel Cintras], el que estaba abandonado por sus moradores que tienen otra casa más arriba. Allí dormí algo más tranquilo pero sin mejorarme aún. La carencia de noticias es casi total, solamente trajo José Isaac de Manzanillo la noticia de que las garantías estaban nuevamente suspendidas, sin que supiera informarnos sobre la censura.

Todavía Che no conoce lo ocurrido con sus compañeros el día anterior a muy poca distancia de donde él estaba esperando, ni llega a él la noticia de que ese mismo día una fuerte patrulla de guardias ha llegado a las Minas del Frío desde San Lorenzo.

DOMINGO 3 DE MARZO

El destacamento guerrillero al mando de Fidel, reducido ahora a doce hombres, amanece acampado este día en la falda de la loma de la Iglesia. El jefe guerrillero ha decidido invertir los días que los separan del plazo acordado para el encuentro en Caracas con Che y el refuerzo del llano, para conocer nuevas partes de la montaña, sobre todo el territorio en torno al alto del Jigüe o del Pino, como también le llaman en la zona, que tan buenas perspectivas ofrece a simple vista.

Cerca de las 10:00 de la mañana, los combatientes emprenden la marcha en dirección al este. Siguen bajando por la falda hasta llegar al río del Jigüe, muy cerca de sus cabezadas, donde algunas familias campesinas han levantado sus viviendas y han creado el pequeño barrio de Jigüe Arriba.

En este lugar las casas también han sido abandonadas por sus pobladores, temerosos de las amenazas de bombardeos y represalias formuladas por los guardias.

Parten dos patrullas a explorar los alrededores. Una de ellas, compuesta por Raúl y Efigenio Ameijeiras, parte aguas abajo y regresa al rato sin haber encontrado nada significativo. La otra, formada por Ciro Redondo y Camilo Cienfuegos, asciende más aún por el río y encuentra dos casas habitadas, las únicas del lugar. Simulan de nuevo ser soldados. Uno de los combatientes, posiblemente Camilo, se queda en la primera de las viviendas, mientras el otro regresa a avisar.

Raúl narra en su diario:

Decidimos dormir hasta la media mañana. A las 7 me fui de guardia. Como a las 10 salimos de nuevo. Llegamos a los altos del Jigüe desalojado. Subimos dos patrullas de a dos hombres cada una. Nada encontramos Efigenio y yo; en cambio, Ciro y Camilo, que tomaron un caminito a la izquierda contrario a nosotros, subieron a los cabezos del Jigüe y encontraron dos casas habitadas. Pasándose por guardias, uno se quedó en la casa y el otro vino a avisar.

Al cabo de algunos minutos, el grupo completo llega a la casa del campesino José Pérez Mojena, conocido por Santos Pérez, que era donde había permanecido el explorador. Las humildes condiciones de las viviendas revelan que se trata de familias muy pobres, seguramente encabezadas por agricultores precaristas que arañan de la tierra apenas el sustento básico para sobrevivir. Habitados al tránsito ocasional de los guardias rurales por el lugar, los campesinos desconfían de aquel grupo de doce hombres cansados y sucios, que con sus uniformes rasgados y las barbas crecidas o mal afeitadas no parecen ser guardias. Al advertirlo, los combatientes se identifican finalmente como revolucionarios. De inmediato Santos Pérez, con disposición no mostrada hasta entonces, ofrece preparar comida. Fidel conversa un rato con el dueño de la casa: como suele hacer en estos

primeros contactos, le explica las razones de la lucha que han comenzado a librar en la montaña y se interesa por conocer la disposición del campesino a seguir colaborando con los rebeldes.

Continúa relatando Raúl:

Fuimos todos para allá y nos identificamos como revolucionarios; además aquellos campesinos no tragaron, pues estaban acostumbrados a ver pasar mucho a los guardias delante de sus casas. Eran los únicos que quedaban por la zona. Se alegraron cuando supieron quiénes éramos, aunque en ningún momento se reveló la identidad de F. [Fidel].

Al mediodía, el grupo rebelde asciende algo más por la falda de la loma del Jigüe y acampa en el monte, mientras aguarda el almuerzo que Santos Pérez y los vecinos de la otra casa —los hermanos Gerardo y *Chichí* Corrales— les llevan ya algo tarde. Por la noche, bajan de nuevo a esta segunda casa, comen y se distribuyen después en el interior del bohío para dormir.

Raúl concluye así sus anotaciones de ese día:

Nos prepararon para por la tarde viandas con carne de macho, que nos la subieron tan tarde que después, cuando fuimos a comer de noche a sus casas, yo por lo menos no tenía apetito. Estamos muy cerca de Las Vegas, donde hay 50 soldados. Pero dentro de la Sierra, donde no hay problemas. Dormimos todos en el bohío de los asustados campesinos, que no pegaron un ojo en toda la noche.

La referencia geográfica de Raúl es ilustrativa de la noción de distancia de los pobladores de la Sierra. Las Vegas de Jibacoa están en realidad al otro lado del firme de la Maestra, pero para Santos Pérez, quien debe haber sido la fuente de la información anotada por Raúl, estaban “al cantío de un

gallo” y a pocas horas de marcha que a un caminante robusto del llano hubiese tomado un día entero.

Mientras tanto, el grupo de seis combatientes que han quedado al mando de Guillermo García continúa moviéndose en la loma de Caracas. Cerca del antiguo campamento guerrillero donde habían sido bombardeados el 30 de enero, toman algunos cigarros, tabacos y fósforos depositados por ellos en una pequeña cueva que sirve de improvisado almacén. Luego regresan hasta cerca de la Cueva del Humo, comen algo que les preparan en una casa amiga y siguen camino en dirección a La Derecha de Caracas, pero deciden hacer noche en el monte antes de llegar a este lugar. Guillermo ha decidido acercarse a la zona de La Derecha de la Caridad, donde campesinos amigos pueden atenderlos mientras esperan con relativa seguridad por el momento de ir al reencuentro con Fidel.

Aún no restablecido del todo, ese propio día Che determina salir finalmente de Purgatorio para iniciar la marcha hacia la finca de Epifanio Díaz, en Los Chorros, lugar indicado para aguardar el refuerzo de hombres organizado por Frank País. Supone con razón que, en las condiciones físicas en que se encuentra, este trayecto le va a tomar mucho más de los dos días que normalmente hubieran bastado. Por otra parte, ya ha permanecido demasiado tiempo en un mismo sitio, lo cual nunca es aconsejable en las circunstancias en que aún se desenvuelve la guerrilla a pesar de la confianza que pueda depositarse en campesinos como *Pepe* Isaac.

Con gran esfuerzo, apoyándose en los troncos de los árboles y utilizando el fusil como bastón, emprende la marcha acompañado por su improvisado ayudante, el poco confiable Luis Barreras. Pero sólo pueden avanzar unos cuantos cientos de metros hasta alcanzar el firme de la Maestra cerca de La Esmajagua. Ese día anota lo siguiente en su diario de campaña:

Día marcado por una victoria espiritual y una derrota corpórea. Mi asma siguió casi igual a antes del

medicamento pero el día 5 hay que llegar al punto indicado y tuve que poner toda mi voluntad en subir una loma que en condiciones normales me hubiera demandado una hora, en cinco largas y agotadoras horas. Si se añade el que estaba a leche sola y mal comido desde varios días atrás se puede tener idea de lo que fue subir la pendiente. A las 6 de la tarde llegué al firme que era mi meta mínima, pero no pude llegar a la casa de Diosdado [Pérez, en La Esmajagua,] a comer pues ya las fuerzas me fallaron y la noche no dejaba ver nada. Comí una tableta de chocolate y enseguida el asma se posesionó de mi con más fuerza pero a base de calmante pude medio descansar durante la noche, preparándome para la agotadora jornada que se avecinaba.

Ya por esta fecha han comenzado a llegar a Manzanillo los primeros grupos de combatientes del refuerzo que organiza Frank País, a cuyo encuentro el día 5 en la finca de Epifanio Díaz debe llegar Che en cumplimiento de la encomienda recibida de Fidel. Desde los días finales de febrero muchos de los integrantes del refuerzo se han ido concentrado en distintas casas de militantes y colaboradores del Movimiento en Santiago de Cuba, donde todos han llenado una planilla en la que consignan sus datos personales, suscriben un juramento de luchar hasta la muerte en la nueva misión que se les asigna y una gran parte son vacunados contra el tétanos y el tifus.

Vilma Espín, Haydée Santamaría, Asela de los Santos, Marta Correa y otros miembros del Movimiento en Santiago se hacen cargo del traslado de los combatientes, que se realiza en automóviles particulares y en grupos de dos o tres. En estos días se dan decenas de viajes entre Santiago y Manzanillo, muchas veces varios en una misma jornada.

El punto habitual de recepción de los combatientes es la casa de Felipe Guerra Matos, a la entrada de la ciudad. De allí, el propio Guerrita u otro combatiente clandestino del

Movimiento los traslada a la casa de René Llopiz, en la finca La Rosalía, donde permanece escondida Celia Sánchez. Ella es quien los recibe, vacuna a los que no han sido vacunados, les entrega un saco de yute para dormir y luego los envía al campamento preparado en el marabusal. Más de tres veces en el transcurso de estos días, Guerra Matos simula celebrar el cumpleaños de su hijo mayor, para justificar el constante movimiento de hombres y autos que llegan y salen de su casa.

Sucesivamente van arribando los grupos de combatientes seleccionados, procedentes de las células de Chaparra y Delicias, Nicaro, Banes, Guantánamo, Palma, El Cristo y Santiago de Cuba. Poco después se sumarán los que proceden del propio Manzanillo y de la cercana Yara.

La vida en el marabusal es rigurosa. Desde su llegada, los combatientes se someten a una disciplina estricta. Ninguno puede salir del lugar. No pueden fumar ni hablar en voz alta. Duermen en el suelo y reciben la comida ya preparada en la casa de Llopiz, de donde llevan también el agua. En el campamento está establecido un sistema de postas y se realizan ejercicios con las armas.

En el marabusal llegan a concentrarse 52 hombres, entre los que se cuentan también tres jóvenes norteamericanos, hijos de militares estacionados en la Base Naval de Guantánamo, que han establecido contacto con el Movimiento en esa ciudad y, después de haber colaborado en la obtención de algunas armas, parque y equipos, han solicitado su incorporación a la guerrilla y han sido aceptados por Frank. También se ha sumado a este contingente Pedro Sotto Alba, expedicionario del *Granma* que, tras la dispersión en Alegría de Pío, había estado escondido durante varias semanas en casa de unos familiares en Gorito, cerca de Media Luna, y había hecho contacto después con el Movimiento en Manzanillo para reincorporarse al destacamento guerrillero.



En el marabusal de la finca La Rosalía, a la salida de Manzanillo, desde los primeros días de marzo de 1957 llegaron a concentrarse 52 integrantes del primer refuerzo a la guerrilla organizado por Frank País. En la foto, de izquierda a derecha, Eloy Rodríguez Téllez, Reynerio Rodríguez Lage, José Lupiáñez y Abelardo Colomé Ibarra.

LUNES 4 DE MARZO

Bien temprano en la mañana, el destacamento rebelde al mando de Fidel abandona la casa de los hermanos Gerardo y *Chichí* Corrales, en los cabezos del Jigüe. Doce hombres componen en este momento la guerrilla, todos expedicionarios del *Granma*: Fidel, Raúl, Juan Almeida, Camilo Cienfuegos, Ciro Redondo, *Julito* Díaz, Efigenio Ameijeiras, Luis Crespo, Universo Sánchez, Gabriel Gil, Esteban Sotolongo y Raúl Díaz Torres. Son los que han quedado juntos tras la dispersión el 1º de marzo en Minas del Frío, la cuarta que sufre la fuerza guerrillera desde el inicio de la lucha tres meses atrás, pero también la última que ocurrirá en toda la guerra.

Esa mañana los combatientes emprenden una marcha difícil y agotadora. El derrotero escogido por Fidel los lleva a atravesar el macizo del Jigüe por lugares carentes de caminos y donde el monte es prácticamente virgen todavía. Por eso durante todos estos días el destacamento guerrillero puede caminar de día sin temor a ser descubierto y atacado por la aviación enemiga. La intención del jefe rebelde es precisamente explorar las posibilidades que puede ofrecer esta parte de la Sierra para la acción futura de la guerrilla.

Pasan primero por varias viviendas desalojadas, pero pronto empiezan a ser cada vez más escasas las señales de una presencia humana anterior. Alrededor del mediodía llegan a un alto en uno de los estribos de la cara occidental de la inmensa loma, a unos 1.270 metros de altura, y acampan en el monte. En este lugar la vegetación característica hasta ahora comienza a cambiar. Aparecen los primeros árboles que anticipan los grandes pinares que dan uno de sus nombres al firme de esta montaña: el alto del Pino. La densa neblina del lugar, junto con la persistente y fina lluvia y el fuerte frío, recuerdan a Raúl lo que ha leído acerca del ambiente habitual de la ciudad de Londres, la capital inglesa, y el lugar queda bautizado por él con ese nombre. En su diario, el combatiente anota ese día:

Temprano, después de tomar café, nos marchamos. (Caminamos ese día una jornada larguísima, pasando por varios lugares que por estar desalojados no sabemos los nombres.) Llegamos a “Londres”. Descansamos en el bosque, en un bohío cercano se capturó otro gallo duro y con un sopón hecho con viandas nos lo comimos. El lugar es ideal. El frío, la neblina y la lluvia o llovizna son aliados nuestros en estos momentos. Escasea la comida, pero mientras exista por ahí alguna gallina descarriada y algunas viandas con un poco de sal, no hay problemas.

El resto del día descansan. Algunos aprovechan para lavar los enfangados uniformes en un arroyo cercano. Esa noche duermen en el monte, sobre la falda de la loma. Las guardias se organizan en la forma habitual. Lluve fuertemente. Raúl concluye sus anotaciones de esta forma:

En “Londres” dormimos abrigados en el (Street # 10) [se refiere irónicamente a la dirección de la residencia oficial del primer ministro británico: el número 10 de Downing Street]. Aproveché para lavar un par de medias y una camiseta que se la daré a F. [Fidel]. Me he pasado el resto del día descalzo y la posta por la noche la hice con un pie al aire, pues el derecho está enfermo por tres lugares: una llaga en el empeine, otra ya mejor un poco más arriba y al borde a la derecha, pues otra llaguita; dos de las tres tienen humor y están hinchadas. Este pie afectado ya por las botas antiguas, por la constante mojarón, sin tener con qué cambiarme y las botas nuevas que me apretaban un poquito, he ahí una infección por tres partes. Así he caminado varios días y a cada paso un dolor. Con yodo y sulfatiazol he mejorado algo.

Por su parte, el grupo de seis combatientes encabezado por Guillermo García, que había quedado separado de los demás tres días antes en Minas del Frío, ha continuado

moviéndose por la zona de La Derecha de Caracas. Cerca de las 3:00 de la tarde bajan hasta la casa de unos campesinos conocidos de *Ciro Frías* y comen en un cafetal cercano lo que les prepara la familia. Ya de noche, deciden continuar la marcha con rumbo general al oeste, con la intención de alcanzar La Derecha de la Caridad. Avanzan en la oscuridad por un trillo. En la vanguardia va *Ciro*; le siguen *Guillermo*, *Fajardo*, *Juventino Alarcón* y *Yayo Reyes*, y cierra la retaguardia *Beto Pesant*.

Alrededor de las 9:00 de la noche *Ciro* divisa más adelante una casa al parecer abandonada, y deciden acercarse a ella. Sin embargo, pocos metros antes de llegar son sorprendidos por un fuego de fusilería casi a boca de jarro. Al parecer, han caído en una emboscada enemiga. Después sabrán que se trataba de un pelotón de guardias que andaba de recorrido por la zona y habían acampado allí para pasar la noche.

Afortunadamente, entre la sorpresa y la oscuridad estas primeras descargas no provocan bajas en el grupo. Los combatientes saltan al monte, a ambos lados del camino, y se dispersan en distintas direcciones. *Guillermo* es alcanzado por un disparo que golpea de soslayo el casco militar que siempre utiliza desde el combate de La Plata, y queda tendido en el suelo seminconsciente por el impacto durante varios minutos. Cuando se recupera trata de encontrar en la oscuridad su fusil y su mochila, pero no los ve dentro de la manigua del monte y se retira a rastras bajo la lluvia de balas de los guardias, que siguen disparando a bulto sin avanzar desde sus posiciones en la casa. Algunos metros más adelante se encuentra con *Juventino* y *Pesant*.

Ciro Frías y *Fajardo* se han retirado en la misma dirección, y se reúnen a los pocos instantes. Siguen alejándose por dentro del monte, y pierden el contacto con sus demás compañeros. *Yayo Reyes*, por su parte, que al igual que los demás se ha retirado precipitadamente hacia el monte, tampoco logra encontrar a los demás, y se queda solo y extraviado.

Ese día, Che permanece en la zona de La Esmajagua. Desde el 28 de febrero no ha podido continuar con el resto del destacamento guerrillero a causa de un fuerte ataque de asma que lo tiene casi completamente impedido. Fidel lo ha dejado al cuidado del campesino José Isaac, en Purgatorio, y en compañía del combatiente Luis Barreras, conocido por el Maestro. Tiene la misión, una vez mejorado, de ir al encuentro del refuerzo que se prepara en Manzanillo para incorporarse a la guerrilla.

Pero Che está tan fatigado por los efectos de tantos días de asma constante que se siente imposibilitado de caminar más de unos pasos. Temprano, decide bajar a comer a la casa de Diosdado Pérez, mas la vivienda sigue estando abandonada. Luis Barreras continúa dando muestras crecientes de nerviosismo, y no quiere ir con él hasta la casa. La mayor parte del día Che la pasa solo, en un altico cercano a la vivienda desde donde puede vigilar los alrededores. Al atardecer, emprende de nuevo la marcha con la intención de llegar hasta alguna de las otras casas por las que habían pasado días antes, para tratar de conseguir algo de comer. En el camino encuentra a Barreras. Che lo narra así en su diario:

La agotadora jornada fue agotadora para mí pero nada rendidora. Al final de la misma estamos en el arroyo de la Demajagua [La Esmajagua]. Temprano bajé a comer a casa de Diosdado para enterarme de que allí no había nadie, sin embargo, el Maestro [Luis Barreras] había [palabra ilegible en el original] su temor de acercarse a casas y no apareció en todo el día. Lo pasé vigilando desde un mirador sin que se vieran señales de vida en la vecindad. A las 6:30 de la tarde cuando ya daba al Maestro por desertor, fui bajando y lo encontré de ida también. No está clara su actitud pero le tiré los cojones y le ofrecí irse del Movimiento y no aceptó.

Los dos combatientes llegan a la casa donde vive la madre de Rafael Aldana, uno de los campesinos que habían auxiliado a la guerrilla en la zona de los cabezos del Jigüe, la primera vez que Fidel y sus hombres pasaron por aquel lugar al regreso del combate de los Llanos del Infierno. Aquella vez, Tana, que es el sobrenombre de esta campesina, había llegado de visita a la casa de sus hijos. Pero ahora el fogón de leña de la humilde vivienda está apagado, porque en la casa no hay nada que cocinar ni que comer. En vista de ello Che sigue camino, hasta llegar a la casa de Sarvelio Arias, ocupada todavía por Graciano Aldana, cuya esposa les prepara comida. Más tarde, un vecino los acompaña hasta la casa de Hernán Pérez, a donde llegan a una hora tan avanzada que el combatiente desiste de su intención de seguir caminando y decide pasar allí el resto de la noche.

Che sigue narrando:

Después de caminar un rato, viendo algún que otro árbol desgajado por el bombardeo llegamos a la casa de la viejita Aldama [Aldana], cuyos hijos nos dieron de comer alguna vez por el río de La Plata arriba. La vieja nos recibió muy amable, nos abrazó y lloró un poco contándonos cómo los bombazos casi le habían matado un hijo, pero no tenía nada de comer y seguimos con la barriga vacía hasta la casa siguiente, la de Sarvelio, cuyo sobrino Enamorado tan bien nos había tratado la vez anterior. [Se refiere a Graciano Aldana, conocido por Enamorado y sobrino tanto de Sarvelio Arias, el dueño de la casa, como de Florentino Enamorado, el colaborador rebelde del Ají.] La señora nos preparó un arroz blanco y huevos fritos que me cayeron maravillosamente al estómago pero mi asma seguía malísima y no había forma de caminar diez pasos sin parar. Para colmo el miedo del Maestro le hizo ponerse de acuerdo con el guía para darnos un rodeo tremendo, que dio como único resultado práctico el que yo llegara agotado y a las 2

de la mañana a la casa de Hernán, donde podría haber estado a las 12, listo para seguir el camino y alcanzar nuestra meta. Allí dormimos bajo techo, huyendo de un aguacero bastante grande que se descolgó por la madrugada.

MARTES 5 DE MARZO

El destacamento guerrillero se mantiene todo el día acampado en un alto neblinoso y frío en la falda noroeste de la loma del Jigüe. La copiosa lluvia de la noche anterior y la constante llovizna de esa jornada, el fuerte viento y el frío intenso los hacen permanecer inmóviles en el lugar. Al mediodía cocinan algunas viandas y frijoles recogidos en un bohío abandonado, aprovechando la espesa neblina.

Por la tarde, Fidel y Almeida salen a explorar los alrededores y regresan al cabo de las dos horas. Poco después, el jefe rebelde ordena a dos patrullas salir en direcciones distintas. Una de ellas regresa al rato con una gallina, un poco de vianda y unas cuantas cañas.

Raúl anota ese día en su diario:

Nos levantamos y pensamos seguir, pero como llovió bastante anoche y las huellas se deben haber borrado, haciendo además un frío tan grande, igual que el aire, lloviznas a ratos y una niebla tan tupida, nos quedamos y hasta estamos cocinando en pleno mediodía un poco de frijoles colorados que recogimos en un bohío y algunas viandas: plátanos y malangas. No sabía que en Cuba había lugares tan fríos como este. Por la tarde, F. [Fidel] y Almeida salieron a explorar y al regresar, a las dos horas, mandaron dos patrullas una por el trillo donde vinimos y otra por el lado opuesto. Oscuro ya, Universo [Sánchez] y Julito [Díaz] regresaron con una gallina prieta, varios plátanos y dos trocitos de caña para cada uno. Eso

se comerá mañana. A las 8 y 30 p.m. comimos frijoles negros y plátanos. Lo delicioso de estos platos sencillos es lo caliente que los comemos y que casi nos llenan momentáneamente.

Ese día Che y el Maestro siguen sin moverse de La Esmajagua. Las noticias de que los guardias están peinando los alrededores y la imposibilidad de caminar con rapidez, han impulsado a Che a tomar la decisión de esperar un poco más en el lugar. Ya está claro para él que no podrá llegar a la finca de Epifanio Díaz a tiempo para cumplir el plazo acordado con Fidel para recibir allí el refuerzo, que vence precisamente ese día.

Al amanecer, los dos combatientes llaman a la casa de Emiliano Pérez, el padre de Hernán, donde les indican tomar arroyo arriba hasta un pequeño monte cercano. Los efectos de la incursión de los guardias la semana anterior siguen pesando en el ánimo de muchos de los vecinos de la zona, cuya disposición natural es a la colaboración con los guerrilleros pero sienten temor por la posible represión. A duras penas Che llega hasta un cayo de manigua al borde del arroyo. Las fuerzas le faltan para seguir, y permanecen allí.

A la caída de la noche llega a buscarlos un vecino de Purgatorio, conocido de Barreras. Bajan a comer a casa de Emiliano. Éste los traslada después a la casa de Luis Rodríguez, quien se compromete a servirles de guía hasta el alto de La Vigía. Por estos campesinos Che se entera de varias informaciones, entre ellas del paso por el lugar de Armando Rodríguez, expedicionario del *Granma* separado definitivamente de la guerrilla tras la dispersión en el alto de Espinosa el 9 de febrero. Le refieren también de la presencia en la zona de numerosas patrullas enemigas. Veamos cómo narra todo esto Che:

Ya se puede confesar abiertamente el fracaso de la misión, pues no hemos podido casi movernos y expiró esta noche el plazo de la entrevista. Al amanecer,

llamamos a la puerta del viejo Emiliano [Pérez], quien estaba muy cagado pero menos que el hijo; nos dijeron que eso estaba perdido, que había guardias por todos lados, que era imposible quedarse, que nos fuéramos por el arroyo arriba hasta una casa de tablas, que él nos esperaba allí. Fuimos como mal podía yo hasta una pequeña manigua al borde del arroyo y allí nos quedamos hasta el anochecer en que llegó Raúl, un amigo del Maestro, a buscar a éste. Por Raúl nos enteramos que el guajiro Armando Rodríguez había pasado con su ametralladora pero vestido de paisano el día 11 de febrero, es decir, dos días después del ataque en los altos de Espinosa. Fuimos a comer a casa del viejo Emiliano, enterándonos de que Hernán había salido para Manzanillo. El día del ataque parece que se iba con Luis Rodríguez a verme cuando lo sorprendió la balacera. Los muchachos de Emiliano se mostraron todo lo amistosos que a los varones hacía falta y además muy afables. Emiliano nos llevó a casa del nombrado Rodríguez el que debía llevarnos a los altos de La Vigía, pero éste nos enteró que entre la casa de Cabrera [debe referirse a algún vecino de La Vigía, La Montería o El Jíbaro, en el camino hacia Los Chorros] y la de Epifanio [Díaz] había 200 guardias regados. En esas condiciones y como estaba yo, no valía la pena tentar el esfuerzo, de modo que quedamos escondidos en un arroyo y Luis [Rodríguez] irá a la zona del Jíbaro a informarse de cuántos guardias hay en la finca y llevarnos entonces directamente a casa de Epifanio por un camino mucho más corto.

El grupo al mando de Guillermo García, reducido ahora a tres combatientes, alcanza ese día el alto de Espinosa y poco después del mediodía pasa junto al lugar donde había sido enterrado por el enemigo el combatiente Julio Zenón

Acosta, caído en el sorpresivo tiroteo del 9 de febrero. Siguen camino con rumbo a su objetivo inmediato, que es la zona de La Derecha de la Caridad, y al anochecer llegan al alto del Lomón, donde acampan para pasar la noche. Desde la sorpresiva emboscada de la noche anterior no han vuelto a tener contacto con los otros tres integrantes del grupo que quedó disperso en las Minas del Frío.

De estos tres combatientes, Ciro Frías y Manuel Fajardo han seguido juntos, y han decidido enrumbar también hacia La Derecha de la Caridad, donde las amistades y parientes de Ciro pueden auxiliarlos. *Yayo* Reyes, que ha quedado solo, logra orientarse y regresa en dirección al alto de Meriño, con la intención de acudir en busca de ayuda en la casa del campesino Adriano Sardiñas, quien los había atendido dos días antes de la última dispersión.

Ese propio día, en La Habana, en una sesión conjunta de ambas cámaras legislativas que duró poco más de una hora, el Congreso batistiano aprobaba la suspensión de las garantías constitucionales por otros 45 días, como lo había solicitado el dictador días antes. El informe del primer ministro del régimen, Jorge García Montes, destacaba la situación del país como perturbada por los actos que califica de terrorismo y por el grupo rebelde que aún persistía en la Sierra Maestra. Ese día también el jefe del Negociado de Prensa del estado mayor del ejército, comandante Policarpo Chaviano, informaba a los medios nacionales que el jefe del estado mayor, general Francisco Tabernilla, había partido de La Habana en visita de inspección a la zona de operaciones en la provincia de Oriente. La tiranía había decidido modificar su posición oficial acerca de la presencia del grupo guerrillero en la Sierra Maestra: ya no mantendrían la ficción de que la amenaza había sido liquidada, aunque harían todos los esfuerzos posibles por minimizar su significación.

MIÉRCOLES 6 DE MARZO

La prensa nacional publica este día una extensa información oficial acerca de la visita del general Tabernilla al puesto de mando de la Zona de Operaciones, establecido desde hace varias semanas en El Macho. Según la nota del ejército, el coronel Pedro Barrera, jefe de la Zona, había explicado a su superior los planes puestos en ejecución en la Sierra Maestra para “hacer que el pequeño grupo de rebeldes, que se dice es mandado por Fidel Castro en esa zona, permanezca completamente anulado sin que pueda ocasionar perjuicios a los campesinos que en la misma habitan, esperando la presentación de los mismos al carecer de elementos necesarios para continuar en rebeldía”. Se afirma que esos planes han logrado “la dispersión y aniquilamiento de los componentes del pequeño núcleo de rebeldes de Fidel Castro que ha quedado reducido a diez o doce hombres”, y se hace mención de “la labor desarrollada para contrarrestar la propaganda de las doctrinas comunistas que desarrollan Fidel Castro y sus parciales entre el campesinado sano que habita en esa zona”. Tabernilla felicitó al mando y a los soldados del Regimiento Mixto en operaciones, “que con su táctica tiene anulado al reducido grupo de insurgentes, evitando, con una humana labor, causarles inútiles pérdidas de vida y obligándoles a que prontamente se entreguen a las autoridades”.

Temprano, el destacamento guerrillero levanta el campamento en la falda de la loma del Jigüe, limpia las huellas y se prepara para partir. Mientras tanto, escuchan por radio las informaciones sobre la visita de Tabernilla a la zona de operaciones. Esta vez les llama la atención la coincidencia con la realidad de la cifra irrisoria de combatientes sobre las armas que suele dar el enemigo para restar importancia a la presencia rebelde en la Sierra Maestra, y lo comentan jocosamente.

Raúl escribe:

Nos levantamos a las 7 y recogimos, arreglamos todo convenientemente para no dejar la más mínima huella, al fin estamos actuando como verdaderos guerrilleros. El radio dice que Tabernilla estuvo en el Macho. Durante toda la noche se oyó el zumbido de aviones por la costa. Parece que cuidaban al viejo buey. No fue a Armando Hart a quien detuvieron, sino a su hermano Enrique, menos mal. Fueron detenidos dos periodistas [norte]americanos que venían a entrevistarnos; nuevo problema del gobierno con la prensa americana.

A media mañana, el grupo rebelde se mueve hacia una casa cercana, también vacía. Continúa soplando un viento fuerte y el frío es intenso. Una espesa neblina sigue cubriendo todos los alrededores. Fidel decide moverse hasta la casa del campesino Rafael Aldana en Jigüe Arriba, a algo más de una hora de camino, por donde había pasado la columna rebelde el 26 de enero. Aunque la vivienda está abandonada, dos de los hijos del campesino han venido ese día desde La Esmajagua, del otro lado de la Maestra, a recoger algunas pertenencias. Los muchachos hierven un poco de vianda e informan que por casa de Tana, la madre de Rafael, han pasado dos rebeldes, uno de ellos enfermo. A los combatientes les tranquiliza recibir esta noticia de que Che está a salvo y en camino de cumplir con la misión encomendada por Fidel. Continúa narrando Raúl:

Decidimos trasladarnos de “Londres” para el batey taíno “Bajareque”. Pasaremos días aquí. Hasta ahora, 10 a.m., neblina, aire y frío iguales. Del “batey taíno” decidimos irnos, a un poco más de una hora de camino, para la casa de los parientes de Héctor [Aldama] (el compañero que se quedó en México). Encontramos aquí a dos de los muchachos que vinieron a recoger algunas cosas. Nos dieron algunos informes. Nuestro médico y su ayudante pasaron por

su casa en la Demajagua; nos prepararon malangas con manteca. Ellos se fueron y nos subimos al lugar donde comienza el bosque, que es el más estratégico.

Por supuesto, Rafael Aldana no tiene parentesco alguno con Héctor Aldama, el militante del Movimiento que a última hora no pudo venir en el *Granma*, pero ésa es la forma que tiene Raúl de tomar nota del apellido del campesino sin delatarlo en caso de que el diario caiga en manos del enemigo. A veces, como se ha visto, anota solamente las letras terminales del nombre o el apellido de la persona, en ocasiones invirtiendo su posición. Algo parecido hace con el nombre de los lugares.

Desde el nuevo campamento observan en la lejanía una casa y varias gallinas en el patio. Rápidamente se despacha una patrulla. Ya a estas alturas algunos combatientes han hecho gala de su destreza en la búsqueda de provisiones y en la captura de aves de corral en las casas abandonadas por donde pasan. Es el caso de Camilo Cienfuegos, quien siempre se brinda con especial disposición para cumplir tales misiones. Al poco rato regresan los hombres con el botín capturado, y Fidel decide bajar de nuevo a la casa de Rafael Aldana para cocinar y dormir allí.

Raúl anota finalmente:

Con las mirillas y observando a otra casa más allá de la anterior, se observaron varias gallinas. Inmediatamente se brindaron los dos “rateros” del destacamento, y antes de los 45 minutos regresaban con cinco de ellas en un saco, además de un galón de miel y varios cubos de frijoles. Íbamos a regresar a “Londres”, pero decidimos bajar de nuevo y preparar un buen sopón de tres gallinas con malangas, que comimos antes de acostarnos. Dormí encogido dentro de un cajón de guardar granos que parecía un sarcófago.

Mientras Fidel ha decidido finalmente esperar en este lugar los días que faltan hasta el esperado encuentro con el

refuerzo en Caracas, Guillermo García y los dos combatientes que andan con él llegan finalmente ese día a La Derecha de la Caridad y hacen contacto con conocidos de la zona que los auxilian. Siguen sin saber de *Ciro Frías*, *Fajardo* y *Yayo Reyes*.

Che y Barreras, a su vez, se mantienen en la zona de La Esmajagua, en espera del regreso del campesino Luis Rodríguez, quien ha salido a explorar en dirección al Jíbaro. Rodríguez vuelve al anochecer e informa que, debido a la presencia de numerosas tropas en las cercanías, resulta muy peligroso incluso trasladar a los dos combatientes a La Vigía. Che no está convencido de la exactitud de estas informaciones, y presume que en la evaluación del campesino influye el temor a los guardias. Pero no tiene forma de determinar otra cosa. Sobre la base de estos informes y teniendo en cuenta el nerviosismo que causa su presencia entre todos los que han estado en contacto con él en La Esmajagua, toma la decisión de regresar a Purgatorio a un lugar cercano a la casa de Raúl, el amigo del Maestro, y aguardar allí dos días para intentar el cruce a La Montería directamente por el firme de la Maestra.

He aquí lo que escribe en su diario:

Todo salió mal. El viejo Emiliano [Pérez] vio, o creyó ver cuatro guardias al volver a su casa y su miedo parece que es de romper caguímetros. Le contagió el miedo a Luis [Rodríguez] que no fue al Jíbaro pero a la noche trajo la noticia de que eso estaba lleno de guardias y que él no nos pasaba a La Vigía pues era muy peligroso, es decir, habíamos perdido el día y no nos quedaba otra alternativa que tentar solos el paso a la Vigía, con las malas condiciones físicas que traigo, o volvernos a la loma del Purgatorio cerca de la casa de Raúl, cosa que tuvimos que hacer, emprendiendo la marcha luego de ponerme una inyección de adrenalina. Pude llegar con relativa facilidad al monte que no está lejos de la zona donde debemos ir y allí pasamos la noche bajo un aguacero moderado.

Las intenciones son que Raúl nos traiga comida una vez al día, durante dos días y luego seguir a la Montería por el firme, o lo que salga. La gente ha resultado mala. Luis tomó 5 pesos para comida y Raúl, directamente los pidió para zapatos, sin que hayan rendido en la medida de esas cantidades. Ahora sólo resta esperar y ver si llegamos a la Montería, pues se dice que el almacén de Elio Figueredo fue allanado por tenerse noticias de que se habían proveído veinte rebeldes. Es curioso como corre la noticia en estas zonas.

JUEVES 7 DE MARZO

Temprano, el destacamento guerrillero, que lleva varios días en la zona de Jigüe Arriba, sube de nuevo desde la casa de Rafael Aldana al alto que les ha servido de improvisado mirador. Sin embargo, hoy también la neblina oculta totalmente los alrededores. A media mañana comienza a lloviznar.

Raúl anota en su diario:

Nos levantamos a las 6 a.m. Se limpiaron las huellas y subimos de nuevo la empinada altura. Lugar estratégico donde se divisan los caminos. Pensamos partir a las 12 para “Londres”, pero a poco más de las 10 a.m. empezó a chubasquear, sigue la neblina cubriéndolo todo. Con Almeida y Ciro R[edondo] estoy debajo de un pedacito de roca que sobresale, protegiéndonos de la lluvia. Me tuve que quitar el zapato del pie derecho que sigue dándome lata. He leído varios artículos de Selecciones del año 53, que encontramos algunas en un bohío. No he querido terminar de leer “El paje del duque de Saboya” porque después no tendré en qué entretenerme. Estos días neblinosos, húmedos, fríos, lluviosos, son de por sí bastante tristes, pero en cambio volvimos

de nuevo a nuestra tranquilidad de espíritu, que habíamos perdido en los días que estuvimos por el llano. [Se refiere al tránsito de la tropa por la finca de Epifanio Díaz, en la zona de Los Chorros.] De lo que más estoy sufriendo en estos días es de mi pie derecho, que se me hincha por culpa de las llaguitas que tengo. Son las 10 y 35 y sigue lloviendo. Comimos miel del galón que teníamos.

Se sienten seguros en este paraje apartado, de tan difícil acceso y donde prevalece el monte firme. Después de almacenar algunos alimentos en una abertura de la roca, a las 4:00 de la tarde el grupo rebelde emprende camino y a la caída de la tarde llega al lugar donde habían acampado el día 4 y que Raúl ha bautizado con el sugestivo nombre de Londres. Al llegar, los combatientes se preparan para cocinar.

En el lugar donde se han detenido, los doce hombres de que se compone en ese momento el destacamento guerrillero escuchan por radio las informaciones de ese día, entre ellas las declaraciones del jefe del ejército a su regreso ese mediodía de su rápida visita a la jefatura de operaciones del Macho y otros mandos de la provincia oriental. El general Tabernilla anuncia que el coronel Pedro A. Barrera Pérez, que había venido dirigiendo las operaciones en la Sierra Maestra, sería reemplazado por el hasta entonces comandante Joaquín Casillas, cuyo ascenso al grado de Teniente Coronel confirma. El jefe del estado mayor se regocija con la situación del grupo guerrillero y da por liquidada la lucha en la Sierra. Uno de los periodistas le pregunta por la cantidad de rebeldes sobre las armas:

—Tenemos la seguridad de que el número de los que están en la Sierra Maestra no excede de diez o doce.

Y luego agrega pomposamente:

—No tienen más que dos caminos: rendirse o escapar. Esto último si pueden.

Estas declaraciones, en boca de un personaje tan fatuo, incompetente y corrupto como Tabernilla, causan una particular irritación a Fidel, quien exclama:

—Ni nos rendimos ni escapamos. ¡Lucharemos hasta el final!
Continúa narrando Raúl:

En una pequeña cuevita que hay aquí donde acampamos, escondimos varias libras de frijoles colorados para reserva. A las 4 p.m. partimos, recogimos un racimo de plátanos maduros que Luis Cr[espo] había guardado y ya de tardecita llegamos a “Londres”, nuestro hogar provisional. Inmediatamente se hicieron los preparos para hacer un sopón con las dos gallinas que nos quedaban, que comimos unas dos horas después. Se cocinó además un poco de frijoles colorados con viandas para mañana.

Por su parte, Che pasa esa jornada reponiendo fuerzas en el alto de Purgatorio, atendido por el campesino amigo del Maestro. Se prepara para continuar camino al día siguiente. En su diario escribe:

Fue un día completamente en blanco, pasado mirando el reloj y contando las horas que faltaban para la comida la que llegó a las 5:30 y era insuficiente para mi hambre. Raúl llegó con la noticia de que había un paso factible a la Vigía, pero ya con la experiencia pasada y la mala comida resolvimos aprovisionarnos bien de comer y salir mañana al anochecer para tratar de llegar en un día a lo de Epifanio. Nos estuvieron contando, Raúl y un hermano menor, los episodios de la muerte de Chichí Mendoza, el que parece que fue denunciado por cuestiones personales y fue traspasado a balas de ametralladora. Evangelista, nuestro recluta perdido en el bombardeo del Mulato, resultó herido en una pierna.

Guillermo y sus dos compañeros —Juventino Alarcón y *Beto* Pesant—, por su parte, permanecen también ese día en La Derecha de la Caridad. *Yayo* Reyes, el combatiente de este grupo que había quedado solo tras la emboscada del día 4, ha decidido tratar de restablecer contacto con la red de colaboradores campesinos para buscar la manera de reincorporarse a la guerrilla, y para esta fecha ya ha pasado por la casa de Adriano Sardiñas, en el alto de Meriño, y ha seguido con un rumbo general hacia el noroeste con el propósito de llegar a la finca de Epifanio Díaz. *Ciro* Frías y *Fajardo*, los otros integrantes dispersos de este grupo, también han seguido avanzando con mucha precaución hacia La Derecha de la Caridad.

Mientras estos acontecimientos están ocurriendo en la montaña, en el marabusal de la finca La Rosalía, en las afueras de Manzanillo, siguen concentrados los integrantes del refuerzo que debe partir a la Sierra para incorporarse al destacamento guerrillero. La vida de los combatientes dentro del marabú se ha venido desarrollando sin contratiempo alguno, sometida a rigurosa disciplina. Ya para esta fecha el contingente comienza a ser organizado en pelotones y escuadras, y han sido designados los jefes respectivos. Las dificultades que impone el trabajo clandestino, las condiciones de feroz persecución y represión en Santiago y Manzanillo, han impedido a Frank País y al Movimiento cumplir con el cronograma acordado con Fidel para el envío del refuerzo y, aunque el grupo ya está reunido y organizado en Manzanillo, su salida en la fecha prevista no ha sido posible, entre otras razones porque no se han reunido aún todas las armas y quipos necesarios.

Por estos mismos días, Frank prepara en Santiago de Cuba el primer viaje para hacerles llegar las armas, uniformes y equipos que se han reunido. Siguiendo sus indicaciones precisas, Juan José Otero y Luis Miguel Vivero cargan un camión en la finca del primero, en El Cañón, cerca de Puerto Boniato, con un lote de armas, municiones y demás equipos. Encima colocan unas 13 mil naranjas compradas por ellos

mismos en la zona. Vilma Espín y otros miembros del Movimiento en Santiago los ayudan en la fatigosa tarea.

Muchas de estas armas eran las que el Movimiento en Santiago había logrado rescatar y reunir después de las acciones del 30 de noviembre de 1956, y que, tras haber estado ocultas en distintos lugares dentro de la ciudad, habían sido llevadas poco a poco a la finca de Otero. Allí habían sido escondidas en un subterráneo mandado a preparar por Frank: un recinto de unos 6 pies de ancho por 12 de largo y 7 de altura, forrado con tablas de palma y cubierto por una placa de cemento en uno de cuyos extremos había una abertura cuadrada que servía de acceso y que se cerraba con una plancha de metal; la placa, a su vez, estaba cubierta por una capa de tierra en la que Otero había sembrado un mayal. El enmascaramiento era absoluto, pues el carácter agresivo de las hojas y las espinas de esta planta, conocida en otras partes de Cuba como piña de ratón, desanimaba a cualquier posible curioso.

Después de su reunión con Fidel el 17 de febrero, Frank había cursado instrucciones a los cuadros clandestinos del Movimiento para acelerar la obtención de material bélico. Él mismo había realizado un viaje a Guantánamo en el camión de Juan José Otero para recoger unas armas acopiadas en esa ciudad, algunas de ellas conseguidas en la propia base naval norteamericana. En esa ocasión, Frank había ayudado personalmente a Otero a sacar los ñames bajo los cuales habría de ocultarse el cargamento, y a cargarlos en el vehículo.

El camión con las naranjas sale de la finca del Cañón a las 2:00 de la madrugada, y toma la Carretera Central en dirección a Bayamo. En la cabina del carro viajan Frank, Otero y *Bebo* Hidalgo. Frank va vestido con ropa gris de trabajo y una gorra de chofer. A corta distancia sigue el auto que conduce Vilma, a quien acompaña Asela de los Santos. Pasan sin novedad por el cuartel de Palma Soriano. Otero va medio dormido, lo cual preocupa a Frank, quien le pide el timón aunque nunca ha manejado ese tipo de vehículo. Así siguen hasta más allá de Baire, donde en una curva el camión está

a punto de salirse de la carretera. Otero toma de nuevo el timón. Al llegar a Bayamo se desvían por la carretera que sigue hacia Manzanillo. En Yara los detiene una posta, pero pueden seguir viaje.

A media mañana llegan finalmente a la casa de Felipe Guerra Matos, en la entrada de Manzanillo. En uno de los almacenes del molino arrocero donde trabaja Guerrita descargan las naranjas, que son envasadas en sacos. Por la noche, un camión del propio molino, conducido por Guerra Matos, sale hacia la finca La Rosalía. De nuevo Frank viaja en la cabina. A pesar del peligro, quiere asegurarse de que el importante cargamento llegue a su destino. Las armas y equipos van ahora cubiertos con sacos llenos de paja de arroz. Luego de pasar la posta de la carretera, llegan a la finca, desmontan el cargamento y regresan a la ciudad.

Al día siguiente, Juan José Otero, *Bebo* Hidalgo y *Tony* Béguez, quien esperaba ser enviado al marabusal, venderán las naranjas a precio de liquidación en Manzanillo y otros pueblos cercanos. Bebo y Otero regresan a Santiago, mientras Frank permanece en el marabusal un día más. Durante este tiempo, termina de organizar militarmente a los combatientes por escuadras, distribuye personalmente las armas y el resto de los equipos, supervisa su limpieza e instruye de su manejo a los que no lo conocen.

VIERNES 8 DE MARZO

El destacamento guerrillero al mando de Fidel ha pasado la noche en una falda de la loma del Jigüe, sin los inconvenientes naturales de días anteriores. Después de limpiar las huellas de su estancia, a las 9:00 de la mañana los doce combatientes parten en dirección a la casa de los hermanos Corrales, en los cabezos del Jigüe. Antes de llegar se detienen en un alto frente a la vivienda. Raúl narra en su diario:

Me levanté a las 5 a.m. y estuve de posta hasta las 8. A esa hora comí mi ración de frijoles. Dormimos muy bien, pues el tiempo ha cambiado. No hizo ni frío, ni aire, ni llovió; sólo al amanecer hizo una densa neblina que ha ido desapareciendo paulatinamente.

Después de limpiar rastros partimos a las 9 a.m. Vamos a la casa donde comimos y dormimos el domingo [la de los hermanos Gerardo y Chichí Corrales, en Jigüe Arriba], hicimos un alto en el firme que está frente a la casa. Oímos el radio ayer. Dijo que a Casillas lo habían ascendido a Teniente Coronel (nosotros sí vamos a “ascenderlo” bien alto).

Este mediodía Fidel escucha también las noticias que da la radio. Los combatientes se enteran con preocupación de que en la noche anterior había sido descubierta por agentes del Buró de Investigaciones una imprenta clandestina en la calle San Carlos 45, en la loma de Chaple, en el barrio habanero de la Víbora, donde se editaba el periódico clandestino *Revolución*, órgano oficial del Movimiento 26 de Julio. Habían sido arrestadas cinco personas y aparecían involucrados los hermanos Armando y Enrique Hart. La radio informa, además, que la Embajada de los Estados Unidos hacía gestiones para localizar a tres jóvenes norteamericanos, hijos de militares destacados en la base naval de Guantánamo, que según se afirmaba habían partido para la Sierra Maestra a unirse al destacamento guerrillero comandado por Fidel Castro.

Más tarde, el grupo rebelde desciende por el estribo y se detiene en el borde de un limpio desde donde pueden vigilar la casa y sus alrededores. Raúl prosigue relatando:

A media tarde bajamos del firme hasta situarnos donde comienza una tumba bastante grande, donde nos hemos detenido para observar la casa y la zona, además de los trillos que llegan a la misma. Estamos

a suficiente altura desde donde se divisa un bello paisaje serrano. Estoy en el más avanzado puesto de observación, allá abajo corretean montados sobre un palito (el caballo de los niños pobres) varios muchachitos. Una mujer se baña en el arroyo cercano a la casa, mirando para todas partes no fuera a venir alguien a sorprenderla. Detrás del bohío, se ve acostada reposando la puerca flaca que, según nos contaron el otro día, con motivo del desalojo no tuvieron ni tiempo de soltar el animal, estando 17 días sin comer ni beber, y que cuando regresaron se estaba tambaleando. Frente a nosotros cruza el espacio, mirando para abajo, el “guaraguao” (gavilán), que según nos contaron también les estaba acabando con los pollos. Son en estos momentos como las 5 de la tarde. Bajaremos de noche, precedidos mucho antes por Almeida, que irá para ordenar que nos cocinen.

Al oscurecer, el grupo rebelde desciende hasta llegar por segunda ocasión a la casa de los hermanos Corrales, quienes de inmediato mandan preparar comida. Se mata un lechón y la carne se fríe para llevar. Recogen además chocolate y cigarros que les han comprado. Una vez más, los combatientes duermen en el pequeño bohío de la hospitalaria familia. Raúl concluye así sus anotaciones de ese día:

Bajamos ya entre dos luces, algo después del saludo comimos algunas cañas y un vaso de guarapo. Nos prepararon garbanzos, primera vez que los comemos desde que estamos en Cuba. Mataron una lechoncita y la carne se frió para llevar en unos pomos, reduciéndose bastante. Recogimos unas 10 libras de chocolate que ellos nos habían comprado, así como una docena de cajas de cigarros, que ya no teníamos.

Esa misma noche, Ciro Frías y Manuel Fajardo llegan finalmente a La Derecha de la Caridad, y se reúnen con Guillermo García, Juventino Alarcón y *Beto* Pesant. Ambos

grupos han hecho por separado un largo recorrido desde La Derecha de Caracas. Han podido volver a unirse cinco de los seis combatientes separados del grupo principal de Fidel desde el día 1º, y dispersos a su vez tres días después.

Yayo Reyes, el otro integrante de este grupo, llega también esa tarde a la finca de Epifanio Díaz, en Los Chorros, esperando encontrar allí a Che, o al menos noticias de que ya ha pasado por el lugar. Después de enterarse de que no ha llegado nadie y de hacerle al campesino el relato de las dos dispersiones, decide esperar en un aserrío cercano a la casa de Epifanio.

Precisamente esa noche, Che, un poco más repuesto de su asma, ha resuelto emprender camino con su problemático acompañante, después de recibir noticias de que sus contactos campesinos en La Esmajagua están de nuevo en disposición de ayudarlos a llegar a su destino. Ya oscuro salen de Purgatorio y regresan nuevamente a la casa de Hernán Pérez. Allí los espera Luis Rodríguez, el mismo que dos días antes se ha mostrado temeroso. Esta vez los guía un buen tramo hasta cerca del camino de El Jíbaro. En la madrugada, luego de despedirse del práctico, deciden continuar solos la marcha y se extravían. El resto de la noche lo pasan en un cafetal.

Che resume así los acontecimientos de ese día:

Ya el fracaso de la misión encomendada es total. Avanzamos durante la noche, saliendo del monte hasta una casita que es de Hernán Pérez. Allí nos esperaba Luis, el que nos guió por un buen camino desde donde se podía tomar la ruta fácil. El consejo de él era que esperaríamos en un cayo de café pero yo seguí aprovechando que estaba bien, y el resultado fue que a la 1 de la mañana estábamos perdidos en algún lugar cercano a lo de Epifanio pero sin saber a ciencia cierta qué había y para dónde estaba la casa. Dormimos en un cafetal las horas que faltaban para el día. Las últimas noticias que me dejó Luis parecen ciertas [palabra o palabras ilegibles]: Que León

Hirzel, padre de Jimmy [expedicionario del Granma asesinado tras la dispersión en Alegría de Pío], se alzó en Bayamo, que tres norteamericanos de pocos años se han unido a los rebeldes. La primera noticia es lógica y de la segunda tenía ya noticias por Frank.

Esta última anotación confirma el hecho de que ya la intención de los tres jóvenes norteamericanos era conocida el 17 de febrero, cuando se produce el encuentro con Frank en la finca de Epifanio Díaz, y que su incorporación al refuerzo y a la guerrilla había sido consultada con Fidel y aprobada por éste.

SÁBADO 9 DE MARZO

Fidel ha decidido abandonar la zona donde ha permanecido durante varios días con los otros once combatientes que componen en ese momento el destacamento guerrillero, para comenzar a acercarse a la loma de Caracas, donde debe tener lugar el encuentro con el refuerzo alrededor del día 15. Ignora, por supuesto, que los planes se han retrasado y que Che tampoco ha podido cumplir en fecha con su misión de recibir el grupo de refuerzo el día 5 en la finca de Epifanio Díaz.

Con los primeros claros del día el grupo emprende la marcha y, después de pasar de nuevo por uno de los puntos de observación que han utilizado durante su estancia en los cabezos del Jigüe, bajan al río y cruzan del otro lado para iniciar el ascenso de la loma de la Iglesia. No es sino hasta media tarde cuando alcanzan el alto donde también habían acampado a su paso anterior por esta parte de la montaña.

Raúl narra en su diario de campaña:

Dormimos allí y amaneciendo, después del café con guarapo, partimos tomando el mismo firme que trajimos cuando llegamos a esta casa el domingo

pasado y que está detrás de la misma. Llegamos al mirador no.1, estuvimos aquí hasta la tarde. Seguimos camino hasta el mirador número 2. El frío y la humedad en este bosque es terrible. Subido en las rocas de los miradores tomamos sol, que hacía varias semanas no teníamos a plenitud. Me quemé un poco la espalda, pues me ardía. Desde los miradores se observa todo el espectáculo de varias cadenas montañosas, allá a lo lejos la loma de Caracas, hacia donde vamos; a la izquierda el mar, a la derecha el llano; en el medio varios barrios, entre ellos La Magdalena, que cruzaremos mañana al amanecer para entrar en monte firme. Me busqué una cueva bastante abrigada y seca, y después de hervir tres plátanos y comerlos con chicharrones, como hicieron los demás, me acosté a dormir.

Ese mismo día, el grupo de cinco combatientes que se han reunido en La Derecha de la Caridad, al mando de Guillermo García, se traslada a la casa del campesino Rigoberto Sánchez Cordero, en Limones, con la intención de permanecer allí varios días en espera de poder establecer el nuevo contacto con Fidel. *Yayo* Reyes, por su parte, ha avisado al Movimiento en Manzanillo, por intermedio de la familia de Epifanio Díaz, de su llegada al lugar, y recibe la indicación de trasladarse a esa ciudad para incorporarse al contingente de refuerzo. El combatiente sale de la finca de Epifanio por la mañana y viaja en ómnibus a Manzanillo, donde cerca de las 2:00 de la tarde hace contacto con Felipe Guerra Matos y es llevado de inmediato por éste a la casa de René Llopiz, en la finca La Rosalía. Allí lo recibe Celia Sánchez, a quien narra lo que conoce sobre los últimos acontecimientos de la guerrilla, y luego se traslada al marabusal.

Che y el Maestro, a su vez, se mantienen todo el día ocultos en el cafetal donde se han refugiado la madrugada anterior. Al caer la noche, emprenden de nuevo la marcha, pero de nuevo pierden la orientación. Finalmente, ya cerca

del amanecer, llegan a la casa de Epifanio Díaz, en Los Chorros. Che escribe en su diario:

Día pesado, en el cafetal. Al anochecer se oyó un tiro aislado de fusil, no hay otra novedad. Salimos cuando ya las sombras son densas y bajamos a través de potreros, siguiendo rutas a rumbo hasta el camino de la Merced. [Se refiere al camino real de Las Mercedes al Jíbaro, que continuaba hacia el sur a Cayo Espino y del cual se desprendía el camino secundario que llevaba a Los Chorros.] Allí el problema es adónde y nos pasamos largas horas perdidos gracias a la falta de orientación del Maestro que ha vivido nueve meses en el lugar. Al final, cerca de la madrugada llegamos y dormimos algo para evitar llamar a hora tan intempestiva a la casa de Epifanio.

Ese día Frank País es detenido por la Policía en Santiago de Cuba. Las fuerzas represivas ignoran todavía la magnitud del comprometimiento de Frank y su alta responsabilidad dentro del aparato clandestino del Movimiento. De haberlo sabido, su suerte hubiese sido, sin duda, otra. La madre de Frank, doña Rosario García, se moviliza de inmediato para dar a conocer que su hijo ha sido detenido y está vivo, con lo cual contribuye también a impedir su asesinato. De todas maneras, la detención de Frank introduce una nueva complicación en los preparativos finales del refuerzo que se organiza para enviar a la Sierra.

En ese momento, Frank está preparando un segundo viaje al marabusal con armas y equipos, por los cuales se espera para completar el aprovisionamiento del contingente y enviarlo finalmente al encuentro con Fidel. Al llegar al marabusal la noticia de la detención de Frank, Taras Domitro, uno de los integrantes del refuerzo, sale hacia Santiago con la misión de asumir la responsabilidad de las coordinaciones pendientes.

DOMINGO 10 DE MARZO

El destacamento guerrillero continúa acampado esa mañana en un extremo del firme de la loma de la Iglesia. Apenas han podido dormir, debido al intenso frío que ha hecho la noche anterior. En cuanto asoma el sol por detrás del macizo del Jigüe, muchos de los combatientes suben de nuevo a las piedras para recibir un poco de calor.

Al mediodía, escuchan por el radio de pilas el discurso del dictador en la parada militar efectuada en el campamento de Columbia, en La Habana, en la conmemoración del quinto aniversario del golpe de estado. En una parte de la alocución, Batista afirma: “Véase lo que está ocurriendo con la escasa docena de hombres que andan regados —huyendo a nuestro pesar porque son cubanos— por la Sierra Maestra, dispersos y sin lugar fijo”. Una vez más los combatientes se asombran de la cifra mencionada por el tirano. Hay que pensar que la información del enemigo es bastante precisa, o bien que en el intento sistemático de minimizar la amenaza planteada por la guerrilla esta vez la manipulación ha coincidido singularmente con la realidad. En su discurso, Batista recurre al argumento más manido de su propaganda en relación con Fidel y los rebeldes, y afirma una vez más que “el líder del llamado y fatídico 26 de Julio es un agente de la Unión Soviética”.

Raúl narra en su diario de campaña:

Todo el mundo amaneció quejándose de lo poco que pudieron dormir por causa del frío espantoso de anoche. Inmediatamente que salió el sol, todo el mundo subió a tomarlo en el mirador número 2. Esperamos al mediodía para oír el estúpido discurso de Batista, conmemorando la fecha desde Columbia. Nos acusa ahora de “agentes de Moscú”. Habló torpemente de la Sierra Maestra y se nota que se ha sentido la última propaganda nuestra.

Después de los previsibles comentarios sobre el discurso del dictador, los combatientes rebeldes emprenden camino. Descienden por el firme de la Iglesia rumbo a La Magdalena. La vanguardia los aguarda cerca de una casa por donde ya habían cruzado ocho días antes. Luego de comer en la vivienda abandonada, dejan a los campesinos algún dinero por los alimentos consumidos y se acomodan en la casa y en otra cercana para pasar la noche. Raúl concluye sus anotaciones ese día:

Después de reírnos del discurso del general y comentarlo, bajamos por el firme aproximándonos a la Magdalena. Nos había precedido hacía más de una hora la vanguardia para observar. La encontramos en el linde de la estancia de la casita donde ya habíamos cocinado una vez y que era la más próxima al bosque y la más estratégicamente situada. Frijoles negros con cantidad de plátanos verdes fue el menú. Por las cositas que les tomamos les dejamos cinco pesos, sobre una lata de manteca y debajo de un pedazo de plátano, para que el aire no se lo llevara. Después de comer opíparamos, nos acostamos a dormir. Aquí nos quedamos cuatro. F. [Fidel] y los demás fueron a un bohío a 50 metros. Anoche me llevé una hamaca de saco del bohío, pues cuando llueve es terrible tener que dormir en el suelo del monte.

Che y el Maestro han esperado el amanecer en un montecito a unos 200 metros de la casa de Epifanio Díaz. Poco después de haber llegado, habían tocado a la puerta del campesino, quien no responde la llamada. Che apunta en su diario:

Llamé a las 5 y pico de la mañana, amaneciendo pero ellos sospecharon una celada de la guardia civil y se negaron a abrir. Tuvimos que esperar a que rompiera el día escondidos en unas matas temiendo lo peor.

Sin embargo no había pasado nada, simplemente estaban recelosos. Me atendieron muy bien e inmediatamente nos metimos en unos matorrales cercanos a la casa donde pasamos el día, aprovechando que es fiesta para la guardia. Las noticias de Fidel no son buenas.

En efecto, esa mañana Che conoce por los campesinos amigos las informaciones sobre la dispersión del destacamento guerrillero el día 1º en Minas del Frío, que la tropa de Fidel había quedado reducida a doce hombres y que los otros seis, a su vez, habían caído en una emboscada. Sólo se sabía con certeza la suerte de uno de los combatientes de este segundo grupo, *Yayo* Reyes, quien había pasado ya por la casa y seguido rumbo a Manzanillo. Che anota al respecto: “Yayo vino a dar a casa de Epifanio después del tiroteo, sin fusil y sin uniforme y contando cosas muy negras de lo pasado, después fue sacado por gente amiga hasta Manzanillo. De *Ciro* [Frías] se supo que estaba vivo por la Sierra, de Fidel no se sabe nada”.

Por otra parte, el refuerzo tampoco ha llegado. Che pide a Epifanio que lo ayude a entrar en contacto con el Movimiento en Manzanillo para conocer la situación. Esa noche, después de recibir noticias, puede anotar en el diario:

Ya establecí para que la gente de Manzanillo venga a verme mañana, de modo de poder coordinar planes de acción para pasar a los hombres hacia donde Fidel me ordenó. El ambiente no es malo por la zona. A la familia de Epifanio no la molestaron mucho, la finca no fue registrada y sólo se llevaron detenido a Miguel [Díaz, hijo del dueño de la finca] durante unas horas para luego soltarlo ante el ruego y la responsabilización de los vecinos; Enrique [Díaz, el otro hijo de Epifanio] se fue de la zona.

Y, finalmente, asienta otra información desagradable:

La noticia que me causó profundo disgusto es la muerte de [Emilio] Labrada [combatiente separado de la guerrilla el 10 de febrero], tomado prisionero en una casa por los días de la dispersión en Altos de Espinosa. Al parecer, no encontrando a nadie en el Lomón se quedó comiendo mierda en una casa y allí lo pescaron. Es una vieja costumbre que la gente no pierde, dejar las armas y comer mierda en las casas. Batista habló por radio pero no lo escucharon de modo que no puedo saber el tono del discurso.

LUNES 11 DE MARZO

Al amanecer, el grupo de doce combatientes al mando de Fidel emprende camino. Atraviesan el solitario caserío de La Magdalena y, luego de cruzar uno de los brazos del río del mismo nombre, ascienden por una falda desprovista de monte. En estos parajes despoblados, en el corazón de la montaña y del vasto monte firme, no es necesario adoptar todas las precauciones habituales. Por eso los guerrilleros pueden darse el lujo de caminar a la luz del día, pasar junto a casas campesinas y obviar por momentos el amparo del bosque. Los pobladores de estos contornos, con muy contadas excepciones, han abandonado sus míseras viviendas y sus escasas posesiones ante el temor que a casi todos les infunde el anuncio de los guardias de que la Sierra será bombardeada indiscriminadamente y la certeza de que, si se quedan, en cualquier momento pueden ser objeto de las más brutales represalias por la menor sospecha de que ayudan a los rebeldes de Fidel. Ya por toda la montaña se han regado las noticias de los crímenes o atropellos más recientes, como el asesinato de los campesinos de Palma Mocha, la muerte de *Chichí* Mendoza, las atrocidades de la Cueva del Humo, la quema de decenas de casas o el salvaje ametrallamiento de La Esmajagua.

En vez de continuar loma arriba en dirección al firme de la Maestra, el destacamento guerrillero tuerce el rumbo hacia el oeste. La intención sigue siendo acercarse a la zona de Caracas, pero Fidel no ha querido cruzar directamente en busca de la falda norte de la loma, sino dar un rodeo para seguir conociendo nuevos rincones de la Sierra. Luego de comer algunas cañas, continúan avanzando hasta llegar a la zona de Meriño. Como es habitual, en un momento de la mañana se detienen para escuchar las noticias de la radio. Ese día son inquietantes, pues entre otras muchas informaciones se da cuenta de la detención de Frank País dos días antes en Santiago de Cuba.

Raúl narra en su diario de campaña:

Nos levantamos como a las 5 a.m. y aprovechando la hora atravesamos todo el barrio de La Magdalena, subiendo por una tumba, después de cruzar el río, e internándonos en un monte donde ya habíamos estado después de la separación de la Mina. Comimos caña. Seguimos caminando, hasta llegar a un punto que a ciencia cierta no sabemos cómo se llama, puede ser “Meriño”. Oímos por radio que desde el día 9 está preso el compañero F[rank] País, el más valioso elemento de acción y organizador con que cuenta el Movimiento. Si sus captores supieran bien lo que representa para nosotros, no dudarían en exterminarlo.

Al caer la noche, el grupo atraviesa el caserío de Meriño. Cruzan otro de los brazos del río La Magdalena, muy cerca de una de sus cabezadas, y suben hasta un alto en uno de los estribos de Caracas. Por esta zona, a la que sus pobladores han dado el nombre de Caraquitas, pasó el grupo de Guillermo García al día siguiente de la última dispersión. Los combatientes se acomodan en una casa abandonada cerca del monte y se echan a dormir, a pesar del frío y del hambre. Raúl anota:

Ya una vez de noche y con ayuda de la luna, atravesamos este barrio, en una de cuyas casas abandonadas Camilo se llevó varias libras de frijoles negros que había en una lata. Llegamos a un alto, después de cruzar un río, y en un bohío abandonado cerca del monte dormimos a pesar de todo con un intenso frío. Hoy no comimos nada más que caña. Últimamente estamos comiendo muy mal.

Mientras tanto, el grupo de cinco combatientes conducido por Guillermo sigue en la casa de Rigoberto Sánchez, en Limones. Han tenido noticias de que Crescencio Pérez posiblemente esté cerca, y envían a un vecino de confianza en su busca. Pero en vez de dar con Crescencio, el emisario hace contacto con Calixto García, Calixto Morales y Manuel Acuña, otros tres combatientes separados desde hace algún tiempo de la tropa y que en ese momento están escondidos en la casa de *Toñico* Guevara, en Las Yaguas.

En la finca de Epifanio Díaz, Che sostiene ese día una entrevista con Jorge Sotús, el combatiente designado por Frank como jefe del contingente de refuerzo, quien, avisado de la llegada del enviado de Fidel, ha subido desde Manzanillo para informar del estado de los preparativos para la salida del refuerzo. No ha quedado testimonio explícito de Che acerca de este primer encuentro con Sotús, pero sus anotaciones en el diario son reveladoras:

Otro día transcurrido sin acontecimientos de orden externo que lo jalonen. El discurso de Batista es muy comentado por la oposición que lo ataca acremente pues no ofrece fórmulas de conciliación. Vino a verme el jefe del grupo que va a subir, no sé su nombre, parece decidido y un poco pagado de sí mismo. Exigió que viniera *Ciro* Cabrera [*Ciro Frías*] para conferenciar con él sobre la mejor ruta a seguir.

La personalidad de Jorge Sotús no debe haber causado buena impresión a Che desde esta primera conversación.

Desconociendo de hecho la autoridad delegada en él por Fidel, Sotús pide discutir con Ciro Frías, de quien tenía referencias seguramente por Frank y por Celia. Considera que es con este combatiente, por su condición de campesino serrano y práctico de la zona, con quien tiene que tratar, y no con un extranjero asmático, a pesar de ser el portador de la misión recibida directamente de Fidel de recibir y conducir a la tropa de refuerzo hasta su encuentro.

Aprovechando la circunstancia de que ese mismo día llega a la casa de Epifanio el campesino Dionisio Oliva, enviado por Guillermo desde La Derecha de la Caridad para averiguar la situación del refuerzo, Che opta por complacer la impertinente exigencia de Sotús en aras de evitar contradicciones y cumplir lo más rápidamente posible la encomienda del jefe guerrillero. El emisario ya le ha informado que Ciro Frías está entre los que han llegado a La Derecha, y Che lo envía de regreso para que busque a Ciro y lo traiga al día siguiente para la entrevista que solicita el jefe del refuerzo. En su diario escribe:

Mandé enseguida a Dionisio [Oliva], que precisamente había venido a enterarse cómo marchaban las cosas, enviado por Ciro [Frías], con el encargo de que lo traiga por la noche de mañana para ya pasado volver a conferenciar con el responsable de Santiago e irnos a la montaña. Trajo [Sotús] los medicamentos que [yo] había pedido y algunos libros que manda Celia, así como la noticia de que Frank está preso.

MARTES 12 DE MARZO

Al amanecer, el destacamento guerrillero al mando de Fidel abandona el lugar donde han pasado la noche y comienzan a ascender por una de las laderas de la falda noroeste de la inmensa loma de Caracas. Al poco rato llegan a una casa, también abandonada por sus ocupantes. Sin

embargo, en el trayecto descubren a ambos lados que en otras viviendas más lejanas ya hay señales de que los vecinos de esta zona han ido regresando a sus hogares. El humo que sale de varias de estas casas indica que hay cocinas encendidas.

Raúl anota de nuevo en el diario los detalles gastronómicos que son explicable motivo de atención priorizada para el guerrillero en etapas de relativa inacción como ésta:

Amaneciendo salimos del bohío. No fue necesario caminar mucho para llegar al último bohío de la zona, en una altura que va en aumento, estratégicamente situado, y aprovechando que ya había muchas familias establecidas en sus hogares por la zona, decidimos cocinar a pleno día los frijoles que Camilo expropió ayer, con plátanos y malangas. Mientras tanto comíamos caña.

Después de comer, el grupo rebelde continúa la marcha y asciende hasta el firme de Caracas. Al principio, la ruta escogida no es fácil a través de saos y monte cerrado, pero después la marcha se hace más cómoda y rápida. Prosigue relatando Raúl: “Después de la comida y proveernos de varios pedazos de cañas que llevábamos en la mochila, emprendimos camino por todo el firme hacia arriba. Hubo que romper al principio mucha manigua, sobre todo del maldito bejuco que llaman de hambre-hambre”.

Cerca del atardecer, los combatientes se descuelgan del otro lado del firme y llegan cerca del lugar donde habían establecido campamento a finales de enero. Fidel se adelanta con otros tres rebeldes hasta las piedras entre cuyas grietas, en esa ocasión, habían guardado algunas provisiones y pertrechos de guerra, a menos de 200 metros del firme. Ya oscureciendo, regresan con la noticia de que el parque, las medicinas y ropas ocultas se encontraban en buen estado, no así los cigarros. Algunos afirman que alguien ha pasado por allí antes que ellos y no ha tenido cuidado al volver a poner en su lugar los paquetes de cigarros. Ciertamente,

Guillermo y sus compañeros habían estado en el lugar pocos días antes. Luego de comer algunos plátanos que asan de manera individual, el grupo de combatientes se echa a dormir en el suelo. Esa noche, el frío en la falda de Caracas, a más de 1.000 metros de altura, es intenso.

Raúl concluye así sus anotaciones:

Poco después de media tarde, más rápido de lo que creía y sin cansarnos mucho, llegamos a la loma del depósito número 1. Hacia allá fue F. [Fidel] con tres más, y desgraciadamente cuando volvieron ya oscureciendo, informaron que todo estaba bien: medicinas, ropa, armas, sólo se habían totalmente mojado los cigarros. Tremenda decepción. Todo el mundo con deseos de fumar y los cigarros se deshacían en la mano. Parece que por allí estuvieron otros compañeros y descuidaron colocar bien los cigarros. Con una candelita improvisada, tratábamos inútilmente de secar algunos cigarros. Terminamos asando individualmente unos plátanos, para echarnos a dormir y sufrir los rigores del frío que desde hace varios días nos azota por estas alturas.

Guillermo García y sus compañeros han permanecido en la casa de Rigoberto Sánchez, en Limones. Están escondidos encima del falso techo de la vivienda. De día el calor que despide el techo de zinc convierte el reducido espacio en un verdadero horno. Los combatientes tienen que permanecer callados e inmóviles cada vez que llega algún visitante.

Esa noche se unen al grupo los hermanos José y Marciano Arias Sotomayor, campesinos de ese lugar, y un sobrino de éstos, Emoncerrat Sotomayor Mas, conocido por Ango. Los tres son primos de Manuel Fajardo, y han manifestado su decisión de incorporarse a la guerrilla de Fidel en calidad de combatientes. Todos acampan en un cayo de caña cercano a la casa.

Por la tarde, Dionisio Oliva ha llegado con el mensaje de Che, y Ciro Frías se prepara para partir esa misma noche hacia la finca de Epifanio Díaz. Por fin Guillermo y sus compañeros pueden sentirse tranquilos con relación a la suerte corrida por el querido combatiente argentino. No han sentido la misma inquietud en cuanto al destino de Fidel y los demás, pues confían en la demostrada capacidad del jefe guerrillero para la supervivencia en el medio que ya le resulta familiar de la montaña.

En la casa de Epifanio, la jornada transcurre sin ningún incidente notable. Che la resume así en su diario: “Día soso, pasado en espera de Ciro, sin nada nuevo que agregar a lo ya sabido, comiendo bien”.

Por esta fecha Juan José Otero hace un segundo viaje en su camión a Manzanillo, y lleva el resto de los suministros necesarios para el contingente de refuerzo. Es el cargamento que estaba organizando Frank cuando cae preso, y que termina de preparar Taras Domitro. En esta ocasión, el vehículo va cargado de semillas de caña. Con este lote y con las balas y bultos más pequeños transportados en varios viajes por Vilma Espín y Haydée Santamaría, muchas veces en los mismos automóviles en que habían llevado a Manzanillo a dos o tres nuevos integrantes del refuerzo, ya el grupo tiene lo necesario para partir y los hombres están listos.

MIÉRCOLES 13 DE MARZO

Por la mañana, los doce combatientes conducidos por Fidel emprenden camino en busca del antiguo campamento de la falda de Caracas, donde habían acordado esperar a Che con el grupo de refuerzo. Sin embargo, dentro del monte pierden el rumbo. Durante el resto de la mañana y parte de la tarde caminan extraviados, abriéndose paso a veces con trabajo por entre tupidas malezas. A las 4:00 de la tarde logran salir a un alto desde donde identifican la casa de *Felo*

Garcés, en el lugar conocido como La Gloria de Caracas. Fue a pocos cientos de metros de esta vivienda, aguas arriba del arroyo, donde habían acampado aquella vez y donde habían sido sorprendidos por el bombardeo de la aviación enemiga, dirigida por el traidor Eutimio Guerra.

Raúl escribe en su diario:

Empezamos la jornada, no muy temprano. Teníamos que ir en busca de un antiguo campamento donde debía esperarnos el Che y el Maestro. Por uno de los firmes encontramos una colmena cuyo fin es de imaginarse. Después, completamente perdidos, hemos estado dando tumbos durante todo el día, sin un trillo, rompiendo manigua, hasta las 4 p.m., donde salimos a un punto (frente a casa de Felito [Felo Garcés]) donde nos orientamos. Y para evitar que nos vieran, el último trecho tuvimos que hacerlo arroyo arriba, hasta llegar a la meta con los últimos rayos del sol. Desde el punto donde estábamos esta mañana a este de por la noche, se pudo haber hecho en dos horas sin apurarse mucho. No obstante, en el sentido de orientación y de valerlos por nosotros mismos, hemos adelantado bastante.

En el viejo campamento todavía son palpables las huellas del ataque aéreo. En el arroyo, los pedazos de un caldero de hierro, junto a otros utensilios rotos con comida vieja y rancia, están esparcidos alrededor de las piedras donde estuvo ubicada la cocina guerrillera.

Esa tarde, Fidel escucha como de costumbre las noticias en la radio. De repente se incorpora:

—Compañeros, algo grande está pasando en La Habana. Parece que atacaron a Palacio.

Durante el resto de la tarde los combatientes siguen con avidez las informaciones sobre la temeraria acción emprendida por un comando del Directorio Revolucionario con la intención de dar muerte al dictador Batista. Por la noche, se

enteran con tristeza del fracaso de los revolucionarios y de la muerte de su valiente jefe, el dirigente estudiantil José Antonio Echeverría. Raúl lo relata así en su diario:

Estando recogiendo malangas y algunas hojas de tabaco con Camilo, se nos acercó C[iro] Redondo y nos adelantó la noticia de que había algún problema en La Habana. (El cuadro que presentaba nuestro antiguo campamento era desolador: una lata de malanga cocinada desde hacía 45 días, un pomo [de] manteca roto por la [onda] expansiva, los frijoles negros y colorados retoñados, algunas cañas viejas que encontramos aquí mismo nos las comimos.) Posteriormente supimos lo del ataque a Palacio y la lamentable muerte de J.A. Echeverría, presidente de la FEU. Hoy sólo comimos malangas, y no quedamos llenos, sólo atenuó un poco nuestro feroz apetito. En estos días todas nuestras actividades se han circunscrito a ganar tiempo y a procurarnos la comida, que se hace más difícil cuando no queremos que nadie nos vea. Dormimos aquí al lado de la cocina.

El frío y el hambre los visitan nuevamente esa noche. No serán sólo los combatientes que cubren el invariable turno de posta los que permanecerán despiertos.

Guillermo y su grupo, ahora incrementado a ocho combatientes, también escuchan las noticias en su campamento de Limones. La alegría inicial por la posible muerte del tirano pronto se disipa cuando se van enterando del desfavorable desenlace de la acción. Han decidido permanecer en el lugar hasta el regreso de Ciro Frías, quien había partido junto con Dionisio Oliva al encuentro con Che.

Ciro llega al amanecer a la finca de Epifanio Díaz. Lo primero que hace es fundirse en un abrazo con Che. Comienzan ambos a relatar sus respectivas experiencias desde su separación el 28 de febrero en casa de *Pepe* Isaac, en Purgatorio. Poco después llegan al lugar, procedentes de

Manzanillo, Jorge Sotús y Felipe Guerra Matos. Tras ponerse de acuerdo en cuanto a la fecha de la salida del contingente de refuerzo, que Che esperará allí mismo, Sotús y Guerrita se despiden y parten de regreso.

Ese día, Che escribe lo siguiente en su diario:

Apenas había abierto los ojos apareció Ciro con Dionisio. Enseguida me contó el incidente protagonizado por ellos. Parece que una mala interpretación de Luis Crespo hizo que el grupo se fraccionara en dos partes, doce hombres se habían ido con Fidel, Yayo [Reyes] fue el que trajo la noticia equivocada. El hecho es que después de andar buscando a Fidel toparon en una casa con un número desconocido de guardias que los tirotearon. Ciro y [Manuel] Fajardo salieron por un lado, Guillermo salió por otro con el cuento de un tiro en el casco, pero sin él, sin rifle y sin mochila. [Beto] Pesant y Juventino [Alarcón] llegaron a la Derecha [de la Caridad] después y Yayo pasó por aquí con las trágicas noticias. Al rato cayó Soto [Jorge Sotús], que así se llama el santiaguero con Guerra [Matos] y nos pusimos de acuerdo para joder la gente el día 15 ó 16. El día pasó sin novedad aquí, pero llegaron las noticias de un atentado terrorista contra Batista en La Habana, de resulta del cual había muerto el jefe estudiantil Echevarría.

JUEVES 14 DE MARZO

Fidel y sus compañeros permanecen acampados ese día a la orilla del arroyo de la Gloria, en la falda sureste de la loma de Caracas, a menos de 200 metros del firme. Por la mañana, los combatientes escuchan los detalles adicionales que informa la radio sobre los acontecimientos del día anterior en la capital, y se enteran entre otras noticias del hallazgo

del cadáver de Pelayo Cuervo Navarro, dirigente nacional del Partido Ortodoxo y figura conocida y respetada en el país por su limpia trayectoria política. Raúl asienta en su diario:

Al despertarnos y poner F. [Fidel] el radio nos sorprendió la triste noticia del asesinato en la noche de ayer del doctor Pelayo Cuervo. Un vil asesinato de revancha del gobierno. Toda la mañana la hemos pasado oyendo las noticias complementarias y detalles de los sucesos de ayer en La Habana. Subimos y aún nos encontramos con los restos de nuestras chabolas. Hace frío, se siente humedad, hay neblina espesa, no tenemos qué fumar, muy poco que leer. Hay que esperar la noche para poder bajar y en la ensenada del arroyo hervir algunas viandas, con dos o tres libras de frijoles negros que aún tenemos: pues un día triste de guerrillero. Anoche me acosté con el pie derecho dolorido en las dos llaguitas que por el roce continuo de la bota no se me acaban de curar, con una seca consecuencia de lo anterior y finalmente un poquito de fiebre, corolario de todo lo anterior. La mayor parte del día hizo mucha neblina.

A media tarde bajan de nuevo para cocinar entre las piedras del arroyo la magra ración del día. De regreso ya oscuro al mismo lugar donde habían dejado contruidos desde el mes anterior los rústicos varaentierros de guano, se echan a dormir. Raúl comenta: “Como a las 4 p.m. bajamos, se cocinó lo que nos quedaba de frijoles negros con malangas y algunos boniatos. Con la luna llena subimos al campamento”.

Por su parte, el grupo que conduce Guillermo García se mantiene escondido en un cayo de caña cercano a la casa de Rigoberto Sánchez, en Limones. Al lugar llega un campesino quien dice poder ponerlos en contacto con Crescencio Pérez. El acontecimiento más notable del día es el sacrificio de un novillo, con lo cual los combatientes pueden hacer una comida poco habitual por su abundancia.

Mientras tanto, Che, Ciro Frías y el Maestro siguen esperando en la finca de Epifanio Díaz, en Los Chorros, donde ya tienen las condiciones preparadas para recibir al grupo de refuerzo. Che ha vuelto a establecer contacto con Evelio Enamorado, conocido por *Pepito* Rojas, dueño de una pequeña estancia colindante con la finca de Epifanio Díaz, quien ya había colaborado cuando el paso anterior de la guerrilla por el lugar y ahora se compromete a conseguir alguna mercancía. Ese día, el combatiente anota en su diario:

Nosotros pasamos el día apaciblemente, comiendo abundante. Cité para mañana a Pepe Rojas, un cantinero que se había comprometido a tener 100 pesos de mercadería en su poder para cuando lo necesitemos. Las noticias que trae el radio, sometido a censura, son inciertas.

También Che ha permanecido al tanto de las informaciones sobre los hechos del asalto al Palacio Presidencial por el comando del Directorio Revolucionario. Comenta en su diario que el grupo, al parecer, tomó los dos primeros pisos del edificio mientras el dictador se refugiaba en el tercero, y añade:

La marina acudió en su ayuda liquidando a todos los que encontró. Un grupo logró huir. Lo que no está nada claro es la muerte de Pelayo Cuervo, fuera del lugar del atentado. Además, se da como muerto a Menelao Mora, que se salvara de la cárcel en un arranque de audacia, escapando a sus perseguidores. Falta una vista panorámica de los hechos.

En el campamento del marabú, en las afueras de Manzanillo, se ultiman los preparativos para la salida del grupo de refuerzo. Celia había obtenido la autorización de Frank para subir con el contingente de nuevo a la Sierra. El plan previsto supone el traslado de los combatientes en camiones hasta la propia finca de Epifanio Díaz, para lo cual

la ruta más segura obliga a un trasbordo de vehículos en un lugar, cerca de Cayo Espino, donde los caminos están interrumpidos por una profunda zanja de drenaje. Se requieren, por tanto, cuatro camiones, dos para cada etapa. Para la primera parte del recorrido, Guerra Matos ha resuelto un camión de la finca arrocera de Lorié, donde trabaja, cuyo chofer está dispuesto a cumplir una misión de la cual ignora los detalles. Pero hace falta el segundo vehículo.

Para los dos camiones de la segunda etapa, Celia ha acudido a Hubert Matos, maestro de escuela y comerciante perteneciente al Partido Ortodoxo, cuya familia explota también una arrocera en la zona. Celia le hace creer inicialmente que necesita su ayuda para transportar comida y otras mercancías, y Matos inicialmente acepta. Sin embargo, comienza a sospechar que de lo que se trata realmente es de mover personal hacia la Sierra, y en una acalorada discusión con Celia se niega a participar. Celia lo conmina. Alega el compromiso que ha adquirido y lo amenaza con represalias personales por parte del Movimiento si no cumple con lo que ha quedado. La única opción que le ofrece es seguir para la Sierra. Colocado ante esta disyuntiva y temeroso por las amenazas que le insinúa Celia, Matos acepta esperar al grupo en el punto acordado y continuar hasta el final.

VIERNES 15 DE MARZO

Raúl escribe ese día en su diario:

No hizo mucho frío anoche. Me levanté a las 6 y un rato después fui para el mirador para ver la salida del sol. Al sureste tengo el mar, de color dorado por los rayos solares, una tenue neblina que va disipándose cubre aún las hondonadas y valles; al frente, allá lejos, el Turquino. Parece que hoy será un buen día.

Fidel había indicado a Che el campamento de Caracas como punto de reunión con el grupo de refuerzo, y habían acordado que aguardarían allí hasta el día 15. Al llegar a Caracas los combatientes esperaban encontrar allí a los hombres, o al menos un mensaje de Che. Pero no ha sido así. No han tenido noticias y comienzan a inquietarse por lo que pueda haber sucedido.

No es posible seguir esperando en el mismo lugar. Fidel decide partir al encuentro del refuerzo, y deja una nota oculta debajo de una piedra donde informa, mediante indicaciones indirectas, el nuevo punto de reunión en el Lomón.

A media mañana ascienden hasta el firme y salen al mismo lugar donde el pasado día 13 habían encontrado una colmena. Raúl escribe:

Hoy se cumple el plazo de esperar al Che aquí (del 10 al 15). A media mañana partimos hacia el firme, comprobando que hace dos días cuando veníamos para este lugar, pasamos por el firme a unos 20 minutos bajando para el campamento. Si hubiéramos sabido esto, nos hubiéramos ahorrado casi un día de inútil jornada. Estos son los misterios de la Sierra; se sube a un firme para dirigirse a un lugar determinado y tal vez [se] llegue sin novedad, pero al regreso se encuentra uno cuatro o cinco firmes y ahí es donde se pierde uno. Salimos igualmente a donde comimos miel hace dos o tres días.

El destacamento se descuelga del otro lado y comienzan a bajar por la falda. Pasan por la Cueva del Humo y siguen avanzando trabajosamente por dentro del monte y la manigua. Sigue relatando Raúl:

Por fin decidimos doblar a la derecha para salir a la casa de nuestro amigo S-N [José Savón] (al que se le dejaron 35 [pesos] en la Demajagua). Al principio había como una guardarraya, pero después concluía en un arroyo seco, en el que me caí y por poco acabo

con mi rodilla izquierda. Era yo el primero de la fila e iba bastante rápido, un bejuco me tiene trabado un pie allá por el muslo, en vez de cortarlo o de sacar el pie, di un tirón confiado en que estaba sujeto a una rama de los árboles que crecen en estos inclinados arroyos. Cedió el bejuco, pero también la rama, y di como tres vueltas por el aire, dándome golpes en diferentes partes del cuerpo contra las rocas y sobre todo en la rodilla izquierda.

Tras el accidente de Raúl, el grupo hace una breve parada, y luego prosiguen la marcha hasta llegar a un pedazo de monte tumbado algún tiempo antes por un campesino con la intención de sembrar un poco de vianda, pero que al quedar desatendido se ha cubierto de manigua. Más adelante encuentran algunas cañas. Al mediodía, Raúl encabeza una patrulla que sale a explorar y regresa al oscurecer con algunos frijoles, viandas y una pareja de patos, así como algunos utensilios para cocinar con los que pueden preparar una comida bastante copiosa.

Esa noche Raúl concluye así sus anotaciones:

Después de un breve descanso y mil peripecias con sus caídas, golpes de ramas, etcétera, llegamos a una tumba abandonada y que por estar cubierta de bejuco y malezas estaba peor que el mismo bosque. Por suerte la atravesamos, después de 40 metros de infierno llegamos a la más alta y más pequeña de las estancias de la zona, un vara-en-tierra bastante pequeño era la única vivienda que tenía. Comimos caña como animales hambrientos. Con Camilo, Universo y Almeida me fui de exploración al mediodía. Ya oscureciendo, volvimos con varias libras de frijoles gandul que recogimos y descascamos, una vieja pareja de patos, malangas, una lata y un cubo para cocinar. Llegamos cuando el resto estaba preocupado por nuestra tardanza. Comimos bien: sopón de patos, frijoles gandul y viandas. Nos llenamos.

En Limones, el grupo al mando de Guillermo García se ha mantenido oculto en el cayito de caña cercano a la casa de Rigoberto Sánchez. Desde allí, a eso de las 11:00 de la mañana, ven caminar por el alto frente a ellos, a unos 500 metros de distancia, a una tropa de más de cincuenta guardias que avanzan guiados por el propio campesino. Guillermo ordena recoger las mochilas y prepararse para combatir. La posición no permite otra alternativa, pues si intentan retirarse serían descubiertos. No obstante, la tropa cruza hasta perderse del otro lado del alto. Al poco rato regresa Rigoberto Sánchez, muerto de risa por haberse burlado de los soldados, sin imaginar el mal rato de los rebeldes. Esa noche el grupo de siete combatientes recibe una escopeta calibre 16 y ocho cartuchos traídos por campesinos amigos.

Che, por su parte, ha esperado durante todo el día la llegada del grupo de refuerzo. Al anochecer se mueve junto con Ciro Frías y el Maestro hacia el punto del arroyo Tío Lucas acordado para el encuentro. Toda la noche se mantienen a la expectativa. En su diario, Che escribe:

El día pasó sin mayores novedades, al caer la noche, junto con la última comida caliente en quién sabe cuántos días. Tras una corta caminata nos pusimos en el lugar de la cita, el cruce del camino a Manzanillo con el arroyo Tío Luque [Tío Lucas], y esperamos. Al rato un camión que pasó a recoger arena dio a Ciro la impresión de que eran guardias bajando ametralladoras, pasó el susto al cerciorarse de que sólo eran dos pacíficos paleadores de arena. Al rato vino Pepe Rojas con quien habíamos quedado citados trayendo dos cajas de leche, una de chocolate, tasajo y menudencia. Esperamos luego la llegada de la tropa nuestra pero en vano. A las 5 de la mañana ya estábamos por retirarnos cuando un guajiro se me apareció de improviso por el camino sin darme tiempo a esconderme. Me le presenté como guardia dándole

una amonestación por andar de noche pero Ciro fue a ver qué sucedía y quedamos identificados como revolucionarios pues el guajiro lo conocía. Se le ordenó el más estricto silencio y nos escondimos por la fronda del arroyo hasta averiguar qué había pasado con la gente, por la mañana.

El contingente de refuerzo, en efecto, no aparecerá aún esa noche, como estaba previsto. Desde bien temprano el movimiento es intenso en torno a la casa de René Llopiz, donde ha permanecido escondida Celia. Por la tarde llegan al lugar Armando Hart y Haydée Santamaría, para colaborar en los detalles finales y despedir a los combatientes.

De los 52 hombres concentrados en el marabusal de la finca La Rosalía, partirán 49 esa noche hacia la Sierra. El grupo ha tenido tres bajas: Taras Domitro, que ha debido salir hacia Santiago tras la detención de Frank País el día 9, y Emilio Escanelle y José Ramón Milián, que han enfermado el mismo día de la salida. Los combatientes parten organizados en las cinco escuadras que habían sido formadas casi desde el principio, al mando cada una de ellas de *Pedrin* Sotto, Emiliano *Nano* Díaz, René Ramos Latour, Guillermo Domínguez y Enrique Ermus. Se mantiene como jefe del destacamento a Jorge Sotús, cuadro de acción del Movimiento designado para esta responsabilidad por Frank por su participación destacada en el alzamiento del 30 de noviembre de 1956 en Santiago de Cuba, cuando había dirigido el comando que tomó el cuartel de la Policía Marítima.

La escuadra de *Pedrin* Sotto la integran los santiagueros Félix Pena, José Vicente Quiala, Luis Argelio González Pantoja y Orestes Álvarez Calunga, *Sabú*; los manzanilleros Juan Francisco Echevarría y *Yayo* Reyes; Francisco Soto, de Banes, y Luis Arturo Tirado, de Yara. *Nano* Díaz conduce la escuadra formada por los santiagueros Reynerio Jiménez, Raúl Perozo, Miguel Angel Ruiz Maceiras, José Lupiáñez y Abelardo Colomé; Mario Martínez Mendoza y Eloy Rodríguez Téllez, del Cristo; José Agustín Lara, de Manzanillo, y Rey Pérez Ramos, de Yara.

La escuadra de Ermus está compuesta por los guantanameros Enrique Soto, Gustavo Adolfo Moll y Juan Bienvenido Escardó; Rigoberto Sillero y Esteban Marino Borjas, de Banes y Antilla; los santiagueros Antonio *Tony* Béguez y Alberto *Kiko* Martínez Rosales; Rolando *Chicho* Larrea, del Cristo, y el manzanillero Leopoldo Mojena. Forman la escuadra de Domínguez el santiaguero Raúl Barreras; Luis Alfonso Zayas, Raúl Castro Mercader y Orlando Pupo, de Chaparra y Delicias; Víctor Mariano Calderín, de Palma Soriano; Manuel García Núñez, de Manzanillo, y Ramón Hermógenes Acosta y Omar Ramos Verdecia, ambos de Yara.



Un grupo de combatientes incorporados al refuerzo del marabusal. De izquierda a derecha, Alfonso Zayas, Guillermo Domínguez y Orlando Pupo. En cuclillas, Raúl Castro Mercader.

Por su parte, Ramos Latour encabeza la escuadra integrada por Francisco Muñoz, Miguel Ángel Manals, Juan Soto Cuesta e Ibrahim Anoceto, de Nicaro; Mario Maceo, de

Palma, y los jóvenes norteamericanos Charles *Chuck* Ryan, Michael Garvey y Victor Buehlman, procedentes de la base naval de Guantánamo. Junto a Sotús va como ayudante el santiaguero Alberto Vázquez García, *Vazquecito*. Celia, en definitiva, no podrá partir hacia la Sierra, pues con Haydée llega la información de que hay otro periodista norteamericano interesado en subir a la montaña y ella debe esperar instrucciones.

En total, el armamento del contingente consiste en dos fusiles ametralladoras bípedes calibre 30, uno Madsen y otro Johnson, alrededor de 36 fusiles y escopetas, entre ellos algunos Springfield, Mendoza, varios rifles de caza de gran precisión y dos mirillas del *Granma* aportadas por *Pedrin* Sotto, junto con otras armas menos efectivas, como escopetas diversas y fusiles calibre 22. Llevan también varias pistolas y revólveres. No todos pueden ir armados, pero sus mochilas están sobrecargadas con medios y equipos necesarios para sus compañeros en las montañas.

Además del camión que ya ha conseguido, Felipe Guerra Matos cuenta con otro que un amigo se ha comprometido a llevar. Pero pasan las horas y el vehículo no llega, por lo que a las 6:00 de la tarde se toma la decisión de acudir a un vecino cercano para pedirle el otro vehículo prestado, haciéndole creer que Guerra lo necesita para trasbordar un cargamento de arroz cargado en uno de sus camiones que se ha descompuesto en la carretera. Cerca de las 8:00 de la noche llega el segundo vehículo. De nuevo Celia tiene que discutir fuertemente con el dueño para obligarlo a seguir. No obstante, durante todo el trayecto irá custodiado por dos combatientes armados.

Finalmente, cerca de las 10:00 de la noche, se da la orden de partida. Los combatientes recogen sus mochilas, revisan su armamento y salen a caminar. La noche está lluviosa y oscura. Al abandonar el campamento y salir del marabú, toman por guardarrayas fangosas dentro de la arrocera. Un poco más adelante, al fondo de la finca en el lindero con la arrocera de Roca y Álvarez, están esperando los camiones. René Llopiz, el administrador de la finca La Rosalía, ha

picado la cerca y uno de sus hijos ha abierto con buldócer una salida, para no tener que tomar el camino. Los combatientes se reparten entre los dos vehículos. No queda mucho espacio, entre hombres, armas y mochilas.

La lluvia regresa a intervalos. La ruta escogida los lleva por caminos interiores que el agua ha convertido en verdaderos cenagales, donde los camiones avanzan con trabajo. Patinan, se atascan. En más de una ocasión hay que bajar para ayudarlos a salir del fango. Una de estas veces, es necesario auxiliarse con un tractor que acierta a pasar cerca del lugar donde se han detenido.

Por fin llegan al punto previsto para el trasbordo, donde ya están esperando los otros dos camiones del lado opuesto de la zanja. Los combatientes descienden con sus mochilas y armas, y se acomodan de nuevo en los nuevos vehículos, mientras los dos choferes que han llegado hasta allí parten de regreso. Guerra Matos decide seguir con el grupo.

Cerca de la medianoche, los dos carros se cruzan en la arrocera de Mario León con un camión cargado de trabajadores. Algunos de los combatientes gritan “¡Viva Batista!” para que los del otro vehículo crean que se trata de una parte de las tropas del ejército que, según ha anunciado días antes el coronel Pedro Barrera, reforzará la presencia enemiga en todos los accesos de la Sierra.

Continúa lloviendo. A las 3:00 de la madrugada, uno de los camiones se atasca sin remedio. Han llegado a Cayo Espino, muy cerca del pequeño cementerio al lado del camino. De ahí en adelante es preciso continuar a pie, con las mochilas al hombro. En la confusión de la descarga y la organización para la marcha, Hubert Matos consigue separarse del grupo y emprende el regreso apresurado a Manzanillo. Guerrita también se despide allí del grupo y regresa, según lo convenido.

Esa madrugada, los combatientes se internan en el monte de la finca de Luis La O, en la zona de Biajaca. Dos de los integrantes del refuerzo, Manuel García y Agustín Lara, son conocedores de la zona y sirven de prácticos al grupo.

SÁBADO 16 DE MARZO

Temprano el destacamento guerrillero al mando de Fidel, que ha pasado la noche en la ladera de uno de los estribos occidentales de la loma de Caracas, sube un poco más arriba por la misma falda. Desde el lugar, pueden contemplar el vasto y hermoso panorama de toda esta parte de la Sierra hasta el río Macío y, más allá, el Lomón, su objetivo más inmediato. Una patrulla sale en busca de alimentos. Fidel parte con dos combatientes más hacia el antiguo campamento con la esperanza de encontrar a Che. Su tardanza sigue preocupando al jefe rebelde. No es sino hasta bien entrada la tarde cuando regresan, empapados por la lluvia que ha caído.

Raúl escribe en su diario:

Dormimos en el vara-en-tierra y tempranito subimos para el bosque (a unos 50 ó 60 metros para arriba y también hay a los lados). Una patrulla se fue a forrajear y F. [Fidel] con dos más se fue al otro campamento para ver si había llegado el Che. Estos últimos llegaron por la tarde mojados (pues llovió a media tarde) y después de estar varias horas perdidos por los firmes. Todavía no han llegado el Che y el Maestro. Ignoramos qué les pasa.

Al atardecer, vuelve la otra patrulla con un guanajo, algo más de frijol gandul y un poco de sal, que es muy agradecida por todos. Poco antes del oscurecer, bajan para cocinar. Después de comer, duermen otra vez en el mismo lugar, mientras las guardias de vigilancia se mantienen alerta durante toda la noche. Raúl concluye así sus anotaciones del día:

Después, ya oscuro, llegaron los de la patrulla de "comida". Trajeron un guanajo, más frijoles gandul y hasta un poco de sal (que nos escasea terriblemente). Esa noche comimos muy bien también. (Nos estamos desquitando). Desde aquí se puede ver

hasta el central Pílon y todas las cadenas de montañas que están entre el central y nosotros, se ve un pedazo de mar, y todas estas combinaciones hacen muy bellos los amaneceres y atardeceres. Igual que las noches de luna y estrelladas. Bajamos cuando faltaba poco para oscurecer para hacer nuestra única comida del día, pero contundente por el guanajo de hoy, igual que por los patos de ayer.

Mientras tanto, el contingente de refuerzo permanece acampado en el montecito de la finca de Luis La O, en Biajaca, cerca de Cayo Espino. A las 8:00 de la mañana, se envía a Leopoldo Mojena en busca del campesino Graciliano Matos, conocido por Tano, colaborador del Movimiento que vive cerca y aguardaba la llegada del grupo desde la noche anterior. Sotús le encomienda hacer una exploración por las inmediaciones, para conocer si hay soldados cerca.

Esa misma mañana los guardias descubren los vehículos abandonados por la madrugada. También encuentran algunas balas y otras pertenencias que por descuido han dejado atrás los combatientes. Atando cabos, el mando enemigo llegará a la conclusión de que se trata de un refuerzo relativamente numeroso para las fuerzas de Fidel. De inmediato se despachan fuerzas a peinar la zona para tratar de interceptar al grupo que se supone avanzando en dirección a la montaña.

La noticia circula pronto en Manzanillo y será recogida incluso por la prensa nacional. Pero nada puede convenir menos a la dictadura que el pueblo cubano se entere de que la guerrilla de Fidel no sólo no está liquidada, como se ha querido afirmar de manera insistente, sino crece en número. Por esta razón, desde el primer momento los voceros del régimen desmienten la historia del refuerzo. Seis días después, el 22 de marzo, el comandante Policarpo Chaviano, jefe del Negociado de Prensa del ejército, declarará: “Lo cierto es que dos camiones conduciendo tropas de relevo de nuestro

ejército [...] se atascaron por el mal estado del camino. [...] Lo demás es propaganda subversiva”.

El caso es que, al ser identificados los camiones, el ejército detiene en Manzanillo a un hermano de Hubert Matos, pero ya éste se encuentra para entonces camino del seguro asilo de la Embajada de Costa Rica en La Habana. Felipe Guerra Matos se ve obligado también a salir de Manzanillo para eludir la persecución.

Tano Matos regresa pocas horas después al lugar donde acampa el contingente de refuerzo con la noticia de que los camiones han sido descubiertos. Sotús ordena rápidamente a los combatientes prepararse para un posible encuentro con el enemigo. Al mediodía, Tano trae algo de almuerzo y cigarros, pese al riesgo de atravesar los potreros que lo separan de su casa al lugar del campamento. El resto de la tarde, sin embargo, transcurre sin incidente alguno.

Che ha seguido aguardando desde el amanecer la llegada del grupo de refuerzo en un montecito a la orilla del arroyo Tío Lucas. Esa mañana llega hasta allí Enrique Díaz, uno de los hijos de Epifanio, y le informa lo que se ha sabido. Che escribe en su diario:

Temprano ya habíamos recibido la visita de algún hijo de Epifanio que nos informó de lo pasado: los camiones que traían a la gente se fueron a la cuneta por la lluvia y entonces quedó todo el mundo a pie y muy cargado. La gente siguió caminando pero no pudo llegar al lugar. Nosotros caminamos hasta el viejo campamento y allí esperamos todo el día, casi sin poder dormir por los mosquitos.

A las 6:00 de la tarde, el contingente de refuerzo sale a camino por entre montes y potreros en dirección al arroyo Tío Lucas y la finca de Epifanio Díaz. Les sirven de prácticos el propio *Tano* Matos y Luis Ramírez Palomino, otro campesino de la zona. Cerca de la medianoche, antes de llegar a las tierras de Epifanio, los están esperando Ciro Frías y Enrique Díaz, con quienes continúan adelante.

Alrededor de las 3:00 de la madrugada, los combatientes del refuerzo llegan por fin al arroyo Tío Lucas. La mayoría de los hombres no tienen aún la resistencia necesaria para las caminatas en el monte, y dos noches de marcha relativamente fácil por terrenos no muy abruptos ni pendientes los han dejado exhaustos. El ánimo general de la tropa, ya bastante amortiguado por la fatiga, decae un poco más cuando observan que quien sale a recibirlos está flaco y demacrado, ostensiblemente enfermo, y trae las ropas sucias y raídas. Luego de entregarle algunos medicamentos enviados desde Manzanillo, Sotús y unos cuantos conversan con Che, mientras el resto se echan cansados en el suelo a descansar.

Che apunta en su diario:

Al atardecer llegó Enrique [Díaz] para buscar a Ciro y traer a la gente. Quedamos en estado de duerme vela hasta las 3 de la mañana en que llegó la gente, muy cansada, empezando por Soto [Jorge Sotús] que ya no daba más. Venía con ellos Pedrín Sotto el que fuera nuestro compañero del Granma. La gente cayó muerta hasta la mañana.

DOMINGO 17 DE MARZO

El destacamento rebelde al mando de Fidel, compuesto todavía en ese momento por los doce combatientes —todos expedicionarios del *Granma*— que han permanecido juntos después de la dispersión de la fuerza el 1º de marzo en Minas del Frío, ha pasado una segunda noche en el monte de la ladera de uno de los estribos occidentales de la loma de Caracas. Ese día los guerrilleros descubren que a las demás dificultades propias de la vida en campaña se agrega un problema más. Raúl anota al respecto en su diario de guerra:

Una novedad hay que añadir a nuestra vida de guerrilleros, la de pulguientos. Increíblemente

tenemos pulgas como perros y hasta paren arriba de nosotros. Ya es cosa corriente ver a un muchacho que, después de decir: “Voy a expulgarme”, se sienta y quitándose la única ropa que tenemos, empieza a matarse pulgas. Sin excepción, todos tenemos encima una cría de imprudentes pulgas.

Cerca del mediodía, una patrulla sale a explorar en busca de comida. Prosigue relatando Raúl:

Fidel y cinco más se fueron a forrajear. Este [Fidel] vino con un compañero a media tarde, como con 20 ó 25 libras de frijol gandul. Otros dos llegaron luego con viandas, y ya completamente de noche, mojados (porque también hoy llovió) y perdidos, como a las 9 de la noche llegaron L[uis] Crespo y Camilo con seis gallinas muertas. Esperaron a que se subieran al palo, unas matas de campana no mayores de la estatura de un hombre de 7 pies, y ahí mismo, sin mucho trabajo, las agarraron a las seis, dejando algunas de reserva. Les torcían el cuello para que no hicieran ruido con cacareos a deshoras, aunque yo creo que era para que nos las comiéramos hoy de todas maneras.

No es solamente Raúl quien piensa con suspicacia que Camilo y Crespo han matado las gallinas para que haya que cocinarlas y comerlas ese mismo día. No obstante, Fidel ordena que esa noche se cocinen el frijol y las viandas. Raúl concluye su apunte de esa jornada con estas palabras: “Hoy por la noche comimos una buena ración de frijol gandul con viandas y después se cocinarán, en fricasé, las seis gallinas, para comerlas con viandas por la mañanita cuando nos levantemos”.

Durante ese día, el contingente de refuerzo a la guerrilla, organizado en el llano por Frank País y llegado la noche anterior a la finca de Epifanio Díaz, en Los Chorros, ha permanecido descansando a orillas del arroyo Tío Lucas, cerca

de la casa del campesino. Cuando amanece, se internan un poco en el monte. Esa mañana, toman chocolate y algunos comen de sus laterías. Che anota en su diario:

Al despertar la gente se la llevó a un cayito cercano donde pasamos el día. Son cincuenta hombres divididos en cinco grupos, pero me parece que, a pesar de la organización superficial que conozco me parece que la tropa tiene los mismos inconvenientes de la vieja tropa del Granma, falta de sentido de la disciplina militar y falta de costumbre para andar en las lomas.

No tarda Che en comenzar a dar instrucciones precisas a los nuevos combatientes sobre algunas cuestiones prácticas que son imprescindibles para la vida guerrillera, en primer lugar hablar sin la garganta, en susurro, pues nunca se puede saber si el enemigo está cerca. Manuel García, campesino de Arroyones que ya había hecho contacto con Fidel en El Mulato, antes del combate de La Plata, y ahora incorporado al refuerzo, y Luis Barreras, el acompañante de Che desde que el combatiente se separara enfermo el 28 de febrero en Purgatorio, hacen guardia en una falda y observan con los prismáticos, en efecto, movimiento de guardias relativamente cerca, en El Jíbaro.

A las dificultades con la nueva tropa se agregan problemas con su jefe, de carácter autoritario y despótico, con quien ya los propios integrantes del refuerzo han tenido conflictos. Jorge Sotús, además, no da el mejor de los ejemplos en cuanto a disciplina y se rezaga en las marchas. Cuando Che le recuerda de nuevo la orden de Fidel, en el sentido de que asuma el mando del grupo al recibirlo, Sotús se niega en forma violenta. Che relata el incidente en sus memorias de la guerra:

De todos los problemas que había, uno de los mayores era la falta de capacidad para caminar; el jefe, Jorge Sotús, era uno de los que peor lo hacía y

se quedaba constantemente atrás dando un mal ejemplo para la tropa; además, se me había ordenado que me hiciera cargo de esta tropa, pero al hablar de esto con Sotús me manifestó que él tenía órdenes de entregarla a Fidel y que no la podía entregar antes a nadie, que seguía siendo el jefe, etcétera, etcétera. En aquella época yo sentía mi complejo de extranjero y no quise extremar las medidas, aunque se veía un malestar muy grande en la tropa.

Cerca de las 4:00 de la tarde, los campesinos traen comida: carne de puerco con arroz y ñame. Varios de los combatientes del refuerzo han comenzado a llevar también sus propios diarios de campaña. Uno de ellos es *Pedrin* Sotto, quien ese día anota: “No fue mal día, pues como a eso de las cuatro comimos arroz, ñame y carne de puerco, por cierto que me hizo daño pues tenía mucha grasa y me dio deseos de vomitar, pero me sobrepuse a eso”.

Che, por su parte, apunta significativamente: “Comimos una vez al día, un fricasé que mandó Enrique [Díaz, hijo de Epifanio] y la gente se quejó bastante”.

Después de comer, Manuel García y Agustín Lara vuelven a echar otra ojeada desde el punto de observación, explorando el camino.

A las 6:30 de la tarde, el contingente de refuerzo, conducido por Che y Ciro Frías, sale a camino por la margen del arroyo. Al oscurecer, comienzan a ascender por un estribo del pequeño alto de Tío Lucas.

La jornada no es particularmente larga, pero sí muy fatigosa para los bisoños combatientes. La marcha se dificulta por el fango. La columna no se mantiene compacta. Algunos grupos se retrasan y hay que hacer frecuentes altos. Otros comienzan a aligerar de peso sus mochilas, y en su inexperiencia se deshacen de latas de comida y otros artículos esenciales para la supervivencia guerrillera.

A media hora de camino, uno de los nuevos combatientes, Víctor Mariano Calderín, se desmaya y es preciso ayudarlo a seguir. Algunos de sus compañeros cargan su mochila.

Che continúa relatando:

Al anochecer emprendimos la marcha guiados por un guajiro de apellido Lara, incorporado a la tropa, que tiene papeles de Casillas. Al subir la primera loma ya había uno que no podía llevar la mochila ni el arma. Con todo, a tropezones descansando cada 200 metros, se subió la loma de Tío Luque [Tío Lucas].

Cerca del alto de Cupeyal, la vanguardia detiene a un muchacho campesino que pasa por el camino. Manolo Grillo, que es el nombre del joven, se lleva un susto mayúsculo, pero al reconocer a Ciro Frías y Manuel García se tranquiliza. Cerca de su casa, se envía a Agustín Lara y al propio Manuel para que conversen con la madre y le adviertan que no comente nada. Luego, la tropa continúa camino.

Poco después de la medianoche, el contingente de refuerzo alcanza el firme de la Maestra cerca de La Habanita y, más adelante, llega a la casa de Domingo Torres. El campesino prepara una abundante olla de malanga hervida y la lleva a donde descansan los combatientes, cerca de la casa. Che reparte la vianda: un pedazo a cada uno. Sobra comida, y Domingo pregunta extrañado a Che por qué ha limitado de esa manera la ración.

—Es un problema de disciplina —le contesta.

Después que todos han comido, Che distribuye entonces equitativamente lo que queda.

Otro de los nuevos combatientes que han decidido llevar un diario de campaña es Emiliano Díaz, conocido por Nano, destacado cuadro de acción del Movimiento en Santiago de Cuba y jefe de una escuadra del refuerzo. Con relación a esta jornada, Nano escribe:

Hoy es un día que recordaré mientras viva. Partimos a las 7 p.m. para otro campamento. La lluvia conti-

nuaba y nosotros teníamos que abrir la marcha (pelotón de ametralladoras). Toda la zona era de peligro, lo más probable era que tuviéramos que pelear; a un paso casi imposible recorrimos el camino, camino que duró doce horas interminables. Por fin llegamos sin problemas.

Esa misma madrugada, prosiguen la marcha.

Entretanto, el grupo de siete combatientes al mando de Guillermo García que está separado del núcleo principal de la guerrilla desde la dispersión en Minas del Frío, ha permanecido ese día cerca de la casa de Rigoberto Sánchez, en Limones. Ciro Frías ha mandado aviso de la llegada del contingente de refuerzo a la finca de Epifanio y de su inminente salida hacia la montaña, y Guillermo ha decidido esperar en el lugar para ir al encuentro de Che.

LUNES 18 DE MARZO

Al amanecer, el destacamento guerrillero acampado cerca de La Derecha de Caracas da cuenta de las seis gallinas que se cocinan desde la noche anterior. Poco después, los doce combatientes ascienden al monte cercano donde descansan. Raúl escribe en su diario:

Nos tocó media gallina a cada uno, aún estaba calientica la comida. Después subimos arriba. Colgué mi hamaca y estuve leyendo “El paje del duque de Saboya”, algunas páginas, pues no quiero que se me acabe, pues no tengo más nada que leer. Después salí al linde del bosque a coger un poquito de sol y a contemplar de nuevo este paisaje, que es bonito a cualquier hora del día. Ahora, las once a.m., escribo mi diario. No escribo nada aquí de la pasividad bélica de estos días ni de los planes que se han seguido hasta el momento. Indudablemente que la traición de

Eutimio nos hizo mucho daño, ya podíamos haber desatado la segunda campaña y tener un buen contingente de gentes armadas. De todas formas, nada perdemos con ganar tiempo, pues el régimen cada día que pasa más débil se pone.

Esa mañana, Ciro Redondo y Efigenio Ameijeiras salen una vez más al antiguo campamento en la loma de Caracas en busca de noticias de Che y de los que a estas alturas deben andar con él. Raúl apunta:

Hoy se mandaron dos a ver si ya llegó el Che, pues creemos que Guillermo [García], C[iro] Frías y demás compañeros que nos separamos en la Mina [del Frío] estén con él. Además, estaba encargado de recoger la gente que venía con Chav [Juan Francisco Echevarría] y encontrarse con Crescencio en un punto determinado.

Al oscurecer, regresa la patrulla. Ninguna noticia hay de Che. En cambio, traen un nuevo recluta. Sigue narrando Raúl:

Ya oscureciendo, se aparecieron los que fueron a ver si ya el Che había regresado y nada, en cambio traen a un detenido que dice llamarse Vitaliano Torres, de 30 años, estatura mediana, trigueño, de mirada noble, divorciado con dos niños, natural de Niquero y actualmente residía en Limones [de Juana], aquí cerca. Ciro R. y Almejeiras lo traían. Dijo el neófito que nos andaba buscando para unirse a nosotros, etcétera, etcétera. Se quedaría de todas maneras, dice conocer a Guillermo, Crescencio, etcétera. Estaba muy sereno. Lo pusimos a dormir entre Almeida y yo, y toda la noche hubo una guardia perenne cerca del ingresado.

Bajan de nuevo al campamento a cocinar los frijoles y las viandas que quedan. Leamos lo que asienta Raúl:

Comimos en el bosque, ya oscuro bajamos a preparar en el vara-en-tierra número 1 los frijoles que nos

quedaban del llamado gandul, y en otra lata viandas. Pero por primera vez todo esto sin sal ni manteca. No comí mucho, ya que recogí de lo poco de caña que quedaba en la estancita, algunas que eran más nudos que otra cosa, y guardé la pasta que preparé con semejante menú, para mañana. Comí algo y aunque me sentía lleno de aquella cosa insípida, parecía que no había comido nada, pues a nada sabía. Entre las viandas había algunos chayotes que por no gustarle a los muchachos, me dieron triple cantidad; chayote, que de por sí no sabe a nada.

Por último, Raúl anota una singular experiencia de esa noche: “No hizo mucho frío. Algo pasada la medianoche, precedido y sucedido por un estrépito de ultratumba, pasó un violento temblor de tierra, parecía que se iba a caer aquella montaña”.

Para ese día estaba anunciado el comienzo en la Audiencia de Santiago de Cuba del juicio contra los expedicionarios del *Granma* capturados por el enemigo y otros acusados de haber tenido participación en los hechos del 30 de noviembre de 1956 en esa ciudad. Entre los revolucionarios detenidos y sometidos a proceso judicial dentro de la Causa número 67, se contaba Frank País. Sin embargo, esa mañana se informa el aplazamiento de las vistas públicas.

Ese mismo día, el contingente de refuerzo conducido por Che, después de caminar toda la madrugada y descender del otro lado del firme de la Maestra, llega al amanecer a la casa de Diógenes Suárez, conocido por Prieto, en Cayo Probado. El campesino, que ya estaba advertido del arribo del grupo, se levanta y los conduce a un montecito a unos 600 metros detrás de la casa, a orillas del arroyo. Enseguida, ayudado por su esposa Lala, prepara café y lo lleva al lugar donde acampan los fatigados combatientes, y poco después regresa con un espeso chocolate. Che anota en su diario: “Se caminó hasta la casa de Prieto adonde llegamos al amanecer, de nuevo Soto

[Jorge Sotús] en la retaguardia. Nos pusimos en el montecito cercano y allí dormimos un rato”.

Por la tarde, la hospitalaria familia prepara un enorme caldero de ajiaco, la especialidad de Lala. Prosigue relatando Che: “Prieto nos trató muy bien y nos alimentó discretamente. Alimentar a cincuenta hombres es un problema de dimensiones. Ni siquiera se puso guardia por el cansancio de la gente, pero a la tarde un buen ajiaco repuso fuerzas”.

Pedrin Sotto asienta a su vez en su propio diario:

Continuamos caminando durante toda la noche, como hasta las seis y media que llegamos a un lugar seguro para acampar. Enseguida nos prepararon café y más tarde nos prepararon un tremendo ajiaco que nos llenamos, por la noche nos dieron café de nuevo, le dije al hombre que preparara un cocimiento de manzanilla pues me sentía muy mal del estómago, lo traje, me hizo bien.

A Nano Díaz, en cambio, las experiencias de ese día lo impulsan a escribir lo siguiente: “El día de hoy ha sido apacible, el canto de los pájaros, el río en su monótona caída, las palmas, el limpio cielo, todo en fin hace que mi corazón y mi mente vuelen hacia los seres queridos que tal vez, jamás vuelva a verlos”.

Dionisio Oliva llega al lugar desde su casa en La Derecha de la Caridad con noticias de la ubicación de Guillermo García y su grupo en Limones, y Che lo envía en su busca. A las 2:00 de la madrugada el campesino está de regreso, y con él se reincorporan Guillermo, Manuel Fajardo, Juventino Alarcón y *Beto* Pesant, los demás combatientes dispersos en Minas del Frío, además de los hermanos José y Marciano Arias Sotomayor y su sobrino *Ango* Sotomayor, campesinos unidos en los últimos días a la guerrilla.

En ese momento suman 59 los combatientes reunidos en Cayo Probado que marchan al encuentro con Fidel.

MARTES 19 DE MARZO

Ese día Fidel y su grupo amanecen de nuevo en el monte sobre la falda occidental de la loma de Caracas que les ha servido de campamento durante las últimas jornadas. Es conveniente moverse ya de allí. Pero, aún preocupado por la tardanza de Che y el contingente de refuerzo, el jefe guerrillero ha decidido no abandonar todavía la zona de Caracas para poder hacer tal vez un último intento de contacto en el lugar, del otro lado del firme principal, donde debía haberse producido el encuentro desde el día 15. Raúl relata en su diario:

Nos levantamos a discreción, comimos algunos lo que habíamos guardado del día anterior. Recibimos una reprimenda de F. [Fidel] por habernos comido cada cual el chocolate que teníamos orden de guardar para casos de emergencia, y a las 8 y 30 a.m. partimos a alcanzar el firme. Vamos rumbo a la casita donde cocinamos el otro día, al otro lado de esta inmensa montaña. Llegamos a paso lento haciendo varios altos para esperar la tarde.

Han regresado a la zona de Caraquitas, en la falda noroccidental del vasto macizo de Caracas. Una semana antes, al pasar el destacamento por este lugar, habían cocinado a pleno día en una de las casas vacías del lugar. Pero ahora la vivienda está ocupada. Raúl sigue narrando: “Por fin a las 4 y 30 fue Efigenio disfrazado de soldado, ya que la familia había regresado. Benito Avila se llama el nuevo dueño que compró la posesión en 650 pesos hace ocho días”.

El campesino, en efecto, se acaba de mudar para su nueva casa, donde vive con su esposa y seis hijos, cinco hembras y un varón, todos pequeños salvo la hija mayor, que tiene unos 14 años.

Efigenio pide a la familia que prepare comida. Al caer la noche el resto de los combatientes bajan hasta la humilde vivienda. Cuenta Raúl:

Después nos acercamos a la casa y comimos cantidad de cañas. Ya oscureciendo bajamos al bohío donde nos tenían preparadas cantidad de malangas. En nuestras conversaciones pretendíamos hacer ver que éramos guardias, aunque el guajiro y su mujer nos miraban algo incrédulos. Dormimos por los alrededores de la casa.

Ese mismo día, el contingente de refuerzo sigue acampado en un montecito cercano a la casa de Diógenes Suárez, en Cayo Probado. Che ha distribuido momentáneamente a los combatientes incorporados con Guillermo esa madrugada entre las distintas escuadras, para que ayuden a los nuevos guerrilleros y les alivien parte de la carga que llevan.

Sotús propone a Che invertir la jornada diurna en permitir a los hombres seguir reponiendo energías después de la caminata desde la finca de Epifanio. Se autoriza a los integrantes del refuerzo a escribir cartas a sus familias que serán llevadas a Manzanillo por un enlace campesino. La familia de Prieto sigue atendiendo solícita al grupo. Por la mañana les han llevado café, luego chocolate y a media tarde otro apetitoso ajiaco.

A las 6:30 de la tarde el contingente emprende camino. Comienzan a ascender el firme de Cayo Probado. Más arriba se detienen a esperar el regreso de Dionisio Oliva y Manuel García, quienes han sido enviados por Che a La Habanita, en busca de un fusil Springfield y dos escopetas dejadas allí por varios de los hombres que andaban con Crescencio Pérez, separados de la guerrilla desde el 5 de febrero.

Che apunta en su diario:

Pasamos el día sin hacer nada, reponiéndose la gente de la para ellos la más grande hazaña de la revolución. A la noche, luego de tomar café emprendimos una pequeña marcha hasta lo alto de una loma, esperando la llegada de Dionisio y Manuel García

que fueron a buscar unas armas a casa de Domingo Torres [...]. Domingo Torres parece un buen viejo, entusiasta y callado. Me mandó una mata de café para que la sembrara. Como a las 10 llegó la gente con las armas, pero esperamos una hora más hasta que saliera la luna. Emprendimos entonces una corta marcha a través del monte; corta en cuanto a camino pero de dos largas horas hasta llegar al lugar a partir del cual era todo monte firme y allí dormimos.

El ascenso de la empinada ladera, hasta coronar el firme de Cayo Probado, a unos 690 metros de altitud, se hace difícil para los recién incorporados. Muchos resbalan y caen a cada momento. *Pedrin Sotto* anota:

Comenzamos a caminar por una loma terrible, andaba la gente por el suelo, en una parte que íbamos subiendo, desde el guía al jefe y yo, como todos los demás subimos en cuatro patas pues cada vez que intentábamos subir virábamos de nalgas para atrás, hasta que llegamos a un llanito donde acampamos.

Algunos de los nuevos combatientes siguen vaciando sus mochilas de la carga más pesada, entre ella laterías y otros alimentos. Los rebeldes más viejos aprovechan para ir recogiendo estos necesarios elementos para el guerrillero, e irlos guardando en sus propias mochilas.

Precisamente esa tarde, en La Habana, Faustino Pérez es detenido por la Policía en la rotonda de la fuente luminosa de la avenida de Boyeros cuando se dirigía a una casa en la Víbora donde estaban guardadas algunas armas rescatadas por el Movimiento de la acción del Palacio Presidencial, que iban a ser enviadas a la Sierra.

MIÉRCOLES 20 DE MARZO

Antes del amanecer, el destacamento guerrillero comandado por Fidel sube al monte cercano y acampa en la misma falda de la loma de Caracas. Dos hombres quedan en la casa de Benito Ávila para ayudar en la cocina y estar al tanto de cualquier movimiento de la familia.

Entrada la mañana, los combatientes se asoman fuera del monte para tomar un poco de sol y para quitarse de encima las impertinentes pulgas que invaden sus ropas. Raúl narra en su diario de campaña:

Oscuro aún dejamos el bohío y subimos al monte que estaba pegado al mismo, tomando posición estratégica. Dos compañeros se quedaron en la casa para ayudar a cocinar y sobre todo vigilar que nadie llegara, ni nadie saliera. Al mediodía nos llevaron malangas. Momentos antes todos nos pusimos en los lindes del bosque para tomar el sol, quitarnos las ropas y sacarnos las pulgas. Uno que se asomó dijo: “¿Qué es esto, el pulgatorio?” Como a las 4 bajamos, para comernos un sopón de arroz, bastante escaso, con viandas y una gallina para 13. [...] Después de comer subimos de nuevo y dormimos arriba. Fumamos algún cigarro que nos ofreció el campesino, pues desde hace días sólo fumamos algún que otro cabito que aparece por ahí.

Mientras tanto, el contingente de refuerzo que, conducido por Che, se encamina al encuentro con Fidel, ha pasado el resto de la noche en el alto de Cayo Probado. A las 5:00 de la mañana los combatientes reemprenden la marcha. Ahora hay que descender por la otra ladera del firme, uno de cuyos estribos cuelga sobre La Derecha de la Caridad. Alrededor de las 9:00 encuentran a medio camino de la bajada a Rigoberto Sánchez, quien los está esperando para guiarlos el resto de camino hasta el lugar que se ha escogido como

campamento del grupo en La Derecha: un pequeño monte cercano a la casa del campesino Fulgencio Sánchez, conocido por Chen, donde acampan.

El sitio seleccionado está bien protegido en el bosque de una pendiente ladera, salpicada de grandes piedras, sobre una cañada por la que corre el hilo de agua de un pequeño arroyo. Los combatientes se riegan entre el monte y el borde de una estancia que *Chen* Sánchez ha abierto a pico en la falda de la loma. Allí descansan el resto del día, mientras sus anfitriones les preparan la única comida del día, que consiste en tasajo con arroz y ñame.

Che escribe en su diario:

Salimos temprano con un paso muy cansino por los firmes de las lomas hasta llegar a la bajada de la Derecha [de la Caridad]. Allí nos esperaba Rigoberto Sánchez, hacendado de la zona quien alimentó opíparamente a la gente que estuvo en su casa [el grupo de Guillermo]. Se armó un pequeño consejo para saber qué se hacía, donde participaron varios de los guajiros, con sus ideas y bolas. [...] Llegamos al lugar donde habíamos estado antes y allí hicimos campamento.

Entre las bolas a que hace referencia Che está la información de que Crescencio Pérez se encuentra en El Cilantro, a unos 10 kilómetros al oeste, al frente de un nutrido contingente de hombres armados que vienen a incorporarse a la guerrilla.

Las frecuentes desavenencias del jefe del refuerzo con su propia tropa han seguido alimentando el malestar entre muchos de los combatientes, en vista de lo cual Che decide aplicar algunas medidas adicionales de vigilancia. Veamos lo que narra al respecto en sus memorias de la guerra:

Después de instalados en la Derecha hubo una situación muy tensa provocada por las fricciones constantes entre Jorge Sotús, espíritu autoritario y

sin don de gentes, y la tropa en general; tuvimos que tomar precauciones especiales y René Ramos, cuyo nombre de guerra era Daniel, quedó encargado de la escuadra de ametralladora en la salida de nuestro refugio para que existiera una garantía de que no sucedería nada. [...] [A Sotús] en aquel momento, sin embargo, tratamos de ayudarlo lo más posible, de limar las asperezas con los nuevos compañeros y de explicarle las necesidades de la disciplina.

Che ha dispuesto enviar a Guillermo con algunos otros combatientes a la loma de Caracas para tratar de hacer contacto u obtener noticias de Fidel. Guillermo y sus acompañantes parten al oscurecer, y tras caminar toda la noche acampan para pasar el día en una falda del Lomón.

Después de realizar algunas visitas médicas en varias casas campesinas de los alrededores, Che decide partir esa misma noche en busca de Crescencio y la tropa que supuestamente lo acompaña. Emprende camino con Dionisio Oliva alrededor de la medianoche. En su diario narra:

Por la tarde salió Guillermo con dos Sotomayor [José y Marciano Arias] y Manuel García. Yo salí por la noche, haciendo primero una serie de consultas médicas entre los guajiros. Caminamos con Dionisio a buena velocidad; salimos a las 12 y llegamos a las 2:40 a casa de Anguelo Marrero. Crescencio estaba durmiendo en el monte con Ramiro [Valdés], [Rafael] Chao y Pancho [González], además de Mongo Torres [Mongo Marrero, hermano de Anguelo]. Esos eran los 140 hombres armados que tenía. Hablamos un rato y dormimos hasta la mañana.

JUEVES 21 DE MARZO

El destacamento al mando de Fidel abandona la casa de Benito Ávila, en la falda de Caracas, poco después del amanecer. Antes de partir Fidel se franquea por primera vez con el campesino y se identifica como revolucionario. Al parecer la discreción no hubiese sido necesaria, pues el dueño de la casa confiesa que ya lo suponía. Evidentemente, entre el aspecto que ofrecen los guerrilleros y su conducta tan distinta de la de los guardias, no es fácil engañar a los pobladores serranos, acostumbrados a la prepotencia y el abuso de los soldados.

Los trece combatientes ascienden por un trillo ya conocido por ellos, en dirección al firme de la loma. El monte inconmensurable de la zona les permite otra vez caminar de día sin peligro de ser descubiertos por la aviación enemiga. Al llegar arriba se detienen y Camilo sale de nuevo hacia el anterior campamento de la ladera opuesta para cerciorarse de que Che no ha llegado y, en ese caso, dejar otro mensaje ratificando que se dirigen al Lomón. Fidel ha querido esperar todos estos días con la esperanza de poder establecer contacto con el grupo de refuerzo en una zona tan favorable como la de Caracas, en pleno corazón de la montaña. Pero en vista de la falta de noticias ha decidido salir él al encuentro de Che.

Raúl comienza así sus anotaciones de ese día:

Partimos como a las 7 y 30, íbamos hacia arriba por el mismo trillo del firme que nos había llevado al lugar. Ya hemos recorrido este tramo como cuatro veces. En la cúspide, hicimos un alto para que Camilo fuera, una vez más, al antiguo campamento para ver si ya el Che había hecho contacto y nada. Comimos malangas y yucas frías y sin manteca que guardáramos en latas y pomos, desde el día anterior.

Regresa Camilo sin noticias y continúan camino, guiados por el nuevo incorporado, Vitaliano Torres, al parecer

conocedor de la zona. En realidad podían haber prescindido de los servicios de este práctico, pues a estas alturas ya Fidel ha adquirido un conocimiento tal del terreno en toda esta vasta zona de la montaña que, unido a su excepcional sentido de la orientación, le permite al destacamento guerrillero moverse solo sin riesgo de extraviar el camino.

En las primeras horas de la tarde los combatientes bajan al caserío de La Derecha de Caracas, donde quedan aún algunas familias. Durante el trayecto escuchan lejanas las ya habituales detonaciones de morteros y ametralladoras. Son las tropas del ejército acampadas en San Lorenzo, en su acostumbrada faena de limpieza de la montaña. Prácticamente a eso, y a esporádicos patrullajes por los alrededores de sus campamentos bien fortificados en los mayores poblados de la zona, se reduce en estos momentos la táctica empleada por el enemigo contra la guerrilla rebelde.

El guía se acerca a la casa deshabitada de un pariente, pero desisten de llegar a ella por estar situada en un claro demasiado al descubierto. Raúl narra en su diario:

Seguimos rumbo, esta vez guiados por Vitaliano, torcimos a la izquierda por un firme en bajada y fuimos a dar al barrio de Caracas. El neófito fue a casa de un pariente, deshabitada, donde había que pasar un clarito, por lo que la desechamos. En este barrio había algunas casitas habitadas. Cuando bajábamos de 2 a 3 de la tarde, allá en la lejanía rumbo a San Lorenzo, se oyeron los característicos morterazos y rafagazos de “limpieza”, que dicho sea de paso, no han limpiado a nadie todavía.

Abriéndose paso por el monte y la tupida manigua, llegan hasta otra casa, también vacía. En la estancia cercana coleccionan dos latas de frijol gandul, que con malangas y una gallina capturada como de costumbre por Camilo sirven para preparar la comida. Deciden dormir en la casita abandonada. Raúl prosigue relatando:

Doblando a la izquierda, rompiendo monte y manigua, bajamos para después subir a un bohío pequeño y abandonado en cuya estancia recogimos entre todos dos latas de chorizo de frijoles gandul que con malangas y una gallina fina que capturó Camilo, preparamos la cena. Dormimos aquí mismo. Tenemos alguna reservita de manteca y sal que nos vendió el campesino de la casa anterior [Benito Ávila], del que nos separamos ya completamente identificados. Cuando F. [Fidel] le dijo quiénes éramos, contestó: “Sí, ya yo lo sabía”, aunque ignorando que entre nosotros se encontraba F.

Ese día, el contingente de refuerzo sigue acampado en el montecito cercano a la casa de *Chen* Sánchez, en La Derecha de la Caridad, atendidos por los campesinos de la zona. El diario de *Nano* Díaz contiene la siguiente anotación correspondiente a esta fecha: “Llegamos a otro campamento un poco extenuados, ya el cuerpo se va acostumbrando a las largas caminatas y ahora faltaba la llegada de Fidel. Salió el Che en busca de otro grupo que está acampado más adelante”.

Che, por su parte, permanece durante el día en un cayo de monte cerca de las casas de los Marrero, en El Cilantro. Aprovecha para conocer las informaciones y relatos que le hacen Crescencio Pérez y los expedicionarios Ramiro Valdés, *Pancho* González y Rafael Chao. La presencia de los combatientes en el lugar se ha filtrado a otros vecinos. Juan Marrero está preocupado por la seguridad del grupo y considera que deben cambiar de escondite. Che decide partir de regreso esa noche. Está, además, impaciente por volver a donde ha dejado al grupo de refuerzo, no sólo por la situación creada en torno a Sotús sino en previsión de la llegada en cualquier momento de noticias de Fidel. Ramiro, Pancho y Chao regresan con él, mientras Crescencio permanece en la zona hasta curarse definitivamente de un pie enfermo.

Al anochecer, bajan a la casa de Anguelo Marrero a comer, duermen un rato y a las 11:00 emprenden camino. Hasta ese momento han estado esperando infructuosamente la llegada de los expedicionarios Calixto García y Calixto Morales, a quienes habían enviado aviso a la casa de *Toñico* Guevara, en Las Yaguas, donde se encontraban en compañía de Manuel Acuña. Che anota en su diario:

Por la tarde le trajeron [a Crescencio] unas medicinas a casa de Marrero y el viejo [Juan Marrero, padre de Mongo y Anguelo] se enteró de la presencia del grupo en su cayito. Enseguida pidió a Crescencio que se fuera de allí y entonces resolvimos volver esa misma noche con los tres del Granma, Ramiro, Pancho y Chao. [...] Quedamos en que hasta las 11 esperaríamos a los Calixtos. [...] Bajamos al bohío de Anguelo al anochecer y poco después nos servían una opípara cena y nos echábamos a dormir hasta las 11; a esa hora salimos con rumbo a la Derecha, llegando a la casa de Domingo [Dionisio Oliva] a las 3 y media de la mañana. Ramiro no tiene bien la pierna todavía. Poco después estábamos en el campamento.

La noche anterior, la patrulla encabezada por Guillermo García ha continuado camino y cerca de las 4:00 de la madrugada han llegado a la casa del campesino Manuel Marín, al pie del Lomón, donde toman café y comen algunas viandas. Una hora después reemprenden la marcha, cruzan el río del Macío cerca de la finca de Eduardo García, hermano de Manuel, en Arroyones, y atraviesan un cafetal. Poco antes del mediodía bajan al río Limones, abriéndose paso por el monte. Suben luego al firme de la loma de La Gloria, y siguen caminando, ya oscuro, hasta subir a una falda de Caracas, donde duermen.

VIERNES 22 DE MARZO

El destacamento rebelde al mando de Fidel está en pie y en marcha a las 4:30 de la madrugada. Una hora más tarde, al coronar el ascenso del empinado firme de Limones, se reúnen con la patrulla integrada por Juan Almeida, Luis Crespo y Vitaliano Torres, que poco después de la medianoche había salido del campamento con la misión de llegar hasta la casa de dos hermanos del nuevo recluta, en Limones, en busca de noticias y cigarros. Siguen caminando por el firme y ya por la tarde alcanzan finalmente el alto de Espinosa. Dejemos que sea Raúl quien narre lo que encuentran en el lugar donde el destacamento había sido disperso el 9 de febrero como resultado de la traición de Eutimio Guerra:

A la una de la madrugada fueron Almeida y Crespo con el neófito a casa de dos hermanos de éste que viven en Limones, a recoger varias cajas de cigarros y algunas noticias. Mientras tanto, nosotros nos levantamos a las 4 y 30 subiendo elevada montaña, nos encontramos con ellos a las 5 y 45 en el firme de la misma. Aprovechamos la luz indecisa del alba para atravesar un claro y alcanzar los Altos de Espinosa. A la izquierda dejamos, como a unos 3 kilómetros en línea recta, a la Derecha de Juana. Caminando por la estrecha cresta, en una parte muy abatida por fuertes vientos, hemos hecho un alto de una hora para seguir el camino. Son las 7 y 40 a.m. Nos dieron una caja de cigarros Corona a cada uno. Como a las 5 llegamos al lugar donde pretendieron cercarnos el 9 del pasado. Encontré un peine de Garand con balas y muchos vacíos. Tiraron miles de tiros. Allí estaba la tumba de Julio Zenón Acosta, tenía un pie afuera; se ve que lo enterraron casi a flor de tierra, le cubrieron el pie algunos compañeros y entre todos le pusimos una guardia de honor. Las botas, acribilladas a balazos, estaban tiradas cerca.

Fidel ha decidido seguir avanzando rumbo al oeste, en dirección al Lomón y La Derecha de la Caridad, por donde estima que debe pasar Che con el refuerzo. Prosiguen camino por la misma ruta por donde el grupo de Fidel se había retirado el día de la frustrada encerrona. La noche los sorprende antes de llegar al potrero que habían atravesado aquella vez. Duermen en la pendiente ladera, sin haber comido nada en todo el día.

Raúl concluye así sus anotaciones:

Nos fuimos por la falda por donde nos habíamos retirado el día del encuentro, camino en extremo incómodo. Hicimos un alto para oír las noticias y nos agarró la noche antes de llegar al potrero al que pensábamos salir por causa de un farallón que nos topamos obligándonos a una contramarcha. Dormimos en una inclinadísima ladera, donde cualquiera podía irse rodando para abajo.

Esa misma mañana llega Diógenes Suárez al campamento del grupo de refuerzo en La Derecha de la Caridad. Trae la información de que una tropa de guardias ha arribado a La Habanita. Siguen las protestas de algunos de los nuevos combatientes por la comida. En la mañana, sólo han tomado café y después un poco de chocolate aguado. Cerca de las 4:00 de la tarde, los campesinos que los atienden traen un potaje ahumado con ñame.

Che no quiere moverse del lugar en espera de recibir noticias de Guillermo o instrucciones de Fidel. Supone con razón que ya el jefe guerrillero no ha seguido esperando en el punto acordado para el encuentro en Caracas, y no le parece conveniente salir con un grupo tan numeroso en busca de Fidel sin tener informaciones más concretas. Ese día anota en su diario:

Llegó Prieto [Diógenes Suárez] por la mañana trayendo noticias de 40 guardias que hay en La Habanita. Las visitas se sucedieron con mucha

frecuencia pero el lugar parece muy tranquilo. Hay algún descontento por la comida, cosa que traté de remediar hablando con Jorge Soto [Sotús] para darle a la gente dos comidas diarias abundantes.

Por su parte, la patrulla integrada por Guillermo García, Manuel García, José y Marciano Arias Sotomayor ha continuado caminando ese día y ha alcanzado el firme de Caracas. Guiados por Guillermo, los combatientes extraen de las grietas de las rocas que sirven de almacén cuatro fusiles Winchester. Luego, siguen adelante hasta llegar al antiguo campamento sobre las 3:00 de la tarde. Allí buscan por el lugar algún mensaje dejado por sus compañeros, hasta que José Arias encuentra entre las piedras de una curiosa construcción hecha anteriormente por Manuel Fajardo para colgar su hamaca y guarecerse del frío, a la que enseguida los guerrilleros dieron el nombre de la “trinchera de Fajardo”, el mensaje de Fidel en el que indica a Che que marchaba en dirección al Lomón.

De inmediato los combatientes emprenden el regreso. Descienden la enorme altura de Caracas ya de noche, cruzan el río de la Derecha y llegan a la casa de una campesina que les brinda algo de comer. Piensan seguir camino, pero la noche es muy cerrada y acampan a unos 100 metros de la casa.

SÁBADO 23 DE MARZO

Fidel y los otros doce hombres que en ese momento componen el destacamento bajo su mando han tenido que permanecer todo el día en una falda de la loma de la Gloria, uno de los estribos del firme de Limones que cae sobre el río del Macío, pues por esta zona resulta peligroso continuar camino antes de que oscurezca. Algunos combatientes bajan a un arroyo cercano en busca de agua para cocinar viandas. Deciden emprender la marcha por la tarde. Oscureciendo,

salen a un potrero y llegan a un centro espiritista vacío. Luego de tumbar algunos cocos, continúan avanzando ya de noche.

Raúl escribe en su diario:

Ya no hay más remedio que pasar aquí el día, casi todos teníamos varios plátanos verdes y tocando a cuatro los preparamos hervidos con manteca y sal. Ayer no comimos nada. Fui con Universo [Sánchez] y Vitaliano [Torres] en busca de agua, que encontramos como a 40 metros del lugar, hacia abajo, escarbando en un arroyo seco. Por la tarde partimos y la vanguardia se topó con dos colmenas que castramos y comimos. Salimos al potrero con las primeras sombras de la noche. Llegamos a un centro espiritista, en el que no vivía nadie, tomamos unos cocos (dos por persona) que desde México no tomábamos y seguimos camino con la luz de las estrellas. Esta zona se llama los bajos de Limones.

En el trayecto, es preciso pasar cerca de una casa habitada y deciden llegar a ella a cocinar. Efigenio se adelanta, haciéndose pasar por guardia, y manda preparar alguna comida. Luego, Fidel llama afuera al dueño de la casa y le explica que en realidad son revolucionarios. Más tarde siguen camino en dirección al Lomón. Marchan con especiales precauciones. La zona está bastante poblada y el cruce del río se efectúa a la vista de varias casas campesinas. No es difícil, además, que alguna patrulla enemiga pueda andar de recorrido desde el campamento del ejército en San Lorenzo, a unos 5 kilómetros aguas arriba.

Raúl apunta finalmente:

Obligatoriamente había que pasar por una casa habitada y decidimos preparar comida si iban a vernos de todas maneras. Efigenio se adelantó y haciéndose pasar por soldado, mandó a preparar comida, una gallina y malangas, además café. Después F. [Fidel] llamó afuera a Victorino Tamayo,

dueño de la casa, y sin revelar su identidad, le dijo que éramos revolucionarios [...]. En 30 minutos preparó la comida. Terminada esta, tomamos un trillo que nos llevó a una estancia que está en la falda del Lomón, pegada al monte y bastante alta. Después de hartarnos de cañas, nos acostamos como a las dos de la mañana.

Por su parte, la patrulla conducida por Guillermo García continúa su camino de regreso esa mañana, siguiendo una ruta parecida a la del grupo de Fidel. Guillermo y sus compañeros suben igualmente al firme de Limones y pasan por la tumba de Julio Zenón Acosta en el alto de Espinosa. Allí descansan un rato y antes del mediodía bajan hasta la casa de un campesino conocido de los Sotomayor, también Espinosa de apellido, quien no está en ese momento. La mujer los recibe y les prepara comida. Más adelante cruzan en pleno día el río y a eso de las 3:00 de la tarde comienzan el ascenso del Lomón, donde hacen noche. Presienten que muy cerca se encuentra Fidel y que pronto darán con él.

Ese día los órganos nacionales de prensa difunden el parte oficial del estado mayor del ejército en el que se desmiente hipócritamente que la Sierra Maestra esté siendo sometida a bombardeos, ni que las familias campesinas radicadas en una parte de la montaña estén siendo desalojadas con el pretexto de los ataques aéreos, como paso previo para desatar una ofensiva terrestre. También se califican de falsos y de “propaganda subversiva” los rumores sobre la llegada a la Sierra de un refuerzo numeroso para unirse a la guerrilla.

En el momento en que el Negociado de Prensa del ejército daba a la publicidad este comunicado, el contingente de refuerzo cuya existencia se negaba estaba acampado tranquilamente en La Derecha de la Caridad, en espera del contacto con el jefe rebelde. Con el regreso de Che y los expedicionarios del *Granma* reincorporados, suman ya 62 los hombres que se mueven en el campamento, sin contar los colaboradores campesinos que los están atendiendo.

El día ha transcurrido tranquilo en la Derecha. A las 12:00 llega al lugar un campesino con dos novillos, y muchos de los combatientes pasan el día ocupados ayudando a salar la carne. Por la noche, Che reúne a los del refuerzo y les ofrece una detallada explicación de la vida y las actividades cotidianas en la guerrilla y de las normas de conducta imprescindibles del guerrillero. Al respecto, anota en su diario:

Días secos, lo que es una bendición para nosotros. Esperando noticias de Fidel que no se producen, ni de Guillermo. No hay nada nuevo en el campamento. Tuve por la noche una pequeña conferencia con algunos de los nuevos muchachos que trajo Jorge [Sotús], tratando de explicar las características de la lucha en la Sierra, la necesidad de una rígida disciplina. Ellos se quejan del modo de mandar de Jorge y tal vez un poco de razón tengan. Vino un guajiro hijo de Fidencio Frías para anotarse, le dije que lo consultara con la almohada y mañana me dijera el resultado, previa explicación de lo que es esto.

Pedrin Sotto escribe, por su parte:

Nos repartimos una lata de leche para dos de desayuno; preparamos chocolate, la lata la preparamos entre Juventino [Alarcón] y yo. El Che hizo café con una cafetera y me dio un poquito. Almorzamos, nosotros fuimos los últimos en comer y casi no alcanzamos pues solamente almorcé un poquito de arroz con dos trocitos de yuca, por la tarde un arroz crudo empegotado con fongo [plátano burro] y ñame. [...] Les pedí a unos campesinos que nos trajeran dulce pues teníamos unas ganas tremendas de comer dulce y al anochecer trajeron dulce de guayaba.

DOMINGO 24 DE MARZO

Esa mañana, Fidel y sus compañeros suben a la cima del Lomón, al lugar donde, en la cavidad de una enorme piedra, han hecho anteriormente campamento. Dos combatientes son enviados a la casa de Raúl Barroso, en Tatequieto, al pie de la falda suroeste de la montaña, pero ni el confiable colaborador ni su esposa están en la vivienda. Al principio de sus anotaciones de ese día, Raúl escribe:

Temprano recogimos algunas yucas, cañas y plátanos, y subimos a la cresta del Lomón, donde hicimos un pequeño alto para descansar. Seguimos por el firme y se mandó a Almeida y Vitaliano a Tranquilo [Tatequieto], a casa de mi tocayo; los estuve observando con la mirilla hasta su llegada a la casa donde no había nadie. Cocinamos en una falda las viandas que habíamos recogido, hice un sopón de plátanos, yuca y un pedazo de calabaza, en sociedad con Camilo. Me llené bien y hasta guardé un poquito para por la noche.

Muy cerca de donde han cocinado, hacia el noroeste, Che y el contingente de refuerzo están acampados en La Derecha de la Caridad. Al amanecer, los combatientes se han despertado sobresaltados por un disparo. Se ordena tomar posiciones en previsión de que sea el enemigo. Pero pronto se verifica que el tiro se le ha escapado a *Ango* Sotomayor, quien estaba de posta con un revólver calibre 45. Al novato combatiente se le castiga con seis horas de guardia.

Cerca de las 9:00 de la mañana, la patrulla conducida por Guillermo García llega finalmente de regreso a la casa de Fulgencio Sánchez. Se le manda aviso a Che y un rato después Guillermo sube al campamento y le entrega el mensaje encontrado en Caracas. Che narra lo siguiente:

Desde por la mañana se sabía que Guillermo estaba abajo, se decía que ya había encontrado a Fidel. Esperamos noticias ansiosamente. A mediodía llegó un mensaje de Guillermo en el que [decía que] había seguido el rastro de Fidel pero no lo había encontrado. Más tarde llegó Guillermo entregándome un mensaje de Fidel fechado el 21 de marzo en que me anunciaba que se movilizaba para la Derecha. Todos los indicios indicaban que Fidel llegaría a la noche; Dionisio estuvo por el Lomón pero no lo encontró.

El resto de la tarde transcurre sin otras incidencias en el campamento, en un ambiente de expectativa por el encuentro que ya parece ser inminente. De los cuatro fusiles Winchester 44 traídos por la patrulla de Guillermo, dos de ellos les son entregados a los hermanos José y Marciano Arias Sotomayor y los otros a dos combatientes del refuerzo que hasta el momento venían desarmados.

Poco antes de las 6:00 de la tarde se escucha otro tiro escapado. Esta vez el culpable es Juan Francisco Echevarría. Después de comida, se organizan las postas y los demás combatientes se acuestan en sus hamacas. A lo lejos se escuchan las sordas detonaciones de los morteros que se entretienen en disparar todos los días los guardias de San Lorenzo.

Esa misma tarde, poco antes de la caída de la noche, Fidel y sus compañeros emprenden la bajada del Lomón por su cara noroeste. El camino es conocido para ellos, pues ya lo habían tomado antes cuando llegaron por primera vez a la casa de los hermanos Dionisio y Juan Oliva en La Derecha de la Caridad. Al llegar se enteran con alegría de que Che está acampado cerca con una tropa numerosa. Leamos cómo describe Raúl lo que ha de haber sido un encuentro emocionado:

Seguimos bajando por el firme, el mismo trillo que en compañía de F. y varios pocos más recorrimos después de la encerrona y hacia el mismo lugar donde nos dirigíamos, la casa de los hermanos Aceite [Oliva] que tan magníficos servicios nos habían prestado. Llegamos oscureciendo y apenas se cruzaron algunas palabras con la vanguardia, llamaron a F. [Fidel] con un grito de júbilo, después a mí: “¡Raúl, decía Camilo, hay como 70 gentes armadas ahí!” En los primeros momentos pensé que serían soldados, pero eso contrastaba con la alegría general. Se trataba de compañeros que habían llegado de Manzanillo en audaz expedición en dos camiones que fue una verdadera epopeya. Nos dieron café y mandamos por el Che, Guillermo, Ciro y Jorge Soto [Sotús], jefe de la expedición, que dirigió la toma de la policía marítima en los sucesos del 30 y antiguo condiscípulo mío en el colegio Dolores, que estaban en el campamento.

Che, por su parte, lo narra así:

A la noche fui a despachar unas consultas a una casa guajira y cuando acababa, llegó Fidel. Fue emotivo el encuentro con los doce hombres más un nuevo recluta, Vitaliano Torres. Ramiro y yo éramos los exponentes de la vieja guardia que estábamos allí.

En sus memorias de la guerra, años después, escribe lo siguiente:

El día 24 de marzo, por la noche, llegó Fidel; fue impresionante su arribo con los doce compañeros que en ese momento se mantenían firmes a su lado. Era notable la diferencia entre la gente barbuda, con sus mochilas hechas de cualquier cosa y atadas como pudieran, y los nuevos dados con sus uniformes todavía limpios, mochilas iguales y pulcras y las caras rasuradas.

Después de la alegría inicial del reencuentro, se efectúa una reunión en la propia casa, en la que participan también Raúl, Almeida, Camilo y Fajardo. Fidel escucha el informe acerca de los problemas surgidos con el jefe del refuerzo, y critica a Che por no haber hecho prevalecer su autoridad. El propio Che lo narra en estos términos en sus memorias de la guerra:

Explicué a Fidel los problemas que habíamos afrontado y se estableció un pequeño consejo para decidir la actitud futura. Estaba integrado por el mismo Fidel, Raúl, Almeida, Jorge Sotús, Ciro Frías, Guillermo García, Camilo Cienfuegos, Manuel Fajardo y yo. Allí se criticó por parte de Fidel mi actitud al no imponer la autoridad que me había sido conferida y dejarla en manos del recién llegado Sotús, contra quien no se tenía ninguna animosidad, pero cuya actitud, a juicio de Fidel, no debió haberse permitido en aquel momento.

Los reunidos discuten después la organización militar de la acrecentada fuerza rebelde. Sigue narrando Che, esta vez en su diario:

Después de comer nos quedamos abajo realizando planes sobre la estructuración de las fuerzas. [...] Se convino en dividir las fuerzas en un Estado Mayor integrado por Universo, como oficial ahora, los tres jefes de pelotón, Raúl, Almeida y Soto [Sotús], Fajardo y el guajiro [Crespo] como guardia personal y yo como médico. Raúl trató de que yo también fuera comisario político pero Fidel se opuso. La vanguardia será mandada por Camilo, la retaguardia por Efigenio. Los tres pelotones por los nombrados. Cada pelotón constará de tres escuadras de 6 hombres cada una incluyendo al jefe. Ciro [Redondo] será oficial también.

En esta reunión se discute también el curso de acción inmediato de la columna. Che propone atacar algún puesto militar, para probar en la lucha el temple de los nuevos combatientes. Sin embargo, Fidel y los demás consideran que antes de someter a la nueva tropa a la prueba de un combate, es conveniente irlos formando en los rigores de la vida guerrillera y la montaña. Para ello, Fidel propone que lo mejor era caminar por la montaña durante un tiempo, tratando de evitar encuentros con el enemigo, y hacerlo en dirección al este, hacia las zonas más agrestes de la Sierra.

Para Fidel, estas caminatas representan una necesidad perentoria, además de su carácter de entrenamiento físico y psicológico. La guerrilla ha permanecido demasiado tiempo en las inmediaciones de Caracas, y el enemigo la tiene sobradamente ubicada en esa zona. Ya toda esta región, desde Cinco Palmas a Palma Mocha, está prácticamente en pie de lucha, y se ha logrado crear con el campesinado simpatizante una eficiente infraestructura capaz de garantizar la información, los enlaces y los suministros básicos de los guerrilleros. Es la hora de salir en busca de las zonas de la Sierra Maestra al Este del Turquino, con el múltiple propósito militar y político de despistar al enemigo, conocer nuevos terrenos y extender la llama de la insurrección y los contactos con la población campesina en esas otras regiones.

La conversación se prolonga toda la madrugada, hasta poco antes del amanecer. Che apunta en su diario:

Fidel expuso su opinión de no atacar todavía, lo apoyaron varios, yo me opuse basado en razones políticas y militares, no se me dio mayor beligerancia, resolviéndose entonces caminar por el monte hasta el Turquino, tratando de no dar batalla. Comimos algo de carne y nos quedamos charlando hasta que amaneció.

Raúl, por su parte, escribe:

Nos pasamos la noche hablando, previa una reunión donde se discutieron los planes de la segunda campaña. Posteriormente freímos algunos pedazos de carne salada de vaca y estuvimos hablando hasta el amanecer. Efectivamente habían llegado como cincuenta y dos compañeros de varios lugares de la provincia, uniéndose aquí con el grupo del Che más nosotros que llegábamos, además de algunos ingresos de la zona, hacíamos un número que fluctuaba entre los 70 y los 80 (78). ¡Ahora sí!

En realidad, en ese momento se han reunido en La Derecha de la Caridad 75 combatientes.

SEGUNDA PARTE

REBELDES EN EL TURQUINO

25 de marzo - 5 de mayo de 1957



Fidel, Raúl y otros rebeldes en el pico Turquino, el 28 de abril de 1957. Este fotograma del reportaje filmado por Bob Taber constituye, sin duda, el documento gráfico más simbólico de la etapa insurreccional de la Revolución cubana.

LUNES 25 DE MARZO DE 1957

Al amanecer, Fidel y sus acompañantes suben al campamento en el monte, sobre la cañada boscosa, y se produce el encuentro con los combatientes del refuerzo. A la entrada, la escuadra de René Ramos Latour hace posta con el fusil automático Johnson emplazado. El júbilo es general. Fidel va de grupo en grupo, saludando individualmente a todos y revisando cada una de las armas.

Para los nuevos combatientes, el encuentro con Fidel y sus hombres resulta, a la par que un motivo de alegría, una sorpresa. Muchos esperan encontrar una tropa numerosa, bien uniformada, bien calzada, bien equipada, bien armada, bien abastecida. Otros quizás no son tan optimistas. Pero lo que ninguno supone es que la tropa que acompaña al jefe rebelde suma apenas doce hombres, que traen el hambre y las privaciones reflejadas en el cuerpo, que sus mochilas están hechas de sacos de yute, que sus botas —como las del propio Fidel— están cosidas con alambres, que las piezas de algunas de sus armas están sujetas con cordel o esparadrapo. No obstante, todos quedan impresionados desde aquel primer encuentro por dos cosas: la disciplina y cohesión de los combatientes viejos, y su optimismo y confianza en el desarrollo y desenlace de la lucha.

En el diario de Raúl, el encuentro está descrito en estos términos:

Subimos al amanecer. Ya a 20 metros vimos la primera pareja de posta en los lindes del bosque con una ametralladora bípode Johnson emplazada. También trajeron una Maxim brasileña, con 4 mil tiros. La alegría fue general. Acompañamos a F. [Fidel] cuando fue, pelotón por pelotón, saludando a los compañeros. Sobre dos varas amarradas a los árboles, pendían pedazos de carne asada de res, parte de las tres que nos regalara un magnífico compañero

de la zona. Me entregaron varias cartas y papeles oficiales del Movimiento. [...] Dormité un poco en la hamaca de Fajardo.

Recibieron noticias de
que Fidel llegara al
amanecer del día se-
guiente. Este fue un
domingo que misa
alredor, recordando
a mi familia #9
DIA 25 MARZO 1957
Como a las 5/7 de la
mañana hizo su llega-
da el campamento el
día del 26 de Julio Fidel
castro ocupando el
Raul Castro quien es el
líder, al lado, sus
Abelardo, Quevedo y otros
y pediceros.

Facsímil del diario de Emiliano Díaz Fontaine correspondiente al 25 de marzo de 1957.

Por la tarde, Fidel se reúne con toda la tropa nueva en el montecito donde acampan. Durante casi cuatro horas les habla sobre los objetivos de la lucha y sobre las condiciones en que se desenvuelve la vida guerrillera. Insiste en la necesidad de respetar la disciplina, de cuidar el arma, de desarrollar al máximo el espíritu de solidaridad y compañerismo.

—Hemos vuelto a ser casi tantos como los que fuimos cuando el Granma —expresa Fidel—. No hay fuerza humana capaz de derrotarnos.

Raúl sigue relatando:

Por la tarde, F. reunió a todos los nuevos y les dio una larga conferencia de disciplina, ideología y de nuestra lucha en la Sierra. Antes habíamos tenido una reunión urgente, para tratar sobre informes llegados de Salvador [Frank País], sobre un posible traidor que tenemos en nuestras filas, por lo que se decidió abandonar el lugar por la noche.



Fidel en la Derecha de la Caridad durante su primer encuentro con los combatientes del refuerzo del marabusal, el 25 de marzo de 1957. Esta foto fue tomada por Guillermo Domínguez, integrante también del refuerzo.

Che escribe en su diario:

Salimos entonces al monte y Fidel se dedicó a recorrer y ordenar los grupos. [...] Fidel reunió a su pequeño grupo de confianza y se resolvió movilizarse esa misma noche. [...] Fidel dio una especie de arenga consejo a todos los combatientes, señalando los defectos y la necesidad de superarlos para poder realizar la lucha.

El jefe rebelde, en efecto, ha decidido partir del lugar. Las informaciones recibidas del Movimiento en Santiago indican que cabe la posibilidad de que el enemigo conozca la ubicación de la fuerza rebelde reunida en La Derecha de la Caridad. De todas maneras, una vez efectuado el encuentro con el refuerzo, realmente no tiene sentido dilatar la partida. Se decide la salida del grueso del destacamento en dirección al Lomón, donde se le unirán más tarde Fidel y un grupo de combatientes seleccionados por él que lo acompañarán primero a casa de Rigoberto Sánchez, en Limones, donde el campesino tiene preparada una comida y una reunión con varios vecinos de esa zona dispuestos a colaborar con los rebeldes.

Al oscurecer, parte Fidel con unos veinte de los viejos combatientes, además de Jorge Sotús y los tres jóvenes norteamericanos. El camino es largo y difícil, y la noche oscura. Tras cuatro horas de camino, llegan a su destino. Allí los espera una mesa opulenta. Los campesinos interesados en conversar con el jefe guerrillero acuden a la casa. Terminada la comida y la reunión, Fidel decide dormir un rato.

Prosigue relatando Raúl:

Se nos aprovisionó a los viejos de más parque y oscureciendo bajamos veinte de los viejos más Jorge y los tres gringuitos, fuimos a una visita social, a varios kilómetros del lugar, cuatro horas de ida y tres de regreso, a comernos varios lechones asados con arroz, pollo frito, etcétera, un verdadero banquete.



Fidel con algunos integrantes del primer refuerzo, el 25 de marzo de 1957 en La Derecha de la Caridad de Mota.

Por su parte, el Che anota:

Se ordenó dar una buena ración de carne a la gente que quedaba y unos veinte de los viejos, más los tres gringos y Jorge iríamos a casa de Rigoberto a comer. [...] Cuando se hizo de noche bajamos todos. Se liquidó a la gente que había cooperado en la comida en una forma que creo dejó contentos a todos. Nosotros seguimos viaje, previo un par de consultas que despaché allí, entre ellos, una señora que esperaba el nacimiento de un octavo hijo, el que se llamaría Fidel si fuera hombre. El camino a lo de

Rigoberto era largo y malo, matizado de lomas para arriba y abajo y la noche muy oscura. Fidel puteó [argentinismo por protestó o peleó] de lo lindo, pero enseguida se le pasó al llegar a la casa donde fuimos recibidos con todos los honores. Los campesinos de la zona habían ido a vernos y la reunión era importante. Comimos y luego Fidel decidió dormir un rato.

Mientras tanto, el grueso del destacamento rebelde, conducido por Ramiro Valdés, emprende camino cerca de las 6:30 de la tarde rumbo al Lomón. La marcha es en extremo difícil para los combatientes nuevos, con difíciles ascensos y bruscos descensos en una noche oscura. Los de más experiencia auxilian en la marcha a los recién incorporados. Cerca de la 1:00 de la madrugada, el grueso de la columna acampa en una falda del Lomón.

Pedrin Sotto relata en su diario:

Comenzamos un camino de lo más malo que hasta el momento hubiera caminado, una bajadas tremendas, donde a dos metros no nos veíamos, bajamos de nalga casi todo el camino; pero comenzó lo difícil, comenzamos a subir una clase de loma tremenda, casi toda la subí en cuatro pies, estaba que no podía caminar, me faltaba hasta el aire, pero venía un compañero muy buen amigo mío, Juventino [Alarcón], y me ayudaba a subir. Cada vez que me iba para atrás él me aguantaba y me empujaba hacia adelante, llegué a una parte donde no podía subir, pues cada vez que lo intentaba me iba atrás, él subió, me extendió el rifle para que me aguantara y subiera, así llegamos hasta el firme donde teníamos que esperar a F. [Fidel] y los demás, y pasar el resto de la noche.

Con las primeras luces del amanecer regresan Fidel y sus acompañantes. Raúl concluye así sus anotaciones de esta fecha:

El grueso de la columna se encaminó al Lomón con Ramirito, a donde llegamos nosotros a las 5 y 40 de la mañana, con la barriga llena, pero estropeadísimos y muertos de sueño, y nos acostamos. Los tres gringuitos nos han caído muy simpáticos, caminan bien de noche, están fuertes y parecen prometer bastante.

A su vez, Che relata:

Como a las 3 de la mañana emprendimos el regreso caminando mucho más rápido; pero ahora no íbamos al mismo lugar, sino a un alto donde debíamos unirnos a la gente que dejamos en la Derecha, justamente al despuntar el sol llegamos. Teníamos un nuevo recluta.

Con este nuevo incorporado a la tropa mencionado por Che, cuya identidad no ha sido posible determinar —posiblemente se trate de un campesino de La Derecha de la Caridad o de Limones—, la columna rebelde suma en ese momento un total de 76 combatientes.

MARTES 26 DE MARZO

El destacamento guerrillero permanece durante el día acampado en una falda del Lomón. Fidel y los combatientes que habían regresado poco antes del amanecer, descansan la mayor parte de la mañana. Cerca del mediodía llega al campamento Rigoberto Sánchez. El campesino trae un poco de leche y una propuesta de ajusticiar a Casillas y Barrera, quienes según él visitan a diario un bar en Marea del Portillo. Poco después, se comienza la reorganización de las escuadras y pelotones de la columna.

Raúl anota en su diario: “Me desperté como a las 12 del día. Se empezó a organizar las escuadras, que serán de seis

incluyendo a su teniente; y tres escuadras más su capitán formarán un pelotón: 19 hombres. Mañana se terminará de organizar”.

Ese día Che escribe:

No se procedió tampoco a la anunciada reorganización de la gente. Fidel durmió por la mañana, luego recibió a Rigoberto [Sánchez] que venía con un poco de leche de regalo. Conversaron un rato y se fijó un plan para dentro de algunos días, muy bueno. Dionisio trajo dos nuevos reclutas, hermano y sobrino de la mujer de Prieto, respectivamente.

Cerca de las 5:00 de la tarde, la columna emprende una corta marcha hasta otro lugar más alto, casi en el firme del Lomón. Algunos combatientes nuevos se ven obligados a cortar bejucos de parra para calmar la sed. Se consumen las últimas provisiones de comida que traen. Cuelgan sus hamacas para dormir, pero por la madrugada muchos las abandonan, echándose en el suelo debido al frío intenso.

Prosigue relatando Raúl:

Subimos más arriba, como a las 5 p.m. Comí un sopón con C[iro] Redondo de malanga con un pedazo de carne de res salada, que quedó muy espeso y bueno. Me dormí después de fumarme un tabaco. Muy satisfecho por el aumento de nuestra familia revolucionaria.

Che anota: “Al atardecer emprendimos una pequeña marcha de una hora hasta llegar a un alto donde dormimos. Comemos ya los últimos restos de nuestra comida, probablemente empiezan vacas flacas”.

La tropa ha crecido considerablemente y, en consecuencia, han aumentado sus potencialidades combativas una vez que los recién incorporados se adaptan a los rigores de la vida guerrillera. Pero estas nuevas posibilidades plantean asimismo condiciones nuevas de vida para los combatientes.

Con la organización de la fuerza se impone también comenzar a aplicar otros procedimientos para garantizar el suministro de un personal tan numeroso. Quedan atrás los tiempos de cocinar en un solo caldero la comida de todos, cuando eran a lo sumo dos decenas de hombres. Mientras permanezcan en zonas relativamente pobladas donde la colaboración campesina ya es cosa establecida, puede contarse aún con el apoyo para el abastecimiento y la preparación de la comida en alguna casa. Pero ya no es tan fácil obtener de los pobladores serranos comida suficiente para tantos hombres. Y cuando la columna, de acuerdo con el plan de Fidel, avance hacia zonas más intrincadas y menos habitadas de la Sierra, el problema del abastecimiento, previsto ya por Che, se hará más complicado, e incluso el de la cocina. A partir de ahora, comenzará a establecerse en la guerrilla la norma de que cada escuadra asegure su propio suministro y cocine por separado la comida de sus combatientes.

MIÉRCOLES 27 DE MARZO

Esa mañana, la columna continúa acampada cerca del firme del Lomón. Se prosigue trabajando en la organización de los nuevos pelotones y escuadras.

Temprano, un combatiente del refuerzo ha dejado escapar un tiro, lo que obliga a moverse del lugar. Al mediodía, comienzan a subir la elevación hasta alcanzar el firme de la montaña, a 832 metros de altitud. En el camino, es necesario auxiliar a Michael Garvey, el más joven de los tres norteamericanos con sólo 15 años, que sufre una fatiga en el ascenso. Ya en el firme, se continúan organizando los pelotones y escuadras.

La columna queda estructurada en tres pelotones de tres escuadras cada uno, sendas escuadras de vanguardia y retaguardia y un estado mayor. Las escuadras de vanguardia

y retaguardia permanecen al mando de Camilo Cienfuegos y Efigenio Ameijeiras, respectivamente. El pelotón de Raúl Castro cuenta con *Julito* Díaz, Ramiro Valdés y *Nano* Díaz como jefes de escuadra. Ciro Frías, Guillermo García y René Ramos Latour mandan las escuadras del pelotón de Jorge Sotús. Juan Almeida lleva al frente de las escuadras de su pelotón a Enrique Ermus, Guillermo Domínguez y Félix Pena. El estado mayor queda integrado, además de Fidel, por Che, Manuel Fajardo, Ciro Redondo, Luis Crespo, Universo Sánchez y Marciano Arias Sotomayor.

Raúl anota en su diario: “Dormimos antes de llegar al firme. Por la mañana se siguió organizando. Al mediodía subimos al firme, donde se terminó de organizar. En mi pelotón cayó una buena escuadra de Santiago de Cuba”.

Por su parte, Che escribe:

Pasamos la mañana sin movernos del lugar pues no podíamos buscar agua hasta la noche y Fidel no quería provocar la sed de la tropa prematuramente, sin embargo, alguien en la retaguardia oyó un fusil palanqueado, creo que un producto de la tensión nerviosa de la tropa bisoña, y se resolvió salir antes de hora. Casi al coronar el Lomón uno de los gringuitos, el más tierno, sufrió una especie de desmayo debido al cansancio. El Lomón tiene 800 metros sobre el nivel del mar, según el altímetro que tenemos ahora.

En efecto, Che dispone por entonces de un altímetro y por unos días ofrecerá en su diario de campaña algunas mediciones de las alturas recorridas, que resultan inexactas la mayor parte de las veces por ser imposible ajustar periódicamente el aparato según el nivel del mar. Che prosigue relatando:

Al coronar el Lomón se procedió a la reorganización definitiva quedando integrado el cuerpo así: vanguardia, mandada por Camilo, con cuatro hombres,

entre ellos un guía; tres pelotones mandados por Jorge [Sotús], Raúl, Almeida, con tres escuadras cada uno; los jefes de escuadras son: de Raúl, Julito [Díaz], Ramiro y [Nano] Díaz; [de] Jorge, Ciro [Frías], Guillermo [García] y René [Ramos Latour]; [de] Almeida, Hermus [Enrique Ermus], antiguo jefe del pelotón 5, Guillermo [Domínguez], del pelotón 4, y [Félix] Pena con una escuadra de estudiantes. El Estado Mayor está integrado por Fajardo, Ciro [Redondo], el Guajiro [Crespo], Universo [Sánchez], que ahora es oficial, Fidel y yo. La retaguardia está mandada por Efigenio que tiene tres hombres.

Fidel conversa con los combatientes. Entre otras cosas, les informa que en los próximos días continuarán la marcha hasta alcanzar el pico Turquino y allí realizarán algunas prácticas de tiro. A las 3:30 de la tarde, se escuchan disparos de morteros y otras armas rumbo a La Habanita, que se prolongan hasta la noche.

Media hora después, la columna comienza a descender la falda sureste del Lomón, hasta llegar a una estancia muy cerca de un monte donde ya había acampado el reducido grupo comandado por Fidel camino de La Derecha de la Caridad. La sed atormenta a los nuevos combatientes, que junto a otros dan cuenta de una buena cantidad de caña. Luego cargan yucas y plátanos de la estancia en sus mochilas. Esa noche, a la hora de cocinar, se aplicará por primera vez la norma de que cada grupo consuma lo recolectado por sus combatientes, cuando no hay otra cosa.

Ya de noche, continúan descendiendo. Una parte de la columna toma por otro trillo y se separa momentáneamente del resto de la columna. Pero al cabo todos vuelven a reunirse abajo, a un costado de la casa de *Fela* Coello, a orillas del río Macío, al final de uno de los estribos del Lomón. El esposo no se encuentra, pero la campesina los recibe hospitalaria y colabora en la preparación de la comida.

Raúl concluye sus anotaciones:

A las 4 p.m. bajamos hasta el borde de la estancia que habíamos estado hace tres días. La sed era grande, sobre todo entre los nuevos. Comimos cantidad de cañas y sacamos yuca y algunos plátanos que cargamos en las mochilas. Bajamos ya de noche el Lomón, saliendo a una casita amiga. Antes, nos dimos una perdida tonta, pues un grupo bajó por un lado y el otro por otro trillo, encontrándonos abajo. Cocinar para tanta tropa siempre será aquí un problema. Tres latas de gas hirviendo constantemente, iban cocinando para los respectivos pelotones que previamente habían entregado las viandas que habían cargado. Después de comer nos acostamos alrededor del bohío, con tres buenas postas cuidándonos el sueño. (Por la tarde, rumbo a La Habanita, se oyeron morteros y tiros.)

Che apunta:

A las 4 bajamos hasta una estancia del otro lado del Lomón y allí cargamos yuca y plátanos en cantidad. Yo hice una piña con Universo y Ciro, cargando un saco enorme, pero cuesta abajo. La vanguardia perdió dos hombres, entonces el pelotón que los seguía siguió a los dos hombres; el estado mayor siguió por buen camino y el pelotón de Raúl también, pero Jorge y la retaguardia se perdieron también. Fidel se pescó un berrinche terrible, pero al fin llegamos a una casa ya fijada, donde comimos la yuca y plátanos hervidos y dormimos hasta las 4 de la mañana, hora en que emprendimos una marcha de dos horas hasta llegar al monte.

JUEVES 28 DE MARZO

La tropa rebelde emprende la marcha antes del amanecer. Es preciso realizar el peligroso cruce del río del Macío bajo el amparo de la oscuridad. Del otro lado, los combatientes comienzan a subir por dentro del monte de una falda de la loma de la Gloria. Dos horas después han alcanzado una ladera del alto de Espinosa. Allí se detienen a un breve descanso. Algunas escuadras cuecen viandas, otros combatientes duermen.

Raúl escribe en su diario:

Nos despertaron a las 4 a.m. (yo sólo dormí tres horas). Avanzando a esa hora, llegamos con las primeras luces del día, después de atravesar un claro, a las faldas de los Altos de Espinosa. Subimos un poco y en un pequeño descanso de la ladera acampamos. Algunos muchachos cocinaron sus viandas. Yo dormí.

Che apunta escuetamente: “Al llegar al monte algunos durmieron, otros nos dedicamos a comer”.

A las 2:00 de la tarde, la columna guerrillera inicia un penoso ascenso que agota otra vez a algunos de los nuevos combatientes. Dos horas después alcanzan el firme, en el mismo lugar donde el destacamento había sido atacado por el enemigo el 9 de febrero. Muy cerca está la rústica tumba de Julio Zenón Acosta. Cada escuadra hace guardia de honor al combatiente, el primer caído rebelde después de los expedicionarios del *Granma* asesinados a raíz del desembarco. Raúl prosigue narrando en su diario:

A las 2 p.m. iniciamos el ascenso. A las 4 estábamos en el firme donde el combate del 9 de febrero. Volvimos a hacerle cada escuadra una guardia de honor al compañero Julio [Zenón] Acosta. Algunos compañeros encontraron más balas y peines de

Garand, además de una granada de bazooka que parece se les cayó [a los guardias].

En ese lugar, Che hace un hallazgo de valor especial para él. Así lo consigna en sus memorias de la guerra: “Allí encontré un pedazo de mi frazada, todavía prendido de las zarzas como recuerdo de la retirada estratégica a toda velocidad. Lo metí en mi mochila, haciéndome el firme propósito de no perder nunca más un equipo en esa forma”.

Sobre este paso por el alto de Espinosa, Che anota en su diario:

A las 2 de la tarde iniciamos una penosa marcha ascendente en la que varios de los nuevos sufrieron bastante; pasadas las 3 coronamos la loma, en un lugar que tiene 750 metros y a poco estaba la tumba de Julio, donde todos los miembros de la revolución hicimos una guardia de honor.

Desde allí, Fidel encomienda a varios combatientes algunas misiones. Envía a Ciro Frías y su escuadra a que bajen al antiguo campamento junto al arroyo en busca de algunos víveres que habían quedado allí guardados. Guillermo García con su escuadra parte a la casa de Bienvenido Mendoza, hijo de Eligio, en El Ají Viejo, para recoger un fusil que había dejado escondido allí Manuel Acuña y conocer la situación de la zona. Crespo, Vitaliano y Chao deben partir a una casa cercana y mandar a preparar comida para la mañana siguiente. El jefe rebelde ordena a José Arias Sotomayor dirigirse a la casa de *Toñico* Guevara, en Las Yaguas, cerca de Limones, para recoger a Calixto García, Calixto Morales y Manuel Acuña. Finalmente, *Ango* Sotomayor es enviado también en busca de algunas provisiones.

Poco después, la columna comienza a descender por una ladera del alto de Espinosa. Cae la noche y deciden acampar en un descanso de la falda.

Che sigue narrando en su diario:

Seguimos caminando luego de un descanso pero mandamos a la escuadra de Ciro al lugar del tiroteo a buscar algo de comida que había allí escondida, a la escuadra de Guillermo a casa de Bienvenido [Mendoza] para buscar un fusil que tenía Manuel [Acuña] escondido allí y ver cómo estaba la situación de la gente, y al Guajiro [Crespo] con Vitaliano [Torres] y otro a preparar la comida para el día de mañana a una casa amiga. No habíamos hecho camino cuando ya caía la noche y esperamos en un planito la llegada del nuevo día.

Por su parte, Raúl escribe:

Guillermo y su escuadra fueron a casa de Floren [Florentino Enamorado] y recogieron de casa del cuñado [Bienvenido Mendoza] un rifle y un revólver. El primero lo dejó Acuña; el segundo, el traidor Eutimio [Guerra]. La señora del cuñado [Rafaela Portales] sabía lo de Eutimio y en vez de avisar se fue asustada. Ciro [Frías] y su escuadra bajó al antiguo campamento para ver si quedaban algunos víveres.

Una de las informaciones que recoge Raúl en esta anotación es interesante, pues confirma las sospechas de Fidel, apoyadas hasta ese momento en elementos sin plena verificación, de que la traición de Eutimio Guerra era conocida desde antes de la sorpresa en el alto de Espinosa el 9 de febrero por algunos de los campesinos con los que ha estado en contacto la guerrilla, y tal vez incluso por alguno de los combatientes separados pocos días antes de ese encuentro, quienes, sin embargo, no se habían apresurado a hacer llegar tan crucial información al jefe rebelde, como hubiese sido de esperar.

Ese mismo día, Che escribe también en su diario:

La situación política es francamente de conciliación. Se cambia primer ministro y el entrante, [Andrés]

Rivero Agüero, declara que si es preciso irá a la Sierra Maestra para solucionar las cosas, la comisión bipartidista de la Cámara [de Representantes] también lo anunció. [Anselmo] Alliegro [Presidente del Senado] dice que tomará en cuenta la opinión de los rebeldes y [José] Pardo Llada lo demanda.

Esta anotación y otras, anteriores y posteriores, revelan que todavía Che, no familiarizado con la politiquería cubana y con la demagogia y la hipocresía proverbiales de los jefes del régimen batistiano, prestaba algún crédito a todas las declaraciones y rejugos que, en esencia, no tenían más valor que el de la propaganda en aras de aparentar una posición moderada. A estas alturas, Batista y sus principales colaboradores aún consideraban que la amenaza planteada por la presencia de Fidel y los rebeldes en la Sierra Maestra era pasajera, pues estaban convencidos de que pronto su poderoso aparato militar destruiría a la guerrilla. Nada figuraba menos, por tanto, en los cálculos políticos del dictador que un intento real de conciliación con Fidel, que, por otra parte, nunca hubiese sido aceptado en esas circunstancias por el jefe revolucionario.

Ese mismo día, Raúl concluye con estas palabras sus anotaciones: “Nos bajamos por la ladera y en un descanso acampamos. Hasta ahora se portan bien los nuevos”.

VIERNES 29 DE MARZO

De nuevo la columna rebelde emprende camino antes del amanecer. Cuando comienza a clarear el día, los combatientes ascienden por una falda del firme de Limones y en un planito hacen un alto para descansar.

Las patrullas salidas el día anterior regresan esa mañana. Ciro Frías y su escuadra no han encontrado comida en el antiguo campamento. Guillermo y sus hombres han recogido las armas en la casa de Bienvenido Mendoza. A media

mañana, llega José Arias Sotomayor con Manuel Acuña y los expedicionarios Calixto García y Calixto Morales.

Poco después regresa *Ango* Sotomayor acompañado por dos campesinos que vienen a incorporarse a la guerrilla: Paulino Fonseca, que trabajaba como arriero de Rigoberto Sánchez en Limones, y Miguel Alejandro Ramírez, conocido por Jesús. Viene también un tío de Ango, Sebastián Arias Sotomayor, quien permanecerá algunos días junto a la columna. Los cuatro llegan bien cargados de latas de leche condensada y otras provisiones para la columna. Fidel asigna de inmediato a Paulino al estado mayor, para ayudar a Che a cargar las medicinas de la tropa.

Con estas nuevas incorporaciones, la tropa guerrillera suma la cantidad de 84 combatientes.

Raúl anota en su diario:

Por la mañana llegaron las escuadras que salieron a misiones. Ciro no encontró nada. Guillermo fue a casa de Bienvenido, trajo un rifle que había dejado M[anuel] Acuña allí y el revólver del traidor Eutimio. La mujer confesó que Eutimio le había dicho de su traición y ella asustada se fue sin avisar. A media mañana llegaron Acuña y los dos Calixto. García traía rota su mirilla. Se sintieron dos o tres disparos de la tropa que está en el Ají de Juana.

Che relata:

Por la mañana se oyeron algunos tiros aislados en la dirección de Limones. Agregaron al Estado Mayor un mulato llamado Paulino, que está encargado de llevarme la medicina. Tuve que aligerar un poco las medicinas pues me dio un poco de asma. [...] Las misiones encomendadas a Ciro y Guillermo fueron cumplidas: Ciro no encontró ni rastro de alimento, Guillermo consiguió hasta la confesión por parte de la mujer de Bienvenido de que Eutimio les había prevenido sobre la traición que pensaba realizar. El

libro de francés de Raúl estaba allí pero no lo trajeron, les dieron muy bien de comer y una miel.

Esa misma mañana, la columna continúa camino. Ascende por una incómoda y empinada falda hasta el alto de Limones, a unos 668 metros de altitud. Una vez más el camino resulta difícil para los nuevos combatientes, ya agotadas sus reservas de agua. Hacen un alto y esperan a que oscurezca para atravesar un claro. Al anochecer, inician el descenso hacia La Derecha de Caracas.

Caminan a oscuras, lentamente. En el trayecto encuentran a Vitaliano Torres, que regresa de su misión informando que esa noche traerán un puerco frito y otras provisiones.

Cerca de dos horas tarda la columna en descender la falda, hasta llegar algo extraviados a orillas del arroyo de la Derecha. Los combatientes beben con avidez para calmar la sed de tantas horas. Continúan camino y descubren un malangal ya cortado. Luego de recoger gran cantidad de malangas, suben a un bohío abandonado para cocinarlas. Comen algo, algunos se echan a dormir, mientras esperan la comida prometida.

A media noche regresan Vitaliano, Crespo y Chao, con dos hermanos del primero que traen los mulos cargados con carne de puerco frita, manteca, leche condensada y otras laterías, así como chocolate, cigarros y tabacos. Se reparten las mercancías y todos comen.

Ya amaneciendo, la columna asciende por uno de los estribos occidentales de Caracas, y luego de una hora de camino acampan antes de llegar al firme en la finca de Gervasio Martínez, conocido por Chino, todavía en la zona de La Derecha de Caracas.

Raúl narra estas incidencias en su diario:

Empezamos a subir por empinada y difícil falda hasta los altos de Limones. Esperamos la noche para atravesar un claro, caminando de noche muy lentamente y completamente oscuro. Subimos a un

bohío abandonado que está en La Derecha de Caracas, hirviendo algunas malangas que encontramos en el camino. A media noche llegó Vitaliano con Crespo y Chao, además de los dos hermanos del primero. Trajeron un macho frito de 11 arrobas. Una facturita de chocolate, sardinas, leche condensada, dos latas de gas llena de manteca de macho. Repartimos la factura, comimos, llenamos las botellas de manteca y subimos al monte de atrás de la casa. En un firme nos acostamos, antes de llegar al de arriba, ya que no dormimos anoche.

Por su parte, Che relata:

Caminamos a los tropezones muy lentamente durante todo el día por dos firmes entre Limones, Tabaco y Caracas. Al anochecer iniciamos la bajada hacia un rancho en el arroyo de la Derecha, encontrándonos con Vitalino que volvía de su misión, anunciando que venía un puerco más otros enlatados y manteca. Tardamos como dos horas en bajar al río de noche y al perdernos caímos en un malangal que tenía cortado alguien; los agarramos todos. Subimos una loma y llegamos a una casa donde empezamos a cocinar la malanga. A la 1 de la mañana llegaron las provisiones que se repartieron equitativamente. El puerco había dado tres latas de manteca y cuatro de chicharrones. Al amanecer, subimos una loma para llegar a un firme plano donde descansamos.

SÁBADO 30 DE MARZO

La columna guerrillera permanece toda la mañana en la finca de Gervasio Martínez, en la ladera del firme de La Derecha de Caracas. Cerca de mediodía, algunos combatientes cocinan y almuerzan de lo que llevan consigo. Poco después,

un corto aguacero despierta a los que continúan durmiendo en sus hamacas.

Un rato más tarde, la retaguardia detiene a tres campesinos que merodean por los alrededores. Luego de interrogados, se muestran dispuestos a colaborar. Uno de ellos, nombrado Fernando García, es empleado de la finca y, siguiendo orientaciones de su dueño, ofrece facilitar reses y viandas. Por el momento, sólo se le pide café y azúcar, que trae al anochecer.

Chino Martínez, el dueño de la finca donde acampan los guerrilleros, es militante del Partido Socialista Popular, y ha recibido la orientación de su organización, transmitida a todos los militantes comunistas en la montaña, de no negar ayuda a Fidel y los rebeldes en caso de que les fuere solicitada. Ese día no está en su finca, pues ha bajado al llano. Pero ha dejado a su empleado instrucciones precisas de qué hacer si los combatientes pasan por el lugar.

Raúl anota en su diario:

Me levanté a las 12 y comí un poco de malanga con chicharrones que guardé de anoche. La retaguardia detuvo a tres campesinos que iban por el linde del bosque; iban a ver una estancia que iban a comprar. Se les interrogó y se obtuvo su colaboración. Se fueron y por la noche trajeron café colado. Tenía ganas de tomarme un buen chocolate e hice una lata completa con dos pastillas. Por la noche los muchachos de Emiliano [Nano Díaz, jefe de una de las escuadras del pelotón de Raúl] me dieron algunos chopos cocidos. Estuvo llovisnando por la tarde, pero no pasó de eso. Se dice que Pérez Serantes [arzobispo de Santiago de Cuba] viene aquí a tratar de llevarse a los americanitos, que dicho sea de paso se están portando muy bien.

Por su parte, Che anota:

Tres guajiros que andaban curioseando por el rastro fueron detenidos, uno de ellos resultó buen amigo de Ciro. Se trata del futuro yerno de un hombre que fue guía de los guardias, dice que obligado; el muchacho se mostró despierto y dispuesto. Tienen novillos, puercos y malangas para otra vez que pasemos. Esta vez sólo se les pidió café y azúcar que trajeron al anochecer. La gente está aprendiendo a cocinar por escuadra y carga todo lo que sirva para comer. Con el guajiro, llamado Fernando, se quedó en que irá alguno a verlo otra vez que se pasara por allí para pedirle las cosas.

DOMINGO 31 DE MARZO

La tropa rebelde sigue acampada en la finca de Gervasio Martínez, en una falda de La Derecha de Caracas. Cerca de las 6:00 de la mañana, varias escuadras preparan chocolate para el desayuno y comen algunas viandas cocinadas del día anterior.

Raúl narra en su diario:

Nos levantamos y con la escuadra de Julito [Díaz] y entre siete, con dos latas de leche y media libra de chocolate preparamos un suculento chocolate. Se apareció un campesino que vio el humo. Dice que J[ulio] Guerrero hace tiempo nos busca con once hombres que quieren unirse. Resultó ser un buen individuo y como se está haciendo últimamente, formalmente se comprometió con nosotros de almacenar víveres. Nos trajo varias libras de semillas de cacao para hacer chocolate: en varios lugares hemos designado gente que almacene víveres, previendo para la segunda campaña.

Che anota:

Batista en un discurso dijo que no había para qué consultar a grupos insurrectos, que esos grupos no existían y que Fidel no estaba en la Sierra Maestra. Por la mañana apareció otro guajiro, llamado Celestino [Cedeño], el que dijo que venía a avisar que se veía la candela de todos los alrededores y que venía por su cuenta sin que nadie le avisara específicamente de nuestra presencia, que tuvo en su casa a Julio Guerrero varios días; Julio según el guajiro tiene una docena de hombres dándoles comida en su casa. El hombre tenía también cacao y se le compró, además de comprometer la cosecha de las fincas cercanas.

A media mañana, la columna rebelde emprende la marcha. Los combatientes comienzan el ascenso del firme de Caracas, por uno de los caminos abiertos por el grupo guerrillero días antes. La escuadra de *Julito* Díaz queda en el campamento, aguardando al campesino que traería el cacao, para después reunirse de nuevo.

Casi llegando al firme, la vanguardia tropieza con el campesino Dionisio Oliva. El enlace, cuya colaboración ha sido sumamente eficaz hasta ese momento, trae un mensaje de Crescencio Pérez a Fidel.

Prosigue relatando Che:

Iniciamos la ascensión de Caracas y al llegar al pico (1.250 metros) nos encontramos con Dionisio que traía un mensaje de Crescencio en el que decía que los grupos armados no existían, o que no tenían armas, pero que de Manzanillo le ofrecían armas y pedía la venia de Fidel para conseguirlas, que él no seguía por tener un pie enfermo. Fidel le contestó que aceptara todos los ofrecimientos que fueran serios y viniera luego con hombres armados.

Raúl anota: “Subimos al firme de Caracas por uno de los trillos abiertos por nosotros días antes. Casi en el firme nos encontramos a Aceite, el pequeño, con una nota de Crescencio. Decían que andaba con 60 hombres armados y anda con seis desarmados”.

Poco después del mediodía, la columna alcanza la cima de la elevación, a 1.296 metros de altura. Continúan camino por el firme, rumbo a la falda oriental donde se encuentra el viejo campamento bombardeado el 30 de enero. La tarde es fría y húmeda. Se observan por los alrededores las huellas de las bombas lanzadas por la aviación enemiga.

Allí permanecen hasta cerca de las 5:30 de la tarde. A esa hora, aprovechando la tarde neblinosa, descienden por la falda sureste de Caracas. En el camino, uno de los combatientes encuentra un fusil: es el que cargaba Universo Sánchez, además del suyo, el día del bombardeo, dejado por él cerca del arroyo en la rápida retirada aquella mañana.

La columna continúa descendiendo, hasta llegar a la casa del campesino *Felo* Garcés, ya conocido por los rebeldes. La vanguardia había llegado primero. Algunos comen cañas mientras se cocina. Luego de comer y aprovisionarse de miel y viandas, se organizan las postas y los combatientes se distribuyen por los alrededores de la vivienda para dormir. Esa noche llueve.

Che escribe en su diario:

Emprendimos la bajada y en una hora arribamos al viejo campamento del Mulato, donde fuéramos atacados por la aviación. Allí permanecemos hasta las 5:20, hora en que bajamos a casa del rubio [*Felo* Garcés] donde comimos y dormimos: la vanguardia había tomado temprano la casa y a sus ocupantes, además había dos guajiros que vinieron con el dueño y también fueron hechos prisioneros. Se compró miel y se encargó más. El sistema de los abastecimientos está funcionando bastante bien, la moral de la tropa es alta. Se encontró el fusil que Universo había dejado en el arroyo.

Raúl anota al final de sus apuntes de ese día:

Seguimos después por el firme desviándonos hacia el antiguo campamento. La vanguardia y un team de cocineros nos había precedido. En el campamento alto esperamos cuatro horas. [...] Día nublado y frío. Protegidos por la neblina bajamos a las 5 y 30. Teníamos una suculenta comida, frijoles colorados, malangas, fricasé de pollo y una caña para cada uno. Además de dos latas de gas [de chocolate] para el destacamento. Dormimos allí mismo.

Probablemente ese día, Fidel y los combatientes escuchan por el radio de baterías algunas informaciones sobre la situación política del país, que siguen matizadas de contradicciones y de actitudes de marcado oportunismo. Días atrás, el nuevo primer ministro, Andrés Rivero Agüero, había manifestado que, si fuera necesario, iría a la Sierra Maestra para lograr pacificar el país. Sin embargo, se informa que el coronel Pedro A. Barrera Pérez, hombre de confianza del dictador, ha regresado a la provincia oriental para volver a hacerse cargo del mando de las tropas que operan en la Sierra. Por su parte, Batista declara a la prensa que no era necesario hablar “con un grupo de forajidos”, que “en las montañas no existen campamentos rebeldes ni se encuentra el llamado jefe de este movimiento ni mucho menos insurreccionales combatiendo”, afirma que “Fidel Castro no se encuentra allí”, e invita a los periodistas a visitar la Sierra para comprobarlo.

Esa madrugada, Raúl escribe al final de la última página de su libretica: “Termina aquí el primer envío del diario de R. Castro. Sierra Maestra, 1º de abril de 1957”.

Al día siguiente el combatiente aprovechará la bajada a Manzanillo de Juan Francisco Echevarría para mandar a Celia las cinco libretas acumuladas por él hasta ese momento, para su conservación por el Movimiento en esa ciudad, y comenzará a llenar una nueva. Estas cinco libretas serán envueltas cuidadosamente y enterradas por Celia en un lugar

apropiado en los terrenos de la arrocera que administra Héctor Llopiz. Más de veinte años después serán desenterradas en perfecto estado de conservación.

El segundo grupo de cuadernos, que Raúl comienza a llenar ese día, enviados también en su momento a Manzanillo, correrán al final otra suerte, y las anotaciones de los meses siguientes no se salvarán.

LUNES 1^o DE ABRIL

A las 5:30 de la mañana, la columna rebelde parte de la casa de *Felo* Garcés, en Caracas, y asciende nuevamente en dirección al firme de la loma hasta el antiguo campamento donde el destacamento había sufrido el ataque de la aviación enemiga el 30 de enero como resultado de la traición de Eutimio Guerra.

Al mediodía, los 84 hombres que en ese momento componen la columna —acrecida con la llegada del contingente de refuerzo de combatientes del llano organizado por Frank País y con nuevas incorporaciones campesinas— terminan de coronar el firme e inician el descenso por la falda opuesta de la imponente montaña. Bajan por el estribo hasta un punto dentro del monte desde donde se domina la casa, ahora de nuevo deshabitada, del campesino Benito Ávila, por donde habían pasado Fidel y sus compañeros dos semanas antes.

La vanguardia y algunos otros combatientes descienden hasta la vivienda. En la estancia cercana recogen malangas, ajíes y frijoles para cocinar. Al atardecer, cuando está lista la comida, el resto de la columna baja hasta cerca de la casa.

Poco antes, Juan Francisco Echevarría ha partido camino de Manzanillo con algunas encomiendas de Fidel para el Movimiento en esa ciudad. Lleva consigo, además, varias cartas, rollos de fotos y las primeras cinco libreticas del diario de Raúl Castro, en las que el combatiente ha ido anotando

prolijamente los acontecimientos de la guerrilla desde la salida del contingente expedicionario de México hasta el día anterior.

Entre los papeles que también lleva el eficiente enlace, va un mensaje del propio Raúl a Celia Sánchez en el que ofrece algunas informaciones de lo ocurrido al destacamento guerrillero en los días siguientes a la partida de la finca de Epifanio Díaz, y le encarga el diario para su conservación. Raúl pide además con el mensajero unos pedazos de nylon para hacer una casita de campaña, pues se avecina la época de lluvias. Solicita también a Celia el envío de algunos uniformes y brazaletes similares a los traídos por los combatientes del refuerzo, así como vitaminas, una cámara fotográfica, una cámara de cine de 16 milímetros, película abundante para ambas y varios libros.

Ya de noche, el grueso del destacamento rebelde emprende el regreso al firme y al campamento anterior. Una escuadra queda en el bohío. Llueve casi toda la noche. *Pedrin* Sotto narra ese día en su diario:

Hoy 1° de abril a las 5 y media volvimos de nuevo a Caracas, ya en la cima nos mandaron a Yayo [Reyes] y a mí que bajáramos al río a buscar agua, el río queda casi abajo de la loma, cogimos el agua y como hacía tiempo me lavé el sobaco y la cabeza con jabón, pues llevaba 28 días sin lavarme el grajo. Subimos de nuevo y esperamos el chocolate que [Beto] Pesant estaba preparando; me tomé una latica de chocolate. Comenzamos a descender Caracas, llegamos a un lugar donde se acababa el firme y acampamos hasta el mediodía que fuimos Juventino [Alarcón] y yo en busca de unas cuantas cañas [...] y más tarde fuimos a la casa a comer y vinimos de nuevo al campamento, comimos bastante y guardé un poco para el otro día.

Che anota ese día en su diario, después de su comentario ya habitual de las noticias oídas por radio sobre la actualidad política nacional:

Al amanecer subimos nuevamente al campamento y allí esperamos hasta el mediodía, haciendo como único camino en toda la jornada la subida y bajada del pico de Caracas hasta llegar al monte que domina una casita conocida de antes, pero que ahora no está habitada, allí se cocinó y pasamos el día.

MARTES 2 DE ABRIL

Llueve desde el amanecer en el antiguo campamento de Caracas. Fidel ha decidido dar un día adicional de descanso a la tropa más nueva, después de las jornadas para ellos fatigosas desde La Derecha de la Caridad.

A despecho de la lluvia, las escuadras cocinan aprovechando la densa neblina. A las 2:00 de la tarde escampa, pero el día sigue encapotado.

Pedrin Sotto escribe en su diario de campaña:

Hoy amaneció llovisnando. Toda la noche se la había pasado lloviendo. Por la mañana tomamos chocolate con la malanga que había guardado, pero poco a poco apretó el aguacero y hasta ahora está cayendo tremendo aguacero. Más tarde escampó pero siguió nublado.

Al anochecer, Fidel da la orden de partida. Los pelotones comienzan a bajar nuevamente a la casa vacía del campesino Benito Ávila, donde ya varios hombres han preparado la comida. Comen y la columna reemprende la marcha.

Siguen bajando por el estribo hacia el fondo del valle, entre los barrios de Meriño y El Roble, por donde corre uno de los cabezos del río La Magdalena. Al rato, la vanguardia detiene a tres vecinos de la zona y poco después a otro campesino. La columna continúa con los tres primeros, miembros de una misma familia, hasta unas cuantas decenas de metros de la casa de éstos, ya en El Roble, junto a un arroyo.

La noche es oscura. Al escuchar el ruido, la esposa del campesino sale al patio con un candil. Fidel opta por acercarse a la vivienda con un grupo de combatientes. Toman café y el jefe rebelde indaga con la familia por los movimientos de los guardias en la zona.

Poco después, la columna continúa camino. Cruzan el arroyo del Roble, y comienzan a ascender un estribo de la loma de la Candela, cuya cima está a 1.054 metros de altura. A mitad de camino en la falda, encuentran una casa también abandonada. Fidel ordena hacer un alto en el lugar. Muchos de los combatientes aprovechan para dormir algunas horas.

Che resume así los acontecimientos de esa jornada:

Pasamos el día con toda tranquilidad, cocinando abundantemente, gracias a una neblina pertinaz que ocultaba el humo. Al anochecer bajamos a la casita y, bien comidos, por lo menos en cuanto a cantidad se refiere (malanga y frijoles), emprendimos la bajada. Al poco rato la vanguardia nos remitía tres guajiros detenidos en el camino y posteriormente a otro. Se identificaron como gente de la zona y a uno se le dejó seguir a su casa que estaba arriba mientras que se fue con los otros tres, padre, hijo y yerno, hasta la casa situada en un bajío cerca del río; tomamos café y Fidel averiguó algunos detalles de interés, siguiendo luego el camino hasta llegar al río (650 m) y emprender la subida de la loma de enfrente a cuyo pico (1.025 m) llegamos al amanecer (habíamos dormido en un bohío a mitad del camino). Yayo [Reyes] salió a buscar su fusil que quedó en casa de un tal [hay un espacio en blanco] en los días de la dispersión. Hoy se cumplen cuatro meses del desembarco del Granma.

Para los combatientes del refuerzo, la mayoría de los cuales se habían ido concentrado en el marabusal de Manzanillo en los primeros días de marzo, la fecha marca el primer mes de su alzamiento en armas contra la dictadura.

MIÉRCOLES 3 DE ABRIL

A las 4:00 de la madrugada, la columna rebelde continúa ascendiendo la loma de la Candela y con las primeras luces del amanecer alcanza el firme, donde acampa.

En el diario de *Nano* Díaz, la jornada está descrita en estos términos:

A las 4 de la mañana nos pusimos en marcha de nuevo, escalando una empinada loma hasta llegar a un monte firme. Como a las 8 a.m. desayunamos viandas con sardinas, estuvimos hasta las 6, pero antes comimos viandas que cocinamos nosotros mismos. Estuvimos subiendo lomas como hasta las 11 de la noche que acampamos en un bohío abandonado.

Durante la mañana, en efecto, los combatientes que han tenido la precaución de guardar en sus mochilas alguna vianda sobrante del día anterior, pueden comer algo. Otros consumen las pocas latas que van quedando. Los menos previsores van aprendiendo que otra de las prioridades del guerrillero, además de mantener constantemente su plena disposición combativa, es la de procurar siempre contar con una reserva aunque sea mínima de alimentos.

Aprovechando la cercanía, *Yayo* Reyes ha partido la tarde anterior en busca del fusil que dejó escondido cerca de la casa del campesino Adriano Sardiñas, en el alto de Meriño, tras la dispersión del grupo de Guillermo García el 4 de marzo. Poco después del mediodía, *Yayo* regresa al campamento con el arma.

Esa misma tarde, los combatientes escuchan por el radio de baterías que lleva la escuadra de la comandancia la noticia de la detención de Juan Francisco Echevarría. La información es muy preocupante, pues el enlace había salido con cartas, rollos fotográficos y las libreticas del diario de campaña de Raúl. Che narra en su propio diario:

Echevarría fue tomado preso en el Purial [de Jibacoa]. Llevaba encima un diario de Raúl, un manifiesto de los estudiantes, fotografías y cartas; la incógnita es si los entregó a alguien antes de que lo tomaran. Yayo volvió a las 3 de la tarde con fusil y sin novedad.

Alrededor de las 6:00 de la tarde, la columna continúa camino. Los combatientes cruzan dos afluentes del río La Magdalena y comienzan a subir por la falda de la loma de la Iglesia. En el trayecto, la vanguardia detiene a un campesino que les indica por dónde seguir hasta una casa cercana.

Hacia allí se dirigen. Al llegar, a eso de las 9:00 de la noche, son recibidos con hospitalidad por el dueño de la casa, quien de inmediato aporta un poco de bacalao salado y viandas con lo que se prepara una abundante comida. Luego de comer, el destacamento guerrillero se echa a dormir en los alrededores de la vivienda, después de dejar dispuestas las postas.

Che escribe también ese día:

Al atardecer emprendimos una corta marcha hasta cruzar al otro lado de un par de arroyos que forman el Magdalena. Se tomó prisionero a un campesino de apellido Ramírez que nos dio algunas indicaciones, entre ellas la identidad de un habitante de una casa de las cercanías, Bartolo; a él fuimos y nos recibieron muy bien, preparándonos una bien sazónada comida. Al acabar, el bacalao no me había caído muy bien por lo que resolví tomar una cucharadita de Tokosima, dando la casualidad de que lo que había era un desodorante en la lata de Tokosima, tomé tres tragos y recién me di cuenta, no me hizo nada. Dormimos hasta por la mañana.

Nano Díaz concluye las anotaciones de esta fecha en su diario con el siguiente apunte:

Hoy hace 17 días que estamos alzados y no hemos visto ni un soldado. Estamos caminando para entrenarnos porque pronto entraremos en combate. Hoy como a las 4 de la tarde nos enteramos por la radio que habían detenido a Echevarría, un guía que había ido a Manzanillo a una misión.

Poco a poco la columna ha ido marchando hacia el este. La intención de Fidel es seguir avanzando en esa dirección general. Esta zona de la montaña ya ha sido caminada por el jefe rebelde más de una vez en las últimas semanas, por lo que la tropa puede moverse sin necesidad de prácticos.

JUEVES 4 DE ABRIL

De nuevo se da la orden de levantar campamento e iniciar la marcha a las 4:00 de la madrugada. Fidel quiere alcanzar en esa jornada el río del Jigüe y comenzar el ascenso de la inmensa loma del mismo nombre por donde también se han movido los rebeldes en ocasiones anteriores. Esta vez, sin embargo, tiene el propósito de cruzar el formidable macizo no por el mismo firme principal, por donde ya pasaron cuando venían de regreso de los Llanos del Infierno, sino por su vertiente norte. Hay que aprovechar cualquier oportunidad para extender el conocimiento del terreno. Por eso, siempre que se pueda, Fidel prefiere no utilizar derroteros ya caminados.

Tras atravesar una estancia donde los combatientes cargan algunas viandas, la tropa rebelde sigue ascendiendo por un empinado estribo de la loma de la Iglesia que termina en el alto llamado en la zona de la Piedra. En este lugar, adonde llegan a las 11:30 de la mañana, el grueso de la columna se detiene y, mientras en las distintas escuadras se prepara candela para cocinar, la vanguardia sale a explorar.

Las tardes están húmedas. Ese día las nubes bajan temprano y cubren la montaña con su triste velo gris. Por

eso poco después del mediodía Fidel da la orden de partir de nuevo. El destacamento guerrillero comienza a descender por la falda en dirección al río, cuya presencia es advertida por los combatientes por el sordo rumor de sus aguas apenas 100 metros antes de llegar a ellas.

Poco antes de la caída de la tarde, la columna se detiene a esperar que oscurezca para cruzar un claro del monte. La vanguardia se adelanta hasta la casa de los hermanos Gerardo y *Chichí* Corrales, conocidos de la guerrilla de pasos anteriores por esta zona de Jigüe Arriba, para preparar la comida.

En el diario de Che, la primera parte de la jornada está descrita así:

Subimos por una estancia donde se recogió malanga y plátanos, luego emprendimos una larga cuesta hasta llegar a los altos de la loma de Vuelta de Carnero (2.100 metros) donde hay un magnífico mirador de la zona de Caracas. Allí cocinamos y a las 3 emprendimos una larga bajada hasta la casa de un guajiro llamado Corrales que ya había visitado Fidel.

El altímetro de Che sigue dando lecturas poco confiables. Poco después el combatiente dejará de anotar estos datos.

Por su parte, *Pedrin* Sotto relata:

Como a las 3 [de la tarde] comenzamos a caminar de nuevo como hasta las 6 y media que nos ordenaron que nos escondiéramos, pues venían dos guajiros. Después nos ordenaron que saliéramos creyendo que habían virado para atrás; yo los detuve y los interrogué hasta que vino el capitán R. [Raúl] que me ordenó que los llevara con F [Fidel]. F. se quedó con ellos y nos dijo que siguiéramos hasta una casa que estaban cocinando, llegamos como a las 8 pero la comida no estaba, el capitán R. ordenó que fuéramos a buscar caña, yo fui después a buscarla; comimos a las 2 [de la madrugada], hice guardia de 2 y media a 3 y media.

Los campesinos detenidos por el pelotón de Raúl son precisamente los hermanos Corrales, que han salido al encuentro de la tropa tras la llegada de Camilo y el resto de la vanguardia a su casa. Ya de noche el resto de la columna baja a la casa, pero aún la comida no está lista y hay que esperar hasta pasada la medianoche para comer. En esta ocasión, el menú es sustancioso: potaje de frijoles con carne de puerco y plátanos hervidos.

Los hermanos Corrales han informado de la presencia días atrás de patrullas enemigas por la zona. Esa noche las escuadras acampan desplegadas por los alrededores de la casa en previsión de alguna sorpresa.

Che concluye su relato:

Como habíamos mandado adelante la vanguardia, creíamos encontrarnos con una buena comida, sin embargo el guajiro encontró menos peligroso cocinar de noche y no había nada preparado, mientras hacían la comida evacué varias consultas de niños de la casa y de una señora palúdica a la que le di Camoquín. La comida estuvo como a la 1 de la noche.

Ese día *Nano* Díaz anota en su diario una reflexión que concluye con un apunte ya recurrente en él, y en definitiva premonitorio: “La vida del guerrillero es dura y penosa. Se come cuando se puede y se duerme poco y al sereno, pero se es feliz en los momentos que uno recuerda a su querida familia, que quizás nunca vuelva a ver”.

VIERNES 5 DE ABRIL

Poco antes del amanecer la columna reanuda la marcha. A los combatientes les espera ese día una dura jornada, pues deben vencer el ascenso de la colosal loma del Jigüe. El primer tramo de la caminata se realiza a través de una tumba abierta recientemente en el monte por los hermanos Corrales.

Avanzan en dirección nordeste, cuesta arriba. Un poco más adelante la vanguardia penetra en el bosque.

La mañana está fría y húmeda. Una tenue brisa logra apenas por momentos disipar la neblina. El aire que sorben con angustia los pulmones ansiosos parece líquido. De los gajos y bejucos del monte se desprenden pequeños chaparrones helados de rocío al paso de los hombres. Pero pronto la empinada ladera hace entrar en calor a los hombres y agrega a la humedad del sereno y el aire la del copioso sudor. Cuando alguno de los combatientes se detiene, su ropa empapada y su piel comienzan a echar humo. Es la vaporización del agua y el sudor por la temperatura más caliente del cuerpo.

Al mediodía la columna alcanza el firme y hace un alto. Ha comenzado a llover. Bajo el agua las escuadras tratan de cocinar lo que llevan. Al poco rato escampa, pero se mantienen las nubes, la niebla y el frío.

Nano Díaz narra en su diario:

Nos levantamos a las 5 de la mañana. Empezamos a subir una tumba de monte que era casi vertical. La loma medía 1.300 metros y hacía un frío que parecía que estaba nevando. Acampamos a las 12 del día. Cocinamos frijoles bajo un fuerte aguacero. Caminamos como tres horas.

A las 3:00 de la tarde continúan camino. La ruta escogida por Fidel para subir al firme los ha llevado a uno de los estribos septentrionales de la montaña. Más adelante la vanguardia sale al camino que viene de Mompié, en el firme de la Maestra, y sigue por la falda nordeste de la loma para bajar hasta el río La Plata a la altura de Camaroncito, pasando primero por Mayajigüe y la llamada Sexta Mina. Los combatientes avanzan unos cuantos cientos de metros por el camino, pero luego lo desechan a la izquierda y vuelven a entrar al monte, donde el movimiento de día de una tropa tan numerosa puede pasar completamente inadvertido. Ahora empiezan a bajar hacia el río a lo largo del mismo

estribo por el que ya habían caminado en sentido inverso días después del combate en los Llanos del Infierno.

Che escribe:

A las 5 nos levantamos. Según el guajiro [Gerardo Corrales], había habido movimiento de tropas en la zona y pasaron varios guardias disfrazados de revolucionarios que metieron presos a los guajiros que los ayudaron. Temprano completamos la subida de la primera parte de la loma que era pelada y entramos en el monte para entonces continuar una larga ascensión por la loma llamada, creo, del Pinar que tiene 10 metros más que Caracas de alto (1.260). De la punta de la loma se toma un camino real que va de las Vegas [de Jibacoa] a La Plata. Lo caminamos un trecho, para luego dejarlo y seguir por un firme que antes habíamos transitado con Crescencio.

El destacamento guerrillero continúa bajando hasta llegar al río La Plata. Un poco más adelante, en un altico del otro lado del cauce pedregoso, está la casa del haitiano Michel Livén, por donde había pasado la guerrilla el 24 de enero. Aquella vez la vivienda estaba vacía. Ahora no. El dueño recibe con buen ánimo a los combatientes y se apresta a preparar comida mientras confirma a Fidel las noticias sobre el paso de los guardias por la zona. Michel Livén —el haitiano de La Plata, como lo conocerán a partir de ese momento los rebeldes— será uno de los colaboradores más eficaces de la guerrilla en esta zona durante toda la guerra.

Ya oscuro, las escuadras cocinan en los alrededores de la casa. Luego de comer y situar las postas, los combatientes duermen cerca de la vivienda.

Che concluye sus anotaciones:

Nos equivocamos en un punto pero al final logramos llegar a una casa que antes estaba deshabitada pero ahora tenía a sus dueños, un haitiano llamado Miguel

que no demostró mucho miedo. Allí preguntamos por Julio Guerrero, pero éste está prófugo y su casa quemada y nadie puede dar una razón exacta de él. En la casa del haitiano comimos y dormimos, yo con cierto malestar provocado por un poco de asma. Como noticia de interés nos informaron que 32 soldados pasaron por la zona.

La jornada es referida en los términos siguientes por *Pedrin Sotto*, con su habitual predominio de informaciones culinarias:

Nos levantamos hoy 5 a las 5 am, que comenzamos a caminar hasta las 12 que dieron orden de cocinar pero estaba cayendo tremendo aguacero, pero así cocinamos unos frijoles, nos los comimos casi crudos pues no teníamos más agua, a las 3 comenzamos a caminar hasta las 7 que llegamos a una casa y dieron la orden de que cada escuadra cocinara, pues las vasijas no alcanzaban. Cocinamos un cubo de viandas y una olla de frijoles, comimos a las 10.

SÁBADO 6 DE ABRIL

Temprano, los combatientes se meten al monte cerca de la casa del haitiano Michel Livén, en Camaroncito. En este lugar una patrulla rebelde detuvo el 24 de enero, dos días después del combate de los Llanos del Infierno, a tres guardias que andaban espionando por la zona. Ahora una de las postas situada en la periferia del momentáneo campamento lleva ante Fidel a un campesino que con su mujer y algunos muchachos han pasado por el camino.

El hombre resulta ser un vecino de la zona, llamado Ángel Verdecia, que años atrás ha sido empleado de la finca de Ángel Castro en Birán. Ya Raúl había tenido contacto con él al paso anterior del destacamento guerrillero por La Platica

el 23 de enero, y Verdecia había manifestado su disposición a colaborar con los rebeldes. Fidel le encomienda salir en busca de José Isaac, en Purgatorio, del otro lado de la Maestra. Hay nuevas misiones de enlace con el Movimiento en el llano que requieren de un colaborador de probada confianza, como ya la demostró Isaac al cumplir cabalmente con la delicada encomienda de hacerse cargo de Che cuando tuvo que separarse enfermo de sus compañeros el 28 de febrero.

El jefe rebelde ha decidido esperar allí el regreso de Verdecia con *Pepe* Isaac. Las escuadras se dedican a sacar malangas de la cercana estancia de Livén y comienzan a cocinar. Muchos combatientes del refuerzo se dan su primer baño guerrillero en las aguas gélidas y cristalinas del río La Plata.

Nano Díaz relata en su diario: “Acampamos en un monte cerca. Dos campesinos que venían en mi escuadra se desaparecieron y pensamos que han desertado. Después de estar 35 días sin bañarnos, hoy nos bañamos y soy un hombre nuevo y dormí bajo techo”.

Ese día, en efecto, los dos campesinos incorporados en el Lomón el 26 de marzo desaparecen del campamento. En cuanto se descubre esta probable desertión, Fidel dispone de inmediato que *Ango* Sotomayor y su tío Sebastián Arias salgan en busca de los fugados, con la misión de traerlos de regreso a como dé lugar. Aparte del peligro evidente que entraña este hecho para la seguridad del destacamento guerrillero, desde el primer momento Fidel ha advertido a cada nuevo incorporado que la desertión es una de las faltas más graves a la disciplina en la guerrilla, susceptible del castigo más severo.

Al oscurecer, la columna se mueve más arriba en el monte, hasta un lugar donde hay unas casas vacías. Lluve fuerte esa noche, y la mayoría de los combatientes se acomodan dentro de las casitas.

Che escribe en su diario de campaña:

En todo el día no hubo casi movimiento; temprano dejamos la casa de Miguel y nos situamos en el monte donde tomamos prisioneros a los guardias la vez que estuvimos por allí. Antes encontramos una familia de guajiros cuyo jefe había trabajado con el padre de Fidel; no lo conoció hasta que vio a Raúl y entonces se le pudo mandar a una misión, a buscar a [Pepe] Isaac. Por la noche subimos a unas casitas extratípicas donde dormimos en tres grupos. La única mancha del día fue la desertión de dos negritos de la Caridad de Mota que ya estaban dando muestras de cobardía. Se mandó en su busca a dos Sotomayor con encargo de traerlos de todas maneras.

DOMINGO 7 DE ABRIL

La columna rebelde se mueve al amanecer a otro ángulo del mismo bosque interminable que cubre la falda del firme de Palma Mocha, sobre la casa del haitiano Michel Livén en Camaroncito. Las escuadras de vanguardia y retaguardia permanecen apostadas a la entrada del nuevo campamento. Durante todo el día se espera el regreso del campesino enviado en busca de *Pepe* Isaac. *Nano* Díaz anota en su diario:

A las 5 de la mañana nos pusimos en marcha. Pensamos acampar y estar tres días descansando. Hoy confirmamos que los dos campesinos habían desertado, llevándose un revólver 38 con 85 balas, enseguida salieron dos prácticos en busca de ellos y si los encuentran serán fusilados. Estuvimos todo el día descansando. Como a las 6 de la tarde cocinamos potaje de frijoles con viandas y guardamos un cubo para el otro día.

Pedrín Sotto, por su parte, apunta: “No hemos —hasta ahora a las 2— comido nada. Bajé a ver al Che pues tenía unas aftas en la boca. Me dijo que no tenía nada para eso”.

Precisamente esa tarde, cuando la revista *Bohemia* circulaba por toda la isla con un reportaje sobre los tres jóvenes norteamericanos incorporados recientemente a la guerrilla, los combatientes escuchan por radio el acto organizado en La Habana por las llamadas clases vivas de la sociedad en desagravio por la heroica acción del Directorio Revolucionario el 13 de marzo. Lo que quiere ser una demostración de apoyo a Batista resulta en una raquítica concentración frente al balcón ceremonial del Palacio Presidencial, más menguada aún cuando empieza a llover en el momento en que el dictador comienza su discurso.

—Bendito sea Dios que nos permite celebrar nuestras fiestas hasta con agua del cielo— empieza diciendo el orador, pero su hueca retórica no puede impedir que la explanada de la avenida de las Misiones se quede prácticamente desierta.

Al oscurecer, las escuadras bajan de nuevo a las casitas de la noche anterior a cocinar las malangas y frijoles sacados de la estancia. Después de comer, la mayoría de los combatientes suben de nuevo al campamento del monte.

La anotación completa de Che correspondiente a esta fecha dice:

Hoy habló Batista. Empezó el discurso en medio de un aguacero torrencial que ahuyentó a toda la gente; habló tres o cuatro minutos sin decir nada y se despidió; la impresión es que el acto fue un fracaso y un fracaso más grande el que haya agrupado a tanto corresponsal extranjero. El día lo pasamos en el rancho, esperando noticias de la gente enviada. Los pelotones se agruparon en el monte salvo la vanguardia y retaguardia que quedaron a la entrada del claro. Nadie vino en todo el día. El guajiro Luis [Crespo] fue enviado con dos Sotomayor a explorar

y castrar dos colmenas, pero estaban vacías y se toparon con unos individuos que estaban haciendo una tumba y los retuvieron durante todo el día. Por la noche bajaron a cocinar en el bohío todas las escuadras volviendo al monte al acabar.

LUNES 8 DE ABRIL

El destacamento guerrillero sigue acampado esa mañana en el monte de Camaroncito, sobre el río La Plata. Che y otros combatientes han permanecido por la noche en las casas, y cuando van a subir al campamento los sorprende la llegada de la familia que habita en el lugar.

El dueño de la casa, de apellido Piña, viene acompañado de Angel Gómez, sobrino de un comerciante de las Vegas de Jibacoa nombrado Santiago Gómez. Éste fue uno de los nombres mencionados a Fidel por José Isaac entre los campesinos en los que se podía confiar. Después de conversar con el recién llegado, Fidel lo envía a la tienda de su tío, del otro lado de la Maestra, en busca de sal y otras provisiones que ya escasean.

Un rato después regresa Ángel Verdecia, el viejo conocido de Birán que ha salido dos días antes en busca de *Pepe* Isaac. El campesino ha cumplido la encomienda y viene con el valioso colaborador de Purgatorio, quien trae algunas mercancías. Tras conversar con Fidel, Isaac parte de regreso esa misma tarde con la misión de seguir hasta Manzanillo a hacer contacto con el Movimiento. Lleva sendas notas del jefe guerrillero a Celia, en una de las cuales le pide el envío de dinero y en la otra le orienta que entregue además 30 pesos al mensajero para que pueda llevar sus hijos al médico.

Raúl aprovecha para enviar otra cartica a Celia en la que, suponiendo que su carta anterior enviada con Juan Francisco Echevarría fue interceptada por el enemigo al ser detenido este enlace, le reitera la petición de los pedazos de nylon para una casa de campaña. Por indicación de Fidel, el

combatiente le escribe también a Celia que envíe lo antes posible de regreso a la Sierra al expedicionario José Morán, separado de la guerrilla tras su aparente autolesión el 18 de febrero, y le advierte que no se deje engañar por su astucia. Le recomienda que cambie su seudónimo de Norma y agrega: “Después de lo que pasó con el diario no quiero ni escribir”.

Ni Raúl ni los demás lo saben todavía, pero los papeles que llevaba Echevarría —incluido el diario de Raúl— no han caído en manos de los guardias. Al parecer, el enlace los había entregado a la familia de Epifanio Díaz antes de ser detenido en Purial de Jibacoa, y Celia ha recibido sin novedad los documentos.

Ese día, Che anota en su diario:

Pasamos la mañana en el bohío y cuando recién habíamos subido la loma llegó la familia del dueño y fue tomada prisionera. El hombre, Peña de apellido, venía con un sobrino de Santiago Gómez, el bodeguero de las Vegas, el que fue enviado a buscar sal y algunas otras cosas. El dueño estaba bastante pendejo pero al final se compuso un poco. Al rato llegó el guajiro Angel [Verdecia] con Isaac con alguna facturita. Isaac se mostró muy entusiasmado con nuestra llamada pero pareció un poco interesado con la cuestión dinero y no muy valiente para decidirse a traer las cosas. Por la noche Fidel fue con Raúl y Jorge [Sotús] a buscar una mercancía extra y conversar con Isaac sobre la forma de enviarlo a Manzanillo a recoger dinero.

Al mediodía, los combatientes comen algunas malangas frías del día anterior. Hay orden de no cocinar hasta las 6:00 de la tarde, para evitar que el humo pueda delatar la presencia de la guerrilla. A esa hora las escuadras bajan al otro bohío que permanece deshabitado y cocinan algunos cubos de malangas, que comen y guardan para el siguiente día.

Nano Díaz escribe en su diario:

Hoy se puede decir que dormimos la mañana. Nos levantamos a las 8 de la mañana, y pensamos adentrarnos un poco más en un monte. Pronto partiremos rumbo al Turquino para hacer una práctica de tiro. De cada diez bohíos que vemos ocho están deshabitados, a causa que los obligan a irse dejando todas las siembras que nosotros aprovechamos. Ya estamos sin cigarros y sin provisiones. Sólo llevamos vianda y manteca cuando hay. Hoy esperamos provisiones.

MARTES 9 DE ABRIL

Por la mañana, después de desayunar algunas malangas del día anterior, se reparten entre las escuadras las mercancías que han llegado. *Nano* Díaz escribe en su diario: “Nos levantamos a las 8 de la mañana y nos pusimos a repartir las provisiones que llegaron: arroz, frijoles y manteca y una caja de cigarros para cada uno. [...] En la escuadra mía no hemos echado mucho de menos a los cigarros, porque tenemos dos cachimbas”.

Poco después, Fidel ordena emprender la marcha. La columna asciende río arriba. En un bosquecito resguardado, en la falda que sube al firme de Palma Mocha, establecen el nuevo campamento. Fidel quiere esperar en la zona el regreso de los dos combatientes que han salido tras los desertores, y del campesino enviado a las Vegas en busca de provisiones, antes de continuar camino hacia el este según el plan discutido en La Derecha de la Caridad.

Esa mañana, el jefe rebelde escucha por el radio la noticia de varios cambios de mando efectuados en la provincia oriental, entre ellos la sustitución del general Martín Díaz Tamayo de la jefatura del Regimiento no. 1 Antonio Maceo, quien es relevado por el también general Pedro Rodríguez Ávila.

Al oscurecer, las escuadras cocinan en el nuevo campamento. Algunos añaden a la dieta habitual un manjar excepcional. Che narra lo siguiente:

Todo nuestro trabajo durante el día se limitó a trasladarnos a un nuevo campamento distante unos 500 metros del otro pero metido entre la sierra y el monte firme, de forma tal que hace uno de los mejores, si no el mejor campamento que hemos tenido. Tenemos comida para tres días aproximadamente y estamos esperando noticias de los Sotomayor para seguir viaje hacia el otro lado del Turquino. Hoy comimos arroz con camarones pescados en el arroyito aledaño a nuestro campamento.

Ese día Che anota también, como es su costumbre, las noticias divulgadas por la radio sobre los manejos políticos en la capital. Aunque el gobierno había levantado la censura de prensa desde el 26 de febrero, seguía manteniendo un control estrecho sobre las informaciones relacionadas con las operaciones militares en la Sierra Maestra. Sin embargo, el pueblo había podido enterarse de una parte de la espantosa realidad represiva impuesta por la dictadura batistiana. Las semanas anteriores se han caracterizado, por una parte, por el auge de la lucha revolucionaria en todo el país y el incremento despiadado de la represión, y, por otra, por la multiplicación de los cabildeos de los voceros del gobierno y de sus aliados conscientes o inconscientes de la supuesta oposición en favor de una presunta conciliación. Lo que se intenta en realidad con estas maniobras es aislar políticamente al 26 de Julio y a Fidel, convertidos en factor cada vez más decisivo de la situación en el país. Son los días, entre otras iniciativas, de las cacareadas “gestiones de paz” de Andrés Rivero Agüero a nombre del gobierno, y de las demagógicas andanadas de José Pardo Llada en favor de la “concordia nacional”. En esta fecha, por ejemplo, Che asienta en su diario:

A la Ortodoxia abstencionista se une el Autenticismo de Prío y los demócratas abstencionistas para repudiar la conciliación y prometen un comunicado conjunto. [...] Grau concurrió a la reunión de la Cámara exigiendo amnistía política, garantías, elecciones en noviembre de 1957, nuevos carnets electorales y la ley del 40 [se refiere a la Constitución de 1940].

El día anterior había comentado:

Ya Grau se prepara a dar su informe a la junta de conciliación y todos los partidos lo seguirán, salvo la Ortodoxia abstencionista cuyo líder [Manuel] Bisbé anunció su repudio y los estudiantes que consideran espúreo el Congreso. El presidente de la Audiencia de Camagüey anunció en una entrevista radial que está dispuesto a ir a la Sierra Maestra, con o sin [el arzobispo] Pérez Serantes, y no sólo a buscar a los gringuitos sino también para iniciar pláticas de conciliación, aduciendo entre otras imbecilidades que había que pacificar a Cuba antes de que potencias extranjeras se vieran precisadas a intervenir.

MIÉRCOLES 10 DE ABRIL

En el campamento guerrillero sobre el río La Plata, la mañana transcurre apaciblemente. Al mediodía se da autorización a las escuadras para cocinar.

Alrededor de las 2:00 de la tarde llega Angel Gómez con la sal encargada. Viene acompañado del joven campesino Luis Antonio Peña Mora, quien llega con la intención de incorporarse a la guerrilla y trae varias informaciones, entre ellas el rumor de un probable alzamiento en Santa Clara y la noticia de que en el firme de la Maestra, en la zona de Jiménez, hay una tienda bien abastecida.

Poco después, Fidel ordena seleccionar tres voluntarios de cada escuadra para salir hacia ese lugar en busca de provisiones. Al rato, parten unos cuarenta combatientes al mando de Guillermo García. El propio Luis Peña va de práctico. Suben a Mayajigüe por el camino banqueado de la Sexta Mina y siguen hasta el alto de Jiménez, en el firme de la Maestra, donde está la tienda de Delio Ramírez. Allí se abastecen de abundante mercancía que le compran al comerciante, y cerca de las 11:00 de la noche emprenden el largo camino de regreso. Será el primer contacto de la guerrilla con este lugar y con el establecimiento al que después los rebeldes llamarán “la tiendecita de la Maestra”, que figurará de manera destacada en algunos momentos posteriores de esta historia.

Mientras tanto, del campamento guerrillero sale al oscurecer otra patrulla al mando de Camilo, compuesta por combatientes de la vanguardia y la retaguardia, con la misión de llegar a la casa del campesino Luis Popa, presunto chivato que reside en Mayajigüe a la orilla del camino de la Sexta Mina, para ocupar y traer una novilla con la que dar carne a toda la columna.

Che narra en su diario:

Pasamos el día en el mismo punto, prácticamente sin hacer nada en todo el día, salvo a la noche en que yo fui a ver [a] la mujer del guajiro que seguía mala. Llegó una sal encargada con Angel Gómez pero lo más importante fue que trajera a otro guajiro llamado Peña el que tiene un tío alzado que anda buscándonos, el hombre dio una [serie] de datos interesantes, entre ellos el de una bodega recién abastecida “allí en el firme nomás”, la que se fue a asaltar con casi cuarenta hombres. Otra pequeña patrulla de la retaguardia y vanguardia fue a buscar a Popa, el chivato, para darle un susto y quitarle una vaca.

Aquella noche, en la casa de Luis Popa se ha reunido un grupo de vecinos para efectuar los últimos rezos por un hijo

del campesino, fallecido nueve días antes. Mientras el resto de la patrulla rebelde se sitúa en los alrededores, Camilo entra en el bohío, se identifica como guardia rural y pide al dueño de la casa que salga afuera con él. Por la ropa y la barba del combatiente, Popa se percata enseguida de que se trata de un rebelde, y sale al portal de la vivienda con sus hijos y uno de sus vecinos, Miguel Santiesteban. Juana, la esposa del campesino, prepara café mientras los hombres conversan en el patio.

Camilo le hace preguntas a Popa tratando de conocer su actitud, entre ellas sobre una tropa del ejército que se dice ha pasado por su casa el día anterior. Al cerciorarse de que no existen reses en el lugar, el combatiente repara en el caballo del campesino, que anda suelto y se acerca a la casa para comer bagazo. Dice entonces que su jefe le manda a pedir prestado el caballo para sacar un herido que tienen en el río. El campesino, desconfiado, reacciona:

—Óigame, cuando esa gente pasó por aquí me pidieron el caballo y yo no quise prestarlo. No se los presté por el motivo que el caballo está sin herradura y no está en condiciones de cargar.

—Como esté —insiste Camilo—. El jefe mandó a decir que se lo prestara.

Por la conversación el combatiente rebelde ha comprendido que Luis Popa ha sido acusado de chivato injustamente. Luego de tomar café, determina:

—Bueno, usted y acá el señor vengan con nosotros adonde está el jefe.

Resignado, Popa se dispone a salir. Uno de sus hijos monta a pelo en el caballo y parte delante. Detrás caminan los miembros de la patrulla rebelde y los dos campesinos. Descienden por el camino hasta el comienzo del banqueo a la altura de la Sexta Mina. Allí el grupo se detiene. Luego de quitarse el casco e identificarse como guerrillero, Camilo pregunta a Popa el precio del caballo, le indica regresar a la casa y agrega:

—Nosotros le vamos a llevar el caballo. Mañana se lo traeremos y, en caso que no se lo traigamos, nosotros se lo pagamos.

—No, mire, a mí no me interesan los 40 pesos que me costó, lo que no quiero es perderlo.

Los dos campesinos y el muchacho ven desaparecer loma abajo a los rebeldes y el caballo, y luego regresan apesadumbrados a la casa. Casi al amanecer llegan Camilo y los demás al campamento, conduciendo el animal.

Poco antes, alrededor de las 3:00 de la madrugada, ha regresado también, luego de varias horas de difícil camino, la tropa rebelde que había partido a la tiendecita de la Maestra. Los hombres vienen cargados de leche condensada, manteca, bacalao, arroz, sal, laterías, cigarros y otras vituallas que han comprado al dueño.

Esa misma madrugada, Luis Peña Mora recibe la encomienda de Fidel de partir a Manzanillo para hacer contacto con Celia. Por la radio el jefe rebelde ha seguido las noticias de la visita a la Sierra de un grupo de periodistas cubanos y extranjeros que se han acogido a la invitación formulada por Batista el 31 de marzo para que vayan a comprobar que en la montaña no hay rebeldes. Según lo informado, la comitiva ha sido trasladada por vía aérea a Pión para efectuar una visita al cuartel general del ejército en El Macho. Fidel ha concebido la idea de que Celia ofrezca a algunos de estos periodistas la posibilidad de subir realmente a la Sierra a entrevistarlo. Piensa hacerle salir el tiro por la culata al ardid propagandístico del dictador. Peñita lleva consigo una nota del jefe rebelde para Norma:

El portador lleva la misión de conducir a los periodistas hasta nosotros. Hemos tomado todas las medidas posibles, para que la visita no cause inconvenientes desde el punto de vista militar. Es de la mayor trascendencia el golpe que podemos dar si logramos la entrevista. Tú debes mandar una persona autorizada y seria para que los localice en Pión; de

allí, ellos deben trasladarse a Manzanillo y ahí reunirse con el práctico. Deben realizarse las gestiones con perentoria urgencia. Envíanos noticias. Abrazos.

Che sufre un fuerte ataque de asma y se queda esa noche durmiendo en la casa del campesino Piña. Casi al amanecer concluye las anotaciones en su diario:

Hubo un alzamiento en Santa Clara, no se conocen las dimensiones del mismo. Batista envía mañana un avión con periodistas a Pilon para que se cercioren de que efectivamente se acabó la revolución. Hay 19 ingenios que acabaron la zafra. [...] El guajiro Peña fue enviado a Manzanillo a conectarse con los periodistas para traerlos a este u otro campamento. Tiene el encargo de conectarse con Celia Sánchez y si no se pudiera con ella, con el decano del colegio de periodistas para que haga la conexión. Por la noche, cuando estaba durmiendo en el bohío donde vive el guajiro pasaron las tropas que habían ido a asaltar la bodega, la que estaba bastante poco surtida. Más tarde pasó la escuadra combinada de retaguardia y vanguardia, la que había dado un buen golpe y tomado un caballo a Popa, pero sacando la impresión de que este no era chivato. El caballo no se le pagó, pero se le dio promesa de pagarlo si se portaba bien.

JUEVES 11 DE ABRIL

Bien temprano, se cumple el destino del caballo de Popa. Manuel Fajardo lo sacrifica y descuartiza. La mañana transcurre en el reparto de la carne y los comentarios al respecto. Ya el sacrificio del caballo ha comenzado a crear inquietud entre algunos combatientes, sobre todo los de origen campesino, que no son capaces de asimilar la idea de

que el noble compañero de trabajo pueda ser ofrenda gastronómica.

A propósito de este primer caballo sucumbido en aras del hambre crónica de la guerrilla, Che escribe en sus memorias de la guerra:

El caballo fue más que un alimento de lujo, especie de prueba de fuego de la capacidad de adaptación de la gente. Los guajiros de nuestra guerrilla, indignados, se negaron a comer su ración de caballo, y algunos consideraban casi un asesino a Manuel Fajardo, cuyo oficio en la paz, matarife, era utilizado en acontecimientos como este cuando se sacrificó el primer animal.

Este primer caballo perteneció a un campesino llamado Popa, del otro lado del río La Plata. Popa debe ya saber leer, después de esta campaña de alfabetización, y podrá entonces, si llega a sus manos la revista Verde Olivo, recordar aquella noche en que tres guerrilleros patibularios golpearon las puertas de su bohío, lo confundieron además, injustamente, con un chivato y le quitaron aquel caballo viejo, con grandes mataduras en el lomo, que fuera nuestra pitanza horas después y cuya carne constituyera un manjar exquisito para algunos y una prueba para los estómagos prejuiciados de los campesinos, que creían estar cometiendo un acto de canibalismo, mientras masticaban al viejo amigo del hombre.

Luis Popa pudo leer, en efecto, este escrito, y varios años después insistió en dejar para la historia el testimonio de su enérgica protesta, pero no por el hecho de que los rebeldes le hayan comido el caballo:

El caballo estaba sanito, no como dice el Che en su libro que era viejo y tenía unas mataduras en el lomo. Yo lo compré un poco flaco y lo llevé para allí que había mucha comida. El caballo engordó y tenía poco

trabajo, se cebó. Se podían jugar dados en el lomo. Era un caballito criollo como de seis cuartas y media, casi siete cuartas, buen tamaño. No se le puso nombre, le decíamos por el mismo color que tenía: Negrito.

Por la tarde, las escuadras cocinan la carne de distintas formas. Muchos la comen con gusto, otros la rechazan con repugnancia. Eran otros tiempos. Manuel García, conocido por Pitín, es uno de los integrantes del refuerzo de origen campesino y también lleva un diario de campaña. Su anotación ese día es representativa:

Cuando bajé para el campamento miraba la carne de caballo. La gente cocinaba carne. Yo la comí, olía a jutía quemada. Hable con RC [Raúl], dice: “Menos tiñosa, todo”. Fidel comía sopa [hecha con la carne del caballo]. [...] El humo de la carne de caballo con la luna entre el alba, lindo paisaje contemplo.

Al día siguiente, sin embargo, Pitín y casi todos los demás que se han negado a comer del caballo o lo hacen con aprensión, sucumben cuando el hambre aprieta y reconocen que la carne es sabrosa.

Al anoecer, se pasa el aviso a las escuadras que a la mañana siguiente se levantará el campamento para partir. No obstante, la necesidad de dedicar más tiempo para salar la carne sobrante hace desistir al jefe rebelde de este propósito.

Che resume así los acontecimientos de ese día:

Casi no se pudieron oír noticias. Por la mañana volví a mi campamento dándome cuenta de que el asma avanzaba. Pasé el día sin hacer nada y cuando el guajiro [Crespo] me mandó a buscar por la noche le mandé una medicina y le hice decir que no podía ir porque estaba atendiendo un enfermo. Se mató el caballo que a todo el mundo le pareció exquisito, menos a los guajiros, que no comieron. En la escuadra

nuestra no comieron Universo [Sánchez], Paulino [Fonseca] y [nombre ilegible: puede referirse a Marciano Arias]. Se había decidido en principio salir el día siguiente, pero la consideración sobre el tasajo hicieron cambiar de parecer a Fidel. Dormí mal con el asma en aumento.

VIERNES 12 DE ABRIL

Amanece lloviendo en el campamento rebelde a orillas del río La Plata.

Por la mañana, los combatientes escuchan en el radio las informaciones sobre la visita el día anterior al Macho del grupo de periodistas que han respondido a la invitación de Batista y han sido paseados en avión sobre la Sierra. El jefe de operaciones, coronel Pedro A. Barrera, declaraba a los representantes de la prensa que “el ejército ya no es, en realidad, necesario en la Sierra Maestra”, y que “los rebeldes no han recibido refuerzos, ni suministros, ni armas”. Increíblemente, el oficial enemigo insiste todavía en que la entrevista de Herbert Matthews es falsa, y afirma: “¡Sigo sin disparar un tiro! Lo más probable es que Fidel Castro no esté en la Sierra Maestra, a menos que se haya escondido en lo hondo de la tierra, como un topo”. Concluía Barrera, sentencioso: “La Sierra Maestra no representa ningún valor militar estratégico para ningún enemigo; por el contrario, permanecer en ella es un suicidio, ya que la estancia en la misma resulta más que difícil, imposible”.

Con esto y el paseo en avión a gran altura pretendía el gobierno dar por resuelto el episodio y engañar a la opinión pública. Los periodistas, sin embargo, han quedado insatisfechos.

Che apunta en su diario:

Los periodistas están cabrones porque no les mostraron nada de la Sierra Maestra. Pasé todo el día con un poco de asma tumbado en la hamaca del

guajiro [Crespo], que llevó su generosidad al extremo de cedérmela durante la noche. El tasajo ya pasó su etapa de salazón y está quedando muy bien, casi todo el mundo come caballo.

Al mediodía, Fidel ordena que bajen algunos combatientes a la casa cercana a comprar algunos quintales de malanga al campesino, para repartirlos después por escuadras. Al rato, se cocinan las viandas para comer con el tasajo ya preparado.

El día pasa nublado y lluvioso, en un típico temporal de primavera. Llueve también casi toda la noche.

SÁBADO 13 DE ABRIL

Desde antes del amanecer, en el campamento guerrillero las distintas escuadras cocinan en previsión de la partida, que se ha anunciado para ese día. A las 8:30 de la mañana la columna emprende la marcha por dentro del monte. Los combatientes suben por la falda donde han acampado los días anteriores, en dirección al firme de Palma Mocha. El estado mayor queda abajo, en la casa de Piña, para escuchar las noticias de la radio en el aparato del campesino, pues ya las baterías del de Fidel están casi agotadas.

Al mediodía, Fidel y su escuadra trepan hasta el estribo, un poco más abajo del firme, donde ya acampa la columna. Toda la noche llueve, y el monte mojado brinda un incómodo abrigo. El frío es intenso en esta ladera descubierta.

Che escribe:

La CMQ manda un periodista especialmente a entrevistar a Fidel. Barrera habló por radio diciendo que Fidel era un capitán araña y que no había nadie en la Sierra Maestra, [Guillermo] Alonso Pujol pide, entre otras cosas, que se contemple la opinión de los alzados de la Sierra Maestra. Después de un

desayuno bastante bueno salimos lentamente rumbo al firme de la casita, siguiendo la gente hacia arriba. El Estado Mayor quedó abajo esperando las noticias del radio del guajiro. El guajiro está apendejado y monetizado y un día dice que se va y al rato se queda. Después de almorzar subimos hasta el firme donde pasamos la noche, yo en la hamaca del guajiro Luis [Crespo] y éste en una que compramos al guajiro del rancho. Estamos a 850 metros y por la noche hace frío.

Sobre el tema de la hamaca y algo de la vida cotidiana en la guerrilla, el propio Che abundó después del triunfo de la Revolución en sus memorias de la guerra:

Durante estos días de prueba, a mí me llegó por fin la oportunidad de una hamaca de lona. La hamaca es un bien preciado que no había conseguido antes por la rigurosa ley de la guerrilla que establecía dar las de lona a los que ya se habían hecho su hamaca de saco, para combatir la haraganería. Todo el mundo podía hacerse una hamaca de saco, y, al tenerla, le daba derecho a adquirir la próxima de lona que viniera. Sin embargo, no podía yo usar la hamaca de saco debido a mi afección alérgica; la pelusa me afectaba mucho y me veía obligado a dormir en el suelo. Al no tener la de saco, no me correspondía la de lona. Estos pequeños actos cotidianos son la parte de la tragedia individual de cada guerrilla y de su uso exclusivo; pero Fidel se dio cuenta y rompió el orden para adjudicarme una hamaca [de lona].

Por su parte, *Nano* Díaz narra:

Nos levantamos a las 6 de la mañana. Nos pusimos a cocinar para el camino. Los senderos estaban que casi no se podía caminar. En la escuadra mía, la ametralladora era un problema llevarla a causa del peso. Hoy pienso hablar con el capitán [Raúl], para que nos rebaje un poco el peso. Fidel estuvo por la

mañana haciendo tiro al blanco con fusil 22. Acampamos a la una de la tarde; como a las 3 comimos lo poco que llevamos e hicimos chocolate. Empezó a llover y estuvo casi toda la noche lloviendo. El frío fue terrible a causa que uno tenía la ropa húmeda por el sudor.

DOMINGO 14 DE ABRIL

De nuevo el día amanece lluvioso en la falda del firme de Palma Mocha. *Nano* Díaz apunta en su diario:

Pensamos seguir a las 10:45 de la mañana. Esta loma se llama el Pico del Infierno. Estamos esperando unos emisarios que fueron a Santiago en busca de dinero que se había acabado, porque todo lo que se come aquí se paga. Hay veces que uno quisiera que le dieran 200 balazos en la cabeza a causa del hambre, el cansancio y lo empinado de la loma y sobre todo las lluvias, que caen casi todos los días. [...] Se pasó toda la tarde lloviendo copiosamente así como toda la noche.

Al mediodía aparece en el campamento *Ango* Sotomayor, uno de los combatientes que había sido enviado en persecución de los dos desertores. *Ango* refiere que el día de su salida hizo una frenética jornada de marcha sin parar hasta La Derecha de la Caridad, adonde llegó tres días antes que los propios fugados. Aunque llevaba instrucciones precisas de Fidel, el combatiente se dejó persuadir por los ruegos de los campesinos amigos y las explicaciones de los desertores, quienes se comprometieron a no hablar y devolvieron el revólver y las balas que se habían llevado.

Junto con *Ango* se reincorpora a la guerrilla Sergio Pérez, el hijo de Crescencio, separado de la tropa desde finales de enero. Sergio trae un mensaje de su padre en el que informa a Fidel que cuenta con un pequeño grupo de hombres

dispuestos a incorporarse, no todos armados, pero que él aún no se siente del todo bien de su pie enfermo y espera por las gestiones para la adquisición de algunas armas que le han prometido.

Sergio Pérez viene además con una nota de Celia en la que comunica las buenas noticias de que, después de su detención, Juan Francisco Echevarría no ha hablado ni tampoco le habían ocupado nada, y que los trabajos clandestinos continúan a toda marcha.

Ese día, Che anota en su diario:

Las noticias exteriores son pobres: petardos, un par de policías muertos en Santiago, paso de jicotea de los electricistas. En el orden nuestro son más abundantes y bastante buenas: Quedamos en el mismo lugar todo el día pero por la mañana llegó Ango con Sergio Pérez. Ango y el compañero [su tío Sebastián Arias] llegaron en catorce horas a la Derecha, anticipándose a los fugitivos que aparecieron a los tres días. Devolvieron el revólver y las medicinas y dieron muchas explicaciones y la seguridad de que no hablan. Sergio Pérez vino adelante porque su padre no puede caminar bien; está con un pequeño grupo de hombres y posiblemente no estén bien armados; espera a otro grupo de 19 hombres que no sabemos si existen o no. Pero la noticia buena la trajeron ellos en forma de carta de Celia en la que informaba que Echevarría no había hablado y que tampoco se le había tomado nada, que las cosas van bastante bien, la gente trabajando y hay dinero para mandar, aunque todavía no lo manda, ni los radios que se pidieron. La demás gente no ha dado señales de vida, esperándose para pasado mañana a [Pepe] Isaac y en un plazo parecido a [Luis] Peña. Sergio Pérez quedó en la retaguardia esperando a la gente que viene del Lomón [el grupo que debe incorporarse con Crescencio].

LUNES 15 DE ABRIL

Por la mañana la columna guerrillera se pone en marcha y pronto los combatientes alcanzan el firme de Palma Mocha, a 1.315 metros de altura. Allí se detienen mientras algunas patrullas salen de exploración en busca de la mejor ruta a seguir para bajar del otro lado a los Llanos del Infierno.

Nano Díaz relata en su diario:

Nos levantamos a las 6 de la mañana, todos mojados a causa de la lluvia y con un frío terrible. Ya en nuestras mochilas no quedaba nada de provisiones. Estamos levantando el campamento para marchar. A las 9 salimos todos los pelotones hasta llegar a la cima del Pico del Infierno, una loma que tiene bien puesto el nombre.

En sus memorias de la guerra, Che incluye los siguientes comentarios sobre estos días en la guerrilla:

Más o menos en todas las escuadras, y, en todo caso, en todos los pelotones, había veteranos que enseñaban a los nuevos el arte de cocinar, de sacarle el máximo provecho a los alimentos; el arte de acondicionar mochilas y la forma de caminar en la Sierra.

[...] Se había producido un cambio cualitativo; había toda una zona donde el ejército enemigo trataba de no incursionar para no topar con nosotros, aunque es cierto que nosotros tampoco demostrábamos todavía mucho interés en chocar con ellos. La situación política por aquellos momentos estaba llena de matices de oportunismo.

Y más adelante apunta:

A mediados de abril de 1957, volvíamos con nuestro ejército en entrenamiento a las regiones de Palma Mocha, en la vecindad del Turquino. Por aquella

época nuestros hombres más valiosos para la lucha en la montaña eran los de extracción campesina.

Guillermo García y Ciro Frías, con patrullas de campesinos, iban y venían de uno a otro lugar de la Sierra, trayendo noticias, haciendo exploraciones, consiguiendo alimentos; en fin, constituían las verdaderas vanguardias móviles de nuestra columna.

Ese día es precisamente Guillermo quien localiza el trillo por el que habían subido al firme el 22 de enero después del combate de los Llanos del Infierno, y por allí desciende la columna. Al rato, los combatientes llegan al lugar donde habían sostenido la primera emboscada exitosa de la guerrilla. Mientras los más veteranos narran a los demás sus experiencias de aquella acción, se da la orden de cocinar por escuadras, pero pocos traen qué comer. Algunos combatientes descubren ese día el palmito, es decir, el corazón tierno de las palmas jóvenes, como alimento capaz de aplacar el hambre.

Guillermo y Manuel Acuña se han adelantado hasta la casita de Delfín Torres, la misma al fondo del abra a pocos metros de la posición de Fidel y su escuadra durante el combate. Temeroso, el campesino decide abandonar la vivienda. No quiere correr el riesgo de que su familia sea sometida de nuevo a las vejaciones de que fueron objeto los vecinos de la zona por los días del anterior paso de los guardias por el lugar. Pero antes de marchar indica a los rebeldes que pueden tomar en la estancia toda la vianda que necesiten.

Prosigue relatando *Nano* Díaz:

Como a las 12 del día teníamos un hambre tal que comimos carne de caballo cruda, pues no pensábamos comer hasta la noche. A las 6 de la tarde llegamos a una estancia donde nos pusimos a cocinar viandas para seis que era mi escuadra. Cocinamos tres cubos de viandas. Estamos en un lugar que se

llama Palma Mocha, donde Fidel hace algún tiempo emboscó a los soldados paracaidistas, haciéndoles ocho bajas.

Por su parte, Che narra así los acontecimientos de ese día:

A las 8 de la mañana nos pusimos en marcha, coronando la cumbre en poco más de una hora. Allí (1.150 metros) descansamos un rato mientras Ciro [Frías] y su escuadra exploraban un camino de descenso y Guillermo buscaba el viejo por el que subimos después del combate. Guillermo encontró la bajada y se resolvió seguir ese camino con algunas variantes. Se tardó un poco en bajar por algunas dificultades para encontrar el camino practicable y cuando estábamos descansando y tomando una cañasanta llegó Ciro de vuelta. Al rato llegamos al campamento viejo y le dimos la mayúscula sorpresa con el consiguiente susto a la familia que estaba en la casa donde yo maté al soldado. La otra está quemada y el dueño no ha vuelto por aquí. La gente resolvió irse inmediatamente no sin antes dar noticias de los muertos [enemigos], que fueron cuatro. Enseguida se comisionaron grupos para ir a averiguar qué cosa se podía forrajear por allí. Comimos más o menos bien y dormimos, yo con algo de asma.

MARTES 16 DE ABRIL

El destacamento rebelde continúa ese día acampado en los Llanos del Infierno. Algunos combatientes pasan la mañana recogiendo frijoles para cocinar cerca de la otra casita, la de Manuel Cintras, quemada por los guardias. Cerca de los horcones carbonizados de la casa descubren las tumbas de los cuatro soldados muertos en la emboscada del 22 de enero.

Nano Díaz relata en su diario:

Nos levantamos, al rato desayunamos con viandas que guardamos del día anterior y nos pasamos casi toda la mañana sacando de las vainas de frijoles negros y colorados para llevar al Turquino. Cerca había cuatro tumbas de los soldados que cayeron en la emboscada que les tendió Fidel hace algún tiempo. Cuando salgamos de aquí tendremos que hacerle un monumento a la malanga porque es la única vianda que comemos por aquí. Algunas veces aparece algún boniato o yuca.

Juan Almeida también lleva un diario de campaña. En uno de sus libros de memorias de la guerra, basados en sus anotaciones, escribe sobre estos temas de la comida y el medio, tan cruciales para el guerrillero, refiriéndose a estos días:

Los trueques entre nosotros se han generalizado: malanga por boniato, cigarro por chocolate, leche por sardina, salchicha por carne ahumada, chorizo por prángana. Tenemos provisiones que lo permiten y estamos caminando poco por lo malo del terreno debido a las lluvias, por lo que la vida se hace más dura con el chapotear del fango por el día y el frío y la humedad por las noches. Llevamos ya como dos semanas haciendo marchas largas por el firme y las estribaciones de la Sierra, conociendo el terreno, sus accidentes, ríos y topografía, un constante fogueo y entrenamiento.

Muchas veces nos han sorprendido los constantes y fuertes aguaceros o las crecidas de los ríos, que al intentar cruzarlos nos resultaba imposible. Gracias a las hamacas y el nylon que siempre traemos en la mochila, cama y techo del guerrillero, allí mismo acampamos hasta que baje la crecida y podamos continuar la marcha, sin tener que cruzar el río a nado, con todos los riesgos que esto representa.

[...] La escuadra de la vanguardia y la retaguardia son los mejores en comer. La vanguardia llega primero a los lugares, acampan aparte y la retaguardia tiene libertad de movimiento para situarse. Ya para los pelotones resulta más difícil, pues quedamos siempre en el medio de los que llegan primero y los últimos.

Al mediodía, se envían algunas patrullas a explorar. Guillermo García parte con dos hombres más para ver si se puede conseguir un poco de arroz en la casa del campesino Emilio Cabrera, en El Jubal, a orillas del río Palma Mocha. A este lugar había llegado la tropa rebelde al mediodía del 17 de enero, después del combate de La Plata, y aunque el campesino no estaba fueron bien recibidos por la familia.

Por su parte, Ciro Frías sale con dos combatientes en busca de otro vecino de la zona, llamado Venancio, de quien hay referencias negativas, y regresa con el detenido dos horas después. El jefe rebelde se entrevista también esa tarde con José Martínez, conocido por Pepe, residente también en El Jubal, quien ha sido traído igualmente a su presencia. Por la conversación con ellos, Fidel determina que las informaciones recibidas carecen de fundamento serio. Ambos campesinos acceden a servir de prácticos a la columna cuando partan de los Llanos del Infierno. Hasta ahora la guerrilla se ha movido por territorio más o menos conocido, lo que ha permitido a Fidel prescindir en lo fundamental de guías, pero en lo adelante entrará en terreno no caminado aún.

Esa tarde, cuando las escuadras están cocinando sus frijoles y viandas, empieza otra vez a llover fuerte. Algunos tratan de proteger inútilmente las fogatas con pedazos de nylon. Al rato escampa y pueden continuar en la cotidiana faena. Algunos fríen tasajo de caballo, que ya los combatientes de origen campesino comen con gusto. Por la noche, algunos bajan a la casa vacía de Delfín Torres a pillar arroz, mientras otros preparan té de cañasanta.

Che anota en su diario:

Se pasó el día sin mayores alternativas, enviando patrullas de exploración, una a cargo de Guillermo que no volvió en toda la noche. Iba a entrevistarse con un tal Emilio Cabrera que figura como enemigo del gobierno. A media tarde fue tomado prisionero un trío compuesto de [José] Martínez, su hermana, la mujer de Yeyo Mendoza, y una mulatica muy provocativa. Se tenía noticias de que el tal Yeyo, un hermano y un tío habían sido mandados por Casillas a espiar. La gente juró y perjuró no ser espías y no decir nada a nadie, dejándoles ir. Fue en aumento mi asma. La noticia que supieron dar los guajiros es que establecieron las garantías.

El día anterior, en efecto, en un intento por aparentar normalidad en el país, el gobierno había anunciado el restablecimiento de las garantías constitucionales, suspendidas la última vez el 5 de marzo por un término de 45 días.

Nano concluye sus apuntes con nuevas elaboraciones sobre el obsesivo tema de la comida:

Como a las 6 nos comimos un potaje de frijol colorado, que era por lo menos para quince hombres, entre seis, y lo encontramos tan sabroso que hicimos otro y lo comimos como a las 8 de la noche y después estábamos tan llenos que no podíamos movernos casi. En mi escuadra, que somos seis, comimos por lo menos como veinte hombres de la ciudad.

MIÉRCOLES 17 DE ABRIL

En el campamento rebelde en los Llanos del Infierno, la principal actividad de la columna cuando permanece en un mismo lugar en estos días —la búsqueda y elaboración de la comida— se desenvuelve de manera habitual durante la mayor parte de la jornada. *Nano* Díaz asienta en su diario:

El día amaneció de lo más hermoso, pero nos avisaron que pronto partiríamos. Nos aprovisionamos de miel, arroz, que nosotros mismos pilamos, frijoles, viandas, etcétera. [...] De los tres [norte]americanos que están con nosotros, Chuck [Ryan] está enfermo del estómago. Ha adelgazado un poco.

Los tres jóvenes norteamericanos se han portado bien en las caminatas y han soportado animosamente la dura vida guerrillera. En sus memorias de la guerra Che los recuerda como “figuras simpáticas”, y agrega: “Los muchachos, ideológicamente, no estaban preparados para una revolución y, simplemente, saciaron su afán de aventuras en nuestra compañía durante algunos meses”. Ahora, al enterarse de la maleza de uno de ellos, Fidel divisa una gallina a unos 100 metros, la derriba con un certero disparo de un fusil calibre 22 y manda preparar un caldo para el enfermo.

Temprano regresa la patrulla de Guillermo con el campesino Emilio Cabrera. Traen una carga de arroz y una lata de miel. Cabrera conversa largamente con Fidel. Entre otras cosas, le informa de la presencia en la zona de Filiberto Mora, un chivato que había servido de práctico al ejército el 22 de enero y que aguardaba una vez más el paso del destacamento guerrillero para delatarlo. De inmediato Guillermo parte de nuevo, esta vez en busca del confidente. Lo acompañan otros tres combatientes, todos disfrazados de soldados.

Che narra en su diario los incidentes de este día:

Al despertarnos por la mañana nos encontramos con la visita de Emilio Cabrera a cuya casa había ido Guillermo con dos hombres más a buscar arroz. El hombre, de cara noble, se mostró amigo de nosotros y, entre otras cosas nos dio el nombre de un chivato, Filiberto Mora, a quien salieron a traer Guillermo, José [Arias] Sotomayor, Julito [Díaz] y Juventino [Alarcón]. Fidel le pidió el radio al guajiro Emilio y

este se lo cedió enseguida, trayéndolo a la tarde. Llegó por la tarde la retaguardia, después de soportar un buen aguacero en el camino trayendo el radio de otro guajiro.

Las baterías del radio de Fidel han terminado de agotarse. Para el jefe rebelde es de primordial importancia mantenerse al tanto de las noticias del mundo exterior, aprovechando el levantamiento de la censura de prensa en estos días.

Beto Pesant reparte la miel traída, que toca a botella y media por escuadra. Se ha resuelto partir esa tarde, pero en vista de la tardanza de Camilo y otros combatientes de la vanguardia que han quedado esperando por los mensajeros enviados a Manzanillo en el anterior campamento del otro lado del firme, Fidel decide aplazar la hora de salida. Podrá así darse tiempo también para el regreso de la patrulla de Guillermo.

Por eso, cerca de las 3:00 de la tarde el jefe guerrillero envía a Manuel García a casa del campesino *Pepe* Martínez, quien será uno de los guías de la columna, para avisarle que deberá aguardar hasta las 6:00 de la mañana del día siguiente. Pitín regresa al poco rato con la noticia de que un vecino de Martínez, nombrado Domingo, ha llegado de Pilón y afirma que las tropas del ejército se retiran.

En efecto, el coronel Pedro Barrera ha arribado esa tarde al aeropuerto militar de Columbia, en La Habana, en medio de un gran despliegue publicitario, y ha declarado a la prensa: “Regresamos satisfechos de haber cumplido con nuestro deber de militares, luego de haber liquidado todas las operaciones en la Sierra Maestra”. Ese día, los mandos militares de la tiranía anuncian la drástica reducción de los efectivos en operaciones y la designación del teniente coronel Joaquín Casillas, que fungía como segundo de Barrera, en el cargo de inspector territorial del Regimiento no. 1 “con funciones administrativas”. Se trata de un paso más en la campaña por restar importancia al fenómeno guerrillero y a las operaciones militares en la Sierra. En realidad, Casillas asume

el mando de estas operaciones, y poco después establecerá su puesto de mando en Pino del Agua, cerca de la zona donde el enemigo supondrá ubicada a la guerrilla que ha declarado inexistente.

Esa misma tarde regresa Camilo con parte de su escuadra, después de haber aguardado infructuosamente a los enlaces que deben venir de Manzanillo. Ha dejado atrás a dos combatientes de la vanguardia con la misión de seguir esperando. Ya de noche, mientras las escuadras cocinan, se siente el ruido de un avión que voltea por la zona. Se da la alarma y en todas las escuadras se apagan a la carrera las candelas.

Che escribe también ese día:

Se había resuelto salir ese mismo día por la tarde a un nuevo campamento donde seríamos llevados por Pepe Martínez y un guajiro a quien visitó Ciro Frías, pero Guillermo no llegó en todo el día. Por la noche, cuando estábamos cocinando, un avión voló durante un rato por la zona provocando mucho vuelo en Fidel que resolvió salir por la madrugada del día siguiente. Las noticias más importantes fueron las relativas a los conflictos obreros con el gremio del transporte y los eléctricos [...]. El coronel Barrera volvió a La Habana y se cree que no retornará a Pílon, parte de la tropa también volvió.

JUEVES 18 DE ABRIL

La tropa rebelde despierta a la comidilla del momento: Manuel García, quien durante la madrugada ha hecho posta nocturna junto a la primera casa, cerca de las tumbas de los guardias, asegurará haber visto unas candelitas bailando sobre la tierra. El combatiente, que es también de los que lleva su propio diario, escribe ese día: “Me quedé solo veinte minutos en la casa quemada donde hacía guardia al pie de cuatro guardias muertos, en la vista veía una luz, me limpié

los ojos de par de dedos, yo dije: “A eso no le tengo miedo, a los vivos sí”.

Es Jueves Santo, víspera de la muerte de Jesucristo según la tradición cristiana, y para los más supersticiosos, no sólo entre los campesinos, se trata de un hecho sobrenatural vinculado a la fecha. Por eso, no quedan muy convencidos de las explicaciones que ofrecen otros de que se trata de un fenómeno físico, muy frecuente en los cementerios, provocado por la combustión espontánea de los gases resultantes de la descomposición de los cadáveres.

Cuando, poco después del amanecer, la columna rebelde levanta el campamento y se dispone a emprender camino, llegan Guillermo García y los que andan con él. Traen al chivato Filiberto Mora, quien ha venido creyendo estar acompañado por soldados del ejército. Pero cuando se presenta ante Fidel y advierte los uniformes sucios y rasgados de los combatientes y sus barbas crecidas, comprende en el acto que está en manos de los rebeldes y que no puede esperarle nada bueno.

Che comenta en su diario:

Temprano cayó Guillermo con Filiberto Mora. Del relato de aquel se desprende la clase de individuo que es Filiberto; un chivato consuetudinario. Se supo también que Ciro [Frías] había sido visto por los hijos de un tal Montero, amigo y compañero de Filiberto, y a pesar de que éste los quiso engañar con recursos baladíes se dieron cuenta de lo que eran y se lo contaron al padre, el que pensaba ir al Macho a dar la noticia. El hombre, Filiberto, vino engañado pero apenas vio a Fidel se dio cuenta de lo que pasaba, y empezó a disculparse. El había sido también el que guió a la tropa hasta el lugar de la emboscada.

Por su parte, *Nano* Díaz relata:

Como a las 5 de la mañana levantamos el campamento y nos disponemos a seguir camino. A las 6 1/2

llegaron el teniente Guillermo con Sotomayor trayendo al chivato detenido. Los que fueron en su busca, fueron disfrazados de soldados y el chivato los confundió y se expresó a favor de los soldados y contra de nosotros.

La columna continúa camino, mientras la escuadra del estado mayor se queda en la retaguardia con Fidel, quien comienza a interrogar a Filiberto Mora. Con gran cinismo, el delator cuenta todo lo relativo a sus relaciones con el ejército y cómo le había dicho al “cabrón de Casillas”, según sus palabras, que él podía llevarlos donde se encontraba la columna rebelde y ayudar a su captura, aunque no le habían hecho mucho caso.

El resto de la tropa rebelde ha seguido avanzando. Cerca de las 7:00 de la mañana, la vanguardia topa con el campesino José Martínez, quien espera a los combatientes al borde de una estancia en el alto del Jubal. Junto a Pepe aguardan para establecer contacto con la columna otros dos hombres que han venido desde Santo Domingo, del otro lado de la Maestra, para entrevistarse con Fidel. Uno de ellos es un joven comerciante de esa zona llamado Eduardo Sardiñas, a quien todos conocen por Lalo, que ha venido a ponerse a disposición de Fidel y los rebeldes. Lo acompaña Patrocinio Castillo, hijo de uno de los vecinos más respetados de esa parte de la montaña, Lucas Castillo, quien más adelante tendrá una participación destacada —y trágica al final— en esta historia. Entre los dos traen varias ruedas de cigarros, paquetes de tabacos y una abundante provisión de fósforos. Almeida y otros combatientes los registran, y ocupan a Lalo una pistola calibre 38 que retienen como medida de precaución. Luego los llevan hasta una faja de monte cercana para esperar la llegada de Fidel.

Al poco rato llegan el jefe guerrillero y sus acompañantes. Che se ha atrasado en el camino, pues el asma no le permite casi caminar. *Pitín* García baja a ayudarlo con la mochila. Mientras esperan por Che, sentado en un tronco seco fuera

del camino Fidel conversa con los dos recién llegados. A Lalo, quien ofrece su ayuda, le plantea la necesidad de traer toda la mercancía que pueda de su tienda, y le pregunta si está dispuesto a enviar ese mismo día dos arrias de mulos cargadas. El comerciante responde que eso resultaría muy peligroso para él, pues se enterarían otros vecinos en los cuales no tiene plena confianza. Fidel resuelve entonces enviar esa noche una patrulla a la tienda en busca de las provisiones.

En un momento de la charla, Fidel pregunta:

—Ven acá, ¿qué dice la gente por allá abajo de nosotros?

—Bueno, por allá la gente en general está de parte de ustedes. Hay uno si acaso que está hablando mucho de que los va a perseguir y los va a buscar, y que le va a avisar al ejército tan pronto se entere dónde están ustedes.

—¿Cómo se llama?

—Se llama Filiberto Mora.

Siguen conversando y al rato Fidel ordena:

—Tráiganme al prisionero acá.

Cuando los combatientes de la retaguardia conducen al chivato ante el jefe rebelde, *Lalo Sardiñas* queda sorprendido:

—Oiga, pero si ése es el hombre del que yo le estoy hablando.

—No te preocupes, a éste lo vamos a fusilar. Así que no tengas miedo, que él no va a seguir hablando.

Prosigue narrando Che:

Seguimos por un trillo hasta una casa abandonada donde nos esperaba Pepe Martínez con dos más; uno, comerciante de un caserío llamado Santo Domingo, Lalo Sardiñas, se ofreció incondicionalmente para servirnos y nos puso en guardia contra un chivato que él no conocía personalmente llamado Filiberto Mora. Se le encargó un pedido regular de mercancías y salieron por delante, nosotros seguimos más

lentamente con la columna. El asma no me dejaba avanzar bien.

En vista de que los enlaces enviados a Manzanillo no han regresado, Fidel ha resuelto confiar también a *Lalo Sardiñas* la misión de bajar de inmediato a esa ciudad con un nuevo mensaje dirigido a Celia. Lalo debe hacer contacto para ello con Felipe Guerra Matos, y en caso de que no le sea posible con Rafael Sierra, otro de los colaboradores más cercanos de la insustituible combatiente clandestina.

Ya es mediodía. Sobre el firme rompe de repente un fuerte aguacero. Debajo de un nylon, Raúl comienza a escribir el mensaje por encargo del jefe rebelde. Se le reitera a Celia el contenido de las dos comunicaciones anteriores: la primera sobre el envío urgente de dinero, llevada por *Pepe* Isaac, y la segunda sobre la posible subida de periodistas, remitida con Luis Peña, y se le anuncia que este tercer mensajero “puede ser sumamente útil”. Por su intermedio, escribe Raúl:

Puedes mandar la leche en polvo de que te habló Alejandro [Fidel] en su anterior comunicación (varios miles de sobres); los nylons, que deben ser de cortinas de baños, grandes como para cubrir una hamaca y que sean de color opaco; las cocinas de gas (que sean a presión); botas de todos los números, pues con los aguaceros diarios, la cantidad de botas rotas constituye en estos momentos un grave problema, y las medicinas. El envío de nylon y botas es urgente. Hay que levantar las recaudaciones pues los gastos son mucho mayores, ya que en cualquier factura se van cientos de pesos. De un momento a otro puede comenzar la lucha intensa. A propósito, orienta abonarle al portador del mensaje la cantidad de 290 pesos por la factura encargada ese día, pues el dinero que tienen no les alcanza.

A continuación, Raúl relaciona prolijamente los medicamentos solicitados por Che para toda la tropa, y al final

vuelve a insistir, subrayando dos veces algunas palabras: “Los naylon deben tener por lo menos 10 pies de largo por 6 de ancho, si es posible. ¡Por lo que más quieras! No olvides que en esta época hay días que llueve hasta dos veces. [...] Libros abundantes (que es comida espiritual, que también hace falta) y repito: las botas y nylon”.

Es de tal magnitud el rosario de encargos, que Raúl interrumpe en un momento la relación de peticiones para intercalar lo siguiente: “nos apena en lo personal los trabajos que con estos incesantes pedidos te ocasionamos; tú te has convertido en nuestro paño de lágrimas más inmediato y por eso todo el peso recae sobre ti; te vamos a tener que nombrar Madrina Oficial del Destacamento”.

Mientras tanto, la columna ha continuado camino. Aún no ha escrito Raúl la mitad de la carta cuando aparece finalmente Luis Peña Mora, el tan esperado enlace que viene de Manzanillo con varias cartas de Celia, 500 pesos que ella envía y un largo mensaje de Armando Hart. En sus comunicaciones, la activa responsable de la retaguardia rebelde informaba de sus más recientes gestiones y avisaba del envío de otra suma de dinero con José Isaac. Celia explicaba que no había sido posible establecer contacto con los periodistas llevados por el gobierno a Pilón. Tanto ella como Hart, en cambio, proponían la subida a la Sierra de otro reportero norteamericano, en este caso de la televisión, con el que el Movimiento había hecho contacto en los Estados Unidos y que debía llegar a La Habana de un momento a otro. Hart, además, se refería extensamente a las últimas actividades del 26 de Julio en La Habana.

Che narra en su diario:

Cuando íbamos acercándonos al punto del campamento elegido nos alcanzó Peña, el mensajero de Manzanillo con cartas de Celia y 500 pesos. Celia anunciaba que con el mensajero anterior [Pepe Isaac] venía más dinero, pero había sido enviado a Santiago. Junto con eso llegaba el aviso de que se localizaría a

periodistas y se los llevaría a la Sierra. Fidel resolvió mandar a Lalo a Manzanillo con una carta para Celia. Había también un escrito de Jacinto [Armando Hart].

Los mensajes recibidos impulsan a Fidel a agregar varias consideraciones a lo escrito por Raúl:

La columna está en marcha y necesitamos llegar a un punto antes de que sea de noche, de donde irán a recoger víveres. Me es imposible disponer de tiempo para responder hoy tantas cosas como me plantean Jacinto [Hart] y tú, y todo se va a trastornar si no sale de inmediato el tercer mensajero [Lalo Sardiñas]. Ojalá los periodistas no se retrasen tanto que nos hagan posponer ciertos planes inmediatos. Aprovechamos al portador para que él les indique la ruta que deben seguir hasta la zona donde él vive; allí los esperará el mensajero que acaba de llegar con tu carta [Luis Peña], para que los conduzca. Estoy disponiendo todo esto con la mayor premura. Y aunque estamos ya lejos del punto de donde partió el primer mensajero [Pepe Isaac], tengo allí dos hombres esperándolo. La nueva ruta para los periodistas me parece mucho más cómoda que la anterior. Aprovechemos estos días, en que prácticamente los caminos están libres, antes de que lleguen las nuevas tropas.

Apremiado por el tiempo, Fidel contesta brevemente a Hart:

Exprésale a Jacinto que la Dirección Nacional del Movimiento cuenta con toda nuestra confianza; que debe actuar con plenas facultades según lo requieran las circunstancias; que virtualmente resulta imposible consultarnos a tiempo en muchos casos; que confío en su talento para ir sorteando las dificultades y adoptando los pasos más convenientes al triunfo

definitivo de nuestra causa. En dos palabras: que puede actuar como representante de nuestro Movimiento. Yo pienso como él: que nada impedirá la revolución cubana.

Fidel agrega que el envío de uniformes debe ir en aumento, pues la tropa rebelde crece por día, y que urge recibir pilas para el radio. Recomienda, por último, que *Lalo* Sardiñas “no se haga visible para los enemigos, porque debe permanecer normalmente en la zona”.

Los papeles son doblados cuidadosamente y cosidos dentro de los bajos del pantalón de Lalo. Fidel recomienda al campesino que, antes de partir, deje preparado en su tienda, con su esposa o con un dependiente de confianza, el despacho de la mercancía para cuando bajen a buscarla esa noche.

La columna rebelde, guiada por *Pepe* Martínez, ha continuado marchando hasta alcanzar el alto de Lima, en el mismo firme de la Maestra. Alrededor de las 5:00 de la tarde Fidel y el grupo que lo acompaña se reúne con el resto de la tropa. Al llegar al nuevo campamento, el personal de la escuadra de retaguardia cumple la orden de ajusticiar al chivato Filiberto Mora.

Cuando oscurece, parte un destacamento en dirección a la tienda de *Lalo* Sardiñas, en Santo Domingo, para cargar las provisiones. Pero en la noche el práctico equivoca el rumbo y, después de tomar una incómoda ruta por dentro del monte en la que menudean los resbalones y las caídas, cerca de las 11:00 los hombres regresan al campamento cansados, hambrientos y con las manos vacías.

Che finaliza sus anotaciones ese día: “Al llegar al campamento se ajustició al chivato [...]. Al anochecer salieron los cuarenta hombres destinados a traer la mercancía pero al rato regresaron pues el práctico, *Pepe* Martínez, erró el camino”.

Por su parte, *Nano* Díaz apunta en su diario:

Como a las 5 llegamos a la cima de la loma que mide 1.100 metros. Una loma que ni las cabras la suben. A las 6 salimos a buscar provisiones a una tienda. Salimos 38 hombres por un camino en medio del monte para salir al camino real, pero nos cogió la noche y nos perdimos y tuvimos que regresar al campamento después de pasar mil trabajos y alumbrarnos con fósforos y con una vela.

Precisamente esa noche se esperaba en La Habana el arribo de los dos periodistas norteamericanos cuya subida a la Sierra había sido propuesta a Fidel. Se trata de Robert Taber, reportero independiente contratado por la cadena de televisión Columbia Broadcasting System (CBS), la segunda en importancia en aquel momento en los Estados Unidos, y el camarógrafo de la propia cadena Wendell Hoffman.

Los detalles de su viaje y su recibimiento habían sido organizados por el aparato clandestino del Movimiento en Nueva York y La Habana. Según el plan inicial, Marcelo Fernández viajaría con los periodistas hasta Bayamo en dos autos previamente acondicionados para ocultar las cámaras y equipos. En esa ciudad se reunirían con Armando Hart y Haydée Santamaría, quienes se trasladarían por su cuenta en ómnibus, para después seguir juntos a Manzanillo. A partir de ahí, Celia y el Movimiento en esa ciudad serían los encargados de hacerlos llegar al encuentro con Fidel.

Para esa noche se le encomienda al doctor Julio Martínez Páez preparar una comida en su casa en La Habana, donde se haría el primer contacto con los norteamericanos. Esa tarde, Martínez Páez conduce a Hart y Haydée a la Virgen del Camino para que tomen allí el ómnibus a Santiago. Haydée va feliz, pues lleva ocultos en su faja 5 mil pesos recaudados para entregarlos a Fidel. Durante la espera, observan un raro movimiento de autos en los alrededores y advierten que han sido identificados por los cuerpos represivos de la dictadura. Haydée echa a correr y logra

escondese inadvertida dentro de uno de los establecimientos que circundan la rotonda. Desde allí presencia la detención de Hart y de Martínez Páez. Haydée se aleja rápidamente del lugar y camina hasta la Quinta de Dependientes, desde donde hace algunas llamadas telefónicas para avisar lo ocurrido. Se comunica también con Marcelo y le pide que, como ya Martínez Páez no podrá recibir a los periodistas en el aeropuerto ni habrá comida, debe ir él, y acuerda el nuevo punto y la hora del encuentro.

Bob Taber y Wendell Hoffman llegan, en efecto, esa noche al aeropuerto de Rancho Boyeros. Los trámites aduanales son cumplidos sin novedad. Afuera los espera Marcelo Fernández, quien los lleva a un apartamento en el reparto Miramar. El resto de la noche, en el garaje del edificio, los dos norteamericanos se dedicarán a ocultar bajo los asientos de un automóvil parte de los voluminosos equipos de filmación que deben subir a la Sierra.

VIERNES 19 DE ABRIL

Por la mañana se da sepultura al cadáver de Filiberto Mora cerca del campamento guerrillero en el firme de la Maestra. El guía *Pepe* Martínez sale con la encomienda de ir hasta la casa del campesino Marciano Oliva, en el alto de Santana, a unos dos kilómetros al oeste, de quien se tienen informes de que simpatiza con los rebeldes y está dispuesto a colaborar. Luis Peña parte también con instrucciones de Fidel de esperar en la tienda de *Lalo* Sardiñas, en Santo Domingo, al grupo que debe llegar de Manzanillo con los periodistas norteamericanos, y guiarlos al campamento rebelde.

Llueve copiosamente por la tarde. Los combatientes aguardan todo el día por el regreso del práctico Martínez para partir en busca de las mercancías a la tienda de Santo Domingo, pero en vista de que no aparece al anochecer se resuelve cambiar al día siguiente de lugar.

Che continúa afectado por el asma. En su diario, narra los incidentes de este día:

Por la mañana salieron Martínez y Peña con las instrucciones. Martínez debía localizar a un hombre llamado Marciano que parece amigo de la causa y Peña debe esperar la gente de Manzanillo para traerla. No apareció Martínez en todo el día. Yo estuve poniéndome ACTH para tratar de mejorar un poco. Al anochecer se resolvió moverse al día siguiente en vista de que no había aparecido Pepe.

Por su parte, *Nano* Díaz escribe:

Ayer llegó un emisario de Santiago y trajo dinero y noticias, como que un grupo de periodistas venía a la Sierra Maestra a entrevistarse con Fidel a escondidas del ejército. Hoy es el día más feliz de mi vida porque recibo carta de mi familia que era lo único que me tenía preocupado. Ahora puedo decir que soy feliz aquí en la Sierra Maestra luchando por Cuba. El día amaneció normal pero a cada momento llovía copiosamente. Esperábamos al guía para ir a la tienda pero no vino.

En La Habana, mientras tanto, Haydée Santamaría y Marcelo Fernández han partido al amanecer con los periodistas en dos autos, en uno de los cuales van ocultos los equipos. Haydée viaja simulando estar embarazada, bien escondidos en una faja bajo la barriga postiza los 5 mil pesos recaudados. Después del largo viaje por la carretera central, por la noche llegan sin novedad a Bayamo, pero algo más tarde de la hora avisada. Debido al retraso, no encuentran al contacto del Movimiento que debe estarlos esperando, y dan varias vueltas por la ciudad desorientados. Los norteamericanos preguntan inquietos qué está pasando, y se les explica que se trata de medidas de precaución.

Haydée decide bajar del auto y le indica a Marcelo que siga dando vueltas y regrese un rato después. Por fin,

encuentra la farmacia del doctor Julián Tablada, colaborador del Movimiento conocido por ella, a quien le plantea la dificultad que atraviesa. Tablada acepta esconder a los dos periodistas en su casa, y esa misma madrugada Haydée y Marcelo siguen hacia Manzanillo en el auto donde va oculta una parte de los equipos.

En el campamento rebelde en el firme de la Maestra, Fidel ha decidido esperar un tiempo prudencial por la llegada de los periodistas para que éstos puedan acompañar a la columna guerrillera en la subida al pico Turquino que piensa realizar en los próximos días —concebida por él como hito culminante de estas primeras caminatas de entrenamiento físico y psicológico de los combatientes—, y registrarla con sus cámaras.

SÁBADO 20 DE ABRIL

Temprano, la vanguardia de la columna rebelde, acampada en el firme de la Sierra Maestra, sale de exploración. En vista de que el práctico José Martínez no ha regresado desde el día anterior, Fidel ha decidido trasladar el campamento. En este momento la fuerza guerrillera está compuesta por 83 combatientes.

Poco después regresa el guía. Martínez, quien había salido en busca del campesino Marciano Oliva para traerlo a establecer contacto con el jefe rebelde, pero se había extraviado una vez más. Ya dos noches antes equivocó el rumbo al conducir al grupo enviado por Fidel en busca de mercancía a la tienda de *Lalo* Sardiñas, en Santo Domingo. José Martínez viene acompañado por el nuevo colaborador. Marciano Oliva recomienda a Fidel trasladar el campamento hasta cerca de su casa, por haber allí mejores condiciones. El lugar, además, está más cerca de Santo Domingo y de la tienda de Lalo, que es también el punto donde se espera la llegada del grupo que debe venir en los próximos días con el

nuevo periodista norteamericano cuya subida a la montaña ha autorizado Fidel.

Alrededor de las 9:00 de la mañana el destacamento guerrillero emprende la marcha. Che avanza lentamente, con una fuerte crisis de asma. El trayecto no es largo, pero caminan con precaución. Cerca del mediodía la tropa alcanza la casa del campesino, situada en la vertiente norte de la Maestra, muy cerca del firme, en el lugar conocido por el alto de Santana. Tras un breve descanso, la mayor parte de los combatientes descienden unos 200 metros por la falda y acampan a orillas de un arroyo dentro del monte virgen.

Che narra en su diario:

La vanguardia se adentró a explorar cuando llegó Martínez con Marciano [Oliva]. El hombre no había resultado tan práctico y se había perdido. Marciano resultó un buen amigo de la causa y había protegido a varios compañeros, entre ellos a Raúl Díaz y Sotolongo, a quienes conoció enseguida. Nos dijo que esa zona estaba muy retirada de las vías de comunicación y aconsejó ir hasta su casa, cosa que hicimos en unas tres horas, yo con bastante asma. Llegamos al bohío situado en una elevación sobre la Maestra y bajamos a una cañada con agua donde acampamos.

A eso de las 3:00 de la tarde, cuando las escuadras cocinan, comienza de nuevo a llover. Probablemente ese mismo día, los hermanos José y Marciano Arias Sotomayor y su sobrino Ango salen del campamento rumbo a la casa del haitiano Michel Livén, en Camaroncito, para recoger el dinero y algunas otras cosas enviadas por Celia Sánchez desde Manzanillo con el campesino José Isaac.

Ese día, *Pedrin* Sotto escribe en su diario:

Salimos y acampamos en un lugar donde había una muchacha linda; iban los otros a buscar una mercancía a una tienda. Cocinamos unos frijoles sin

manteca, con un poco de sal. [...] Cocinamos [después] un congrí de una mercancía que había traído el guajiro [Marciano Oliva], comí bastante.

Che, por su parte, concluye sus anotaciones con esta información: “por la noche salió una expedición de cerca de 40 hombres a traer mercadería y se presentó otro comerciante que vendió hasta una vaca en 90 pesos”.

Al oscurecer, en efecto, la mitad de la columna parte de nuevo a la tienda de *Lalo* Sardiñas en busca de la mercancía prometida. La noche sorprende a los combatientes en la bajada y, después de una azarosa caminata durante la que tienen muchas veces que sujetarse unos de otros en la pendiente y resbalosa ladera, llegan al fondo del valle por donde corre el río Yara. Bajan entonces por el río, cruzándolo varias veces entre pedregales sobre los que son frecuentes los resbalones y las caídas al agua. Finalmente, a medianoche llegan a su destino.

En la tienda de Lalo los cuarenta hombres cargan sus mochilas con las provisiones y emprenden poco después el penoso camino de regreso, esta vez cargados. Por el camino se tropiezan con una patrulla conducida por Guillermo García, que trae cuatro mulos cargados también de mercancías obtenidas en otra tienda, propiedad de Rafael Castro, situada un poco más abajo en el río. Más adelante se les une otra patrulla de rebeldes salida también en busca de otros abastecimientos.

Nano Díaz anota:

El viaje duró 13 largas horas, bajando una escarpada loma y luego rodeando el caudaloso río Nicaragua [se refiere al río Yara], cruzándolo como doce veces. El fango nos daba por los tobillos y a cada momento nos caíamos. La tropa que fue al mando de un capitán y de tres oficiales, que yo iba incluido dentro de ellos, representando al capitán Raúl. Llegamos a la tienda a la 1 de la mañana. Los víveres, tales como leche, sardinas, tabacos, cigarros, sal, arroz, azúcar, bacalao, tocino, puré de tomate, etcétera. Por otro

lado nos encontramos con un grupo de cuatro que fue a buscar una novilla.

Mientras tanto, Haydée Santamaría y Marcelo Fernández, quienes el día anterior habían llegado a Bayamo con los dos periodistas norteamericanos a los que acompañan para subir a la Sierra, se trasladan esa misma madrugada por carretera a Manzanillo. Al llegar a esta ciudad van directamente hasta la clínica del doctor René Vallejo, uno de los principales colaboradores de Celia en la clandestinidad manzanillera. Vallejo los conduce de inmediato a la casa de Pancho Saumell, donde está escondida en ese momento la aguerrida combatiente clandestina junto con Carlos Iglesias, conocido por Nicaragua, cuadro de acción del Movimiento en Santiago de Cuba que ha venido con la intención de aprovechar la subida de los periodistas para hacer contacto con Fidel, por orden de Frank País, con el propósito de coordinar un importante envío de armas que está listo en Santiago y discutir el proyecto de un nuevo frente guerrillero en la zona del central Miranda.

La situación en la vivienda de Saumell es caótica, pues el día anterior la Policía ha registrado la manzana y Celia ha logrado burlar la persecución gracias a su audacia e ingenio. El dueño de la casa y su esposa están empeñados en convencerla de que se marche, y la discusión está en su apogeo cuando Haydée toca a la puerta. En medio del alboroto reinante, la recién llegada informa a Celia que los periodistas —Robert Taber y Wendell Hoffman, de la cadena norteamericana de televisión CBS— están desde el día anterior en Bayamo.

Aparte de la detención de Armando Hart dos días antes en La Habana y de no haber aparecido el enlace que debía estar esperando en Bayamo, han ocurrido otros contratiempos inesperados en el plan. La noche anterior también ha caído preso Felipe Guerra Matos, con lo que se pierde el único contacto establecido con el mensajero de Fidel que debe bajar de la loma a buscar a los periodistas.

Celia decide trasladarse a la casa del doctor Vallejo, en cuyo garaje guardan el auto. Allí le quitan los forros y sacan las cámaras y latas de películas, además de algunas balas y otros equipos. Alrededor del mediodía Vallejo parte en su propio carro a Bayamo para recoger a los dos reporteros norteamericanos.

Lalo Sardiñas ha llegado esa misma mañana a Manzanillo. Al conocer de la detención de Guerra Matos, localiza a Rafael Sierra y le entrega los mensajes dirigidos por Fidel a Celia. Por la tarde, el mensajero es trasladado por *Quique* Escalona a la casa de Jacinto Peña, donde ya están Celia, Haydée, Marcelo, Nicaragua y los dos periodistas norteamericanos.

Al anochecer parten todos de Manzanillo en dos carros, en los que van malamente ocultos los voluminosos equipos que llevan los norteamericanos. Pasan por Yara, toman la carretera hacia el central Estrada Palma y siguen hasta cerca de Cerro Pelado. Allí dejan los vehículos y echan a caminar, con todo el equipaje a cuestas, guiados por Lalo, quien inútilmente ha insistido en ir a buscar su caballo, que había dejado cerca, pero Celia no se lo permite.

Toman por el camino que va del central a Providencia, pasando por Dos Grúas y Naguas. Es Sábado de Gloria y hay guateques en muchas casas campesinas, lo cual los obliga a dar varios rodeos a campo traviesa cada vez que los perros ladran, para evitar ser vistos. No es sino casi al amanecer cuando llegan a Providencia, donde también está andando un baile de órgano. Haydée va con los pies destrozados por las botas nuevas que calza, y los dos norteamericanos no pueden ya con su alma. Se les viene encima el día, y Lalo hace contacto con *Chiche* Lastre, comerciante del lugar, quien esconde al grupo en su casa.

Esa propia tarde se conocía en La Habana la terrible noticia del asesinato de Fructuoso Rodríguez, Juan Pedro Carbó Serviá, Joe Westbrook y José Machado, *Machadito*, importantes cuadros de dirección del Directorio Revolucionario. Como resultado de una delación, fuerzas represivas

al mando del criminal Esteban Ventura invaden el apartamento en el edificio marcado con el número 7 de la calle Humboldt, en la capital, donde estaban escondidos los combatientes luego de su participación en el ataque al Palacio Presidencial el 13 de marzo, y los masacran a mansalva.

DOMINGO 21 DE ABRIL

Ya es de día cuando regresa al campamento rebelde la patrulla que había partido en busca de mercancías a la tienda de Santo Domingo. El grupo al mando de Guillermo que venía con los mulos, en cambio, ha tenido que dejar escondidas las otras provisiones en un punto del camino. La novilla que trae la tercera patrulla se sacrifica de inmediato, y la carne se reparte por escuadras junto con el resto de las mercancías.

En su diario, *Nano* Díaz relata:

Cuando iban a repartir por escuadras las mercancías faltaban una lata de leche, cuatro [de] sardinas, seis y media botellas de anís y mazos de tabacos. Esto causó un lío en la tropa, que demoró la repartición de mercancías. Cuando llegamos al campamento, nuestro compañero [Reynerio] Jiménez nos tenía preparado un almuerzo, que encontramos riquísimo.

Che, por su parte, escribe:

Por la mañana llegaron los hombres con la mercadería. La que venía en mulo hubo que dejarla semiescondida porque no se pudo subir y fue origen de muchos inconvenientes, pues la descubrió un chivato al que se creyó neutralizar. La vaca fue muerta y se repartió comiendo opíparamente.

Durante el día llegan al campamento muchos campesinos con la intención de conocer a Fidel y conversar con los rebeldes. Así, los combatientes tienen noticias de que la ametralladora Thompson abandonada por el expedicionario

Armando Rodríguez Moya varios días después de su desertión tras la sorpresa en el alto de Espinosa el 9 de febrero, estaba guardada en la casa del campesino Ramón Corría, conocido por El Colorao, en los cabezos del río La Plata. El campesino Mario Leal Palomo, ingresado a la columna ese mismo día, sale en busca del arma. Con otros vecinos de la zona Fidel discute las posibilidades de asegurar un suministro de vianda, frijoles y otras provisiones.

Al mediodía se incorporan al campamento guerrillero los hermanos Víctor y Reinaldo Mora Pérez, tíos de Luis Peña Mora, quien regresa de la misión encomendada por Fidel de esperar en Santo Domingo al grupo en que deben venir los periodistas que se esperan. Con ellos llegan, también para ingresar como combatientes, los jóvenes manzanilleros Luis Enrique Viera Pantoja y Ramón Fiallo Borrero, quienes vienen tratando de hacer contacto con los rebeldes desde hace varias semanas. Fidel se reúne con los nuevos incorporados y los interroga detalladamente.

Prosigue narrando Che:

La profusión de guajiros que venían a curiosear era grande. Lo más importante es que tuvimos noticias de la ametralladora de Armando [Rodríguez], que la había dejado en casa de un tal Cubrías [Ramón Corría]. Un hombre llamado Leal, que había sido guerrillero en época de Machado a las órdenes de Hernández [se refiere a Juan Blas Hernández, combatiente antimachadista asesinado por orden de Fulgencio Batista en noviembre de 1933] fue a buscarla. Se unieron a nosotros los hombres de Manzanillo que nos venían buscando desde hacía un mes junto con dos tíos de Peña, fueron incorporados al grupo. Se trató la compra de 10 quintales de malanga con un par de individuos de la zona.

Ese día, el grupo de Celia, en el que vienen los dos reporteros norteamericanos, permanecen escondidos en casa de *Chiche* Lastre, en Providencia. Lalo ha mandado aviso a

Santo Domingo de que están en camino y llegarán a su casa esa noche. Al oscurecer, Celia y los demás vuelven a iniciar la marcha, río Yara arriba, hasta Santo Domingo. Esta segunda jornada es todavía peor que la primera, pues hay que sortear más de treinta pasos del río y la carga, aunque es la misma, parece haber aumentado de peso. En el trayecto se encuentran con el comerciante Rafael Castro, que viene a caballo detrás de ellos e insiste en que paren en su casa. Desconfiado, Lalo recomienda a Celia desestimar el ofrecimiento. Ignora que ya Rafael Castro ha estado en contacto con la guerrilla y ha enviado al campamento algunas provisiones. Continúan camino y llegan finalmente, cerca de la medianoche, a Santo Domingo y a la casa de Lalo, quien oculta al grupo en un cafetal cercano a su vivienda.

El aviso enviado por *Lalo* Sardiñas llega ese mismo día al campamento rebelde en el alto de Santana. Che anota al respecto: “por la noche llegaron noticias de que seis personas, dos de ellas mujeres y dos gringos, venían en camino, traídos por Lalo. Se los esperaba para el día siguiente ya que dormirían en el cafetal de Lalo”.

Esa noche, Fidel autoriza a los combatientes a un poco de diversión, sin descuidar la vigilancia. La relativa seguridad del lugar, las informaciones de que no hay tropas enemigas por todos los alrededores y la confianza en los campesinos que los están atendiendo, permiten este rato de expansión en el campamento guerrillero. Veamos cómo lo narra *Nano* Díaz en su diario:

Este fue un día alegre para la tropa, pues el estado mayor dio órdenes para que fueran a oír música y se tomaran el ron que trajimos de la tienda. Estuvimos cantando como hasta las 12 de la noche. Hubo algunos compañeros que recitaron. Esto influyó mucho en el ánimo de todos nosotros. En nuestras mochilas había arroz, garbanzos, leche, bacalao, tocino, azúcar y carne de vaca que salamos.

Pedrin Sotto escribe a su vez:

Nos repartieron doce bombones a cada uno. Yo le cambié a Beto [Pesant], le di cuatro tabacos por los bombones. Comimos un congrí con dos pedacitos de malanga. F [Fidel] nos invitó para que oyéramos radio y nos tomamos media botella de ron. Estábamos preparando unos garbanzos y fui a oír música un rato. Desde que estoy en la Sierra hasta hoy, es el día más agradable que he pasado: nos dimos unos tragos, cantamos, fue magnífico.

LUNES 22 DE ABRIL

La columna rebelde continúa acampada esa mañana en una cañada cerca de la casa de Marciano Oliva, en el alto de Santana.

Por la tarde, cambian el campamento a otro estribo cercano en espera del grupo de Manzanillo con los periodistas norteamericanos que debe llegar esa noche. El estado mayor se sitúa más arriba, en el alto. Camilo y la vanguardia en una posta avanzada cerca del alto de Rascacielo. Detrás, la escuadra de *Nano* Díaz, con el fusil ametralladora Madsen emplazado y con orden de no dejar pasar a nadie ajeno a la ya numerosa tropa rebelde.

Che anota en su diario:

Este día debían venir por la noche o la madrugada los periodistas, de modo que cambiamos nuestra posición a un firme cercano al agua. El cambio se efectuó al atardecer, pero yo tardé el doble o triple que los demás debido a mi asma. El Estado Mayor se situó en lo más alto con el doble propósito de estar más amparado y de impresionar a los periodistas.

Por su parte, *Nano* Díaz relata:

Nos avisaron que teníamos que estar listos para cambiar el campamento. A las 12 partimos para la falda de una colina como a 200 metros de donde

estábamos, para esperar a los periodistas que ya estaban en camino. Íbamos cargadísimos de provisiones. Unos campesinos que tenían una estancia cerca les compramos 10 quintales de malanga.

Ese día, Marciano Oliva sale a llevar a su familia a Niquero, con el compromiso de que a su regreso se incorporará al destacamento guerrillero. Guillermo García y algunos hombres parten en busca de unos presuntos chivatos de quienes se tiene noticias en las cercanías.

Por la tarde, Luis Peña es enviado con los recién incorporados Víctor y Reinaldo Mora, Luis Viera y Ramón Fiallo a comprar más mercancía en la tienda de Rafael Castro, en Santo Domingo. En el camino pasan por la casa del campesino Mariano Pérez, conocido por Chino, en el alto del Naranjo, quien les facilita ropas y cuyo hijo Primitivo se adelanta para encargar las provisiones.

El grupo llega al oscurecer a la tienda, donde ya su propietario ha preparado la factura de víveres. Cerca de las 10:00 de la noche, los combatientes emprenden bien cargados el camino de regreso al campamento, ahora acompañados del joven campesino Primitivo Pérez, quien tiene el propósito de incorporarse a la columna. En el trayecto los alcanza María, la esposa de *Lalo* Sardiñas, y les informa que una patrulla de unos diez soldados ha estado registrando las casas del barrio y que probablemente tenían rodeados al grupo procedente de Manzanillo con los dos periodistas norteamericanos.

La información sobre la patrulla enemiga se había recibido desde por la mañana, en efecto, en la casa de Lalo, donde estaban esperando Celia y sus acompañantes. En vista de ello, el grupo se traslada precipitadamente a otro cafetal cercano, donde pasan el resto del día y toda la noche. Los soldados llegan hasta la casa de Lucas Castillo, unos 500 metros río abajo, pero no siguen adelante.

Sin embargo, Luis Peña regresa esa noche con las mercancías compradas y la inquietante noticia del peligro

que corre el grupo que viene de Manzanillo. De inmediato, Fidel ordena a Camilo que parta con la vanguardia rebelde en auxilio de los compañeros presuntamente cercados.

Primitivo Pérez se presenta ante Fidel para incorporarse a la guerrilla con una vieja escopeta que ha conseguido. Pero al conocer el jefe rebelde que el joven campesino tiene experiencia como arriero, lo envía al barrio del Zarzal, cerca de Estrada Palma, en busca de unos zapatos y otros suministros que debe comprar y traer al campamento rebelde.

Che apunta todos estos incidentes en su diario:

Peña fue enviado con la gente nueva a comprar ciertas cosas para llevar, como latería y arroz. A las 11 de la noche llegó al Estado Mayor la noticia de que la gente no podía venir pues diez soldados habían rodeado la casa de Lalo, según le dijo la mujer a Peña; todo parecía deberse a la chivatería del hombre de los zapatos. Marciano llevaba a su familia a Niquero y él se unía a nuestras huestes. Guillermo recibió el encargo de ir a buscar a los campesinos chivatos y Camilo a ir con su gente a buscar a los periodistas y rescatarlos si fuera necesario.

Ese mismo día comenzaba a las 9:00 de la mañana, en el Palacio de Justicia de Santiago de Cuba, la primera vista del juicio por la Causa número 67 de 1956, incoada por los hechos del 30 de noviembre y el desembarco del *Granma*. De los 226 acusados —entre ellos los expedicionarios prisioneros, Frank País y muchos combatientes del Movimiento en Santiago y otras localidades orientales—, 83 se encontraban detenidos, 73 en libertad provisional y 70 declarados en rebeldía. En esa primera sesión del juicio no se permitirá la entrada de público. La radio informaba de las protestas de los abogados defensores por las dificultades para entrevistarse con sus representados.

MARTES 23 DE ABRIL

Al amanecer Camilo y los combatientes de la vanguardia rodean la casa de *Lalo* Sardiñas, en Santo Domingo, con el propósito de combatir si es necesario para rescatar a Celia y los demás que vienen con ella de Manzanillo, incluidos los dos periodistas norteamericanos. Pero Lalo les informa que todos se encuentran a salvo en un cafetal próximo, y sin pérdida de tiempo salen en su busca. Haydée relató una vez este encuentro:

Nosotros estábamos tranquilas en el cafetal. Vemos una gente que camina aprisa, y con cascos, y digo:

—Celia, están ahí.

Yo veía venir aquella gente con casco:

—Celia, baja la cabeza, que nos van a matar.

Y Celia me contesta:

—¿Quién estará limpiando los instrumentos de papá?

—Yo no sabía de qué instrumentos me hablaba. Y yo dije:

—Ya. Déjame ver el sol por última vez.

—Y cuando voy a mirar el sol, veo la cara sonriente de Camilo con aquellos dientes, porque Camilo tenía unos dientes maravillosos... Ya yo no me acuerdo de más nada.

Luego de que los combatientes se distribuyen las cámaras y equipos que traen los dos norteamericanos, emprenden todos la marcha en dirección al campamento rebelde, no sin antes enviar adelante a Vitaliano Torres con la noticia de que Celia y sus acompañantes están sin novedad.

Esa mañana regresa la patrulla de Guillermo al campamento guerrillero. Traen detenidos a dos hijos del presunto chivato Pablo Bayán, vecino de la zona. Un poco después se presenta el propio Bayán, quien es igualmente detenido e interrogado. Ciro Frías y varios de su escuadra salen a explorar hacia el este por el firme, en dirección al alto de Joaquín.

Che apunta en su diario:

Los periodistas no fueron presos y venían en camino, según información de Vitalio, mandada por Camilo, habían elegido el camino del bajo “por la libre”. Los soldados se habían retirado luego de estar en casa de Lucas Castillo y parecía todo una falsa alarma. Guillermo trajo presos a dos hijos del guajiro, presunto chivato, según ellos el padre y otro hijo habían ido a Estrada Palma a caballo. Ciro exploró el firme situado arriba nuestro para ver si por allí se podía caminar encontrándolo [varias palabras ininteligibles]. El padre de los muchachos presos se presentó también anunciando que el chivato era su hijo. Habló de la necesidad de darle un susto. Se le mantuvo preso.

Ese día regresa también el combatiente Mario Leal. Trae la ametralladora Thompson que había ido a buscar y la entrega a Fidel. Viene acompañado por Rafael Castro, el comerciante de Santo Domingo, a quien el jefe rebelde asigna nuevas tareas relacionadas con los suministros a la tropa.

Mientras tanto, el grupo procedente de Manzanillo con los dos periodistas norteamericanos, guiado ahora por Camilo y sus combatientes, continúa acercándose al campamento rebelde. En el camino se incorpora el joven y robusto campesino Pastor Palomares, que trabaja y vive en la tienda de Clemente Verdecia, en El Naranjo, por donde la vanguardia había acordado pasar a recogerlo. Durante algunas semanas, Palomares se mantendrá en la tropa rebelde cumpliendo diversas tareas de enlace hasta su ingreso definitivo como combatiente.

El grupo ha emprendido el ascenso de la empinada y larga ladera del firme de la Maestra. Por primera vez, el camarógrafo Wendell Hoffman pone a trabajar sus equipos para tomar las imágenes de la difícil trepada. Los pies de Celia y Haydée sangran por el roce de las botas nuevas.

Por fin, cerca de las 5:00 de la tarde arriban al campamento rebelde. Las postas situadas a la entrada les salen al paso y los conducen a donde está ubicado el estado mayor. Allí los espera Fidel. El jefe guerrillero recibe con alegría a Celia, Haydée y sus acompañantes, con quienes conversa toda la noche.



Haydée Santamaría y Celia Sánchez en la Sierra, caminan junto a la escuadra del estado mayor durante las semanas de abril y mayo de 1957 en que estuvieron incorporadas a la guerrilla. Aparecen también en la foto los combatientes Universo Sánchez y Manuel Fajardo.

Prosigue relatando Che:

Al atardecer llegaron los periodistas con dos muchachos cubanos, Marcos [Nicaragua], encargado de la acción en Santiago, y Marcelo [Fernández], intérprete; llegaron Celia y Haydée con dos periodistas gringos, Bob [Robert Taber], reportero, y Wendell [Hoffman], camarógrafo. Estuvieron toda la noche hablando y la impresión que se llevaron los gringos fue buena.

Nano Díaz relata:

Este fue un día de gran agitación en el campamento. Como a las 5 de la tarde llegaron al campamento los periodistas, dos americanos de la revista *Life* y otro de la televisión. Venían acompañados de Carlos Iglesias, más conocido por Nicaragua, la señora Haydée Santamaría y Celia Sánchez. Nos pusimos muy contentos todos porque recibimos noticias de Santiago y podemos escribir. Nos tomaron película y fotografías. Los campesinos quieren a uno en cantidad y prestan mucha ayuda, señalándonos a los chivatos. El Comandante dio orden por la tarde de que la tropa podía tomarse una lata de leche cada hombre. Aquí en la Sierra Maestra una lata de leche no la vendemos ni a 10 pesos.

Pedrin Sotto, a su vez, apunta:

Me levanté temprano para ver si podía comerme siquiera un poco de arroz. El teniente Julio [Díaz] me dijo que hiciera guardia; fui a hacer guardia, pero no comí. Al poco rato el Che me mandó a buscar para que inyectara a [Luis Arturo] Tirado que estaba enfermo. Lo inyecté y continué la guardia como hasta las 4, que venían los americanos y Celia y Haydée. Dijeron que tan pronto pasaran esa gente podían tomarse una lata de leche y cocinarse. A nosotros nos llevaron el cubo, pero cocinamos unas malangas y freímos unos bistec. Las malangas estaban duras pues eran malangas malas, me comí un poco y guardamos unos trozos, me tomé un poco de leche y guardé otro poco para el otro día. Vino el capitán Almeida y me dijo que fuera a relevar un rato a Ramiro [Valdés] pues estaba enfermo. Fui y estuve de posta frente al estado mayor como dos horas. El capitán Raúl me dijo que ya no hacía falta guardia, me alumbró hasta el campamento.

En un momento de la noche, Fidel hace un aparte, sentados sobre unas piedras, con Nicaragua. El combatiente, quien ha estado sustituyendo a Frank en el frente de acción en Santiago, informa al jefe rebelde sobre un lote importante de armas llegadas de La Habana, rescatadas luego del asalto al Palacio Presidencial, y coordinan la manera de hacerlas llegar a las montañas, aunque Frank tiene pensado emplear algunas en la apertura de un nuevo frente guerrillero en la zona del central Miranda. Fidel no está de acuerdo con esta última idea, pues sigue considerando que todos los recursos de guerra de que pueda disponer el Movimiento deben ser puestos en esta etapa en función del fortalecimiento de la guerrilla de la Sierra Maestra. No obstante, por tratarse de un proyecto de Frank, en consideración al valioso dirigente clandestino autoriza destinar algunas armas al alzamiento de Miranda. Nicaragua refiere también a Fidel el plan ideado por Frank para fugarse de la cárcel, pero el jefe rebelde lo considera demasiado riesgoso y recomienda no llevarlo a efecto.

Precisamente esa mañana se efectuaba en la Audiencia de Santiago de Cuba la segunda sesión del juicio, en el que declaraban acusados y testigos. En sus intervenciones ante el tribunal, los expedicionarios del *Granma* asumían la responsabilidad de los hechos y denunciaban los crímenes cometidos por las fuerzas represivas a raíz del desembarco.

MIÉRCOLES 24 DE ABRIL

Por la mañana, los reporteros norteamericanos comienzan las filmaciones para su documental con una larga entrevista a los jóvenes norteamericanos Chuck Ryan, Michael Garvey y Victor Buehlman.

Se decide liberar al campesino Pablo Bayán y sus hijos, detenidos el día anterior como presuntos chivatos.

Che escribe en su diario: “al día siguiente comenzó la entrevista con vistas del campamento y de los tres gringuitos que respondieron bastante bien a las preguntas. Todo el día se pasó en ese ajeteo. Se soltó al viejo y los hijos”.

Durante la mañana, llueve por un rato. Celia, Haydée, Nicaragua y Marcelo comparten animosamente los rigores de la vida de campaña con los combatientes, con quienes conversan sobre la situación en el llano.

Ese día se presenta en el campamento rebelde el joven campesino Alejandro Carballé Castillo, vecino de la propia zona de Santana. En primera instancia es detenido, pero cuando Fidel lo interroga sostiene enfático que si no lo dejan ingresar seguirá detrás de la columna. Finalmente, el jefe rebelde lo acepta y ubica en la escuadra de *Nano* Díaz.

En las notas escritas ese día, el propio Nano apunta:

Por la noche llovió un poco. Nos levantamos como a las 6. Al poco rato nos desayunamos con un arroz con bacalao que cocinamos el día anterior. Después estuvimos conversando con Nicaragua acerca de Santiago, y cómo andaban por allá. Aquí en esta loma pudimos cocinar desde las 4 de la tarde en adelante. Este es un barrio que se llama Santana. Aquí se nos unió un campesino que decía que si no lo dejaban ingresar en campaña se iba detrás de nosotros. Yo tuve la suerte de que lo enviaran a mi escuadra. Se llama Alejandro Carballo [Carballé] y estamos muy contentos con él.

Con este nuevo ingreso en la tropa, junto con las más recientes incorporaciones, la columna suma ya un total de 91 combatientes. A estas alturas, ha comenzado a producirse ya un flujo marcado de campesinos serranos interesados en sumarse a la guerrilla. En las semanas siguientes este movimiento cobrará un impulso creciente. Es el comienzo del proceso que Che llamará de “vestir de yarey a la guerrilla”, cuyas causas y efectos serán comentadas más adelante.

Sobre estos días en la guerrilla, el propio Che escribe en sus memorias de la guerra:

En esos momentos nosotros dedicábamos nuestro tiempo a la tarea de hacer contacto con campesinos que sirvieran de enlace y que pudieran mantener campamentos permanentes, donde se pudieran crear centros de contacto con la zona que ya se estaba agrandando; así íbamos localizando las casas que servían de abastecimiento a nuestras tropas, y allí instalábamos los almacenes de donde se trasladaban los abastecimientos según nuestros requerimientos. Estos lugares servían también de postas para las rápidas diligencias humanas que se trasladaban por el filo de la Maestra de un lugar a otro de la Sierra.

A las 4:00 de la tarde se piden voluntarios para salir en busca de mercancías en la tiendecita de Jiménez, en el firme de la Maestra, a la que ya había acudido una patrulla rebelde el 10 de abril. Luego de largas horas de camino, a la 1:40 de la madrugada regresa la patrulla cargada de latas de leche y sardinas, bacalao, cigarros y otras provisiones.

JUEVES 25 DE ABRIL

A las 5:00 de la mañana ya el campamento rebelde está levantado. Los combatientes amanecen recogiendo sus mochilas, pues Fidel ha dado la orden de partir ese día en dirección al pico Turquino. Ha propuesto a Bob Taber su idea de realizar las principales filmaciones en ese simbólico lugar, al que quiere llevar además a la tropa como culminación de las caminatas de entrenamiento. Por otra parte, temprano ha llegado la noticia de que anda por la zona un fuerte contingente de soldados enemigos.

Alrededor de las 8:00 de la mañana la columna comienza el ascenso al firme de la Maestra. Al llegar al alto, los

combatientes enrumban hacia el este. El camarógrafo Hoffman aprovecha para filmar escenas de la marcha por el monte de varias de las escuadras, entre ellas la de vanguardia.

Nano Díaz relata en su diario:

Los campesinos de un barrio más adelante iban abandonando sus casas a causa que decían que venían dos tropas registrando las casas. Los soldados les comen los machos, abusan de ellos y hasta hay casos que abusan hasta de sus mujeres e hijas. Como a las 10 de la mañana los periodistas nos tiran película a toda la escuadra.

Ese día, sobre la marcha, se producen nuevas incorporaciones a la fuerza rebelde. Uno de los que se presenta con ese propósito es Ramiro Cruz Salvia, campesino de Victoria de las Tunas, quien desde hace varios días ha salido de Guisa en busca de la columna. Desde el amanecer, dos jóvenes camagüeyanos de pequeña estatura, Roberto Rodríguez y Rolando Fundora, han seguido también el rastro de la columna hasta topar con la retaguardia. Los ha guiado el campesino Gonzalo García Hernández, conocido por El Molinero, vecino del barrio del Naranja.

Como siempre hace en estos casos, Fidel procede a interrogarlos. Declaran que hace más de un mes buscan a la tropa guerrillera. Al jefe rebelde le causan admiración y gracia las imaginativas y hasta fantasiosas narraciones del más pequeño y flaco de los dos jóvenes, quien concibe su incorporación a la guerrilla como una maravillosa aventura. Pese a estar desarmados, Fidel los acepta en la columna.

Roberto Rodríguez viene descalzo y los únicos zapatos que le sirven en esos momentos son unas boticas de corte tejano que trae Celia, quien se las regala. Con sus nuevas botas, su camisa a cuadros y un gran sombrero de guajiro, parece un personaje de una película del oeste, y por su figura reducida Celia lo bautiza desde ese mismo momento con el sobrenombre del Vaquerito, con el que pasará a la historia.

Ese día, Che anota en su diario:

Llegaron noticias de que se aproximaba un número grande de soldados. Fueron incorporados cuatro nuevos reclutas. Uno que nos venía siguiendo el rastro y dijo que de todas maneras seguía nuestro rastro hasta donde fuéramos [Alejandro Carballé], otro de Victoria de las Tunas que nos busca desde hace dos meses [Ramiro Cruz], dos camagüeyanos diminutos que también nos siguen desde hace tiempo [el Vaquerito y Rolando Fundora], y que parecen ser un par de aventureros.

El Molinero, quien ha servido de práctico de los dos últimos incorporados, informa a Fidel de la segura colaboración que podrá encontrar entre los pobladores campesinos de todos los barrios de esta vasta zona de la Sierra: Santo Domingo, Pueblo Nuevo, El Naranjo, La Plata Arriba... Esta parte de la montaña se convertirá, en efecto, entre otras razones precisamente por esa activa colaboración, en el corazón del territorio rebelde de lo que meses después comenzará a llamarse el Primer Frente. En La Plata Arriba se establecerá un año después la Comandancia General del Ejército Rebelde. El Molinero es yerno de Julián Pérez, conocido como El Santaclarero, en cuya finca precarista se instalará la comandancia, y quien junto con Osvaldo Medina y su familia, brindarán importante colaboración durante toda la guerra. Pero con ellos Fidel no ha establecido contacto todavía.

Cerca de las 4:00 de la tarde, un fuerte aguacero sorprende a la columna en el camino, acompañado de una granizada. Con sus uniformes empapados, los combatientes siguen marchado hasta llegar a una casa campesina en la falda del alto de Lima, cerca del firme de la Maestra, en cuyos alrededores se decide establecer el nuevo campamento. Algunas escuadras, sin embargo, se han extraviado en el camino y tienen que pasar la noche en el monte mojado y

fangoso, sin poder cocinar ni comer nada. Para algunos la jornada es particularmente penosa. Veamos el relato de *Nano* Díaz:

Este fue un día fatal para nosotros. A las 12 nos pusimos en marcha. Como a un kilómetro del campamento me di cuenta [de] que las balas se me habían quedado en el campamento. Volví a buscarlas y la tropa siguió adelante. Me estaba esperando en el camino el compañero [Reynerio] Jiménez. Cuando íbamos, después de buscar las balas, perdimos el rastro. Estuvimos incomunicados de la tropa hasta las 5 de la tarde. [...] Por el camino nos encontramos al compañero Raúl P[erozo] y Paulino [Fonseca] que estaban agotados a causa de la carga. Tuvimos que dormir en medio del camino, con el fango hasta las rodillas. Pasamos la noche más mala desde que estamos en la Sierra Maestra.

Che concluye sus anotaciones ese día: “Emprendimos el camino del Turquino por el firme de la Maestra, haciendo una buena jornada, nos sorprendió la lluvia en el camino y fuimos a dar a la casa de un guajiro que tiene tres hijos donde comimos harina, secamos la ropa y dormimos”.

Llueve casi toda esa noche.

VIERNES 26 DE ABRIL

Después de acordar con el jefe rebelde la manera de hacer llegar a la Sierra las armas recibidas de La Habana, Nicaragua parte bien temprano de regreso a Santiago de Cuba. Lo acompaña como práctico el nuevo colaborador Gonzalo García. Che anota en su diario: “Partió Marcos [Nicaragua] para Santiago con el encargo de traer 10 ametralladoras, 11 fusiles Johnson y 6 mosquetones, lo lleva un guía llamado Molinero que conoce toda la Sierra gracias a su oficio de distribuidor de mariguana”.

Ciertamente El Molinero se dedicaba al oficio que apunta Che. El cultivo de la mariguana estaba bastante difundido en la montaña, como medio de supervivencia económica de la población serrana, y no era secreto para nadie. De ahí que Che haya conocido este dato, que nota intencionadamente, por cualquiera de los campesinos de la zona, o incluso por el propio Molinero, quien puede haberlo revelado con la mayor naturalidad. Fue éste un problema contra el que tuvo desde entonces que luchar el Ejército Rebelde, con tacto, inteligencia y persuasión.

En el camino, el guía se encuentra con el campesino que alberga al estado mayor desde la noche anterior y que huye temeroso. Che sigue narrando:

El campesino que nos dio albergue cometió una indiscreción, pues conocía nuestra llegada y se la contó a otros vecinos que prefirieron abandonar el bohío; luego de enterarse que alguna gente nuestra se había extraviado, [palabras ilegibles] que los vecinos habían chivateado al ejército y este había sorprendido a nuestros hombres, pensó entonces que lo iban a matar y huyó, pero se encontró con Molinero en el camino y este lo convenció de que volviera a hablar con el Comandante, cosa que hizo, aclarándose todo, pues la gente nuestra estaba sólo extraviada.

Ya las escuadras dispersas desde la noche anterior han llegado al amanecer al campamento. Todos vienen mojados, calados hasta los huesos, enfangados y hambrientos. Lo primero que hacen es juntarse con las otras escuadras que cocinan desde temprano las viandas que han recogido en una estancia cercana. Después de comer, algunos cocinan para llevar en el camino.

Cerca del mediodía, la columna rebelde reemprende la marcha. Los combatientes siguen avanzando por el firme de la Maestra en dirección nordeste. En el camino los alcanza el *Colorao* Corría, quien trae a otros dos campesinos que

desean incorporarse: uno de ellos no ha podido ser identificado; el otro se nombra Conrado Benítez Lores.

Poco después, la vanguardia hace contacto con Julio Guerrero, el veterano luchador campesino de la zona de La Plata con quien Fidel había conversado en El Mulato a mediados de enero y cuya incorporación se esperaba desde entonces. Guerrero cuenta que después del combate de La Plata, su casa había sido quemada por el ejército y el comandante Casillas le había ofrecido una recompensa si mataba a Fidel. El campesino se había visto obligado a esconderse en La Jeringa en espera de poder incorporarse a la guerrilla, y al tener noticias de la presencia de la columna por la zona había seguido el rastro de la columna. Se presenta con un revólver. Después de conversar con él, Fidel lo ubica en el pelotón de Raúl Castro.

Cerca de las 3:00 de la tarde cae de nuevo un fuerte aguacero que obliga a detener la marcha. Parados en medio del camino, los combatientes tratan de cubrirse con sus nylons, pero inútilmente: de todas formas se mojan ropas y mochilas.

Escampa al oscurecer, pero el jefe rebelde ha decidido acampar allí mismo. Los hombres arman sus hamacas y juntan candela. Algunos secan sus ropas o calientan la comida que traen. Por la noche hace frío.

Che narra en su diario:

Yo con bastante asma voy a un paso corto detrás de la demás gente. Wendell el camarógrafo tiene un cojear espantoso. [...] Caminamos por el firme maestro del Turquino hasta llegar a 1.300 metros, la mayor altura alcanzada por nosotros. Se nos unieron tres más; dos guajiros traídos por Corría, que luce bastante charlatán, y Julio Guerrero, que nos encontró al fin. Guerrero contó que a él también le habían ofrecido cierta cantidad de dinero para matar a Fidel, pero la misma era módica: 300 pesos y una vaca parida. Nos tomó un aguacero que nos obligó a hacer el campamento nocturno antes de llegar el agua.

Por su parte, *Nano* Díaz anota:

A las 6 nos levantamos, mojados y enfangados hasta los ojos, con un frío que calaba los huesos. [...] Nos pusimos en marcha a las 12. Subimos la loma Maestra. Como a las 4 empezó a llover y estuvo lloviendo como hasta las 5 1/2. Estábamos acampados, se habían mojado las hamacas y las frazadas. Cuando acampamos tuvimos que mudarnos la ropa. Por la noche hizo un frío tremendo a causa de la humedad que hay en la loma. Hubo tres compañeros que se orinaron en la cama.

SÁBADO 27 DE ABRIL

Poco después del amanecer, la columna rebelde se prepara para continuar la marcha hacia el pico Turquino. Cerca de las 10:00 de la mañana suena un disparo. Al momento llega al estado mayor la noticia de que el combatiente Alberto Vázquez, conocido por Vazquecito, de la escuadra de vanguardia, ha resultado herido en la mano izquierda por un tiro escapado de su propia arma. De inmediato lo llevan donde Che, quien le lava la fea herida y le venda la mano. El camarógrafo Hoffman filma la escena, que será incluida después por Taber en su documental.

En el campamento todos comentan el incidente y elaboran sus versiones particulares de lo ocurrido. Al parecer, Vazquecito tropezó con la escopeta que tenía recostada y, cuando trató de agarrarla para que no cayera al suelo, colocó su mano sobre el cañón en el momento en que el arma se disparaba no se sabe cómo, destrozándole la mano.

Se decide enviar al herido a Manzanillo con Luis Peña y Reinaldo Mora, ambos con armas cortas y portadores de una nota de Celia Sánchez al doctor René Vallejo para que atienda al combatiente.

Che narra en su diario el incidente:

Por la mañana, mientras nos preparábamos a partir, sonó un disparo ahogado, al momento llegó Almeida con la noticia de un herido: era Vázquez de la vanguardia que había puesto la mano sobre el cañón de una escopeta y había disparado al hacer un movimiento en falso. El orificio de entrada era pequeño pero a la salida estaba destrozada la mano izquierda: dos tendones totalmente arrancados y el hueso al descubierto. Lavé la herida lo mejor que pude y después de vendarlo lo envié a Manzanillo con Peña.



Che cura la mano de Alberto Vázquez, *Vazquecito*, combatiente del refuerzo herido accidentalmente el 27 de abril. Lo auxilia Camilo, a la derecha, Universo Sánchez y Ciro Redondo.

La columna ha permanecido detenida, en espera de la salida del herido. A las 11:45 se da la orden de partida. El destacamento continúa avanzando por el firme de la Maestra en dirección a la subida del Joaquín.

En el camino los alcanza *Lalo* Sardiñas, con la noticia de que trae algunas mercancías y al expedicionario José Morán. El *Gallego* Morán se había separado de la guerrilla el 18 de

febrero, en la finca de Epifanio Díaz, tras haberse herido en una pierna con su propia pistola. Curado por los médicos del Movimiento en Manzanillo, Fidel lo había mandado a buscar para conocer sus intenciones. De inmediato se envía una patrulla en busca de la mercancía y en auxilio de Morán.

Cerca de las 3:00 de la tarde, la columna llega al pie de la loma del Joaquín, en un punto del firme de la Maestra cerca del cual hay una aguada. Allí se da la orden de acampar. Al poco rato regresa la patrulla. En la conversación que sostienen, Morán propone a Fidel el plan que ha ideado con el propósito de salir al extranjero para organizar una expedición y buscar armas. El jefe rebelde lo escucha con cautela.

Taber y Hoffman aprovechan para continuar sus filmaciones. Ese día graban una primera entrevista con el jefe rebelde.

Desde el lugar donde han acampado, en la aguada del Joaquín, se divisa ya la imponente falda del Turquino, el pico más alto de Cuba. Esa tarde Fidel pasa el aviso a todos los combatientes que al día siguiente harán el ascenso, y que todos los que quieran participar deben preparar sus mochilas lo más ligeras posible. Casi todos manifiestan su deseo de subir al pico. En el campamento quedarán solamente algunos enfermos.

Por la noche el frío y el viento baten fuertemente el firme de la Maestra. Algunos abandonan sus hamacas y se echan a dormir en el suelo.

Che escribe también ese día:

Seguimos caminando en dirección a una aguada donde debíamos descansar, cuando nos alcanzó Lalo Sardiñas, con la noticia de que traía al gallego Morán pero que este no daba más con su pierna herida. Fue gente a traer la mercancía y la mochila del gallego y este nos alcanzó cuando llegábamos a la aguada en las faldas de la loma del Joaquín. Enseguida el gallego expuso su proyecto de un plan tremendo que tenía pero que era supersecreto. Yo seguí con asma pero estaba dispuesto a subir el Turquino, al día siguiente.

DOMINGO 28 DE ABRIL

Desde muy temprano el movimiento es intenso en el campamento rebelde de la aguada del Joaquín. Los combatientes aligeran sus mochilas y alistan sus armas en preparación de la subida al pico Turquino. Fidel ha designado a Luis Viera para que quede en el campamento al frente de unos pocos combatientes enfermos que no harán la jornada de ese día.

Alrededor de las 8:00 de la mañana el grueso de la columna emprende la primera etapa del camino, que es la ascensión de la larga y abrupta ladera de la loma del Joaquín. Los combatientes caminan de uno en fondo, agarrados de las raíces y bejucos. Algunos ayudan a los dos norteamericanos con sus pesados y voluminosos equipos de filmación. De vez en cuando, los periodistas se detienen y Hoffman pone a funcionar su cámara para captar imágenes del ascenso.

Celia y Haydée participan también en la subida. Pronto, sin embargo, Haydée se siente agotada. Su calzado inadecuado hace que la sangre corra por sus pies. Celia camina mejor. No es la primera vez que ella sube al Turquino. Ya lo había hecho por la falda sur en mayo de 1953, cuando acompañó a su padre y a un grupo de intrépidos martianos a colocar en la cima el portentoso busto en bronce de José Martí realizado por la escultura Jilma Madera. Desde su llegada cinco días antes, ambas mujeres se habían incorporado a la escuadra de la comandancia, y Celia había comenzado de inmediato a ganarse por derecho propio un lugar en la guerrilla. No fueron pocos los combatientes que pensaron que aquella mujer de frágil apariencia no podría soportar las penalidades de la vida guerrillera en la montaña, o que su presencia vendría a significar un estorbo para la movilidad y el desenvolvimiento general de la tropa. Y no fueron pocos los que, muy pronto, se dieron cuenta con asombro de que se había incorporado un combatiente más,

capaz de resistir con tanta o mayor entereza que muchos de los hombres cualquier esfuerzo o sacrificio impuesto por el medio agreste de la Sierra, y capaz, también, de inyectar en la dura vida cotidiana del monte toda la ternura y belleza de que puede ser portadora una mujer.

Coronado el firme del Joaquín, la ruta tuerce al sur, a lo largo del estribo del Turquino. Es preciso ahora descender por la otra falda, en una bajada casi vertical que ha hecho acreedor a este pedazo del elocuente nombre del paso de los Monos. Más adelante, la marcha se hace más llevadera por todo el filo del estribo, subiendo y bajando alturas relativamente cortas y onduladas. Desde la última de ellas antes de alcanzar la base propiamente del pico, los combatientes se asoman entre el monte y enfrentan la sobrecogedora visión de la mole azul, que desde ese lugar parece invencible.

Alrededor del mediodía, el destacamento guerrillero alcanza finalmente la cima, a 1.974 metros sobre el nivel del mar. El momento, preñado de simbolismo, es de especial emoción para todos. Los combatientes entran cantando y portando en alto la bandera cubana. Junto al busto de Martí, todos cantan el Himno Nacional y el del 26 de Julio, y levantan en alto sus fusiles en señal de firme decisión de continuar la lucha. Los periodistas norteamericanos recogen el testimonio gráfico de las emotivas escenas, que circularán semanas después por todo el mundo. Uno de los cuadros de esta secuencia fílmica se convertirá al cabo en el símbolo gráfico más elocuente de la lucha en la Sierra Maestra, y adorna hoy el machón del periódico *Granma*.

Al pie del monumento, Fidel y Taber filman la continuación de la entrevista. Luego, el jefe rebelde ordena a los combatientes hacer prácticas de tiro con todas las armas. El propio Fidel dispara con una pistola, mientras Hoffman sigue filmando.

Pedrin Sotto Alba narra en su diario:

Salimos para el Pico Turquino a las 8, yo no comí nada pues no me sentía bien. Llegamos al pico

Turquino a las 12 del día. Ya en la cima nos retratamos. [...] Se tiraron unos cuantos tiros. Este es otro domingo formidable. Los americanos están sacando películas a Fidel y luego a nosotros. Cantamos el Himno Nacional y el del 26. Bajamos al campamento en una hora y 10 minutos.

Por su parte, *Nano* Díaz relata:

Nos levantamos a las 5 de la mañana y nos pusimos en marcha a las 8, rumbo al Turquino. Por fin llegamos al pico más alto de Cuba, el Turquino. Como a eso de las 12 del día. Entramos en el Pico cantando el Himno Nacional y enarbolando la bandera nacional, nos tomaron película, cantando el himno del 26 de Julio. Después hicimos práctica de tiro. Fidel le da a un casquillo de bala de pistola a 30 pasos.



Junto a la base del monumento a José Martí, en el pico Turquino, Bob Taber entrevista a Fidel. Fotograma del reportaje filmado por el periodista norteamericano.

Ahogado por el asma, Che logra alcanzar la cima a golpe de voluntad. Ese día escribe:

Temprano se inició la ascensión por un grupo considerable, ya que fue voluntario y casi todos decidieron ir. En la cima del Turquino (1.850 metros según nuestro altímetro) se filmó la entrevista en inglés para televisión, allí se hicieron prácticas con todas las armas, encontrándose que la ametralladora Johnson se trababa. Yo llegué dos o tres horas después de los demás y cuando fui a probar mi Thompson erré dos veces a una lata, llevándome luego un casquillo de fusil.



Ante el busto de José Martí, en el pico Turquino, Fidel se prepara para probar una de las armas automáticas de la guerrilla el 28 de abril de 1957. También en la foto, entre otros, los combatientes Sergio Pérez, Camilo Cienfuegos y Orlando Pupo.

Antes de partir de regreso al campamento en la aguada del Joaquín, algunos combatientes graban sus nombres en las rocas que forman la base de la estatua del Apóstol. Poco

después, la columna comienza el descenso por el mismo recorrido. El camino de bajada resulta más rápido, aunque hay que sortear la molesta y peligrosa subida de los Monos. Al atardecer, casi todos están de nuevo en el punto de partida. Enseguida los fatigados mas orgullosos guerrilleros juntan candela y comienzan a cocinar por escuadras.

Che y Ramiro Valdés han quedado atrás en el descenso y arriban al campamento ya de noche. Che finaliza sus anotaciones ese día con este apunte: “Iniciamos la bajada quedándonos Ramiro y yo al final y llegando recién a las 8 de la noche. Yo había estado casi doce horas para subir y bajar”.

Nano Díaz consigna a su vez: “Como a las 5 1/2 llegamos al campamento, después de pasar el mejor día, domingo memorable aquí en la Sierra Maestra”.

LUNES 29 DE ABRIL

La noche anterior ocurre un incidente penoso en el campamento guerrillero. *Ango* Sotomayor es acusado injustamente por Francisco Muñoz de haberse robado una lata de leche, y el joven combatiente, avergonzado, decide abandonar la columna después de dejar una nota a Fidel. Sus tíos José y Marciano Arias proponen salir detrás de él para traerlo de regreso, pero Fidel se opone, seguro de que muy pronto el combatiente regresará por propia voluntad.

El destacamento rebelde continúa ese día acampado junto a la aguada al pie del alto del Joaquín, en el mismo firme de la Maestra. El lugar es muy frío tanto de día como de noche. Durante toda la jornada los combatientes descansan de la fuerte caminata del día anterior.

Por la mañana llega el *Colorao* Corría con otros campesinos que vienen a incorporarse a la guerrilla. Se acepta a tres, entre ellos a José Cañada Núñez, quien es ubicado en la escuadra de retaguardia, y a Marcos Borrero. También se presentan en el campamento Fernando Escalona, conocido

por Nando, y su hijo Eutimio, vecinos del arroyo de los Mogos, cerca del alto del Naranjo, quienes traen un puerco que de inmediato se sacrifica para repartir la carne entre las escuadras. A los aceptados se les envía a buscar mercancía a la tienda de *Lalo Sardiñas*, en Santo Domingo.

Esa mañana parte hacia Manzanillo el camarógrafo Wendell Hoffman con sus equipos de filmación. Lo acompaña como práctico el propio Corría. Marciano Oliva sale por otro lado con los rollos de película filmados. Se los entregará en Santo Domingo a Rafael Castro, quien a su vez los hará llegar a Santiago de Cuba.

Nano Díaz relata en su diario:

El día amaneció de lo más hermoso. Estábamos debilitados a causa del paseo que dimos ayer al Turquino. También pudimos leer la Bohemia de la semana santa. Hoy pensamos comer lechón que nos trajeron unos campesinos, también ingresaron en el Ejército Revolucionario. Aquí hace un frío tal que hasta de día uno está temblando. Ya se nos están acabando las provisiones que trajimos.

Por su parte, Che anota:

Fue un día de descanso de la jornada anterior. Wendell salió con Cubrías [Corría] para Manzanillo. Mariano [Marciano Oliva] con los rollos de películas a Santiago. Vinieron algunos voluntarios nuevos, entre ellos un tal Escalona, con el padre, y se mandó a tres de ellos, los aceptados, a buscar mercancía a la tienda de *Lalo Sardiñas*.

A las 6:00 de la tarde se da la orden de cocinar. Después de comer, algunos se echan a dormir en el suelo a causa del intenso frío.

Esa noche, Fidel cambia impresiones con algunos de los oficiales de la columna sobre el plan propuesto por José Morán. Che se refiere al tema en sus apuntes de ese día:

Por la noche estuvimos hablando con Fidel; este había escuchado el plan del gallego [Morán] y lo había aceptado en parte: mandaría al gallego a México a traer otra expedición con la gente restante y con armas y después ir a Estados Unidos a recaudar fondos y hacer propaganda. Fue inútil todo lo que yo le dijera sobre lo peligroso de mandar un hombre como el gallego, desertor confeso, de una moral muy baja, intrigante y charlatán y mentiroso al máximo. El argumento que mejor es mandar al gallego a hacer algo y no dejarlo ir a E.U. [Estados Unidos] resentido, pues lo que quiere el gallego es ir a E.U. y abandonar esto. Donde estuvo de acuerdo conmigo.

MARTES 30 DE ABRIL

Poco antes del amanecer llega la noticia al campamento rebelde de que una columna de soldados se acerca tras las huellas del destacamento guerrillero, y que los guardias han apresado al joven campesino Eutimio Escalona, incorporado el día anterior y enviado junto con otros dos en busca de mercancías a Santo Domingo. De inmediato, Fidel ordena levantar el campamento. Los combatientes recogen sus hamacas y arman apresuradamente las mochilas.

Poco después de las 6:00 de la mañana, la columna comienza a ascender de nuevo por la falda del alto del Joaquín. Al llegar al firme los combatientes toman hacia el sur, como si regresaran al Turquino, pero más adelante cambian el rumbo hacia el norte. La intención es dejar huellas en direcciones contrarias para desorientar a los guardias, en caso de que sea cierta la información de que vienen en persecución de la guerrilla. Fidel ordena a Guillermo García que se quede atrás con su escuadra para hostigar a la tropa enemiga.

Che sigue con asma. Ese día escribe en su diario:

Nos despertamos con la noticia de que el tal Escalona, incorporado el día anterior, lo había apresado la guardia y el hombre contó todo lo que sabía incluso el lugar donde estábamos. Tuvimos que levantar inmediatamente el campamento. Yo me puse un poco de ACTH y salí último, salvo la vanguardia. Al ir subiendo trabajosamente la loma de Joaquín me encontré con Guillermo que iba con su escuadra a tirotear la zona de los soldados; le tuve que dar mi ametralladora.

Poco después, la columna sube al alto de Regino, en el mismo firme del Joaquín, y después de un breve descanso, cuando los combatientes han comenzado a descender por la empinada falda el otro lado, la vanguardia detiene a un hombre que viene subiendo por un trillo. El detenido no tiene aspecto de campesino, pero asegura serlo y tener la intención de unirse a la guerrilla. Pese a sus argumentos, se decide retenerlo en calidad de prisionero.

Prosigue relatando Che: “Al llegar a la cima de Joaquín y empezar a bajar noté la disminución de mi asma y pude alcanzar al rato a la columna, encontrándome que tenía un prisionero llamado Restituto que según había venido a unirse a nosotros”.

El destacamento continúa camino por el firme en dirección nordeste. Al mediodía los combatientes alcanzan el alto de la Jeringa y comienzan a descolgarse por la falda oriental de la loma. Han entrado en la zona de Agualrevés, parte de la vertiente nordeste del macizo del Turquino. Al caer la tarde, aún sin llegar totalmente abajo, la vanguardia ocupa dos o tres casas deshabitadas. Cerca hay varias estancias donde los hombres se proveen de abundante vianda. El grueso de la columna acampa en ese lugar.

Nano Díaz apunta en su diario:

A las 12 llegamos a un barrio llamado la Jeringa, cerca del central Estrada Palma. A las 12 1/2 empezamos a bajar una falda de una loma del caserío Laguna del Reververo [Aigualrevés], tan empinada que ni las cabras son capaces de subir. A las 6 llegamos a la estancia donde había un campo de caña que nos hartamos. Después cada pelotón ocupó un bohío que había deshabitado. Estaba la vianda que hacía ola, cocinamos como hasta las 9 de la noche, que comimos y pudimos dormir unos 30 en el bohío.

La escuadra de la comandancia, entretanto, ha llegado a otra casa en un alto cercano, donde son bien recibidos por el dueño. Che anota:

Llegamos a un punto que los muchachos reconocieron como la bajada a la casa de Angelito, un cojo que decían era buena gente. Bajamos nosotros y allí estaba el viejo que nos brindó malanga y un lechón que tenía, el que asamos en parrilla. Dormimos en la casita del viejo hasta bastante entrada la mañana.

MIÉRCOLES 1^o DE MAYO

Con las primeras luces del día, los combatientes levantan el campamento y emprenden la marcha. El rumbo general de la columna sigue siendo hacia el este, hacia nuevas zonas de la Sierra. *Nano* Díaz apunta: "A las 5 estábamos de pie, cargados de vianda cocinada, por lo menos para tres días y tanto cruda, y demoro a subir la escarpada falda que era un martirio caminar".

Che camina en la retaguardia acompañando a Victor Buelhman, uno de los americanitos, que está enfermo. En su diario escribe:

Desde temprano a pesar de encontrarme muy bien debido al ACTH se me comisionó para que acompa-

ñara al gringuito Vick en la retaguardia, pues este se quejaba de imposibilidad para caminar debido a encontrarse mal del estómago; lo que tiene es una mezcla de enfermedad y añoranza. Tuve que cargarle hasta la mochila.

Ese día, José Morán se separa de la tropa y regresa al llano. Con él salen dos combatientes que causan baja en la guerrilla a causa de sus malas condiciones de salud: el expedicionario Rafael Chao, que padece de un estado tal de agotamiento físico que no puede continuar, y *Pepín* Lupiáñez, uno de los integrantes del refuerzo de marabusal, a quien una hernia abdominal le impide casi caminar. Al respecto, *Nano* Díaz anota:

A las 9 el compañero Lupiáñez, que se había herniado, se disponía a irse para Santiago. Este querido compañero se fue llorando como un niño sintiendo no poderse quedar aquí en la Sierra Maestra. El que viene con buena voluntad no quiere irse, aunque pase hambre, frío y mil necesidades. Con él aproveché la ocasión para mandarle mi cartera a mi madre, para que supiera que estoy bien. [...] Cada hombre aquí en la Sierra Maestra tiene que moverse con una mochila de 60 libras por lo menos cada uno.

Che se refiere también a estas bajas en los términos siguientes:

Se separaron de nosotros tres soldados: el gallego Morán, Chao que fue licenciado con todos los honores, y un estudiante de Santiago que tiene una hernia morrocotuda. Se fueron bajo la dirección del gallego que después irá a cumplir las misiones encomendadas.

Luego de avanzar otro tramo, la columna hace un alto y descansa en el camino. Algunos combatientes aprovechan para comer algo de lo que traen cocinado del día anterior.

Luego prosiguen la marcha en dirección a la loma de la Nevada. Durante este trayecto los alcanza el joven campesino Orestes Guerra González, de Guayabal de Naguas, quien viene a incorporarse a la tropa después de haber ayudado al *Colorao* Corría a sacar de la montaña al camarógrafo Wendell Hoffman.

Por la tarde comienza a llover. Ya oscuro bajan hasta la casa de una joven pareja, a la orilla de un arroyo. Rolando es el nombre del campesino, recientemente instalado en la zona, quien recibe hospitalario a los combatientes. El estado mayor y una parte de la tropa se instala en la casa, donde cocinan y secan sus ropas mojadas en el rústico fogón.

Prosigue narrando Che: “Al anochecer llegamos en medio de una fuerte lluvia, a la casa de un matrimonio villareño nuevo en la zona, que nos recibió muy bien y en cuya casa comimos y dormimos”.

El resto de la tropa acampa en los alrededores y cocina. Hace frío, y muchos combatientes duermen en el suelo. Por último, *Nano* Díaz anota en su diario:

A las 4 empezó a llover y estuvo lloviendo hasta las 6 1/2. Nos mojamos todos y tuvimos que dormir en el suelo porque no había a dónde tender la hamaca. Comimos comida que trajimos cocinada y después hervimos un cubo de malangas, para guardar para el otro día.

Pedrin Sotto, por su parte, resume la jornada escuetamente, pero apunta un detalle no mencionado por ningún otro combatiente: “Nos despertamos sobresaltados pues sentimos una ráfaga de ametralladora. Por la tarde nos cayó tremendo aguacero. Acampamos. Nos comimos dos trozos de malanga con bacalao. Nos acostamos; hizo tremendo frío”.

JUEVES 2 DE MAYO

El campamento se levanta temprano. La columna sigue avanzando ese día hacia el este, ya en la zona de La Nevada.

A media mañana llega la noticia de que en persecución de los rebeldes viene una fuerte tropa enemiga, cuyos efectivos son estimados por los exagerados cálculos campesinos en más de 500 hombres.

El destacamento guerrillero se adentra en un monte espeso. Al mediodía los combatientes hacen un alto para descansar y oír las noticias en el radio de baterías. Algunos comen lo poco que llevan cocinado del día anterior. Empiezan a escasear las provisiones y a sentirse el hambre. En esta parte de la montaña hace, además, un frío constante, húmedo e intenso.

Nano Díaz apunta en su diario:

Ahora tenemos 100 soldados detrás de nosotros y los aviones nos buscaban todos los días. El teniente Guillermo [García] salió hace dos días con su escuadra para tirotarlos. Salimos a las 8 1/2. Nos adentramos en un monte firme que casi no se podía caminar. Nos perdimos del camino como tres cuartos de hora y tuvimos que volver para atrás. Nos estamos alejando del Pico Turquino. Salimos en busca de armas y provisiones que mandan de Santiago. Acampamos dos horas para comer algo que llevamos del día anterior. Hacía un frío tremendo.

Guillermo y su escuadra regresan por la tarde. Los combatientes recién llegados informan haber hecho algunos disparos a la columna de soldados que realmente anda en busca de la guerrilla. Se trata al parecer de una compañía de alrededor de cien guardias. La impresión de Guillermo es que después del tiroteo el enemigo no siguió avanzando y desistió de su persecución.

Junto con Guillermo llegan Lalo Sardiñas y el manzanillero Enrique Escalona, conocido por Quique, el primer enlace enviado por Celia después de Alegría de Pío, quien viene a incorporarse definitivamente. Quique informa que con él han subido a la Sierra los también manzanilleros Víctor Boronat, conocido por Vitico, y Alberto Saumell, y que los acompaña otro periodista norteamericano. Estos tres hombres han quedado atrás, en espera del aviso de que pueden ir al encuentro de la columna guerrillera. Quique trae una pistola y la cámara y los rollos fotográficos solicitados por Bob Taber para hacer un reportaje que piensa ofrecer a la revista *Life*, uno de los semanarios ilustrados de mayor circulación en los Estados Unidos.

Cuando Taber se entera de que viene otro periodista en camino, pide a Fidel que procure retardar unos días la llegada de su colega para poder concluir su trabajo y luego publicarlo sin peligro de competencia. El jefe rebelde accede, y ordena que la escuadra de retaguardia retenga al periodista y a los dos manzanilleros en la casa del villaclareño Rolando, y que los combatientes de la retaguardia al mando de Efigenio Ameijeiras no sigan adelante con los nuevos incorporados hasta nueva orden. Lalo, por su parte, regresa a Santo Domingo tras conversar con Fidel.

Che narra en su diario los incidentes de este día:

Salimos temprano con la precaución de que Guillermo no hubiera vuelto. A mediodía nos paramos a oír radio en el que se habló ya directamente de conciliación nacional con la única efectiva concesión del adelantamiento de la fecha de las elecciones. En esos momentos llegó Guillermo, que traía además a Lalo [Sardiñas] y [Quique] Escalona, un manzanillero empleado de banco que ya viene a unirse a nosotros y que se indignó cuando le pregunté por qué no se había llegado por lo menos con 10 mil pesos. También llegó la cámara del gringo [Taber], para hacer un reportaje a *Life*, cámara que se había

pedido insistentemente sin obtener respuesta, y la noticia de que otro reportero norteamericano está en camino. El gringo, cuando lo supo, propuso que se quedara unos días para tener exclusiva en la noticia, cosa que fue acordada por Fidel, ordenándose la detención del otro en la casa del Villareño, llamado Rolando. Lalo volvió a su bodega. Guillermo cumplió su misión tirando unos tiros en la Maestra y una de las viejas granadas brasileras; el resultado fue que la tropa de unos cien hombres emprendió la retirada.

Al rato de haber reemprendido la marcha, el Molinero alcanza a la columna. Trae ahora a otro comerciante que quiere establecer contacto con Fidel, además de mensajes, algún dinero, nylon y tres gallinas. Prosigue relatando Che: “Más tarde nos alcanzó Molinero, el que llevó a Marcos [Nicaragua] a Santiago y venía con otro comprador que quería conocer a Fidel y la mujer de él; traía bastante nylon y algunos mensajes y cierto dinero”.

El destacamento cruza el río Guayabo y empieza a subir por la falda opuesta en dirección al barrio de Santa Ana. Al anochecer, los combatientes llegan a la casa del campesino Inocencio Domínguez, en La Gloria. El estado mayor, incluidas las dos mujeres, y Bob Taber se quedan allí, mientras el resto de los pelotones guiados por el campesino suben más por la pendiente ladera hasta acampar en una estancia. Llevan la orden de dormir hasta la 1:30 de la madrugada, que sería la hora en que todos seguirían camino.

Nano Díaz relata en su diario:

A las 7 llegamos a un bohío donde tomamos café, que hacía como un mes que no tomaba. Como a las 9 salimos para una estancia que estaba como [a] cuatro leguas [es obviamente un estimado inexacto de distancia de Nano] y llegamos a las 11 1/2. Estuvimos cocinando como hasta las 3 de la mañana.

Por su parte, *Pedrin* Sotto anota:

El Che me dijo que lo inyectara. En todo el día no comí nada. Por la noche llegamos a una casa, tomamos café, luego llegamos a un malangal. Fui a buscar, llegué con un saco lleno. Como a las doce cocinamos una lata de malanga, luego cocinamos para el otro día.

Esa noche Che se pierde. Luego de preparar y comer en la casa donde se han quedado las tres gallinas traídas por el Molinero, Fidel decide descansar un par de horas más en el lugar, por lo que determina que la tropa puede dormir hasta las 3:15 antes de continuar la marcha. Che se ofrece para avisar al resto de los pelotones y sale solo con esa misión. Pero la noche es oscura. Tras equivocarse el camino que le habían indicado y caminar un buen rato sin rumbo, no acierta a localizar al resto de la columna y decide echarse a dormir en el monte para esperar el día y poder orientarse. He aquí como lo narra el propio Che:

Llegamos al anochecer a un bohío donde comimos tres gallinas que trajo el mismo Molinero. La gente se había posesionado en otro lugar y Fidel les había dado la orden de levantarse a la 1 y media pero para dormir algo más nosotros también debíamos avisarle que se levantaran a las 3 y cuarto. Yo me ofrecí y partí con ese encargo; tenía que tomar un camino y desear dos veces los demás a la izquierda, pasar un rancho y caer en el segundo. Lo malo fue que no encontré ese segundo rancho y tras mucho dar vueltas me acosté a dormir esperando que pasaran por el lugar.

VIERNES 3 DE MAYO

Todavía oscuro, la columna guerrillera emprende camino y sube hacia el norte para volver a alcanzar el firme de la Maestra cerca del alto de California. Desde arriba, los

combatientes pueden divisar las luces salteadas de los distintos barrios a lo largo del río Buey. A lo lejos se adivina el poblado de las Minas de Bueycito. El camino, un estrecho trillo por dentro del monte, va serpenteando por el filo del firme. Abajo, a la derecha, están las casas del barrio de Santa Ana. Más adelante, el destacamento cambia el rumbo en esa dirección para bajar por la falda de la loma hasta una faja de monte donde acampan. Están cerca del alto de Santa Ana.

Fidel ordena que salgan varias patrullas a explorar los alrededores. Le empieza a preocupar la ausencia de Che, quien no ha regresado desde la noche anterior. Cerca de las 6:30 de la mañana, una patrulla al mando de Guillermo García, que una vez más se hace pasar por sargento del ejército, detiene a un caminante. Se trata del comerciante Andrés Torres, a quien se le ocupa documentación y un revólver que lo identifican como colaborador de la Guardia Rural. Llevado ante el jefe rebelde, durante el interrogatorio Torres menciona los nombres de otros cuatro vecinos de la zona que colaboran con los guardias. Guillermo parte de nuevo con su escuadra a la tienda de Torres en busca de mercancías y a traer a los presuntos chivatos.

Nano Díaz relata ese día en su diario:

A las 5 de la mañana nos pusimos en marcha, un camino que por lo menos era de dos horas lo hicimos en tres cuartos de hora. Cuando llegamos a la Maestra se capturó un chivato que nos confundió con los guardias y nos dio a conocer cuatro más de las Minas de Bueycito. Enseguida se mandaron en su captura seis revolucionarios.

A las 10:30 de la mañana, regresa la patrulla de Guillermo con el comerciante Juan Corría, quien cree asimismo estar tratando con soldados del ejército. De nuevo Fidel lo interroga, y luego despacha una patrulla para que lo acompañe a su tienda en busca de mercancía. Los combatientes se quitan los brazaletes y buscan cascos para simular ser soldados. Pero cuando llegan a la tienda de Corría, en

Santa Ana, pronto se reúne en el lugar un grupo de vecinos curiosos que enseguida advierten que se trata de rebeldes, y comienzan a obsequiar los comestibles más disímiles que los combatientes aceptan y comen hasta hartarse.

Al costado de la tienda está la casa del campesino Abigaíl Torres Cabrera, a quien *Pepín* Quiala entrega varias libras de harina y otras provisiones para que su esposa prepare frituras de bacalao para la tropa. Realizada la compra, es preciso subir los sacos con la mercancía hasta el campamento rebelde. Es tanta la carga que varios campesinos se ofrecen para ayudar. Entre otros, colaboran los hermanos José y Evérgito Torres Cabrera, Israel e Ismael Fonseca, Buena-ventura Pérez Moracén y Juventino Ferrer Gouled.

Pedrín Sotto anota en su diario:

Hoy 3 cogimos un chivato, haciéndole creer que éramos soldados. Él tenía una tienda, se fue a buscar alguna mercancía y vino con el otro chivato, y estábamos esperando el otro que era el más malo. Se compró cantidad de mercancía. El hombre había encargado un arria de mercancía. Se compraron como 500 pesos de mercancía, tenemos una carga enorme de comida.

Se han dispuesto emboscadas en los caminos de las Minas y de San Pablo de Yao. Poco después del mediodía acierta a pasar por una de ellas el moreno Gilberto Nápoles, de pésimos antecedentes en la región, quien es identificado por el comerciante Andrés Torres. Al igual que con los otros, los combatientes se hacen pasar por soldados y lo detienen, desarman y conducen al campamento para que Fidel lo interrogue.

El resto del personal descansa en sus hamacas. Luego de comer abundantemente de los víveres conseguidos en la tienda recién visitada, *Tony* Béguez sufre una fuerte intoxicación que le produce una repentina hinchazón de sus manos y piernas, seguida de asfixia. En vista de que Che, quien funge aún como el médico de la tropa, sigue perdido, Celia acude en auxilio del enfermo, toma del botiquín un

ámpula de coramina y lo inyecta en el brazo. Pero al advertir que el medicamento no surte efecto, decide inyectarlo directamente en el pecho. Al instante el combatiente se desfallece, pero despierta pocos minutos después. Ya la hinchazón ha cedido y Béguez puede respirar mejor.

Se espera en el barrio un arria de mulos con mercancía. Esa tarde, sin embargo, quien llega es el arriero Delio Pérez Jiménez, conocido por Tuto, que viene del Zorzal con sus mulos cargados de malanga hacia La Habanera. Al llegar al alto de la Maestra el arriero es detenido por una patrulla al mando de Víctor Mora, quien lo conduce ante Fidel. El jefe rebelde lo interroga y le pide opiniones acerca de los tres detenidos. Después de dejar su carga en el campamento, *Tuto* Pérez regresa a su casa. Cuando está desaparejando a los animales, llegan dos combatientes que le indican prepare de nuevo otros dos mulos y regrese con ellos, pues debe bajar a Caña Brava en busca de una carne en la casa de *Mingo* Roselló y luego trasladarla hasta la casa de un haitiano que vive cerca.

Aquella tarde, varios vecinos de la zona visitan el campamento rebelde en el alto de Santa Ana. Fidel conversa con los campesinos y pide opiniones acerca de los tres detenidos. Entre los visitantes viene la mujer de Juan Corría, cuyo pequeño hijo se abraza al jefe guerrillero.

Se celebra juicio a los tres detenidos. Camilo funge como presidente del tribunal. Después de escuchar las opiniones favorables de los campesinos del lugar sobre los dos comerciantes, se decide liberar al viejo Andrés Torres y a Juan Corría, a quienes se les paga las mercancías ocupadas. Ambos campesinos se brindan a colaborar. El otro detenido, el comprobado chivato Gilberto Nápoles, queda como prisionero, amarrado de pies y manos.

Hasta muy tarde sigue el flujo de campesinos que visitan el campamento guerrillero. Todos traen comida, café y otros presentes para los rebeldes.

En todo el día no se han recibido noticias de Che. Por la noche parte una patrulla en su busca.

Prosigue relatando *Nano* Díaz:

El día de hoy ha sido un poco atareado. Llegaron mercancías que le quitamos a un chivato, y se han detenido como cuatro chivatos y se han interrogado por Fidel. A dos chivatos se les perdonó la vida por su ignorancia. Nápoles, el más esbirro, se quedó prisionero de noche y tuvimos que hacer guardia en mi pelotón. Nuestras mochilas van repletas de mercancías. [...] A media noche salió un grupo en busca del Che que se había perdido, también recibimos la visita de un grupo de mujeres.

Che no ha logrado orientarse al amanecer. Durante toda la mañana camina por el monte con la esperanza de encontrar algún rastro del paso de la columna. Por la tarde ha coronado el alto de California y baja hasta un aserrío que descubre desde arriba. Allí no logra informaciones claras y vuelve atrás, de nuevo hacia el firme. En toda la jornada no encuentra las huellas que busca ni topa con ninguna casa campesina, y al caer la tarde se ve obligado a pasar de nuevo la noche en el monte. No está excesivamente preocupado, aunque sí molesto por lo ocurrido. Sabe que lleva a sus espaldas todo lo necesario para que un guerrillero pueda bastarse a sí mismo durante un buen tiempo: desde sal, aceite y latas de comida hasta equipo para dormir y hacer fuego, e incluso brújula y altímetro, en los que confía para orientarse. Está seguro de que pronto dará con sus compañeros o con algún vecino que lo auxilie y lo ayude a encontrarlos. Ese día, escribe en su diario:

Me desperté de día ya, a las 5:30 y sin rastro de la gente, enderezando entonces para el monte siguiendo el norte. Caminé lentamente entre unos bejucalcs intrincados esperando encontrarme a cada momento con la gente pero sin hallar rastro. Al atardecer bajé del firme hasta un aserrío donde me encontré dos obreros a los que quise [hacer] creer que era guardia, sin lograrlo. Me enteré que el lugar era California, que llegaba camino y que siempre había algunos guardias. Subí nuevamente al firme donde me trencé

nuevamente en lucha con los bejucales hasta que me agarró la noche y allí mismo armé. Tuve el primer encuentro con un perro jíbaro que huyó al palanquear la ametralladora.

SÁBADO 4 DE MAYO

Por la mañana continúan llegando al campamento guerrillero en el alto de Santa Ana campesinos de la zona que vienen a conocer a los rebeldes y a brindarles su colaboración. Casi todos llegan con alguna comida y café. Se reparte entre las escuadras la mercancía comprada el día anterior. Regresa también el comerciante Juan Corría y se envía una patrulla a su tienda en busca de más provisiones.

Temprano sale Guillermo con su escuadra para seguir buscando a Che, pero los combatientes regresan varias horas después sin haber dado con la pista del compañero extraviado. Ya el asunto comienza a preocupar seriamente a Fidel y a todos los demás.

Al mediodía es ajusticiado el chivato Gilberto Nápoles. *Nano* Díaz anota en su diario:

Desde aquí se ven las luces de Bayamo y se distinguen las de la torre de la Nela [la fábrica de productos lácteos en esa ciudad]. [...] Hay que ver la cooperación que hemos tenido en este barrio. A las 12 p.m. se fusiló a Gilberto Nápoles, el esbirro que estaba detenido. En medio de su ignorancia mueren como valientes, no como los chivatos de la ciudad. Hoy llegó más mercancía: azúcar, bacalao, tocino, etcétera.

Sobre el fusilamiento de Nápoles y otras impresiones de su estancia con los rebeldes, escribió Taber después en un reportaje publicado en la revista *Life*:

Según parece, Castro tiene bajo su mando a varios grupos, además del núcleo de 140 hombres y dos

mujeres de su cuartel general. Nos dijo también que el número real de voluntarios excede al de las armas de que se disponen, y que debido a esto Castro tuvo que rechazar a cincuenta reclutas en un solo día. Castro mantiene buenas relaciones con los campesinos, a quienes les paga todo cuanto le suministran.

Los rebeldes han capturado espías, y Castro ha aprovechado sus conocimientos legales y su don de persuasión para interrogarlos y tratar de convertirlos a su causa. La mayoría ha sido puesta en libertad y uno de ellos hasta donó sus mulas a la compañía para transportar provisiones. Empero, un espía fue declarado responsable de la muerte de dos simpatizantes y ejecutado.

Poco después se levanta el campamento y la columna reemprende la marcha en dirección general hacia el este. A poco de salir, *Tony* Béguez vuelve a sentirse mal. Todo parece indicar que se trata de un ataque de apendicitis. Se le envía de inmediato con la retaguardia a la casa de Juan Corría, para que éste lo saque a Manzanillo con una nota de Celia al doctor René Vallejo.

La columna continúa camino. Han tomado por el firme del Hombrito, por donde avanzan sin prisa. Al atardecer la tropa acampa al borde de una tumba de monte y una estancia en el mismo filo de la Maestra.

Nano Díaz sigue narrando:

Como a la 1 p.m. levantamos el campamento y estuvimos caminando hasta las 5 que acampamos al lado de una tumba de monte, donde había unos tanques y los campesinos de la zona se portaron muy bien. Como a las 6 nos comimos un arroz con chorizos y después media lata de gas de atol de harina, también comimos caña.

Esa mañana Che ha bajado del firme hasta una casa en el barrio de La Habanera donde viven Ignacio Cámbara Vázquez y su madre, Otilia Villa. Los campesinos se asustan cuando lo ven llegar, pero después le preparan café, le brindan tabacos y lo ocultan en un cañado a unos 100 metros de la casa. Allí lo visitan un rato después dos tíos del joven, Ignacio, Luis y Raymundo Villa Vázquez, con quienes cambia impresiones. Raymundo manda preparar comida en su casa y conduce al combatiente hasta allí. Después de comer, *Pepe Méndez*, cuñado de los Villa, acompaña a Che hasta el lugar donde estaba el campamento rebelde en el alto de Santa Ana, pero ya la columna ha continuado camino por la mañana. La noche está otra vez bastante oscura, y después de despedir al práctico Che decide esperar el día para seguir el rastro de la columna. Por tercera noche consecutiva duerme solo en el monte, pero esta vez al abrigo de un rancho vacío y con la certeza de que al día siguiente concluirá esta otra pequeña odisea.

En su diario de campaña, Che resume así los acontecimientos de ese día:

Me levanté tarde y con displicencia bajando después trabajosamente entre la manigua hasta llegar al claro. De allí se veían varias casas. Fui bajando con precaución hasta una que resultó abandonada, después bajé a otra que tenía gente la que se llevó un gran susto con mi presencia, pero después me atendieron bien aunque pobremente. Dejé que pasara la tarde y luego de comer otro poco me encaminaron hasta otra casa de donde me indicaron la ruta que debía seguir al caer la noche. Así lo hice pero no pude llegar al punto de la pérdida como era mi intención por la noche debido a que no se veía nada; dormí en el alto de la Maestra, en un rancho abandonado.

DOMINGO 5 DE MAYO

Temprano en la mañana, los combatientes recogen sus hamacas. Fidel ha decidido bajar hasta el barrio del Hombrito, pues por las informaciones recibidas allí viven varias familias con las que se puede contar. Sin embargo, poco después se decide permanecer hasta la tarde en el mismo lugar, y no moverse hasta la noche. A primera hora vuelven a salir patrullas del campamento para seguir buscando a Che.

Al mediodía, una de estas patrullas topa en un alto cercano con el campesino Bernardino Martínez Cabrales, conocido por Tito, quien ofrece su casa, a unos 200 metros más abajo, para que la tropa cocine. Hacia allí se encamina el destacamento rebelde y acampa en los alrededores de la vivienda.

Mientras se prepara el almuerzo, salen a explorar otras patrullas. Al rato llega Víctor Mora con varios vecinos del Hombrito, entre ellos Isidro Matamoros y sus hijos Porfirio y Santos, quienes aguardan en el portalito de la casa a que Fidel termine de comer en compañía de Celia, Haydée, el periodista Taber y otros combatientes. Poco después, el jefe rebelde sale a saludarlos y conversa un rato con ellos sobre la situación en la zona.

Se presentan en el lugar el comerciante Armando Olivé y Argelio Argelís, conocido por Gello, ambos de las Minas de Bueycito, quienes han seguido el rastro de la columna con un práctico para ofrecer su ayuda al jefe rebelde. Con los recién llegados acuerda Fidel el envío de mercancías desde las Minas, y con los Matamoros y otros vecinos dispuestos a ello organiza el almacenamiento de las provisiones.

Olivé informa que por el camino tropezaron con un individuo que al parecer huía de la columna. Se trata, en efecto, de Restituto, el presunto campesino que desde hace cinco días marcha con la columna en calidad de retenido. Al parecer, se trata de un guardia enviado como espía. Atemorizado después del ajusticiamiento del chivato

Nápoles, ha aprovechado un descuido de sus custodios para escapar.

El comerciante sugiere que el joven que lo acompaña es capaz de perseguir y alcanzar al prófugo. Fidel acepta y le entrega un revólver a Gello Argelí, quien sale de inmediato a caballo. Algunas semanas después, el Movimiento en Santiago de Cuba enviará a la guerrilla la confirmación de estas sospechas y de que el tal Restituto llevaba la misión de asesinar al jefe rebelde.

Fidel dispone después que Olivé salga en compañía del campesino Victorio Tamayo en busca de 200 pesos que por precaución el comerciante había dejado horas antes en la casa de Evelio Reyes, en La Habanera, no sin antes advertirles que para disimular deben efectuar algunas compras en la tienda.



En la zona del Hombrito, a principios de mayo de 1957, Fidel se reúne con un grupo de campesinos que han expresado su interés en incorporarse a la columna guerrillera. Entre otros combatientes rebeldes, se aprecia en la foto a Raúl y al extremo izquierdo a Luis Crespo.

Cerca de las 4:30 de la tarde, la columna rebelde sale de nuevo a camino. Unos 200 metros más adelante, los combatientes hacen un alto para despedir al periodista Bob Taber, que ya ha concluido su reportaje. Junto con Taber salen también Michael Garvey y Victor Buehlman, los dos norteamericanos más jóvenes de los incorporados con el refuerzo del marabusal, que están ya en condiciones físicas bastante malas por las continuas caminatas.

Formados en fila, la tropa rebelde en pleno los despide. Durante su estancia en la guerrilla, los dos muchachos se han ganado el afecto de los combatientes por su entereza y simpatía. Taber, por su parte, ha llegado a compenetrarse también con todos, y su conducta ha sido invariablemente discreta y amistosa. Los tres norteamericanos, emocionados, estrechan las manos de cada uno de los combatientes; otros los abrazan. Cuando ya van a partir, rompe un aplauso general. Se canta el Himno Nacional y se dan vivas a Cuba libre. Los que se marchan se van llorando.

Fidel ha consultado con Armando Olivé la manera de sacar a Taber y a sus dos acompañantes de la Sierra sin peligro para ellos. Es muy importante garantizar que los tres lleguen a salvo a manos del Movimiento en Santiago. Si cayeran en poder del enemigo, con toda seguridad serían asesinados para tratar de crear un incidente y, por otra parte, en el caso de Taber, podría frustrarse la posibilidad de la divulgación internacional de la lucha rebelde a la que el periodista se ha comprometido. Olivé acepta la responsable encomienda y propone que el campesino Gerardo Martí Ramírez, conocido por Papito, que hace unos días marcha con la columna, baje a los tres norteamericanos hasta las Minas de Bueycito, desde donde el comerciante y sus colaboradores los trasladarán en un camión de minerales hasta Santiago de Cuba.

Nano Díaz anota en su diario:

Se iba el periodista americano Bob [Taber], con Marcelo, un estudiante de La Habana que servía de intérprete. También se fueron dos de los tres

americanos de Caimanera que hacía cerca de dos meses que estaban con nosotros a causa de que estaban un poco agotados por la comida y tanto caminar cargados. Hay que ser muy idealista para aguantar esta vida que se lleva aquí casi siempre. Se come una sola vez al día y poco, porque hay que ahorrar mucho las provisiones, y también porque sólo se cocina de noche. Este domingo será recordado por todo el que estuvo en la Sierra Maestra por la despedida de los dos americanos, Víctor [Buehlman] y Maik [Michael Garvey], y también del periodista Bob. Los despedimos cantando el Himno Nacional y con unos aplausos, el periodista se fue llorando.

Nano se equivoca al asentar en su diario la salida junto con Taber de Marcelo Fernández, uno de los combatientes clandestinos que había acompañado al periodista desde La Habana. Marcelo permanecerá aún varios días más con la columna guerrillera.

Por su parte, *Pedrin* Sotto asienta:

Se fue el periodista, le dimos aplausos y cantamos el himno y se le salieron las lágrimas. Continuamos camino. Se mandó a un señor a seguir a Restituto que se había escapado. Llegamos a unas casas donde dijeron que cocináramos, cocinamos congrí con frituras de bacalao y malanga. Cuando llegó Víctor nos dimos un abrazo.

El Víctor a que se refiere *Pedrin* Sotto es *Vitico* Boronat, el manzanillero que había quedado aguardando el aviso de incorporarse junto con el otro periodista norteamericano interesado en hacer un reportaje sobre la guerrilla rebelde, y que esa noche llegan finalmente al campamento. El grupo marcha desde hace cuatro días a la retaguardia de la columna. Después de la salida de Taber, Fidel los manda buscar.

El periodista resulta ser un fotógrafo y reportero no vinculado a ningún órgano de prensa. Su nombre es Andrew

Saint George, y dice ser de origen húngaro. En su conversación inicial con Fidel, acredita ser enviado de una revista norteamericana de dudoso prestigio llamada *Cavalier*, pero asegura tener acceso a otras publicaciones más importantes, como las revistas *Life* y *Look*. Afirma que hizo contacto por su cuenta con las organizaciones del Movimiento en los Estados Unidos, que le dieron los canales para conectarse con el aparato clandestino en Santiago de Cuba. Saint George irá refiriendo en los días siguientes, entre otras cosas, que durante la segunda guerra mundial y después trabajó en los servicios de inteligencia y contrainteligencia de los Estados Unidos.

Además de *Vitico* Boronat, quien durante todos estos días ha estado cargando la pesada grabadora del periodista, se incorpora también ese día el joven bayamés Alberto Saumell, de sólo 15 años y sobrino del ex representante a la Cámara *Beto* Saumell. Boronat ha perdido su calzado en la marcha y trae un pedazo de manta enrollado en uno de sus pies. El combatiente es situado en la escuadra de la comandancia. Esa misma noche, Fidel encomienda al campesino Santos Matamoros equipar a los nuevos ingresos de todo lo que necesitan en su pequeña tienda, donde la tropa se provee también de comida y otras mercancías. El jefe rebelde conversa con los recién llegados hasta la madrugada.

Con los movimientos de altas y bajas en la tropa que se han producido en los últimos días, la columna rebelde cuenta en este momento con un total de 95 combatientes.

Durante la tarde el destacamento ha establecido el nuevo campamento cerca de las casas de la familia Matamoros, en El Hombrito. Fidel, Celia, Haydée y el resto del estado mayor se han instalado en la vivienda de Elidio Matamoros, mientras el pelotón de Raúl y otras escuadras se distribuyen en la de Pedro Matamoros y en sus alrededores.

Los combatientes han comenzado enseguida a cocinar en estas y otras casas.

Nano Díaz comenta significativamente: “En este barrio todos los campesinos simpatizaron con nosotros”.

Al oscurecer, se sienten exclamaciones de alegría en el campamento guerrillero. Por fin ha aparecido Che, extraviado hace tres días. El propio combatiente narra así su reincorporación:

Bajé temprano pero tuve que ir esquivando casas. Al final llegué enfrente al camino real y allí me quedé varias horas en un rancho abandonado, esperando la noche para remontar el río e ir a la casa de donde había salido la noche de la pérdida. El dueño de la estancia fue a buscar unas viandas y me vio, por lo que le salí al encuentro, pidiéndole de comer. Al principio el viejo no sabía nada de nada, pero después se desdobló. Acertaron a pasar por el camino real dos muchachos, uno de los cuales, llamado Reinaldo, iba a unirse a nosotros. Me le agregué e iniciamos el camino a encontrarnos “por la libre” por pleno camino real. El guía me contó que me habían buscado detenidamente por la zona.

Al anochecer llegamos al campamento donde estaba el nuevo periodista norteamericano detenido en la retaguardia.

La gente me recibió con un aplauso espontáneo. Al llegar me encontré con que Bob [Taber] se acababa de ir. El recibimiento de todos fue afectuoso. Me contaron que habían liquidado un chivato llamado Nápoles y puesto en libertad a otros dos que no eran tan culpables. La gente anda por la libre. Quedamos hasta altas horas de la noche conversando y cocinando.

TERCERA PARTE

LA GUERRILLA SE VISTE DE YAREY

6 - 19 de mayo de 1957



Fidel, al centro, junto a Raúl, Juan Almeida, Ramiro Valdés y Ciro Redondo. La foto parece corresponder a los primeros días de mayo de 1957.

LUNES 6 DE MAYO DE 1957

Aún no clarea el día cuando la columna rebelde al mando de Fidel levanta el campamento establecido la tarde anterior en El Hombrito y sale de nuevo a camino. La acompañan como prácticos los hermanos Elidio y Pedro Matamoros. Los combatientes desechan a la izquierda el firme de la Maestra y avanzan en dirección al este por el camino real. Durante el trayecto, los sorprende la mañana. El destacamento hace un alto. *Nano* Díaz relata en su diario de campaña: “A las 4 nos pusimos en marcha, pasando por el barrio Hombrito. Tuvimos un descanso a la orilla de un arroyito. Allí mi escuadra hizo presos como a cuatro campesinos que fueron interrogados y puestos en libertad”.

Se reanuda la marcha por el valle del Hombrito, donde varios meses después instalará Che la primera comandancia de su propia columna. A la derecha, hacia el sur, la gruesa mole del alto de Conrado se prolonga hasta fundirse con la cresta más elevada y redonda de la loma que todos en la zona conocen con el nombre de la Puntona. A la izquierda el firme de la Maestra se arquea entre los dos picos que por su forma peculiar dan nombre al lugar, pues vistos desde el llano semejan los hombros y la espalda de un gigante. Sobre uno de esos picos, el más alto, ordenará Che en diciembre colocar una gigantesca bandera del 26 de Julio.

Cerca de las 6:00 de la mañana, Fidel despide a los guías. Comienza a lloviznar y la vanguardia se encamina a la casa del campesino Jesús Verdecia y su esposa Ponciana Pérez, conocida por Chana, cerca del camino.

La familia campesina recién se ha levantado y por las hendiduras entre las rústicas tablas de palma de las paredes ve acercarse a los inusuales visitantes. Chana manda a sus hijas preparar café, mientras toma una palangana y comienza a tender en el patio alguna ropa mojada, para observar mejor. Poco después advierte que por el camino se adelanta un rebelde alto que carga una pesada mochila, acompañado de

dos mujeres. Luego de saludar a la campesina, Fidel le pide que lo deje acampar en la casa con Celia y Haydée, a lo que Chana accede. Pero cuando la mujer se vuelve y entra en su vivienda casi no puede caminar, pues ya los combatientes han ocupado todo el reducido espacio, tendidos por doquier. Le piden el fogón para cocinar. Chana se ve obligada a trasladar algunos alimentos para la casa de su cuñado José Verdecia, a sólo unos metros, para que allí también cocine otra parte de la tropa rebelde.

El grueso de los pelotones acampa en el cafetal cercano a la casa. Los combatientes se resguardan de la pertinaz y fría llovizna con sus cobijas de nylon. Algunos juntan candela y comienzan también a cocinar.

Fidel conversa con la dueña de la casa. Conoce divertido que la noche anterior Chana había encendido velas y rezado a los santos para que los rebeldes no pasaran por su casa, pues había escuchado rumores de que los mau-mau —como los llama el enemigo con intención despectiva— venían ahorcando gente y cometiendo todo tipo de atrocidades con los hombres y las mujeres.

Al conocerse la presencia de los rebeldes en el lugar, no transcurre mucho tiempo antes de que comiencen a llegar a la casa de Chana grupos de vecinos deseosos de conocer a Fidel y los demás combatientes. El jefe guerrillero conversa con todos. Muchos de ellos plantean su disposición a incorporarse a la tropa.

Che anota ese día en su diario: “Antes del amanecer emprendimos la marcha por camino real pero nos tomó el día y toda la gente salía a vernos y enseguida proponían unirse a nosotros”.

Nano Díaz, por su parte, prosigue relatando:

Seguimos la marcha y empezó a llover y acampamos en una estancia donde la familia nos trató muy bien. Allí fueron todos los campesinos de la zona a vernos, de los cuales se quisieron unir como diez hombres. Ya nosotros andamos por la libre aquí en la Sierra

Maestra. Recibimos ayuda de casi todos los campesinos. Ellos nos informan de todo y nos sirven de mensajeros. Toda la Sierra está poblada.

Ese día en El Hombrito se pone particularmente de manifiesto el fenómeno que desde el mes anterior ha comenzado a ser materia casi cotidiana en la guerrilla: el movimiento cada vez más nutrido de incorporación campesina a la fuerza rebelde. Ya para finales de marzo, a nadie cabe duda de que la fuerza guerrillera de Fidel ha demostrado sus posibilidades de lucha y su capacidad para la supervivencia en las condiciones más difíciles. Las acciones victoriosas de La Plata y los Llanos del Infierno, en el mes de enero, habían evidenciado con creces que la guerrilla era una fuerza combatiente capaz de infligir al enemigo golpes concretos. Al mismo tiempo, la capacidad de Fidel de burlar la persecución y los cercos de las primeras semanas —a pesar de la poderosa movilización militar y la truculenta propaganda del enemigo, y de la existencia de un traidor dentro de las propias filas rebeldes—, demostró la flexibilidad de las tácticas guerrilleras y contribuyó a que comenzara a formarse en la Sierra el aura de invencibilidad que acompañó hasta el final de la guerra a Fidel y los rebeldes.

Por los días en que se produce el encuentro con el refuerzo del llano en La Derecha de la Caridad, ya todo el campesinado de esa parte de la montaña, que siempre demostró una capacidad asombrosa para la trasmisión de informaciones teniendo en cuenta las dificultades de la comunicación, sabía no sólo que Fidel estaba vivo y aún en pie de lucha, sino que el ejército enemigo era incapaz de agarrarlo o destruirlo. Y esto era particularmente cierto en el caso de los pobladores de las zonas al oeste de Caracas y entre esta loma y el Turquino.

En cuanto al resto del país, el golpe que vino a remachar esa certeza fue la publicación a finales de febrero de la entrevista sostenida por Fidel con el periodista norteamericano Herbert Matthews, y las torpes desmentidas que siguieron

por parte de los voceros de la dictadura acerca de la continuación de la lucha guerrillera en las montañas orientales. Pero el campesino de la Sierra Maestra no necesitó de Matthews para comprender que Fidel había logrado penetrar en el secreto de cómo sostenerse en esas mismas montañas que a él servían de refugio y de sustento. Y desde ese mismo momento, independientemente de cualquier grado de conciencia social o política individual, el campesino serrano estableció una corriente de simpatía y solidaridad con esos luchadores que estaban sabiendo sacar tan buen partido a su montaña, al medio difícil, agreste y hermoso que le servía de hogar y de sustento.

A ese mismo campesino, décadas y décadas de explotación y atropello por parte de las compañías latifundistas y sus agentes e instrumentos —mayorales y Guardia Rural—, lo habían convertido en opositor de clase de los explotadores y enemigo natural de esos agentes. Décadas y décadas de asesinatos, desalojos, planes de machete y todo tipo imaginable de abusos, habían infundido al campesino de la Sierra un odio acerbo contra el guardia, al mismo tiempo que un temor irracional a ese representante todopoderoso de la fuerza, capaz de cometer impunemente las más grandes fechorías y crímenes.

Por esta razón, Fidel y los rebeldes, que han demostrado cómo pueden vencer a los guardias y burlarse de ellos, despiertan en el campesino serrano una inmediata admiración. Ayudar a Fidel, servirle de enlace, ocultar sus movimientos, darle de comer, se convierte no en una obligación que puede imponerle la guerra, sino en un privilegio que reclama. De esta forma también él está venciendo y burlando a su enemigo de toda la vida, el mismo que fue tal vez enemigo de su padre y de su abuelo, y que hasta entonces lo ha humillado y agredido. Para los más osados, incorporarse a la tropa de Fidel, combatir contra los guardias con un arma en la mano, supone, más que el peligro de su propia vida, la forma más alta de defender su honor como hombre y como clase.

Pero, además, en tres meses de guerra ya este mismo campesino ha tenido noticias de los propósitos de lucha y la conducta del Ejército Rebelde. Se ha enterado de que Fidel y sus hombres vienen a luchar para que la tierra que trabaja sea de él, para que no haya mayores ni dueños que le quiten sus cosechas y le quemen su bohío, para que su familia tenga un médico, para que sus hijos tengan una escuela. El que se lo ha oído decir a Fidel en las tantas veces en que éste lo ha dicho y lo seguirá diciendo cada vez que tenga un auditorio campesino, ha quedado impresionado por la convicción y la sinceridad de sus palabras, y se lo ha contado a sus vecinos y parientes, y éstos a los suyos, y así hasta el último rincón de la montaña ha corrido la noticia de que esta gente ha venido a luchar por lo que ellos mismos hubieran ya luchado o en ocasiones han luchado.

Y de la misma manera el campesino serrano ha presenciado o le han contado también que Fidel y los rebeldes no cometen despojos ni atropellos, que respetan a las mujeres, que pagan lo que toman o piden para su subsistencia, que auxilian a los enfermos, que no roban, maltratan ni asesinan. El poblador de la Sierra se siente inevitablemente impresionado al comparar esa conducta con la de su enemigo, que nunca ha hecho más que lo contrario.

Ocurre que en los primeros meses de la guerra ese mismo enemigo común ha golpeado con más fuerza que nunca al campesino indefenso. Se han sucedido, con mucha más frecuencia y un grado mayor de crueldad, los asesinatos y atropellos. Casos como el de los ahogados en El Macho en enero, la violación de mujeres en presencia de sus maridos o sus padres, los hombres ahorcados o quemados vivos, han sacudido la sensibilidad de los pobladores de grandes zonas de la montaña. El desalojo forzado y el bombardeo de sus casas han llevado el odio del campesino serrano hasta un punto nunca antes alcanzado, y han contribuido a avivar la atmósfera insurreccional ya encendida en la Sierra por la presencia misma de la tropa guerrillera.

A todo esto hay que añadir, finalmente, la constatación a partir de los días finales de marzo de que los hombres que siguen a Fidel no suman un puñado, sino todo un pequeño ejército. Con la innata tendencia criolla a la exageración, el campesino que ve desfilar ante sus ojos, durante veinte minutos, a esta columna de más de 90 combatientes, que parece brotar del monte en hilera inacabable, muy pronto los ha convertido en 200 o en 500. Condicionado de antemano por toda la suma de factores subjetivos y objetivos a que se ha hecho referencia, la seguridad que le confiere el simple número le hace perder el último gramo de vacilación que aún pudiera quedarle y pedir su incorporación a esta tropa para él invencible.

En sus memorias de la guerra, Che supo resumir de manera elocuente este proceso de identificación progresiva y recíproca entre el campesinado y la guerrilla, que cobra definitivo impulso en estos tres meses anteriores al combate del Uvero:

Pese a un campesinado aterrorizado, a lo más neutral, inseguro, que elegía, como método para sortear la gran disyuntiva, el abandonar la Sierra, nuestro ejército fue asentándose cada vez más, haciéndose más dueño del terreno y logrando el control absoluto de una zona de la Maestra que llegaba más allá del pico Turquino hacia el este y hasta las inmediaciones del pico denominado Caracas en el oeste. Poco a poco, cuando los campesinos vieron lo indestructible de la guerrilla y lo largo que lucía el proceso de lucha, fueron reaccionando en la forma más lógica e incorporándose a nuestro ejército como combatientes. Desde ese momento, no sólo nutrieron nuestras filas, sino que además se agruparon a nuestro lado, el ejército guerrillero se asentó fuertemente en la tierra, dada la característica de los campesinos de tener parientes en toda la zona. Esto es lo que llamamos vestir de yarey a la guerrilla.

Son sin duda este factor de la identificación de la guerrilla con el medio social de la Sierra Maestra, junto a la asimilación cabal del medio físico de la montaña y su aprovechamiento en función de la propia lucha, dos de las claves estratégicas fundamentales de la victoria final del Ejército Rebelde.

A estas alturas es evidente que los objetivos perseguidos por Fidel con las grandes caminatas de las últimas semanas, se han cumplido: los guerrilleros más nuevos han adquirido el temple necesario para una lucha que es preciso desarrollar en condiciones tan difíciles, se está extendiendo el imprescindible conocimiento del terreno y se está consolidando la esencial relación entre el guerrillero y el campesino serrano. En otro lugar escribe también Che, refiriéndose a estos primeros días de mayo:

Nosotros seguimos nuestro lento camino por la cresta de la Maestra o sus laderas; haciendo contactos, explorando nuevas regiones y difundiendo la llama revolucionaria y la leyenda de nuestra tropa de barbudos por otras regiones de la Sierra. El nuevo espíritu se comunicaba a la Maestra. Los campesinos venían sin tanto temor a saludarnos y nosotros no temíamos la presencia campesina, puesto que nuestra fuerza relativa había aumentado considerablemente y nos sentíamos más seguros contra cualquier sorpresa del ejército batistiano y más amigos de nuestros guajiros.

Como se ha visto, el rasgo casi cotidiano de todo este período de las grandes caminatas es y será, en efecto, la presentación en el campamento rebelde de campesinos que, de manera individual o en pequeños grupos, solicitan su incorporación a la tropa guerrillera. A todos Fidel los recibe de la misma forma. Primero los interroga extensamente acerca de su procedencia y sus motivos para alzarse, y trata de verificar, de ser posible, sus declaraciones. Se trata de una medida elemental para descubrir cualquier posible espía o

asesino. Si el presunto recluta pasa este primer examen, Fidel trata de desanimarlo pintando un cuadro dramático —no muy alejado de la realidad— de las condiciones de la vida en la guerrilla: el hambre, la falta de armas, las caminatas, la intemperie, la muerte. Los que pasan este segundo escollo y mantienen su decisión son entonces, muchas veces, sometidos a una prueba final. Se les acepta provisionalmente para ver cómo se conducen, o se les confía alguna misión riesgosa: buscar un arma, traer provisiones o algo similar.

Muchos no pasan estas pruebas. Algunos salen en misión y no regresan, los hay que piden su baja a los pocos días, otros son licenciados al comprobar que no dan la talla guerrillera. Sin embargo, a pesar de este constante reflujo, a finales de mayo, en Uvero, la presencia campesina en la guerrilla habrá superado por primera vez, en términos numéricos, a la otra fuente de crecimiento de la tropa que hasta ahora ha llevado el peso fundamental, a saber, el aporte de los militantes revolucionarios del llano. La experiencia posterior de la guerra probará que el Ejército Rebelde tuvo cada vez más solidez en la medida en que se nutrió progresiva y preferentemente del campesinado de la Sierra, es decir, en la medida en que la correlación entre las dos fuentes de crecimiento de la tropa se siguió alterando en favor de la incorporación campesina.

Esa mañana en El Hombrito, entre los que acuden a la casa de Chana están los campesinos Ramón Castellanos e Inocencio Cutiño, quienes conversan largamente con Fidel sobre los propósitos de la revolución en marcha, y entre los que solicitan incorporarse están futuros combatientes como Anselmo Vega y otros que no permanecerán primero mucho tiempo en la tropa pero se reincorporarán después, como Miguel Espinosa, Germán Mancio o Rubén Aguilera.

Pero ese día solamente es el joven campesino Salustiano de la Cruz Enríquez, conocido por Crucito, quien insiste con tanta vehemencia que logra vencer la negativa inicial del jefe rebelde a ser aceptado por la escasez de medios de guerra. Pronto Crucito, a quien Fidel envía a su casa en el alto de

Conrado en busca de una hamaca y otros utensilios necesarios, será un personaje popular en la guerrilla por su fresca veta de decimista popular. Él mismo narra así en una de sus décimas guerrilleras, verdadero diario rimado de campaña de este combatiente, las circunstancias de su incorporación: “Cuando la tropa llegó a la zona del Hombrito, allí fue donde Crucito a Fidel se presentó. En el momento [él] trató de unirse a la campaña; a Fidel esto le extraña: que sólo un voluntario se haga revolucionario en medio de la montaña”.



Fidel en El Hombrito ante la columna guerrillera formada, en mayo de 1957. Al centro se aprecia al Che, lo sigue a la derecha Manuel Fajardo y Juan Almeida. Foto tomada por el periodista Andrew Saint George durante su primera visita a la Sierra.

Che aprovecha la estancia en el lugar para seguir cumpliendo con sus deberes como médico. Como ha hecho en cada caserío a donde llega la columna, acude a realizar sus consultas a las viviendas campesinas en las que hay enfermos, niños o ancianos. Esa mañana, la propia Chana lo lleva hasta la casa de Inocencio Cutiño, quien tiene un primo enfermo. Para llegar al lugar es necesario subir una empinada cuesta. El camino se hace difícil y lento para Che. Al arribar

a la mísera vivienda descubre que ya aguardan por él un numeroso grupo de mujeres prematuramente avejentadas, sin dientes, y una recua de niños con vientres hinchados o con síntomas evidentes de raquitismo.

Sus casos clínicos no presentan entre sí mucha diferencia. Parasitismo, desnutrición, son varios de los denominadores comunes. Una niña que observa con atención las consultas en la única pieza del bohío, cuando le toca el turno a su madre le dice al oído:

—Mamá, este doctor a todas les dice lo mismo.

Che no dispone de muchos medicamentos. Al concluir las consultas, regresa a casa de Chana y allí hace una lista de las medicinas necesarias, que se entrega con algún dinero al campesino Leónido Torres para que salga a buscarlas. El combatiente narra en su diario:

Paramos en una casita, en el lugar denominado la Uvita y allí di consulta a un sinnúmero de mujeres y niños. Casi todos presentan síntomas de avitaminosis B. Receté más o menos lo mismo y se le dio el dinero a un hombre para que comprara todos los medicamentos.

A propósito de estos contactos con la población de la montaña en su función de médico, Che escribe en sus memorias de la guerra:

Allí, en aquellos trabajos empezaba a hacerse carne en nosotros la conciencia de la necesidad de un cambio definitivo en la vida del pueblo. La idea de la reforma agraria se hizo nítida y la comunión con el pueblo dejó de ser teoría para convertirse en parte definitiva de nuestro ser. La guerrilla y el campesinado se iban fundiendo en una sola masa, sin que nadie pueda decir en qué momento del largo camino se produjo, en qué momento se hizo íntimamente verídico lo proclamado y fuimos parte del campesinado.

Los rebeldes, mientras tanto, pasan una agradable mañana, comiendo y tomando café en la casa de Chana. Un campesino ha traído una guitarra, y algunos, entre ellos el combatiente Manuel García, cantan guarachas, montunos y corridos mexicanos. El periodista Andrew Saint George, que acompaña a la tropa desde el día anterior, toma decenas de fotos en el secadero de café contiguo a la casa o junto a un corral donde hay dos burritas encerradas. *Nano* Díaz apunta: “Nos pasamos toda la mañana como si estuviéramos de fiesta; cantamos y el periodista que llegó ayer, es húngaro, grabó algunas canciones que cantábamos, también grabó el Himno Nacional y el Himno del 26 de Julio”.

Cerca de las 11:00 de la mañana regresan Luis Peña y Reinaldo Mora, que han conducido al combatiente Alberto Vázquez, herido accidentalmente varios días antes, hasta Cayo Espino. Al regreso han pasado por la casa de Ramón Corría, el Colorao de los cabezos de La Plata, donde se les han unido los campesinos Rigoberto Oliva e Iraldo y Teobaldo Mora, quienes vienen también a incorporarse. Traen consigo, además, algunos paquetes enviados de Manzanillo con medicinas, mochilas, hamacas y otras provisiones que han recogido en Purial de Jibacoa. *Nano* Díaz menciona el hecho en su diario: “Como a las 11 a.m. llegaron de Manzanillo algunos paquetes con hamacas, mochilas, Alcaseltser, medicinas, etcétera”.

Por la tarde siguen llegando a la casa numerosos pobladores de la zona. Entre ellos acude Conrado Enríquez, quien ha sido informado por su hermano Crucito de la presencia de los rebeldes en El Hombrito y viene acompañado por otro vecino, Fidencio Santana, para conocer a Fidel y brindarle su ayuda. Conrado es militante del Partido Socialista Popular y dirigente de varias asociaciones campesinas en la región. Al presentarse al jefe rebelde, Conrado Enríquez, sin identificarse aún como militante comunista, le dice:

—Me alegro infinitamente poder conocer a la persona que sin tener prácticamente la necesidad, a no ser la necesidad concienzuda de su espíritu revolucionario, se haya dedicado a una lucha tan gigante como ésta, y a la vez lamento no poder incorporarme desde este mismo momento a su tropa porque hay causas ajenas a mi voluntad que me lo impiden.

—No se preocupe —le responde Fidel—, usted nos va a ser mucho más útil desde fuera que desde dentro de la tropa.

Por entonces, el PSP no había orientado aún a sus militantes la incorporación activa en la insurrección, aunque podían prestar a la guerrilla la colaboración que les fuere solicitada. Conocedor de los vínculos de Raúl Castro con la Juventud Socialista, Conrado Enríquez pregunta por él, se le acerca y le extiende un paquete: “—Mire, compañero, si le agrada esta prensa, yo se la regalo”.

Son varios números del periódico *Carta Semanal*, el órgano clandestino del Partido. Raúl se sorprende agradablemente y abraza al campesino.

A media tarde, Fidel da la orden de levantar el campamento. Pero antes anuncia el ascenso de Guillermo García al grado de capitán y le entrega el mando de un pelotón integrado por los campesinos de más reciente ingreso. Designa igualmente como jefes de escuadra a Luis Peña Mora, Rigoberto Oliva y Efigenio Reyes, otro de los nuevos incorporados. Che anota en su diario: “Antes de partir de la primera casa Fidel procedió a ascender a Capitán a Guillermo García y ponerle bajo sus órdenes a todos los guajiros ingresados”.

Nano Díaz relata:

Salimos de la casa donde habíamos pasado tan buena mañana, como a las 4 de la tarde. El pelotón consta de 29 hombres. La mayoría son campesinos. Entre ellos se encuentra el hijo del ex representante Beto Saumell, que tenía no más de 16 años [Alberto Saumell].

La columna emprende el fatigoso ascenso del alto de Conrado, así llamado porque en su firme ha levantado Conrado Enríquez su vivienda. En un momento de descanso de la columna durante el trayecto, Conrado y Fidencio Santana aprovechan para conversar de nuevo con Fidel sobre los propósitos de la lucha y las medidas que adoptaría el movimiento insurreccional en caso de triunfar. El jefe rebelde explica las proyecciones sociales de la revolución en marcha, habla de la reforma agraria y de otras necesarias transformaciones de la sociedad cubana. La militancia comunista de Conrado, ya percibida por Fidel por el carácter de las preguntas del campesino, queda finalmente de manifiesto. Al cabo de un rato la conversación se interrumpe pues es preciso continuar camino.

Oscureciendo llega la columna al alto y a la casa de Conrado. Fidel observa desde este punto privilegiado todos los alrededores. Hacia el norte y el nordeste, el firme de la Maestra se prolonga desde los picos del Hombrito hacia el alto de Escudero y, más allá, la zona de Pico Verde. Hacia el sureste y el sur, el pico de la Botella y, a su pie, la zona de La Mesa se funden en otras cadenas verdeazules que van disolviéndose hasta el mar, cuyos reflejos se adivinan a lo lejos. La montaña es más cerrada en esta parte de la Sierra.

El jefe rebelde decide acampar esa noche allí. Los pelotones se reparten alrededor de la vivienda y las escuadras comienzan a juntar candela para cocinar. Llegan más vecinos de la zona, entre otros Inocencio Guerrero. Después de comer y dejar dispuestas las postas, los combatientes se enroscan en sus hamacas para pasar la noche.

Cuando todos duermen excepto las postas, Raúl Castro llama aparte al dueño de la casa. Sentados bajo las estrellas en un potrero a varias decenas de metros más abajo de la vivienda, el capitán rebelde, a quien han acompañado Che y Universo Sánchez, hace a Conrado un relato minucioso de los hechos de la guerrilla desde el desembarco cerca de la playa de Las Coloradas, los primeros combates, las dispersiones, las últimas semanas de consolidación definitiva. En

esta conversación se acuerda que, después de la partida de la columna guerrillera, el campesino salga hacia las Minas de Bueycito para hacer contacto con el aparato clandestino del PSP a fin de hacer conocer a la dirección del Partido la situación real del destacamento y la conveniencia de que envíen un emisario para coordinar las posibilidades de cooperación.

Che anota simplemente al final de sus apuntes de ese día: “Partimos al atardecer y fuimos a parar a otra casita donde dormimos”.

MARTES 7 DE MAYO

Mucho antes del amanecer, los combatientes están en pie y pronto reemprenden la marcha. A partir del lugar donde han pasado la noche, hacia el este, comienza una vasta zona de la Sierra Maestra donde se ha desarrollado la explotación maderera. Hay caminos abiertos en la montaña para el tránsito de los camiones que extraen la madera, algunos aserriós y, por tanto, si se camina de día, la probabilidad de que el paso de la columna sea advertido por personas que no son pobladores permanentes de la Sierra. Por otra parte, los caminos pueden ser utilizados por los guardias para patrullar más fácilmente esta zona.

El destacamento asciende la pendiente ladera de la Puntona y por la falda norte de la loma sigue avanzando en dirección al alto de Escudero, de nuevo en el firme de la Maestra. Al poco rato la vanguardia alcanza el camino que sube desde Pico Verde, y se detiene a la orilla del monte. *Nano* Díaz anota en su diario:

A las 4 1/2 estábamos levantados y con todo recogido. Como a las 5 nos pusimos en marcha. De nuevo subiendo empinadas montañas. A las 5 1/2 tuvimos que salirnos del camino, porque delante había una

carretera que transitaban camiones. Enseguida se mandó una patrulla a explorar.

Conrado Enríquez alcanza a la tropa. Trae consigo a Gello Argelís, quien días atrás había sido enviado en persecución de un presunto espía llamado Restituto que marchó en calidad de detenido varias jornadas con la columna antes de lograr escapar en un descuido de sus custodios. Gello informa no haber podido capturar al prófugo.

Los exploradores reportan que no hay peligro, y la tropa prosigue avanzando, ahora en dirección al firme y a la casa de Manuel Escudero, en el alto de su nombre. El campesino recibe hospitalario a los rebeldes. Fidel decide acampar unas horas en el lugar. Escudero se ofrece para acompañar al jefe guerrillero a cazar una jutía, que la mujer de la casa prepara de inmediato.

Fidel conversa con la familia la posibilidad de bajar hasta Santiago de Cuba a Haydée Santamaría, quien está agotada y desde los últimos días sufre de un fuerte ataque de asma. Escudero se compromete a cumplir la misión con toda la seguridad para la valiosa combatiente. Al despedirse de Haydée, Fidel le da indicaciones precisas para el Movimiento en Santiago con relación al traslado de las armas que deben subir desde esa ciudad en los próximos días. En cuanto a Celia, quien ha soportado sin dificultad los rigores de la vida guerrillera, Fidel accede complacido a su petición de permanecer unos días más con la tropa, pues por el momento no hay asuntos de urgencia que atender en Manzanillo. De los que habían subido del llano con el periodista Bob Taber a finales de abril, también Marcelo Fernández ha manifestado su interés en seguir con la guerrilla como combatiente.

Che escribe ese día:

Al amanecer partimos con la intención de que nadie nos viera, cosa muy difícil de lograr pues había varias casas. Finalmente nos encontramos con gente bastante buena que nos mostró el lugar donde se podían matar jutías y Fidel logró una. Esa gente

podían sacar a Haydée que ya estaba muy cansada y un poco asmática. Allí le dio un ataque de paludismo a un muchacho de la escuadra de Guillermo [Domínguez], el fotógrafo, y hubo que dejarlo en la casa.

En efecto, poco después del mediodía llega al estado mayor la noticia de que el combatiente Rey Pérez Ramos tiene una fuerte crisis palúdica, y se decide dejarlo en la casa al cuidado de la familia de Escudero. *Nano* Díaz anota al respecto: “Como a las 3 de la tarde, al compañero Rey Pérez, que anteriormente perteneciera a mi escuadra, le dio paludismo y temblaba como una hoja. En esta loma hacía un frío terrible”.

Poco después, el destacamento guerrillero parte de nuevo. Desde el amanecer Crucito, criado en la zona y buen conocedor de todos sus rincones, marcha con la vanguardia como práctico. En esta parte de la montaña predominan los pinares, posiblemente los más antiguos, extensos y hermosos de toda la Sierra. Hay árboles de más de 15 ó 20 metros de altura y troncos tan gruesos que no pueden ser abrazados por dos hombres. Los combatientes caminan sobre espesos colchones de pardas agujas secas. A veces los pies se hunden casi hasta las rodillas. El frío y la humedad calan los huesos doloridos.

Nano Díaz escribe: “Aquí en esta zona escasea el agua, y no hay estancias donde comprar viandas. Esta zona está muy poblada y se sienten algunos aserríos y camiones. [...] Aquí hace frío como si fuera en invierno y llueve casi todos los días”.

Al atardecer la columna hace un alto bajo los pinos, a la orilla de una aguada que brota cerca del firme, para que los combatientes coman algunas de las laterías que llevan en sus mochilas. De nuevo la vanguardia sale con Crucito a explorar. Fidel ha decidido acercarse al aserrío de Pico Verde.

A eso de las 7:30 de la tarde, el destacamento se mueve otra vez. Cuando los combatientes llevan una media hora de camino, alcanza a la columna Ignacio Pérez, el hijo de

Crescencio, quien viene acompañado de varios campesinos, entre ellos Emilio Cabrera y Ricardo Sotomayor. Ignacio, separado de la tropa desde el 5 de febrero, informa a Fidel que Crescencio Pérez marcha detrás con un grupo de 18 hombres que vienen a incorporarse. Ignacio Pérez se queda y es ubicado por el jefe rebelde en la escuadra de vanguardia, donde ya está su hermano Sergio. Los demás que han llegado con él regresan atrás a avisar a Crescencio la localización del destacamento.

Cerca de la medianoche, el destacamento guerrillero llega al pie del aserrío de Pico Verde, en ese momento solitario, y se decide acampar allí. Che concluye sus anotaciones de ese día: “Seguimos caminando hasta bien entrada la noche, descansando entonces”.

MIÉRCOLES 8 DE MAYO

El destacamento guerrillero continúa acampado en Pico Verde. Toda la mañana los combatientes descansan.

Al mediodía, la radio da la preocupante información de que Carlos Iglesias, conocido por Nicaragua, ha sido detenido en La Habana, aunque realmente el combatiente clandestino había sido hecho prisionero en Santiago de Cuba. Nicaragua había bajado de la Sierra dos semanas atrás con la misión de ultimar los preparativos para el envío de las armas. La noticia provoca en Fidel una gran contrariedad, pero el jefe guerrillero decide continuar no obstante con el plan previsto y confirmado al Movimiento con Haydée Santamaría, y seguir avanzando, por tanto, en dirección al punto acordado para el recibo del cargamento.

Fidel dispone que Luis Peña parta inmediatamente hacia Santiago con un mensaje urgente para Haydée en el que se informaba de esta decisión y se solicitaban noticias sobre la situación de las armas. El útil enlace baja esa tarde hasta San Pablo de Yao, y a la mañana siguiente sigue viaje a

Bayamo y Santiago, adonde llega al mediodía y poco después hace contacto con Haydée.

A las 4:00 de la tarde, la columna rebelde prosigue la marcha. Después de alcanzar de nuevo el firme de la Maestra, los combatientes avanzan hacia el este. Al sur del parteaguas, por donde ha sido abierto un ancho camino maderero, van dejando atrás los barrios de La Uvita Vieja y El Zapato. Pero al atardecer comienza a llover con fuerza. Cerca de las 6:00 se decide acampar junto al mismo camino. El lugar es conocido por Soledad. Esa noche las escuadras no pueden cocinar por el agua.

La anotación completa de Che correspondiente a esta jornada dice así:

Nos levantamos tarde y reposamos parte del día iniciando la marcha por la tarde con una terrible noticia: Nicaragua, el encargado de llevar las armas, había sido apresado en La Habana. Caminamos poco debido a la lluvia y descansamos un poco lejos de nuestro destino.

JUEVES 9 DE MAYO

La columna guerrillera se moviliza temprano y prosigue la marcha por el mismo lomo de la Maestra en dirección al este. Continúa escaseando el agua, y en el firme, como es habitual, no es fácil encontrarla.

Cerca de las 10:00 de la mañana la vanguardia alcanza una hondonada en la que alguien ha abierto un pequeño claro en el monte. Al borde de la tumba, casi en el mismo firme, se levanta la estructura y el techo de zinc de una casa a medio construir. No hay nadie por los alrededores. El lugar está a menos de 3 kilómetros de Pino del Agua, más hacia el este por el firme.

Fidel tiene la intención de continuar la marcha ininterrumpidamente hasta el lugar conocido como Loma del

Burro, cerca de Guisa, que es el punto que había sido acordado con Nicaragua para recibir las armas esa misma noche. La caminata es larga, unos 15 kilómetros de ida y otros tantos de vuelta, y es conveniente no sólo aligerar el peso que lleva cada cual sobre sus hombros, sino dejar espacio para el parque que deberán traer de regreso, en caso de que el cargamento prometido los esté esperando. Por eso el jefe rebelde ordena a los combatientes vaciar sus mochilas bajo el techo del rancho, dejando en ellas solamente lo imprescindible para la larga y fatigosa jornada que les espera.

En el campamento de la casita de zinc quedan el periodista Andrew Saint George y algunos enfermos, a cargo del teniente Enrique Ermus, quien recibe además la encomienda de estar al tanto de la llegada de Crescencio Pérez y el grupo que anda con él e indicarles que esperen allí el regreso de la tropa.

Muy pronto la columna se pone nuevamente en marcha. Siguen avanzando por el firme de la Maestra, y unos 1.500 metros más adelante coronan un alto al que en la zona dan el nombre de la Siberia, el mismo que recibe también otro firme varios kilómetros al sureste por el que la guerrilla se moverá más adelante. De esta primera Siberia se desprende hacia el norte el estribo que, según las indicaciones de los conocedores de la zona, los ha de llevar directamente hasta Loma del Burro, el caserío situado al pie de la elevación del mismo nombre.

Che narra en su diario: “Comenzamos a caminar de mañanita y pronto llegamos a un techado de zinc donde dejamos todo el peso y partimos, la mochila casi vacía: un nylon y algo de comer. Quedaron el periodista y varios enfermos con él”.

Por su parte, *Nano* Díaz apunta:

En esta zona hay que andar con mucho cuidado, porque no se había estado por aquí antes, y no sabemos si los campesinos simpatizan con nosotros. Como a las 10 de la mañana llegamos a un bohío

abandonado donde dejamos todo lo que llevábamos en las mochilas, menos algo de comer y los nylons por si llueve.

Comienzan a bajar por el estribo. A la media hora de camino la escuadra de vanguardia se detiene al borde de un gran limpio, y dos de sus integrantes salen a explorar. Cerca del mediodía la escuadra de retaguardia avisa que ha sido detenido un individuo sospechoso. Ante Fidel es conducido un hombre vestido de guayabera, de mediana estatura, robusto, de tez blanca, pecoso, de unos 45 años de edad. Venía por el camino montado en un magnífico caballo alazán. Interrogado por Fidel, se identifica como Pascual Aldana, cabo del ejército, y afirma haber salido de Pino del Agua a establecer contacto con un pelotón de guardias que había pasado dos días antes por la zona y ha quedado disperso.

Algunos combatientes reconocen al cabo Aldana como autor de varios crímenes y numerosas tropelías, y proponen ajusticiarlo de inmediato, pero el jefe rebelde ordena a Ramón Fiallo y Julio Guerrero que lleven al detenido al campamento donde han dejado las cosas. Fidel advierte claramente al prisionero que cualquier intento de fuga le costará la vida. Che anota:

Seguimos nuestra marcha rápidamente hasta dar con un claro donde [Víctor] Mora e Ignacio Pérez fueron a explorar. En el interín fue capturado un cabo del ejército que venía a caballo como enlace del ejército con un pelotón que se había quedado rezagado. El pelotón había pasado por el mismo firme hacía dos días.

Por su parte, *Nano* Díaz escribe: “A las 12 la retaguardia capturó un cabo del ejército, que venía a caballo y vestido de paisano. Enseguida Fidel lo interrogó y lo mandó con dos escoltas al bohío donde habíamos dejado los cheles de la mochila”.

Entretanto, otros tres combatientes han sido enviados también de exploración. Víctor Mora e Ignacio Pérez regresan

con un muchacho campesino que da algunas informaciones. Fidel ordena ahora a Reinaldo Mora que tome el caballo ocupado al prisionero y parta a avisar a quien pueda estar esperando en Loma del Burro de la llegada inminente del destacamento, y de paso verifique la distancia a que se encuentra el lugar.

La tropa rebelde reemprende la marcha. El camino va bajando a lo largo de todo el filo del estribo, casi siempre por dentro del monte. La caminata no es difícil cuesta abajo, a la sombra y con sólo el arma y casi ninguna carga. A media tarde, el destacamento se detiene de nuevo a la entrada de otro gran limpio en el firme. Mientras Fidel espera por el regreso de Reinaldo Mora, escucha las noticias del día por el radio. Entre otras informaciones, se da cuenta de que la tarde anterior han regresado a la base naval de Guantánamo los jóvenes norteamericanos Michael Garvey y Victor Buelhman, quienes habían bajado cuatro días antes con el periodista Robert Taber.

Prosigue relatando el Che:

Los exploradores llegaron con un muchacho simpatizante de la causa y con buenas noticias de la gente de la zona, según el mismo, la bodega a donde debíamos de llegar estaba a una hora de camino. Anteriormente habíamos mandado tres hombres para explorar el camino y anunciar nuestra llegada, en ese momento partió el hermano de Mora a caballo para lo mismo. Nosotros cruzamos y esperamos en unos firmes de monte, junto a un claro, el resultado de la gestión. La radio anunció la llegada de los dos gringuitos a Guantánamo entregados por el periodista Bob [Taber] al cónsul de Santiago.

Más o menos a esa misma hora de la tarde, llegan Crescencio Pérez y sus acompañantes al campamento de la casita de zinc en el firme. El grupo que viene con Crescencio a incorporarse, integrado inicialmente por 32 hombres, ha quedado reducido a 18. Traen entre todos unas 10 ó 12

armas, la mayoría en mal estado. Entre los que se suman a la guerrilla ese día están Vitalio Acuña, conocido por Vilo; *Mongo* Marrero, a quien los combatientes más antiguos ya conocen por su colaboración anterior en El Cilantro; Félix Lugones, quien recibirá pronto en la tropa el sobrenombre del Negro Pilón; los hermanos Félix Sosa y *Yayo* Castillo Sosa, el primero conocido por Nandín y el segundo integrante de la tropa rebelde durante varias semanas en enero; Antonio Sosa González, conocido por Chino; Orlando Pérez Aguilar, a quien llaman Tata el Cojo; Reynerio Vasallo, apodado el Galleguito de Pilón; Francisco Maderal, que será bautizado como el Habanero; *Ramonín* Pérez, Francisco Coello, Heliodoro Ramón Pozo, Bruno Acuña, Mariano Mora y Asterio Casanova, este último vecino de Purial de Vicana y colaborador rebelde desde la época del reagrupamiento de los expedicionarios en la finca de *Mongo* Pérez en Cinco Palmas.

Con ellos se reincorpora también *Tony* Béguez, integrante del refuerzo del marabusal que el 4 de mayo había quedado enfermo en la zona de Santa Ana. En vista de que no le había sido posible bajar a Manzanillo, este combatiente, ya algo restablecido, había salido en busca de la columna y en El Hombrito se había unido al grupo de Crescencio.

Al día siguiente, arribarán también al lugar Hermes Cardero, el campesino de Purial que también había tenido contacto con los expedicionarios reagrupados en Cinco Palmas, Eladio Bullaín y Rubio Corzo. Estos tres se habían separado de Crescencio en busca de una ruta más rápida para alcanzar a la columna.

Con estos nuevos incorporados, todos de procedencia campesina, la tropa rebelde cuenta ya con unos 120 combatientes. Pero no todos están provistos de armas.

Reinaldo Mora regresa a la caída de la tarde e informa que la loma del Burro y el caserío están mucho más allá del cantío de un gallo. Che apunta: “Al anochecer llegó un hombre en el caballo derrengado a avisar que no había novedad y que eso [el lugar a donde se dirigían] estaba lejos todavía”.

Fidel ordena seguir camino, ahora a paso más rápido. Ya la marcha va siendo larga y, con las noticias recibidas de la distancia que queda aún por caminar, los combatientes empiezan a sentir cansancio. Poco a poco, el terreno se hace más llano, y más abundantes los claros y potreros.

Por fin, pasadas las 10:00 de la noche, la columna llega a su destino: la tienda campesina en el barrio de Loma del Burro, situada al final de un terraplén por el que llegan hasta allí desde el poblado de Guisa los camiones que vienen a traer mercancía y a sacar el café y las otras producciones de los alrededores. Por ese mismo terraplén debían haber llegado los vehículos que transportaban las armas esperadas de Santiago, según lo convenido.

Fidel dispone la colocación de postas por todas las inmediaciones de la tienda, que es una casa de madera con techo de guano y portal de zinc. El dueño, Afortunado Ricardo, que también vive allí con su familia, se adelanta a recibir al jefe rebelde. Es un mulato de unos 40 años, muy conversador, quien tiene la desagradable información de que las armas no han llegado ni hay noticias de lo que pudiera haber ocurrido. Evidentemente, la detención de Nicaragua ha desarticulado el plan previsto, y al Movimiento en Santiago de Cuba, a pesar de las instrucciones ratificadas por intermedio de Haydée Santamaría y Luis Peña, le ha sido imposible cumplir con lo acordado.

El hecho causa una especial contrariedad a Fidel, para quien el recibo de esas armas es de particular importancia en función de los planes que ya ha ido conformando para entrar de nuevo en combate. Ha sido en vano la larga caminata, fatigosa para los combatientes y peligrosa para la tropa, pues han debido recorrer todo el trayecto hasta ese lugar por una ruta apenas explorada de antemano y han bajado una vez más casi hasta las últimas estribaciones de la montaña.

El grueso de la columna se distribuye para descansar en un secadero de café cercano y junto a la vivienda contigua del campesino Alejandro Sánchez, cuya esposa y tres

pequeños hijos se han levantado al sentir el tropel de los recién llegados. Fidel ha quedado en la tienda y, mientras organiza con Ricardo la compra de mercancía, conversa con el comerciante. Ha decidido dar un breve descanso a la tropa y partir esa misma noche de regreso a la montaña. Algunos combatientes, agotados por la caminata, se echan a dormir en el suelo y sobre el secadero. Los hijos del dueño preparan los paquetes de arroz, sal, azúcar, fideos y algunas laterías que los rebeldes van cargando en sus mochilas.

Che anota finalmente ese día: “Yo tomé el caballo y fui hasta la bodega durante tres horas fatigosas pero menos que a pie. La gente esperada para las 7 no apareció y nos limitamos a comprar algunos víveres”.

Por su parte, *Nano* Díaz apunta:

Estuvimos caminando hasta las 11 de la noche que llegamos a una tienda donde comimos galletas y una malta cada uno. Rellenamos las mochilas con arroz, sal, azúcar, etcétera. Las armas parece que no habían llegado. [...] Hoy hace dos días que no comemos comida caliente, solamente sardinas, que ya no quedan, y agua de azúcar. La comida de ayer fue, en todo el día, dos chorizos y un poco de azúcar, en la tienda donde hicimos la compra. Estábamos a 7 leguas de Bayamo. Había un terraplén que pasaban camiones. Esta fue una caminata terrible que difícilmente se nos olvidará.

VIERNES 10 DE MAYO

De nuevo el destacamento guerrillero se pone en marcha a las 3:00 de la madrugada. Sale primero la escuadra de vanguardia y detrás los pelotones. El estado mayor y la escuadra de retaguardia son los últimos en emprender el camino de regreso.

Ahora, a la vuelta, los combatientes van dejando a la derecha los cabezos del río Mabay y a la izquierda los del río Macanacú. Más arriba, el estribo por donde retornan a la Maestra divide las aguas de los ríos de Yao, al oeste, y del Oro, al este. En el camino de vuelta deberán ascender más de 800 metros para coronar el alto desde donde partieron la noche anterior en el firme, a 1.415 metros de altura.

Che sigue jinete del caballo capturado. Ese día anota en su diario: “A las 2:30 nos levantamos partiendo a las 3, yo a caballo. La subida era de 600 metros lineales [en sentido vertical] y varios kilómetros y fue muy fatigosa para la gente, tomándonos la mañana en la subida pelada”.

Después de varios kilómetros de agotadora marcha, durante la cual la extensa columna se va estirando en la medida en que los de atrás desisten de seguir el paso de los de adelante, cerca del amanecer se ordena hacer un alto en un punto del firme donde el monte se rompe en un ancho y largo claro. Fidel, que con buen ritmo de marcha viene sobrepasando a muchos de los combatientes que han partido de la loma del Burro antes que el estado mayor, ha enviado la orden a la vanguardia de que la columna debe reagruparse antes de continuar camino. En ese lugar la mayoría de los combatientes esperan la indicación de continuar la marcha. Autorizados por sus jefes de escuadras, muchos aprovechan para entretener el hambre con algunas de las provisiones que traen en sus mochilas. Otros comen caña de un campito cercano. Después que llega Fidel, también en este lugar en medio del monte aparecen varios campesinos de la zona que quieren conocer a los rebeldes y conversar con el jefe guerrillero.

Nano Díaz anota en su diario:

Seguimos acampados en espera del Estado Mayor, que partió dos horas después de nosotros. Tenía un frío, porque la camisa estaba empapada de sudor. Como a las 9 nos desayunamos por primera vez en la Sierra media lata de leche condensada con cuatro galletas Gilda cada uno.

Al llegar al punto donde el monte cede ante el ancho claro que se abre en el firme, Fidel ordena a la vanguardia de la columna que ocupe posiciones de emboscada del otro lado del limpio, en el punto donde el camino sale del bosque, y al resto del personal que se distribuya de la parte de abajo y se mantenga alerta. El jefe rebelde no se ha olvidado de la presencia de una poderosa guarnición enemiga en Pino del Agua, y antes de seguir acercándose al firme de la Maestra quiere tomar las precauciones necesarias para impedir la posibilidad de un encuentro sorpresivo con alguna fuerza perteneciente a esa tropa. Fidel ordena a dos combatientes que exploren todo el resto del camino hasta el firme y sigan en dirección a la casita de zinc. Una vez allí, uno de los exploradores debe regresar a donde se ha detenido la columna para informar. Sólo entonces dará la orden de proseguir la marcha.

Sin embargo, algunos combatientes están tan ansiosos por llegar de regreso a la casita de zinc en el firme, donde la columna ha dejado el contenido de sus mochilas la noche anterior, que deciden seguir adelante. Entre los que se separan del resto de la tropa está Guillermo Domínguez, jefe de una de las escuadras del pelotón de Juan Almeida.

Los dos exploradores coronan al poco rato el firme y llegan a la casita de zinc sin haber observado nada irregular en todo el camino. Precisamente en ese momento el combatiente Ramón Fiallo se dispone a partir del campamento para salir al encuentro de la columna, que supone ha de estar camino de regreso, con el propósito de avisar a Fidel de la llegada el día anterior de Crescencio Pérez y su grupo. Los dos exploradores le piden que informe al jefe rebelde lo que han apreciado, y Fiallito parte en dirección al alto del que se bifurca el sendero que ha tomado la tropa para bajar en busca de las armas.

Pero en el intervalo de una media hora entre el paso por el entronque de los dos caminos de los exploradores de la columna, que vienen subiendo, y de Fiallo, que va bajando en busca de la tropa rebelde, un contingente de guardias

cruza también por el lugar y comienza a bajar por el mismo camino por donde viene avanzando la tropa rebelde, ahora detenida al borde de un claro a menos de tres kilómetros del firme. Se trata de un pelotón reforzado de más de cuarenta soldados que han partido al amanecer de Pino del Agua para un recorrido por la zona. Después de coronar el alto en el firme, los guardias han decidido hacer un breve descanso y se han detenido un poco más adelante sobre el mismo sendero, a unos 800 metros del firme.

Al llegar al alto un rato después y empezar a bajar, Fiallo advierte en el camino unas huellas sospechosas. Sigue avanzando con cuidado y algunos cientos de metros después descubre al grupo de soldados. El combatiente sabe que por ese camino debe estar al aparecer la vanguardia de la columna, que tropezará sorpresivamente con el enemigo. A primera vista, la impresión que recibe es que los guardias, cuyo número no puede determinar, han tendido una emboscada a sus compañeros. Fiallo decide regresar a toda carrera al campamento de la casita de zinc para alertar de la situación a Crescencio.

Cuando Fiallo llega, casi sin aliento, e informa lo que ha descubierto, Crescencio resuelve partir de inmediato para atacar a los guardias que se presume emboscados, al tiempo que ordena a Agustín Lara y a otro combatiente de los recién incorporados que den un rodeo por el monte y traten de salir delante de la presunta emboscada enemiga para advertir a Fidel del peligro.

Guillermo Domínguez ha seguido avanzando solo por el camino. Ha pasado junto a un cañaverito a la orilla del sendero, ha arrancado una caña y la viene comiendo. Pasa junto a Orlando Pupo y Raúl Castro Mercader, combatientes de su escuadra que también se han adelantado y se han detenido a comer caña, y al ver venir detrás de ellos a su jefe se han escondido en el cañaveral temerosos por una posible reprimenda. Guillermo sigue caminando despreocupado y entrenado con la caña. Lleva su escopeta atravesada horizontalmente sobre los hombros. En eso se ve de repente rodeado

por el grupo de soldados, que lo hacen prisionero, lo despojan de la escopeta, le ordenan quitarse la camisa y los zapatos y le atan las manos con su propio cinto.

No es posible determinar exactamente lo que ocurrió después. Tal vez los guardias comienzan a torturar a Domínguez o simplemente infieren que detrás de este combatiente vienen otros rebeldes. El caso es que organizan allí mismo una emboscada contra la tropa guerrillera que suponen con razón que viene subiendo. En este momento a las dos fuerzas las separan apenas unos 1.500 metros. Si la columna hubiese seguido caminando, la posibilidad de que la vanguardia rebelde cayera en la emboscada enemiga hubiese sido real, con el consiguiente peligro de sufrir bajas significativas.

Crescencio y sus hombres han seguido avanzando a toda carrera, han coronado el alto y han empezado a bajar por el camino. Al acercarse a la posición que les ha indicado Fiallo, adoptan precauciones. Un poco más abajo, al asomarse a una vuelta del camino, descubren a los guardias emboscados en la otra dirección, o sea, de espaldas a ellos. Son ya alrededor de las 11:00 de la mañana. De inmediato Crescencio da la orden de abrir fuego con las pocas armas con que cuenta la escasa docena de combatientes que han llegado con él hasta allí, la mayoría de ellas escopetas y revólveres.

Al sentirse atacados por la retaguardia, los soldados del pelotón reforzado vuelven apresuradamente sus posiciones. Se origina un breve pero nutrido tiroteo, pronto dominado por el sonido atronador de las armas semiautomáticas del enemigo. Es posible que haya sido en este momento cuando los guardias dan muerte a Domínguez. Casi simultáneamente, Lara y el otro rebelde que vienen dando un rodeo por el monte han topado por sorpresa con el extremo de la emboscada enemiga. Los soldados les disparan casi a boca de jarro, pero los dos combatientes logran escapar por dentro de la espesura.

de Bergamei nota. en
terrisphen que proutan.
Ummenoz nte fue. en
dammota terribte que
dificiamente se nos
al pedera

10 MAYO 1957

Seguimos campando
en el campamento de
mayor que proutan del
trabajo de proutan de
tanto en poco trabajo
lo mismo el trabajo
poder de sueltos, como
a los 4 nos dirigiamos
por primera vez en
la tierra y prouta de
decir con el yallta

Facsímil del diario de Emiliano Díaz Fontaine correspondiente al 10 de mayo de 1957.

Es posible también que la sorpresiva aparición de rebeldes a su retaguardia haya hecho suponer a los guardias que corren el peligro de quedar encerrados entre dos fuegos. El hecho es que después de unos instantes los soldados abandonan sus posiciones y se desprenden por la falda oriental del firme con la intención de escapar hacia Pino del Agua. También algunos rebeldes quedan separados del resto del grupo de Crescencio. Durante el breve tiroteo, a Enrique Ermus se le encasquilla su fusil y junto con Julio Guerrero y el Vaquerito se dispersa de los demás, quienes al ver huir a los guardias regresan hacia atrás.

En el camino ha quedado el cadáver de Guillermo Domínguez, bayoneteado ferozmente y con la cabeza destrozada por un disparo a quemarropa de su propia escopeta calibre 12.

El grueso de la columna rebelde escucha los disparos desde donde está todavía acampada, a pocos cientos de metros más abajo en el propio firme. La primera conjetura es que el enemigo ha atacado el campamento de la casita de zinc. Hay preocupación además de que hayan sido sorprendidos algunos de los que se han adelantado. Fidel ordena de inmediato ocupar posiciones en previsión de un combate y envía una patrulla a explorar y tratar de determinar lo que ha ocurrido. *Nano* Díaz relata: “Al poco rato se forma un tiroteo cerca. Enseguida mi escuadra emplaza la ametralladora en la entrada del monte y mandan una patrulla a explorar un monte cerca. Pensamos que el tiroteo sea en el bohío donde dejamos lo que contenían nuestras mochilas”.

Transcurre un rato. Los combatientes se mantienen entre la tensión previa al momento de entrar en acción y la incertidumbre por la suerte de sus compañeros. Finalmente aparece Ramón Fiallo, quien es conducido de inmediato ante Fidel. Después del tiroteo, el combatiente ha seguido faldeando por dentro del monte en busca de la columna. Fiallito informa atropelladamente al jefe rebelde de la llegada de Crescencio y del encuentro con los guardias, y refiere

también que en el camino ha tropezado con el cadáver de un rebelde. Tiene que repetir varias veces el relato a instancias de Fidel. Fiallo no puede precisar si el enemigo se ha retirado.

Che narra en su diario:

La gente estaba alborotada e iba a vernos cuando a eso de las 11 sonaron unos disparos cuya localización no se pudo precisar. Gente nuestra había cruzado en esa dirección y se temió por la suerte de Guillermo Domínguez, el fotógrafo. Se estuvo en una incertidumbre durante varias horas hasta que llegó un muchacho manzanillero, Fiallo, a avisar que la escaramuza había sido entre la gente de Crescencio, que ya había llegado, y cuatro guardias y que había un muerto no identificado.

Conociendo ya lo ocurrido, Fidel decide esperar hasta el atardecer antes de dar la orden a la columna de seguir avanzando. Cerca de las 6:30 de la tarde, la vanguardia comienza a moverse con precaución. Los hombres se desplazan alertas a varias decenas de metros unos de otros. Detrás, a poca distancia, siguen el jefe guerrillero y el resto de la tropa. Un poco después los primeros combatientes llegan hasta el lugar donde ha quedado el cadáver de Domínguez. Tras identificarlo, se detienen a esperar al grueso de la columna. En eso aparece también Crescencio, quien aporta nuevas informaciones que permiten a Fidel terminar de reconstruir lo sucedido.

Los combatientes desfilan lentamente junto a su compañero caído. Para muchos de los integrantes del refuerzo del marabusal, la impresión es fuerte. Es la primera baja fatal de ese grupo, y las condiciones del cadáver indican claramente que Domínguez, quien al mes siguiente cumpliría 25 años de edad, ha sufrido una muerte cruel y alevosa. Tras una guardia de honor, allí mismo, a un costado del camino, el combatiente es sepultado y se marca un árbol para indicar el lugar.

A Che le ha tocado reconocer el cadáver. En su diario de campaña relata:

Al anochecer emprendimos el camino encontrándonos con el cadáver de Guillermo Domínguez, desnudo de la cintura para arriba con un balazo de rifle en el codo izquierdo, un bayonetazo en la zona supramamilar izquierda y la cabeza deformada por lo que parece ser un disparo de escopeta calibre 12, que era el arma que portaba Guillermo. Guillermo fue enterrado allí mismo.

Sobre el incidente el propio combatiente anota la versión que escucha:

Con Crescencio se pudo hacer una reconstrucción del episodio: Fiallo había sido mandado como enlace cuando al llegar a determinado lugar vio a los soldados de espalda; inmediatamente fueron a avisar a Crescencio que reunió todas las armas útiles y resolvió atacarlos, mandando de enlace a avisar a Agustín Lara y un sobrino de Mora; los soldados habían hecho prisionero entretanto a Guillermo y presumiendo que la gente nuestra estaba del otro lado subió al firme de la Maestra y sorprendieron a Agustín tirándole a boca de jarro, pero ambos se salvaron. Al rato entabló el combate Crescencio y ellos se retiraron matando al irse al pobre Guillermo. Los fusiles funcionaron muy mal y Ermo [Enrique Ermus] se perdió al encasquillarse su fusil. Crescencio trajo 24 hombres y muy mal armados.

Nano Díaz, por su parte, refiere así el hecho:

Al poco rato nos enteramos que el tiroteo fue a causa de que el compañero Guillermo Domínguez, que era teniente, se adelantó cuando veníamos de la tienda y cuatro soldados lo hicieron prisionero, pero un práctico de nosotros los descubrió y fue una patrulla que está acampada en el bohío donde dejamos el

equipo de dormir, cuando hicieron contacto con los cuatro soldados [éstos] ametrallaron al compañero Guillermo, que Dios tenga en la gloria, asesinaron [a] éste y el mal rato este pasa por la imprudencia de adelantarse a la columna que estaba descansando.

Alrededor de las 8:00 de la noche, bajo una clara luna llena, el destacamento guerrillero regresa por fin al campamento del rancho de zinc. Fidel decide sacrificar el caballo del guardia prisionero. Entre Guillermo García, Manuel Fajardo y otros combatientes descueran al animal y se reparte la carne. De inmediato las escuadras se ponen a cocinar junto a una aguada cercana. El cabo Aldana es de los que come esa noche, mientras pregunta insistentemente por su caballo, que según él se lo ha prestado un amigo. Los campesinos incorporados a la tropa ya han dejado atrás sus prejuicios y también consumen con gusto la carne. Algunos de los integrantes del refuerzo han perdido el apetito, impresionados aún por la pérdida del compañero caído.

Che concluye sus anotaciones ese día: “Se sacrificó el caballo tocándole un gran pedazo a cada uno. Nos acostamos a las 3 de la mañana, absolutamente rendidos”.

SÁBADO 11 DE MAYO

Antes del amanecer ya hay actividad en el campamento guerrillero. Algunos combatientes cocinan o salan la carne sobrante de la noche anterior para conservarla. Che escribe: “Despertamos temprano. Mientras Fidel inspeccionaba el campamento vimos cuatro individuos que parecían buscar algo a una distancia de 500 metros; mandé avisar a Fidel que localizara esa gente con una patrulla pero no le dio importancia”.

La escuadra de *Nano* Díaz sube a un alto cercano y dispara algunas ráfagas de ametralladora. Fidel ha querido probar el arma y, de paso, provocar a los guardias de Pino del Agua, que sentirán sin duda los disparos, para atacarlos

en movimiento en caso de que decidan salir de su campamento. Nano apunta en su diario: “A las 5 1/2 nos levantamos y subimos una loma para tirar un poco al aire, para si había tropas cerca. Mi ametralladora está que dispara sola. Fidel está muy contento con ella y elogia mucho a mi escuadra”.

Por la mañana llega al lugar Marciano Oliva, el colaborador campesino que vive en Santana. Che consigna las siguientes informaciones:

Al rato mientras distribuía toda la medicina recién llegada en una escuadra de Guillermo, llegó Marciano Oliva con noticias de que todo andaba bien y que las armas venían por otro conducto trayendo la noticia Luis Peña, pero Peña no apareció, pues iba al aserradero a devolver un viejo que tenía de práctico, no se sabe lo que pasó. Fidel está renuente a fusilar al prisionero pese al deseo unánime de todos nosotros de que se lo fusile. Las noticias de la radio son muy alentadoras: para mañana se anuncia la entrevista de radio por toda la cadena periodística gringa y al domingo siguiente por televisión; la Audiencia de Santiago dictó sentencia contra los acusados condenando a solo cuarenta de ellos por estar convictos [debe querer decir confesos] y con el voto en contra del presidente del tribunal que manifestó que las condiciones de anormalidad eran tales que esos muchachos cumplieron con la Constitución al alzarse en armas. El fiscal manifestó que no tenía cargo que hacer contra ellos y que estaban en su derecho.

Marciano Oliva, en efecto, se había encontrado en el camino con Luis Peña, enviado por Fidel tres días antes a Santiago de Cuba, quien después de haber entregado su mensaje a Haydée había regresado a Bayamo y el día anterior había subido en un camión maderero hasta Pino del Agua para hacer contacto allí, por indicación de Celia, con Antonio

Moreno, administrador del aserrío ubicado en ese lugar. Con el pretexto de ser un contratista de traviesas, Peñita había salido esa misma tarde con Moreno de recorrido por la zona y se había encontrado con Marciano, a quien le refirió las informaciones que traía y las que había recogido en Pino del Agua: en cuanto a las primeras, que las armas serían enviadas por otra vía; en cuanto a las segundas, que tras la escaramuza con los guardias que asesinaron a Domínguez, desde Pino del Agua se habían pedido refuerzos a Santiago.

Otro de los apuntes de Che tiene que ver con la conclusión la tarde anterior del juicio por la Causa número 67 con la condena a prisión de 22 expedicionarios del *Granma* y varios participantes en las acciones del 30 de noviembre de 1956 en Santiago de Cuba, y la absolución de otros de los acusados, entre ellos Frank País, por falta de pruebas. En esa vista final, el magistrado Manuel Urrutia emitía un voto particular en contra del fallo de la mayoría del tribunal, en el que argumentaba su criterio favorable a la absolución de todos los acusados.

Ese día Fidel decide el licenciamiento de la tropa rebelde de algunos de los campesinos de más reciente incorporación que han manifestado su interés en causar baja por no adaptarse a las condiciones de la vida guerrillera. Ya Fidel considera que las últimas semanas de caminatas han cumplido el objetivo previsto de preparar física y psicológicamente a los combatientes, y en sus planes figura entrar pronto en acción contra el enemigo, en cuanto se reciba el lote de armas de Santiago. Por eso es conveniente depurar ahora a la tropa de aquellos elementos menos decididos o capaces. Por otra parte, no puede asegurarse que aun con la llegada del envío que se espera todos los combatientes puedan estar provistos de armas efectivas. Junto con los que piden su baja se marcha también Víctor Mariano Calderín, integrante del refuerzo del marabusal, enfermo de hemorroides. *Nano* Díaz apunta:

La compañera Celia Sánchez sigue todavía con nosotros, y también se les dijo a los campesinos que se nos habían unido, porque eran demasiados, que el que quisiera se podía ir. Se fueron como quince. También se fue el compañero Chichí [Calderín] que se encontraba enfermo.

Hay algunos cambios en la columna. Crescencio Pérez, ahora con grado de capitán, queda al frente de un nuevo pelotón integrado fundamentalmente por los combatientes que se han incorporado con él. Raúl Castro Mercader es ascendido a teniente y queda al frente de la escuadra cuyo jefe había sido Guillermo Domínguez.

A las 11:00 de la mañana la columna levanta el campamento y emprende camino, esta vez con rumbo oeste. La noticia de un posible refuerzo enemigo en Pino del Agua ha influido momentáneamente en la decisión del jefe guerrillero de modificar el rumbo del avance general de la columna hacia el este para flanquear esa posición. Se desechará el firme de la Maestra, que por otra parte ya está suficientemente explorado, y la guerrilla se moverá preferentemente a partir de ahora por la intrincada zona de Nuevo Mundo y Peladero, en la vertiente sur.

Cerca de las 2:00 de la tarde se reincorporan Enrique Ermus y Julio Guerrero, dos de los combatientes dispersos en la escaramuza de la tarde anterior. Una hora más tarde, el aguacero que se desata torrencial obliga a detener la marcha. Cuando deja de llover la columna sigue avanzando hasta llegar a un ancho limpio de monte a cuyo borde se establece campamento poco antes del atardecer. Che concluye sus anotaciones: “Seguimos caminando pero una fuerte lluvia nos detuvo dos horas, luego llegamos a un claro donde era difícil pasar y allí dormimos ”.

Nano Díaz escribe: “En esta zona no hay casi agua. Ya están escaseando los comestibles, sólo nos queda un poco de arroz, frijoles, tocino y fideo, y muy poca azúcar, de latería no queda nada”.

DOMINGO 12 DE MAYO

Poco después del amanecer, cuando la columna rebelde se prepara para partir, la escuadra de retaguardia avisa de la llegada de doce jóvenes campesinos que vienen a incorporarse a la guerrilla. Componen el grupo Walfrido Pérez, su hermano Diverné, Alejandro Oñate —a quien más adelante los combatientes bautizarán como Cantinflas—, Manuel Morales, Juan Bautista Pérez —conocido por Titín—, Fernando Tamayo, Juan Bautista González Bazán —apodado Tita—, Armando Zapata, los hermanos Manuel y *Popo* Beatón y los también hermanos Armando y José Antonio Véliz, estos últimos unidos a los demás la noche anterior.

Conducidos ante Fidel, los recién llegados le entregan una nota que envía Enrique López, administrador del batey conocido como La Cooperativa, establecido cerca del alto de la loma del Indio para el corte de madera en la zona por la empresa maderera Relámpago, propiedad de la familia santiaguera Babún. Enrique López es conocido por Fidel y Raúl, ya que había trabajado años atrás en la finca de Ángel Castro en Birán. Con su colaboración y la de otros dos personajes de la zona que tendrán también participación en esta historia —*Lalo Pupo* y *Pancho Tamayo*—, los jóvenes han mantenido durante varias semanas un campamento en las inmediaciones de La Cooperativa, en espera de la oportunidad de unirse al destacamento rebelde.

Luego de interrogarlos, Fidel los distribuye en distintas escuadras, no sin antes ordenarles que repartan entre el resto de los combatientes las provisiones relativamente abundantes que traen en sus mochilas.

Esa mañana el Vaquerito, disperso desde la escaramuza del día 10, alcanza también a la columna.

A media mañana, el destacamento sale de nuevo al firme de la Maestra, y los combatientes se distribuyen en una emboscada sobre el camino de Pino del Agua. Fidel prevé que, de ser cierta la información sobre el refuerzo enemigo,

los guardias intentarán alguna salida de exploración al lugar donde se produjo el contacto con los rebeldes. Che narra en su diario: “Todo el día lo pasamos emboscado en un claro, sobre el camino que habíamos hecho para ir a la Loma del Burro, pero allí no pasó nada”.

Al mediodía vuelve a desatarse un fuerte aguacero. Bajo la lluvia los combatientes esperan. Por fin, a la caída de la tarde, en vista de que no llegan los soldados ni vendrán seguramente esa noche, el jefe rebelde decide levantar la emboscada y el destacamento guerrillero baja hasta la casita de zinc donde ya habían hecho campamento. *Nano* Díaz apunta: “A las 6, viendo que no venían los soldados bajamos a cocinar un sopón de carne de caballo, que quedó de bala”.

Esta tarde regresa Luis Peña con la noticia de que al aserrío de Pino del Agua han llegado dos enviados del Movimiento de Santiago de Cuba. Fidel los manda buscar y los emisarios llegan un rato después. Se trata de Javier Pazos y Andrés Espallargas, quienes traen informaciones actualizadas de Frank, ya en libertad, sobre las armas que se esperan. Che anota en su diario:

Por la tarde llegó Peña de quien se temía que estuviera preso con la noticia de que vienen dos de Santiago; Fidel los mandó a buscar y llegaron al anochecer Carlos Paso [Javier Pazos] y un gordo llamado Andrés [Espallargas], muy desprendido, que a mí me regaló un encendedor. Ellos tenían noticias frescas de todo lo que venía y se convino la forma de traerlo y el envío alcanza ahora a 50 hierros. Hasta tarde se estuvo conversando en una casa abandonada donde cocinamos.

Después de despedir cerca de la medianoche a los enlaces de Santiago, quienes deben regresar a esa ciudad lo antes posible con instrucciones de Fidel, el estado mayor guerrillero y la escuadra de retaguardia parten a alcanzar al resto de la columna, que ha salido por delante con rumbo oeste para acampar esa noche en Soledad, en la misma zona donde los

combatientes habían hecho campamento la noche del 8 de mayo, pero ahora en el monte al sur del firme. Che concluye sus anotaciones: “A las 12 nos despedimos e iniciamos una corta marcha hacia el lugar en que habíamos hecho campamento 3 ó 4 noches antes. El gordo [Espallargas] nos regaló un abrigo de pieles de la mujer para hacernos gorros”.

LUNES 13 DE MAYO

Temprano en la mañana, el destacamento rebelde está en pie y listo para partir. La jornada de marcha ese día los aleja del firme de la Maestra y los adentra en la zona de Nuevo Mundo, una de las más despobladas y agrestes de la Sierra entonces y todavía hoy.

Durante la mañana bajan por una de las laderas de un profundo cañón con rumbo sureste, a lo largo de uno de los brazos del río del Manguito. *Nano* Díaz escribe:

Ahora mi escuadra se compone de diez hombres. Es una de las escuadras más grandes de la compañía. Nos levantamos a las 8 de la mañana, comimos arroz con viandas que guardamos del día anterior, luego bajamos a una cañada que tiene como 200 metros de profundidad, donde había un arroyo, allí acampamos como a las 10 y nos dijeron que estaríamos allí hasta el día siguiente.

Durante todos estos días, el periodista Andrew Saint George ha seguido marchando con la columna y tirando innumerables fotografías, en espera de grabar una entrevista al jefe rebelde. Los múltiples acontecimientos ocurridos se lo han impedido hasta el momento. Pero Saint George ha seguido importunando a Fidel con su insistencia, sin reparar en las otras cuestiones de importancia más inmediata que ocupan en estos días la atención del jefe guerrillero, en particular la situación en torno a las armas que no se han recibido. Ello ha producido la irritación momentánea de Fidel, quien

encomienda a Che hacerse cargo de la atención del húngaro-norteamericano. Ese día, el combatiente narra en su diario:

Por la mañana el periodista gringo me preguntó si Fidel quería hacer o no la entrevista, le inventé cualquier cosa para disculparlo. [...] La entrevista radial [cuyas preguntas ha entregado de antemano Saint George a Fidel] ya está traducida y solamente falta grabarla.



El periodista Andrew Saint George entrevista a Fidel en un campamento en la Sierra Maestra, en mayo de 1957.

Llueve casi toda la tarde. Cuando escampa se da la orden de cocinar, pero la leña está húmeda y quedan pocas provisiones en las mochilas de los combatientes. *Nano* Díaz concluye sus anotaciones: “Empezó a llover hasta las 5 de la tarde. A las 6 1/2 empezamos a cocinar un sopón y luego frijoles, más tarde cocinamos un congrís que guardamos para el otro día. Ya sólo nos quedan en la mochila unas cuatro libras de frijoles y sal”.

MARTES 14 DE MAYO

La columna guerrillera emprende camino con los primeros claros del día. Los combatientes siguen el curso del río aguas abajo. En un momento de la caminata rebasan el camino que baja desde el firme hacia el barrio del Zapato. Luego comienzan a ascender por una falda hasta alcanzar el alto de una loma cubierta de espeso bosque. Dos campesinos que aciertan a pasar por el camino son detenidos e interrogados. Informan, posiblemente sin fundamento serio, de la presencia de guardias por la zona.

Cerca de las 11:00 de la mañana, más temprano que los días anteriores, rompe de nuevo a llover. *Nano* Díaz narra:

Dormimos toda la noche hasta las 6 de la mañana, que nos avisaron que partiríamos a las 6 1/4. Caminamos como dos kilómetros por la orilla del arroyo hasta llegar a un camino real, que avanzamos entrando por la falda de una loma hasta llegar a un monte firme. Allí se cogieron a dos campesinos prisioneros para interrogarlos. Desde aquí se siente claro el ruido de un aserrío que está cerca.

Che sigue lidiando con el periodista Saint George. Ese día, anota en su diario:

Cuando parecía que se arreglaba todo llegan noticias de tropas cerca y hubimos de movernos sin realizar la entrevista. Caminamos un poco más y se nos vino encima un aguacero bastante grande. El hombre se puso de un humor de perros y se me quejó amargamente de la falsedad con que se incurría con él posponiendo la entrevista; yo no supe cómo disculparme. Nos alcanzó un hombre que habíamos dejado enfermo atrás con paludismo; el muchacho parece ser presa de una terrible crisis nerviosa y a punto de llorar. Estuvo tres días vagando solo pues un grupo de licenciados que fue hecho prisionero lo

delató, su relato era incoherente y un poco alorado. Se decidió licenciarlo.

El combatiente a que hace referencia Che es Rey Pérez, uno de los del marabusal, quien ha pasado efectivamente en los días anteriores por esas difíciles situaciones y se presenta de nuevo tras haber dado finalmente con el rastro de la columna. Fidel decide que baje a Santiago para ser atendido por un médico.

Cesa la lluvia después del mediodía, y la columna sigue camino. Ahora los combatientes descienden por un difícil derrisco. Al fondo del valle corre el río Peladero, que baja crecido, a cuya orilla se hace campamento. Poco antes la vanguardia ha descubierto el trillo que conduce a la casa de Pancho Tamayo, militante del PSP quien trabaja como custodio en las instalaciones de la empresa maderera de los Babún. El jefe de esa escuadra, Camilo Cienfuegos, pasa al estado mayor aviso de que hará una exploración, y envía con tal propósito a Walfrido Pérez, quien de su incursión no puede obtener más que un puñado de trozos de caña. *Nano* Díaz apunta:

Cocinamos lo único que nos quedaba, que eran unos frijoles colorados con dos manos de plátanos que estaban nuevos. Ya no nos queda nada de comer en las mochilas y estamos en una zona que no hay estancias, sólo pensamos cuando regresemos a la casa los banquetes que nos vamos a dar recordando lo sabroso que cocinan nuestras madres.

Che, por su parte, sigue asentando ese día:

Acampamos en un arroyo que estaba crecido y allí comimos. No se pudo realizar la entrevista por el ruido del agua pero Fidel prometió realizarla mañana. Se produjo un incidente porque Beto Saumell, un niño de 15 años, pidió su retiro por razones de salud y un hombre se ofreció a ir con él y abandonar la lucha; inmediatamente otro niño, de

16 años, pidió su baja y se supo de un hombrón que también quería irse por estar débil. Fidel ordenó la detención de los dos mayores y dejó a los otros libres para licenciarlos por razones de edad. Se había sabido que siete de los licenciados habían sido apresados y contaron todo lo que sabían. En este caso la situación es particularmente peligrosa porque ya se ha difundido entre la tropa la forma en que van a llegar las armas.

Las penalidades de la vida de campaña continúan ayudando a depurar a la tropa de sus elementos menos decididos y de otros que no están realmente en condiciones físicas de soportar esos trabajos y tensiones. Che concluye sus anotaciones ese día:

Tendimos las hamacas en un lugar muy malo y al pobre periodista se le cayó un palo de la suya; cuando yo subí a acostarme: a las 3 y pico de la mañana me lo encontré hecho un rollo en el suelo con un palo arriba y con el nylon hecho jirones; lo acomodé para que pasara la noche tranquilo.

MIÉRCOLES 15 DE MAYO

Esa mañana la columna sigue avanzando hacia el sureste. El abrupto relieve y el tupido monte de toda esta zona hacen la marcha particularmente difícil. Se repite la secuencia invariable de los últimos días. Empieza a llover cerca del mediodía, lo cual obliga a los combatientes a detenerse varias horas. Esa tarde alcanzan la zona de Dos Brazos de Peladero.

Che continúa a cargo del periodista Andrew Saint George. Escribe: “Nos levantamos temprano y emprendimos la marcha bordeando el arroyo por la ladera del monte, de modo que no se podía hacer la entrevista, luego nos tomó un aguacero que nos detuvo dos horas”.

Nano Díaz relata, por su parte:

A las 5 1/2 estaba todo recogido y listo para partir, a las 6 estábamos ya en marcha, haciendo caminos por dentro de los montes. [...] Ahora tenemos cerca de 400 soldados buscándonos. Como a las 12 acampamos por culpa del agua, estuvo lloviendo hasta las 3 de la tarde, que seguimos la marcha, atravesando el río Apeladero [Peladero] como veinte veces por diferentes lugares. A veces el agua nos daba hasta la cintura. En todo el día no habíamos comido nada.

Empieza a oscurecer cuando la vanguardia encuentra a Edelfín Mendoza, trabajador de mantenimiento de caminos de la compañía maderera de Álvaro Caro. Como siempre, Fidel interroga a este campesino, y termina aceptando su invitación de acompañarlo hasta la casa de su hermano Jesús, a poca distancia. Hacia allí se encaminan el jefe rebelde y algunos de los combatientes de la escuadra de la comandancia. Mientras comen algo que les ofrece el campesino, Edelfín sale en busca de su padre Eligio Mendoza, que vive junto con él en otra casa cercana. Tras conversar largamente con Fidel, Eligio se incorpora desde ese momento a la columna como práctico.

Ya es de noche y es preciso continuar camino. Guiados por Eligio Mendoza y sus hijos, la columna cruza una vez más el río Peladero. Los campesinos han preparado hachos de ramas de pino para alumbrar el camino, y conducen al destacamento guerrillero hasta las orillas del arroyo del Indio, afluente del Peladero. El lugar, conocido por La Vegueta, resulta más protegido. Allí se levanta la vivienda de la familia de *Popo* Beatón, incorporado recientemente a la columna. Cerca de las 10:30 de la noche, la columna acampa alrededor de la casa.

Che ha quedado atrás, para auxiliar al combatiente Aristidio Hernández, del pelotón de Guillermo García, que se ha caído y golpeado fuertemente. En su diario de campaña, narra lo siguiente:

Seguimos caminando y cuando llegamos cerca de la casa donde se realizaría definitivamente la entrevista grabada, me avisaron que un hombre se había golpeado en el pelotón de Guillermo y hube de volver atrás a reconocerlo: el hombre se había caído de espalda sobre un tronco y presentaba probable fractura de la última costilla. Lo llevamos trabajosamente, pero al cruzar el río la Peladera [Peladero] me quedé atrás porque me descalcé para cruzarlo y en el interín Guillermo y otro que lo ayudaban a caminar resolvieron dejarlo en una casita, sin avisarme nada. Cuando me enteré me quedé con él a acompañarlo, pero la medicina se había ido. Al rato vino el sobrino de Acuña [Vilo] con la orden de traslado a una casita cercana a esperar órdenes pero no se pudo hacer porque ya era de noche y el camino muy accidentado para el traslado del hombre. Hice preparar comida para tres y dejé a Acuña de guardia en la primera casita, quedándome yo con el herido en la segunda donde dormimos.

Hay abundante vianda en la estancia cercana a la casa, y la mayoría de los combatientes se disponen a cocinarla con el arroz y la carne de puerco que les brinda la familia. Mientras tanto, Fidel visita otras viviendas del barriecito, entre ellas la de Roberto Paneque y su esposa Estelvina Olivera, quienes lo reciben con gran hospitalidad.

Tarde en la noche, llega al campamento Enrique López, el administrador de la Cooperativa de Babún, a quien Fidel ha mandado buscar con Walfrido Pérez y otros de los recién incorporados junto con él. Durante la larga conversación que sostienen, Fidel, quien conoce a Enrique López desde niño y lo considera una persona de confianza, expone su idea de utilizar los recursos de la empresa maderera donde trabaja su interlocutor para hacer llegar las armas que se encuentran en Santiago de Cuba, aprovechando los viajes que regularmente hacen las goletas de los Babún a la costa sur de la

montaña. Pero para ello es necesario obtener el consentimiento de los dueños de la empresa, de quienes el jefe rebelde tiene referencias de que están en disposición de cooperar.

Enrique López informa a Fidel que precisamente el administrador de las instalaciones de la maderera en Uvero, donde está el embarcadero utilizado regularmente por los Babún para sacar la madera y enviar suministros a sus campamentos en la zona, es *Lalo Pupo*, también viejo conocido de Fidel y con quien se puede contar. Este último elemento precipita la maduración del proyecto en la mente del jefe guerrillo: Uvero será el punto utilizado para introducir las armas en la Sierra.

El plan resulta arriesgado, como es lógico, pues en Uvero se encuentra apostada una fuerte guarnición enemiga. Pero los inconvenientes no son mayores que los planteados por el envío de las armas en camiones por algún punto de las estribaciones de la Sierra. Después de la detención de Nicaragua y la escaramuza del día 10, además de las informaciones recibidas acerca de la captura de un grupo de licenciados que conocían la forma en que originalmente iban a llegar las armas, los caminos de acceso a esta parte de la montaña deben estar vigilados muy de cerca. Por otra parte, la guerrilla tendría que correr de todas maneras el riesgo de una segunda bajada casi hasta el llano en caso de que el armamento llegara por tierra. En cambio, la vía marítima nunca ha sido utilizada. La idea de pasar las armas, como quien dice, frente a las propias narices de los guardias en Uvero, resulta tan aventurada que, precisamente por eso, quizás el enemigo no sospeche.

Esa misma madrugada, Enrique López regresa a la cooperativa maderera, ordena a sus empleados cargar un camión de bolos y parte en dirección a la costa para hacer contacto con *Lalo Pupo*. Pero descendiendo de la Loma de la Virgen, dos soldados apostados en el camino detienen el vehículo y conducen a sus tripulantes al cuartel de Uvero, donde comienzan a interrogarlos.

En el campamento de Dos Brazos de Peladero, los combatientes arman esa noche sus hamacas dentro de un cafetal. *Nano* Díaz termina sus apuntes ese día con esta anotación:

A las 10 de la noche llegamos a una estancia en Dos Brazos de Apeladero donde nos pusimos a cocinar plátanos con bacalao, también freímos una pierna de macho que comimos con plátanos. Toda la noche se la pasó lloviendo. Tuvimos que dormir en el suelo y amanecimos enfangados hasta los ojos. Nos acostamos a las 3 de la mañana. El camino fue de quince horas por las faldas de las lomas y la ribera del río.

JUEVES 16 DE MAYO

Amanece lloviendo en el campamento rebelde a orillas del arroyo del Indio. A las 10:00 de la mañana, cuando escampa, los combatientes juntan candela para cocinar. Algunos aprovechan para bañarse en las frías aguas del arroyo.

Fidel envía a Edelfín Mendoza a Pino del Agua para comprar algunas provisiones que ya escasean y tratar de averiguar la cantidad de soldados estacionados allí.

Nano Díaz narra en su diario: “Comimos dos cubos de plátanos con manteca, luego hicimos un cubo de potaje de frijoles con el hueso de la pierna, que quedó divino y se mandaron a buscar unas facturas que pensamos que lleguen hoy”.

Che ha permanecido buena parte de la mañana en una casa cercana, al cuidado del combatiente golpeado la noche anterior. Después de vendar al herido, parte con los integrantes de la escuadra de retaguardia hasta el lugar donde se encuentra acampado el grueso de la columna. Ese día escribe en su diario:

Pasó parte de la mañana lloviendo y sin noticias del comando [se refiere a la columna], ya me aprestaba

a seguir camino buscando la gente cuando apareció Bruno Acuña con la orden del comandante que dejara al enfermo en alguna casa de confianza y siguiera con la retaguardia. Me mandaron los medicamentos pedidos y enyesé al herido dejándolo después en una casa abandonada, aunque unos vecinos lo vieron, de modo que se resolvió cambiarlo a la noche. El comando realmente no estaba lejos y después de caminar aproximadamente un kilómetro llegamos a un caserío donde estaba el Estado Mayor, allí pasamos lo que restaba del día acechado por las consultas de los guajiros y de los soldados nuestros. En un momento anunciaron que había soldados en las cercanías, pero resultó una falsa alarma debido a la confusión en que cayó un guajiro que nos vio pasar con el herido.

Alrededor del mediodía llega al campamento Enrique López, quien relata a Fidel lo sucedido la madrugada anterior. Esa mañana, tras la intervención de *Lalo Pupo*, los guardias del cuartel de Uvero dejaron ir a Enrique, quien acto seguido había explicado a Lalo el plan para el traslado de las armas desde Santiago de Cuba. Luego había emprendido la subida a la loma en su mismo camión, no sin antes pasar de nuevo por el cuartel para recoger un talonario de pases que el jefe de la guarnición le había prometido para facilitar sus movimientos por la zona.

Ya Fidel ha decidido enviar un enlace a Santiago para exponer a Frank el proyecto y participar en las coordinaciones necesarias para su cumplimiento. La cortesía de los guardias con los pases facilitan la salida del emisario. El jefe rebelde encomienda esta misión al teniente René Ramos Latour, cercano colaborador de Frank en la clandestinidad santiaguera. Daniel, como es conocido René entre sus compañeros, se baña y afeita, se viste con ropa de campesino y parte poco después con Enrique López hacia la costa. Al llegar a Uvero, localizan a *Lalo Pupo*, quien recomienda al combatiente

seguir en jeep hasta La Bija, cerca de Chivirico, donde normalmente las goletas llegan para recoger botellas vacías y otras mercancías. Esa misma tarde, René embarca en la goleta *La Fe* con rumbo a Santiago de Cuba, mientras *Lalo Pupo* sigue viaje por tierra.

En el campamento de la guerrilla, *Nano* Díaz sigue escribiendo:

Nos pasamos el día tranquilo y hasta pude dormir una siesta. Como a las 5 un campesino avisó de que había soldados cerca. Enseguida mi escuadra se trasladó a la casa donde está el Estado Mayor y emplazamos la ametralladora en una piedra que domina los caminos que entran a la forma de valle que estamos acampados.

Ya de noche regresa Edelfín Mendoza después de haber cumplido en Pino del Agua las dos encomiendas de Fidel. La noche está clara y muy fría. Muchos combatientes se refugian en las casas más cercanas para dormir. Enrique López llega de nuevo al lugar con la noticia de que Daniel ha embarcado sin contratiempos.

Esa misma noche, Daniel llega a Santiago de Cuba y hace contacto de inmediato con Frank País. Tras escuchar el mensaje del enviado de Fidel, por la madrugada Frank imparte instrucciones precisas a Juan José Otero y los demás responsables de las armas almacenadas en la finca de éste en El Cañón, cerca de Puerto Boniato, para que estén preparados a realizar en cualquier momento el envío a la Sierra Maestra.

VIERNES 17 DE MAYO

Temprano en la mañana la columna rebelde, acampada desde hace dos días en la zona de Dos Brazos de Peladero, emprende camino con dirección sureste. Al llegar los combatientes al firme de la loma de la Campana, a más de

1.200 metros de altura, los sorprende un fuerte aguacero. Fidel ordena detener la marcha. En ese momento la tropa guerrillera cuenta ya con unos 120 combatientes, aunque no todos están debidamente armados.

Nano Díaz narra en su diario:

A las 6 estaban todas las escuadras listas para seguir la marcha. A las 7 1/2 partimos hacia los montes cercanos. En esta zona abundan mucho los ríos. Lo que hay es muchas viandas. Los campesinos cooperan en todo lo que pueden. Toda la Sierra Maestra está con nosotros y la mayoría se nos quieren unir. Como a las 11 empezó a llover.



Fidel y un grupo de combatientes rebeldes en la Sierra Maestra, a mediados de mayo de 1957. De izquierda a derecha: Guillermo García, Che, Universo Sánchez y Crescencio Pérez; de cuclillas al centro, Raúl Castro.

Esa mañana, en Santiago de Cuba, René Ramos Latour, quien ha llegado la tarde anterior a la ciudad enviado por Fidel, se entrevista con Teófilo Babún, uno de los propietarios de la empresa Relámpago, que opera el embarcadero de

Uvero y varios bateyes madereros en la zona por la que se está moviendo la guerrilla. La entrevista ha sido concertada por Arturo Duque de Estrada, uno de los colaboradores más cercanos de Frank País. Duque acompaña al combatiente en la reunión. El nuevo plan concebido por Fidel para el recibo de las armas supone necesariamente la colaboración de Babún. El industrial acepta la propuesta, y manda buscar a *Lalo Pupo*, el administrador de su establecimiento en el Uvero, para discutir en detalle la forma de llevar a cabo el traslado.

Lalo también ha viajado a Santiago la tarde anterior para ayudar en estas coordinaciones, y propone enseguida el medio que puede utilizarse. En casi todos los viajes que hacen a Uvero, las goletas de Babún llevan grasa y combustible para uso de los camiones de la empresa. Estos productos se transportan en los tanques metálicos de 55 galones que habitualmente han servido para ese fin. La solución pudiera ser envolver convenientemente los componentes del cargamento y ocultarlos en estos bidones, preferiblemente en los que contengan marfax, la grasa gorda que se usa para el mantenimiento de copillas. Dentro de esa melcocha espesa y sólida el cargamento quedaría bien sujeto, sin posibilidad de movimiento ni peligro de que golpee el interior de los bidones por muchos tumbos que éstos reciban al ser manipulados.

Hecha la consulta por Daniel, Frank acepta la solución. *Lalo Pupo* hace llegar de inmediato a Gerardo Rivas, combatiente clandestino del Movimiento en Santiago, unos cuantos tanques nuevos llenos de marfax. Rivas los traslada esa misma tarde a la finca de Juan José Otero, donde están guardadas las armas. Lalo parte luego de regreso a Uvero para informar a Enrique López de lo acordado, y esa misma noche vuelve de nuevo a Santiago.

Teófilo Babún, por su parte, se ha quedado pensando. Ha aceptado cooperar con la guerrilla, más que por simpatía con la causa rebelde, por una razón netamente oportunista. Hombre sagaz y hábil negociante, está consciente de que Fidel representa una amenaza real para el régimen de Batista,

y desde ahora quiere comenzar a asegurar su posición futura en caso de una victoria insurreccional, pensando que la revolución en el poder no significará otra cosa que un cambio de personas. En este sentido, Fidel ha calado bien en su psicología y ha previsto acertadamente que el astuto empresario estaría de acuerdo con el plan. Pero Babún sabe que está corriendo un riesgo, y quiere buscar garantías adicionales contra cualquier tropiezo o posibilidad de fracaso.

Esa tarde Babún se comunica por radio con su base en Uvero y pide que se le haga llegar a Gilberto Cardero el mensaje de que se traslade urgentemente a Santiago. Cardero es el administrador en Uvero de los intereses de la Belon Company, la empresa propietaria de la madera que suministra en pie de monte a los Babún. A partir de sus contactos de negocios, los dos hombres han establecido relaciones personales y de bastante confianza mutua. Babún sabe, además, que Cardero ha mantenido excelentes contactos con el coronel Alberto del Río Chaviano hasta la sustitución de éste en abril como jefe del Regimiento no. 1, pues era el encargado de entregarle en persona el cheque por mil pesos que, una vez al mes, le hacían llegar a Chaviano conjuntamente las empresas Belon y Relámpago. Estas relaciones permiten a Cardero una virtual carta blanca para embarcar hacia Uvero lo que quiera, a pesar de los controles impuestos por la guerra.

Mientras tanto, el destacamento guerrillero continúa detenido en el monte, en espera de que cese la lluvia. Poco después de las 3:00 de la tarde, la columna continúa camino. Los combatientes descienden ahora por la falda meridional de la loma de la Campana. Dos horas después acampan a la orilla del arroyo del Indio. Che escribe ese día en su diario:

Salimos por la mañana con dirección sur, subiendo una loma y bajando a un arroyo donde acampamos y dormimos. Llegaron noticias de que ya las armas están en camino. Desertó un Mora [Iraldo], hermano de otros dos que tienen cierta responsabilidad; se

quedó un poco atrás con el aparente propósito de cazar y desapareció. Andrew [Saint George] no pudo irse todavía pero ya más consolado [por haber obtenido finalmente la entrevista grabada con Fidel].

La tarde continúa nublada y lluviosa. A las 5:30 las escuadras comienzan a cocinar. *Nano* Díaz continúa su relato:

A las 4 1/2 llegamos al lugar donde íbamos a acampar, como especie de una cañada, a la orilla de un arroyo. Allí esperamos las armas. A las 5 repartieron arroz, para un solo día, que comimos a las 8 de la noche, con viandas y bacalao. Por la noche llovió un poco.

Hace frío.

SÁBADO 18 DE MAYO

El destacamento guerrillero permanece acampado todo el día junto al arroyo del Indio. La lluvia es constante.

Por la mañana llega Enrique López al campamento rebelde. Pronto las noticias sobre la inminente llegada de las armas y la composición del cargamento se riegan entre todos los combatientes y producen la natural expectación. Aparte de lo que esta inyección de recursos significa para las potencialidades combativas de la guerrilla, muchos, si no todos, alimentan la esperanza de mejorar su armamento personal.

Che anota en su diario:

Todo el día lo pasamos en el mismo lugar, hostilizados por una lluvia pertinaz que casi no dejó cocinar. Llegaron noticias del arribo de 25 armas y 6 mil tiros. Las armas son diez Johnson, diez fusiles de cerrojo, tres ametralladoras y otras dos armas más que no se conocen.

A media tarde, cuando la mayor parte de los combatientes que no están de guardia o han salido a explorar descansan en sus hamacas, alborota súbitamente el

campamento el mugido de una res. La novilla se resiste a caminar, aunque viene amarrada y halada por un campesino a caballo. El recién llegado es Domingo Hernández, carnicero del batey de Uvero, a quien *Lalo Pupo* ha instruido el día anterior que compre el animal y lo suba al lugar donde acampa el destacamento rebelde. Domingo ha emprendido camino temprano la noche anterior. Lo acompaña el campesino Anselmo Rodríguez, conocido por Sansán, a quien ha pedido ayuda en tan engorrosa tarea.

La res es sacrificada de inmediato por los matarifes de la columna, y la carne se reparte por escuadras para júbilo de los crónicamente hambrientos combatientes. Mientras se prenden los fogones de leña y se cocina, Fidel sigue las noticias en la radio, entre ellas la anunciada transmisión al día siguiente en los Estados Unidos del reportaje realizado en la Sierra Maestra por el periodista norteamericano Robert Taber. La noticia alegra a todos en el campamento rebelde, salvo a Andrew Saint George, a quien remuerde la envidia profesional.

Che narra al respecto: “Llegó a alegrar nuestra dieta una vaca de 10 arrobas que fue inmediatamente digerida. Las noticias de la radio se centralizan sobre la película de la Sierra Maestra que se exhibirá mañana por televisión en todo Estados Unidos”.

Fidel encarga a Domingo Hernández sacar al periodista, quien después de haber logrado la entrevista con el jefe rebelde ya ha concluido su labor y ahora está especialmente apurado por regresar a su país. Domingo debe acompañarlo hasta la costa y procurar embarcarlo sin contratiempo hacia Santiago de Cuba. El día anterior el jefe rebelde ha entregado a Saint George un documento redactado en inglés en el que se reconoce el trabajo realizado por el reportero durante las semanas que acompañó a la columna y se le invita a regresar de nuevo a la Sierra cuando lo desee como corresponsal de guerra. Andrew Saint George ha sabido ganarse la simpatía y la confianza de los combatientes, y ha logrado con ello

cumplir la otra parte de la misión que lo ha llevado a la Sierra Maestra: la de agente de los servicios de inteligencia de los Estados Unidos. No será hasta sus siguientes subidas a la montaña cuando esta condición empezará a hacerse cada vez más evidente.

A la caída de la tarde, Saint George parte a caballo con sus guías y todos sus equipos y notas. Caminan toda la noche y al amanecer del día siguiente llegan a la casa de Sergio Rodríguez, padre de Sansán, en Babujal. El campesino oculta al periodista hasta que éste logra embarcar en una goleta hacia la capital oriental. Che apunta: “Sorpresivamente y cuando nadie lo esperaba, Andrew salió con un guía y todas sus cosas; tomará un yate que lo llevará a Santiago”.

La noche vuelve a ser fría en el cañón del arroyo del Indio donde acampa la guerrilla. *Nano* Díaz asienta en su diario:

Todo el campamento durmió la mañana, hasta casi las 11 que me levanté para recoger un arroz y unas arencas para cocinarlas por la noche. Aquí solo comemos una sola vez al día y no mucha cantidad. Todo el día lo pasamos sin comer nada hasta que por la tarde llegó un saco de arroz que repartieron y un pedazo de carne de vaca de una que mataron por la tarde. Así que comimos un arroz con carne e hicimos un poco para el otro día. Toda la noche se la pasó lloviendo y nos tocó a mi escuadra la custodia de él [se refiere al prisionero Pascual Aldana, cabo del ejército detenido días antes].

Desde la noche anterior, en la finca de Juan José Otero, cerca de Puerto Boniato, la actividad es febril. En el escondite subterráneo preparado tiempo antes por el Movimiento, se han depositado las armas que han ido llegando de La Habana a la casa de Miguel Ángel Duque de Estrada, en San Basilio 404, las cuales han sido luego trasladadas a aquel lugar por Taras Domitro y Luis Felipe Rosell en viajes sucesivos desde la ciudad a la finca, a 16 kilómetros de distancia.

El propio Otero, Gerardo Rivas, Luis Felipe Rosell, Juan Vivero y otros militantes participan en los preparativos. Los tanques de marfax son abiertos y parte de la grasa es arrojada en un corral, donde los puercos se la comen para la gran desesperación del dueño. Los fusiles y las ametralladoras se desarmen, y las piezas se envuelven cuidadosamente en pedazos de nylon. Lo mismo se hace con el parque. Algunos fusiles vienen todavía en su papel de fábrica. Luego los paquetes se van introduciendo uno a uno en la oscura y espesa pasta oleaginosa. Es un trabajo lento, engorroso, que les lleva la madrugada completa. Todos terminan exhaustos y embarrados de grasa de pies a cabeza.

En total se utilizan cuatro tanques. Una vez que se les ha echado dentro todo, se les vuelve a colocar la tapa y el anillo que la cierra. Al final, parecen bidones normales, sólo que bastante más pesados. Al amanecer el trabajo ha concluido. Esa misma tarde los tanques deberán ser embarcados en el muelle llamado del Carbón, en la Alameda de Santiago de Cuba. Comienza ahora la fase más riesgosa del plan.

Uno de los inconvenientes más serios de la finca de Otero es que sólo tiene acceso por la carretera de San Luis, por lo que para ir a ella desde Santiago o viceversa hay que pasar necesariamente frente a la posta militar en Quintero, a la salida de la ciudad. Los combatientes clandestinos del Movimiento han resuelto esta dificultad efectuando siempre el trasiego de pertrechos entre las 12:00 y las 2:00 de la tarde, a la hora en que el sol santiaguero pica con más fuerza y los guardias prefieren, en consecuencia, permanecer bajo la sombra. A pesar de los innumerables viajes que se han dado a la finca del Cañón, nunca ha sido detenido ni registrado ninguno de los vehículos.

Por eso, a la hora ritual del mediodía sale de la finca la camioneta de la fábrica de mosaicos Vivero, uno de los vehículos que el Movimiento utiliza asiduamente para estos peligrosos trasiegos. Al timón va Juan Vivero. Detrás, cuatro

tanques de marfax. La camioneta entra sin novedad en Santiago y alrededor de las 5:00 de la tarde llega al muelle. Teófilo Babún ha dado instrucciones al capitán de la goleta *Maribel*, la que hará esa noche la travesía hasta Uvero, que reciba personalmente estos tanques y los una a los otros veintitantos bidones que componen el resto de la carga. Raúl Alarcón, a quien todos conocen por Jabaíto, lleva quince años como capitán en la empresa, y este interés de Babún le causa extrañeza.

A esa misma hora, Gilberto Cardero, quien ha viajado por la mañana a Santiago en avioneta desde Uvero en respuesta al mensaje de Babún y ha sido impuesto por éste de toda la cuestión, está observando desde el bar El Farito, del otro lado de la Alameda, y ve llegar la camioneta. Por Teófilo Babún se ha enterado Cardero que su suegro *Lalo Pupo* está involucrado también en tan aventurada empresa. Pero en ese momento Cardero no sabe que en la esquina contraria, desde otro bar, Lalo hace lo mismo. Y ninguno de los dos sabe tampoco que por todos los alrededores del muelle se ha desplegado un comando del 26 de Julio, del cual forman parte el propio Frank, Oscar Lucero y Luis Miguel Vivero, entre otros, cuya misión es vigilar la operación y proteger la retirada de las armas en caso de que algo falle.

Pero todo sale bien. Los tanques se cargan en el barco, y cerca de la medianoche la *Maribel* emprende el viaje hasta Uvero. La travesía dura unas seis horas y media. A bordo de la goleta viaja Héctor Pupo, hijo de Lalo, quien se hace acompañar de su familia para disimular.

Cardero arranca a toda prisa en su jeep de regreso a Uvero. Un poco más tarde sale *Lalo Pupo*, con igual destino. Ambos se han comprometido a estar presentes en la descarga de los bidones. Babún también ha dicho que aterrizará a primera hora en su avioneta y hará lo posible por distraer al jefe del cuartel.

DOMINGO 19 DE MAYO

La mañana despierta otra vez nublada y lluviosa en el campamento de la columna guerrillera. En espera de lo que, si todo sale bien, debe recibirse ese día, Fidel ha decidido no moverse del lugar. Los combatientes descansan, cocinan, algunos aprovechan para lavar sus ropas o limpiar sus armas.

Che apunta en su diario: “El radio se descompuso y no pudimos oír la entrevista radial desde Estados Unidos [se refiere a la misma entrevista a Fidel incluida en la película de Bob Taber]. La mañana transcurrió sin mayores incidentes”.

La rotura del radio no permitirá a los combatientes conocer tampoco la noticia de que el coronel Pedro A. Barrera asumía nuevamente el mando de las operaciones militares en la Sierra Maestra.

Por su parte, *Nano* Díaz escribe:

Como a las 11 llegó el compañero Alejandro [Carballé] que fue con Armando y José Quintana [se refiere a los hermanos Armando y José Antonio Véliz] a una misión y nos trajo unas galletas, tres latas de leche y algunas pastillas de chocolate y algunos caramelos; así que pasamos la mañana bien. Tomamos café con leche y comimos carne ripiada. Al rato Alejandro salió a otra misión. Hace dos días que no para de llover.

A unos 10 kilómetros de distancia en línea recta hacia el sureste, detrás de la montaña, se trabaja esa mañana en la descarga de la goleta *Maribel*, que poco después del amanecer ha arribado a Uvero con su carga inusual. Ya Gilberto Cardero está esperando. La embarcación ha maniobrado como de costumbre y se ha colocado de popa, a unos 40 metros de la costa. Alcibíades Hadfeg, uno de los operadores del güinche, ha iniciado la rutina de descarga. Los soldados de posta en el embarcadero observan con indiferencia el movimiento al que ya están acostumbrados.

Desde la goleta halan la chalana que se utiliza para la operación cuando las condiciones del mar lo permiten. La tripulación baja los primeros tanques. Desde el güinche, Alcibíades hala la chalana hacia la rampa que sube a la caseta del embarcadero desde el agua. Otros trabajadores suben la carga a la plataforma.

Hay una extraña tensión en el ambiente. Cardero está preocupado. *Lalo Pupo* no ha llegado. Los camiones no aparecen. A causa de la lluvia, no ha habido mucho movimiento en esos días, y seguramente los choferes están en el bar que queda en la salida del camino a Chivirico. Jabaíto no quiere bajar a tierra y desde la goleta ordena que el resto de los tanques se tire al agua para acelerar la descarga. Es el procedimiento que se sigue cuando la mar está muy fuerte.

Luis García ha empezado a operar el güinche, pues Alcibíades se ha sentido indispuerto de repente. Ya varios bidones saltan entre las olas. Los ayudantes del güinche los van empujando desde el agua hasta donde los puedan sujetar con los ganchos con que son halados a la costa. Ahora ocurre algo insólito: uno de los tanques, al caer al mar, se hunde al fondo como una piedra. Hay que zambullirse para amarrarlo bajo el agua y poderlo sacar.

Cardero siente una voz conocida a sus espaldas: —Buenos días, compay. ¿Y ese milagro usted por acá tan temprano?

Es el sargento Néstor Domínguez, del cuartel.

—¿Qué hubo, sargento? No, lo que pasa es que me voy para Santiago en la goleta cuando terminen de cargar.

—Oiga, ¡como vienen tanques esta vez!, ¿eh? Yo pensé que con el agua que está cayendo en estos días no se necesitaría tanto combustible.

Es preciso desviar la atención del sargento. Héctor Pupo ya ha traído un camión y lo ha colocado junto al embarcadero.

—No crea —le dice Cardero al guardia—, siempre hace falta. Ahora el problema que veo es que no hay gente para

cargar el camión, y además nos hace falta otro chofer. Siempre es lo mismo un domingo. No quiero que me coja el aguacero aquí abajo.

—Hombre, no hay problema, no faltara más.

El sargento ordena a dos de los soldados que ayuden a cargar. Los guardias acomodan los bidones en el camión.

Cuando concluye la descarga de la goleta, Cardero saca los camiones del batey y los deja en Agua Hedionda, a poco más de un kilómetro al oeste por el camino de la costa, donde comienza el terraplén que sube hacia la loma. Héctor Pupo conduce el camión sobre cuya cama van los cuatro bidones de marfax con las armas y uno más de gasolina.

Cardero regresa al embarcadero, para supervisar la carga de la goleta. Aún no ha llegado Teófilo Babún en la avioneta, tal como había prometido. En eso aparece *Lalo* Pupo en un jeep. Cardero le indica el lugar donde ha situado los camiones y la necesidad de que de inmediato suba con ellos a la loma.

Lalo busca otro chofer, de los propios soldados, y va hasta los camiones. Monta en el primero y los carros arrancan loma arriba. Detrás, algo distanciado, va el que lleva su hijo Héctor con las armas.

El camino se bifurca después de pasar el alto de la Virgen. Lalo toma por la izquierda y un poco más arriba, cerca del Hoyo de Frías, lo detiene una patrulla de soldados. Es parte de una compañía al mando del capitán Merob Sosa, que baja desde Pino del Agua hacia la costa. Los soldados le ordenan descargar el camión y suben al vehículo para seguir viaje en él hacia abajo. Lalo continúa a pie hasta la Cooperativa para informar a Enrique López que las armas vienen subiendo por la loma. Enrique manda un aviso al campamento rebelde y sale en dos tractores con algunos de sus trabajadores a encontrarse con el otro carro.

Héctor Pupo ha tomado el camino de la derecha, según lo acordado, y llegando al entronque de Frías tiene que detenerse. Una enorme piedra, aflojada de la ladera por las lluvias, ha caído sobre el terraplén y lo ha obstruido. Instantes

después llega Enrique López y entre todos se disponen a iniciar la operación de bajar los tanques del camión.



Fidel revisa una de las ametralladoras calibre 30 recibidas por la guerrilla días antes del combate del Uvero.

En el campamento rebelde, entretanto, crece la impaciencia por la falta de nuevas noticias sobre las armas. Después del mediodía se advierte que ha desertado uno de los dos integrantes de la columna que varios días antes habían planteado su interés en causar baja por razones de incapacidad física. El hecho de la desertión, siempre grave, resulta especialmente peligroso en este momento, pues todos conocen de la inminente llegada de las armas. De inmediato se envían dos combatientes en busca del fugado.

Preocupado por lo sucedido, Fidel considera mover el campamento a otro lugar. Pero cerca de las 4:00 de la tarde llega el emisario de Enrique López con la noticia de que las armas están cerca, a bordo de un camión en el punto acordado, y que pueden ir a recogerlas.

La noticia se difunde pronto entre la tropa y todos quieren participar en la misión. Fidel dispone que vayan dos hombres de cada escuadra, al mando del capitán Juan Almeida.

Che narra en su diario:

Por la tarde escapó uno de los dos hombres que se querían ir, se mandó dos muchachos en su busca pero nada se sabe de ellos todavía. Fidel estaba preocupado y pensando levantar inmediatamente el campamento cuando llegó la noticia de que las armas ya estaban en un camión en el punto de cita. Hubo un momento de ansiedad cuando se supo que un camión cargado de guardias había bajado del aserrío, en dirección contraria, pero simplemente iban para la playa. Se mandaron 25 hombres.

Por su parte, *Nano* Díaz anota: “A las 4 nos avisaron que están cerca las armas. Treinta voluntarios fueron en su busca, como a tres horas de camino”.

Por el camino, los combatientes sienten el ronquido de un motor. Es el camión donde bajan los soldados con los cuales ha topado *Lalo* Pupo un rato antes. El combatiente Manuel Morales, uno de los que ha salido en busca del desertor, escucha mucho más cerca el ruido y tiene que echarse a un lado del camino para no ser visto.

Cuando el grupo conducido por Almeida llega al lugar acordado, encuentra que ya Enrique López está terminando de bajar los tanques del camión y los está llevando con los tractores para un recodo del camino. Lluve fuerte.

Luego de colocar varias postas convenientemente, el capitán rebelde ordena a los combatientes abrir los tanques de marfax y empezar a vaciarlos. Comienza la molesta y sucia faena de extraer de la sólida grasa los paquetes donde vienen las armas envueltas, así como las cajas de balas. Cuesta mucho trabajo desprender la espesa sustancia. Toda la tropa se da a la tarea de limpiar lo más posible las piezas y armarlas.

En medio del camino, en plena labor bajo el aguacero, *Nandín* Castillo cae de pronto hacia adelante y pierde el conocimiento. Ha sufrido una especie de calambre producido por el engarrotamiento del cuerpo, que los campesinos de la Sierra conocen por “cuca”. Al cabo de unos minutos, el combatiente recupera el sentido y prosigue la limpieza de las armas.

Cae la noche, fría, húmeda y oscura. El duro trabajo se prolonga hasta bien entrada la madrugada. *Nano* Díaz relata:

Las armas venían en bidones de aceite, cubiertas de grasa. Tuvimos que armarlas todas y limpiarlas con gasolina. Venían tres ametralladoras trípode, tres fusiles ametralladoras, once fusiles Johnson, ocho M-1 y cantidad de parque. La limpieza duró hasta las 3 de la mañana y fue en el medio de un camino real. Sólo comimos un poco de leche con un pedazo de queso. Ahora sí estamos en condiciones de un gran combate.

Esa misma noche, la cadena norteamericana de televisión CBS trasmitía en los Estados Unidos el documental elaborado a partir de las imágenes filmadas a finales de abril y principios de mayo por el reportero Robert Taber y el camarógrafo Wendell Hoffman. La película de media hora de duración, titulada *Rebeldes en la Sierra Maestra* —sin duda el documento gráfico más importante de todo el primer año de lucha guerrillera—, comienza con vistas de la montaña y de rebeldes que salen detrás de árboles y arbustos. Después de una breve explicación de la situación general en Cuba y de numerosas escenas de patrullas y campamentos rebeldes, la parte central está dedicada a una extensa entrevista con los tres jóvenes norteamericanos procedentes de la base naval de Guantánamo que se habían incorporado a la guerrilla junto con el grupo de refuerzo del marabusal y unas declaraciones de Fidel sobre su comportamiento en la tropa. Siguen otras secuencias de la vida guerrillera, entre ellas la curación del combatiente Alberto Vázquez y la mención del

médico extraviado varios días —Che—, hasta llegar al momento culminante del material, que son las escenas de la subida de la columna al pico Turquino el 28 de abril y la larga entrevista con Fidel en inglés al pie del monumento de Martí, tras la cual viene la famosa secuencia final de los rebeldes cantando el Himno Nacional con los fusiles en alto. Uno de los fotogramas de esta secuencia es la conocida imagen que se ha convertido, por su fuerza plástica y simbólica, en símbolo y resumen del espíritu combativo, la decisión de lucha y la fuerza interna de la Revolución cubana.

El reportaje de Taber es un documento objetivo, elaborado por su autor desde una óptica de simpatía hacia la lucha que se desarrollaba en esos momentos en la Sierra Maestra y en el resto del país. Su publicación puso en ridículo una vez más al gobierno de Fulgencio Batista y constituyó un nuevo paso en la quiebra del velo de desinformación tendido alrededor de la lucha rebelde encabezada por Fidel. Como apuntaría la revista *Bohemia* en su edición del 9 de junio siguiente, “el documental cinematográfico de la Columbia Broadcasting System clausuró un capítulo en el itinerario de la Sierra Maestra. Se sabía que después de este sensacional reportaje, testimonio vivo de la presencia rebelde en las montañas, se romperían las hostilidades, poniendo fin a largas semanas de dudas y rumores”.

CUARTA PARTE

EL COMBATE DEL UVERO

20 - 28 de mayo de 1957



Fidel, a la izquierda, y un grupo de rebeldes junto a una parte de las armas recibidas el 19 de mayo de 1957 por la guerrilla. Se aprecian en el centro dos ametralladoras calibre 30 y una bípode Madsen, que formaba parte del cargamento.

LUNES 20 DE MAYO

El destacamento que ha partido la tarde anterior al mando de Almeida a buscar las armas, regresa al campamento rebelde a orillas del arroyo del Indio alrededor de las 4:00 de la madrugada.

La alegría es general en la tropa. Después que los recién llegados descansan un rato, casi todos los combatientes se dan de nuevo a la tarea de seguir limpiando el armamento recién recibido.

Che anota en su diario ese día el inventario exacto de las nuevas armas:

[Los enviados a recoger las armas] regresaron al amanecer trayendo la preciosa carga; esto es: tres trípodes, tres fusiles ametralladoras marca Maxim, nueve M-1 y diez Johnson, además de 6 mil tiros. El único inconveniente es la falta de parque para los M-1 que sólo asciende a 45 tiros por carabina. En principio la distribución se hará así: un M-1 para Ramirito, dos para la vanguardia, dos para la retaguardia y cuatro para cuidar dos trípodes; los Johnson no tienen destino todavía; las Maxim, una para Jorge, otra para Almeida y una para el Estado Mayor, que probablemente maneje yo; las trípodes: una para Raúl, otra para Guillermo y otra para Crescencio.

Por su parte, *Nano* Díaz escribe:

Nos levantamos a las 9 de la mañana, nos pusimos de nuevo a limpiar todas las armas. Fidel estaba contentísimo. Después se repartieron según la experiencia del soldado. A mi escuadra se le dio una ametralladora trípode calibre 30. Ahora mi escuadra consta de dos ametralladoras y el personal se está aumentando a catorce hombres.

Ese mismo día Fidel realiza la distribución de las nuevas armas, atendiendo a las conveniencias militares de la columna y a los méritos adquiridos y la antigüedad de los combatientes. A Celia Sánchez se le asigna una de las carabinas M-1. Aunque viene muy poco parque para los M-1, las armas recibidas de Santiago significan un salto cualitativo apreciable en el volumen de fuego de la tropa rebelde, en particular en lo que se refiere al automático. Hay ahora armamento suficiente para equipar a unos 100 combatientes, de los cuales más de sesenta pueden contar con armas plenamente idóneas para el combate guerrillero. A partir de este momento, la guerrilla está en condiciones de emprender acciones de mayor envergadura. Ahora sólo queda decidir el objetivo.

Esa mañana se incorporan al destacamento guerrillero los jóvenes Joel Iglesias y Hermes Leyva, que junto a otro nombrado Benedicto han seguido el rastro de la columna hasta topar con ella la tarde anterior y han permanecido retenidos en la retaguardia. Los dos primeros son aceptados por Fidel después de conversar con ellos, como es su costumbre.

Uno de estos nuevos incorporados, Joel Iglesias, de sólo 15 años de edad, integrará ese mismo día la nueva escuadra que se constituye al mando de Che, compuesta además por Alejandro Oñate y los hermanos Manuel y *Popo* Beatón como ayudantes del fusil ametralladora Madsen que, en demostración de confianza y reconocimiento a su capacidad, Fidel entrega al destacado combatiente.

Al parecer, es esa mañana cuando Fidel decide licenciar de la guerrilla a los expedicionarios Francisco González, Gabriel Gil y Esteban Sotolongo, quienes desde hace cerca de dos meses acompañan a la columna y se encuentran en condiciones físicas bastante malas. Los tres combatientes salen con un guía rumbo a Canabacoa.

Por la tarde se levanta el campamento y la columna emprende la marcha. Los rebeldes cruzan el arroyo y comienzan a ascender en dirección al alto del Indio. Van

eufóricos, pero cansados y con hambre. Al coronar el firme, el destacamento se detiene junto a un claro del monte. Prosigue relatando *Nano* Díaz: “En todo el día no comimos nada. Hace 48 horas que no vemos la comida. A las 4 se puso el campamento en acción. Seguimos la marcha atravesando un monte, por su firme”.

Che anota:

Al atardecer quitamos las hamacas y despaciosamente fuimos ascendiendo por el monte en dirección a una nueva casita con su sitio adecuado para esperar el camión. Previamente se habían distribuido las armas más o menos como se había previsto. Llegó el hombre que se había mandado a perseguir al fugado informando que este había tomado la dirección de la costa tomando un barco para Santiago, probablemente para informar al gobierno de todo.

La columna reanuda al rato la marcha y cerca de las 6:00 de la tarde sale a un terraplén maderero. En el fango del camino están marcadas las huellas que indican el tránsito frecuente de camiones. Tras otras dos largas horas de marcha, llegan ya oscuro al Hoyo de Frías, en la zona donde está el batey de la cooperativa maderera.

Los pelotones acampan a la orilla del camino, mientras el estado mayor se instala en una casita de trabajadores donde los espera una abundante provisión de víveres que ha preparado Enrique López. Un combatiente por escuadra se adelanta para recoger la mercancía, que consiste en arroz, bacalao, viandas y cigarros. *Nano* Díaz relata:

Como a las 6 cogimos un camino real que pasan camiones. Ya caminamos por los caminos, a la vista de todo el mundo. Acampamos a las 7 1/2 al lado del camino cerca de una casa donde había una factura, fuimos uno por uno por escuadra a buscar la comida de la misma. Comimos el ñame con plátano y bacalao

y luego un arroz con bacalao. Más tarde hicimos un cubito de atole como postre. Comimos hasta reventar. Nos acostamos a la 1 de la mañana. Ahora somos más que antes los dueños de la Sierra Maestra.

Che concluye sus anotaciones ese día:

Ya de noche llegamos al nuevo campamento, instalándonos nosotros, para pasar la noche, en un ranchito de trabajadores. Quedó constituida una nueva escuadrilla formada por los cuatro hombres que llevan la ametralladora que voy a manejar; son ellos: Popo, Beatón, Oñate y un muchachito recién incorporado de nombre Joel. Este muchacho vino con dos más a unirse, sin ninguna clase de aviso, dos fueron admitidos y el tercero no.

MARTES 21 DE MAYO

La tropa rebelde se mueve de nuevo al amanecer. La columna sube por el cauce de un arroyo y, después de hacer un alto en la marcha para un conteo del parque y otros medios, los combatientes siguen ascendiendo por un trillo que faldea uno de los altos del Hoyo de Frías.

A las 11:00 de la mañana, Che recorre los pelotones para repartir algunas medicinas. En las mochilas ya casi no hay provisiones.

Nano Díaz escribe:

A las 5 estábamos levantados. A las 5 1/2 nos pusimos en marcha rumbo al monte firme donde pensamos pasar unos días. Toda la compañía se encuentra con ánimo tremendo, con ganas de pelear para destrozarnos a los soldados. Estamos en el barrio que se llama la cooperativa donde los campesinos cooperan en todo y con la ayuda que tenemos hasta tractores a nuestra disposición y facilidad a traer armas y mercancías. Al compañero Raúl Perozo le

cambiaron el fusil Mendoza por un Johnson automático de 11 balas. Un fusil modernísimo y de gran alcance y volumen de fuego. A las 11 dieron orden de acampar en la falda de una loma cercana, no teníamos provisiones.

A media tarde, para sorpresa de todos, llega Dionisio Oliva al nuevo campamento. El eficaz colaborador campesino viene desde su casa en la Caridad de Mota, casi al otro extremo de la Sierra, con informes de Manzanillo y noticias de movimientos enemigos por la zona que acaba de cruzar. Che asienta en su diario: “El día pasó sin mayor incidentes, por la tarde llegó Dionisio con mensajes y otro hijo de Crescencio. Se resolvió dar de baja a dos más: un hombre de Crescencio, con una herida verdadera, y un hombre de Guillermo, con un dolor cuya realidad desconozco, en el abdomen”.

Más tarde una de las postas detiene a un campesino que pasa cerca, por el camino. Se trata de Pascual Rodríguez, trabajador de la compañía maderera de Álvaro Caro y vendedor de billetes de lotería. Luego de ser interrogado por Fidel, el detenido permanece prisionero junto con el cabo Aldana.

Nano Díaz sigue relatando:

Como a las 5 de la tarde detuvieron a un billetero que pasaba por el camino real y se hizo sospechoso, encargaron a mi escuadra la custodia del billetero. A las 6 1/2 me pidieron dos hombres para ir a la tienda a buscar mercancías, fue el compañero Eloy [Rodríguez Téllez] y otro más y llegaron a las 12 de la noche y entonces nos pusimos a cocinar viandas con chorizos y después arroz con chorizos. Nos acostamos a las 4 de la mañana.

Che aprovecha la salida de este grupo hacia la Cooperativa y se va con ellos. Enrique López ha avisado que tiene una hija enferma. A los pocos minutos de camino los combatientes llegan al caserío construido por la compañía

Relámpago para mantener a sus trabajadores cerca de las operaciones de corte y carga de madera en la montaña. El batey cuenta con unas 10 ó 12 viviendas de tablas de pino, machihembradas y cogidas con tornillos para permitir su fácil arme y desarme, con piso de madera y techo de cartón tabla de dos aguas. Las casas constan de una salita, habitación y cocina. La compañía ha instalado allí una planta para generar electricidad y proveer de agua corriente a todas las instalaciones. Hay también una tienda. Muy cerca está otro campamento para trabajadores sin familia. En la Cooperativa, además del administrador y los capataces y empleados, residen los cortadores, operadores de equipos, camioneros y mecánicos.

Che narra lo siguiente:

Por la noche fui a ver a la niña de Enrique López, un viejo amigo de Fidel que es administrador o capataz de la compañía Babún, aprovechando un viaje de los hombres a buscar mercancías. Nos recibieron magníficamente y nos convidaron con una buena y abundante comida sazónada por manos de mujer. Al filo de medianoche llegamos al campamento, con los víveres distribuidos por escuadra.

Sobre estos días previos al combate del Uvero, Che escribe en sus memorias de la guerra:

Nuestro enemigo más malo en esta época del año era la “macagüera”, una especie de tábano llamado así porque parece que pone sus huevos y nace en el árbol llamado macagua; en determinada época del año prolifera mucho en los montes. La “macagüera” daba unas picadas en lugares no defendidos que, al rascarnos, con toda la suciedad que teníamos encima, se infectaban fácilmente ocasionando absesos de más o menos consideración. Siempre la parte no defendida de nuestras piernas, las muñecas y el cuello, tenían el testimonio del paso de la “macagüera”.

MIÉRCOLES 22 DE MAYO

Durante la noche se ha recibido la noticia en el campamento guerrillero de que los guardias de Uvero están preparando una salida a la montaña para el día siguiente. Poco después del amanecer Fidel da la orden de partir. Tiene la intención de preparar una emboscada a esta tropa sobre el camino por el que debe subir.

Antes de partir, Che atiende apresuradamente al combatiente Francisco Muñoz, integrante del refuerzo del marabusal y de la escuadra que ahora dirige Miguel Ángel Manals después de la bajada de Daniel, a quien debe entablillarle un brazo golpeado.

El destacamento guerrillero lleva algo más de una hora de marcha cuando alcanza a la columna Gilberto Cardero, quien después de su eficaz participación en el traslado de las armas ha venido a conocer a Fidel y expresar su disposición a seguir colaborando. Cardero confirma la información de que los soldados subirán ese día.

Poco después, la columna reanuda la marcha y asciende hasta alcanzar el firme cerca de las 9:00 de la mañana. Allí se organiza la emboscada sobre el camino por donde transitan camiones de la compañía para la extracción maderera. Se emplazan las armas automáticas y los combatientes se disponen a esperar al enemigo, atentos y en silencio.

Al mediodía llega Enrique López a las posiciones rebeldes para informar a Fidel que esa noche subirá un camión con mercancía para la tienda de la Cooperativa, parte de la cual él destinará a la columna. Veamos el relato de Che:

Por la mañana partimos todos para un alto sobre un camino, a tender una emboscada pasándonos allí la mayor parte del día. Antes tuve que atender a un hombrón llamado Muñoz, de la escuadra de René, que tiene un poderoso Cafard, pero además se golpeó en un brazo lo que aprovechó para pedir irse. Al mediodía apareció Enrique por la emboscada

dándonos una serie de datos sobre mercancías que llegarán.

Por su parte, *Nano* Díaz anota:

Hoy que pensamos dormir la mañana dieron la orden de recoger el campamento para avanzar un poco más adelante, subimos la loma hasta el firme, donde pasa un camino que transitan camiones y Willys y nos situamos en forma de emboscada en espera de unos camiones de soldados que teníamos confianza que pasarían temprano. [...] Emplazamos las ametralladoras en tal forma que si venían no escaparía ni uno solo. Estamos emboscados desde las 9 de la mañana. El día está lluvioso, cayendo llovizna a cada rato.

Cerca de las 3:00 de la tarde regresa Gilberto Cardero. Esta vez lo acompañan Elio Bertot, joven de 21 años vecino de Río Grande, a unos 4 kilómetros al este de Uvero, y otro campesino. Cardero ha venido de nuevo para informar que los soldados ya no subirán ese día. En vista de ello, Fidel ordena levantar la emboscada a las 5:00 de la tarde, y la columna regresa al campamento anterior.

Durante el trayecto, la vanguardia guerrillera topa con un joven campesino del que los combatientes tratan de ocultarse. Pero el muchacho los ha visto y les grita. Se detiene la marcha y Fidel interroga al adolescente, quien explica que tiene un sobrino enfermo y ha bajado al camino a ver si pasa un carro para sacarlo. El jefe rebelde decide dejarlo ir.

El grueso de la columna continúa de vuelta al campamento, mientras el estado mayor y algunos otros combatientes, guiados por Eligio Mendoza, se encaminan al batey de la Cooperativa para aguardar la mercancía anunciada por Enrique López. Che anota al respecto: “Nosotros decidimos ir a visitar el batey y allí nos dirigimos por camino y todavía de día; tuvimos que hacer prisionero a un muchachito charlatán que se decía amigo nuestro”.

Fidel y sus acompañantes llegan al caserío cerca de las 6:30 de la tarde. El jefe rebelde dispone las postas en los caminos de acceso. Prosigue relatando Che:

Al anochecer llegamos al batey donde ya había llegado Jorge [Sotús], por otro camino, a traernos una serie de cartas de gentes del Movimiento en Santiago. Entre ellos un informe de René [Ramos Latour] anunciando la llegada de las armas nuevas y una de David [Frank País], muy claro en cuanto a táctica revolucionaria se refiere, anunciando además el envío de más cosas, entre ellas varios morteros de 61 milímetros.

Los combatientes toman refrescos y compran algunas cosas en la tienda. Luego visitan todas las casas del batey, donde los trabajadores los reciben con muestras de simpatía y les brindan café y otras cortesías. Después regresan todos a la casa de Enrique López, donde Fidel conversa largamente con el administrador y escucha las noticias de la radio.

Ya cerca de la medianoche, escuchan el ruido de un camión que se acerca al lugar. Los combatientes toman posiciones. El vehículo se detiene frente a la casa y Enrique López sale a su encuentro. Se trata del carro que están esperando con la mercancía para la tienda del batey.

Che concluye sus anotaciones ese día:

En el batey procedimos a visitar a todas las chocitas y luego nos comimos un opíparo asado de puerco con arroz. Al filo de medianoche llegó un camión cargado con mercancías para la bodega del batey pero del que nos dieron una parte a nosotros. Dormimos en casa de Enrique.

JUEVES 23 DE MAYO

Antes del amanecer, Fidel y los que andan con él parten en un camión de la casa de Enrique López en dirección al

Hoyo de Frías, donde está el campamento de la columna. En el carro va la mercancía separada la noche anterior. Al llegar se reparten los víveres por escuadras.

Al mediodía llega Domingo Hernández, el carnicero de Uvero, con un corpulento toro prieto que de inmediato sacrifican Manuel Fajardo y otro combatiente. La cuota de carne que toca a cada escuadra esta vez es abundante.

Che narra en su diario de campaña:

En la madrugada nos levantamos y fuimos transportados en camión hasta el campamento. Allí se hizo el reparto de toda la mercancía y por la tarde llegó un enorme buey que fue sacrificado, 22 arrobas de carne fueron repartidas entre la tropa hambrienta que comió como lo hacen los leones.

Por su parte, *Nano* Díaz apunta:

Nos levantamos a las [anotación ilegible] de la mañana y fuimos a recoger un adelanto de la factura que llegó: arroz, ñame, manteca, sal, garbanzos, todo esto era para una sola comida. Después mataron un buey y tocamos carne en cantidad, como una arroba cada escuadra, así que pasamos el día un poco ocupados con las mercancías.

A las 5:30 de la tarde se da la orden de cocinar. Las escuadras prenden candelas con la leña que ya cada una tiene acopiada. Pero cuando más entusiasmados están en los trajines de la cocina, se escucha el ruido de un avión y se ordena apagar rápido los fuegos hasta que se determina que ha pasado el peligro.

Esa tarde, Fidel ha vuelto a dar oportunidad de dejar la tropa a aquellos que quieran hacerlo. Se acerca el momento de entrar en acción, y el jefe rebelde quiere liberar a la guerrilla del lastre que suponen los indecisos o inconformes con la vida guerrillera, que en el momento del combate pueden perjudicar la eficacia de la columna o poner en peligro la vida de algún compañero. Ese día son varios los que se acogen

a la posibilidad que se les brinda, entre ellos todos los integrantes, menos uno, de la escuadra de Efigenio Reyes, incluido su jefe, del pelotón de Guillermo García. Sólo Crucito, el poeta campesino, se mantiene firme en su puesto. Causan baja también dos miembros del pelotón de Crescencio, así como Francisco Muñoz, al que Che había puesto un yeso el día anterior, y Orestes Guerra, quien muy pronto volverá a incorporarse. Aristidio Hernández, que días atrás se ha golpeado y fracturado una costilla, vuelve a la columna aunque sólo por unos pocos días.

Al respecto, Che escribe en sus memorias de la guerra:

Nuestra lucha contra la falta de preparación física, ideológica y moral de los combatientes era diaria; pero los resultados no siempre eran halagüeños. Muchas veces pedían permiso para retirarse por los motivos más mínimos y si se les negaba, sucedía lo que en este caso [se refiere al desertor del día 19]. Y hay que considerar que la desertión se castigaba con la pena de muerte aplicada en el lugar de la detención.

Y Juan Almeida escribe, a su vez, a propósito de la vida en la guerrilla:

La verdad es que la lucha en las montañas es dura; siempre enyugado al peso de la mochila, sometidos al hambre y las vicisitudes, viviendo a la intemperie, teniendo por techo el cielo y las estrellas cuando no llueve, porque con lluvia y frío esto es aquí una prueba de resistencia metido debajo del nylon, si aún lo tiene sano.

Lo cierto es que las últimas semanas de caminatas han significado una dura prueba para todos los combatientes. Para muchos se trataba de jornadas al parecer inacabables y sin un rumbo determinado ni un propósito claro. No sólo se ponía a prueba la resistencia física, sino también la disciplina, el tesón, la solidaridad y el espíritu colectivista de la tropa.

El enemigo durante todo este tiempo no habían sido los soldados. Muchos se quejaban de que habían venido a la Sierra a combatir, no a subir y bajar lomas. Los enemigos eran el cansancio, la lluvia, el hambre, el fango, la sed, los insectos, el frío, el cuidado constante del arma y del equipo, la loma, las llagas en los pies; eran también la inacción y la nostalgia. Pero ya a estas alturas, los que habían llegado hasta aquí después de vencer a estos enemigos, eran verdaderos guerrilleros. Ya podían ir al combate con la seguridad de la victoria.

Después de los licenciamientos, la columna rebelde queda integrada por unos 125 combatientes.

En su diario Che anota ese día:

Para limpiar un poco el ambiente se dio [rienda] libre a todos los que quisieran licenciarse; al llamado respondieron el grande de la mano enyesada, dos hombres de Crescencio y una escuadra casi completa, la de Efigenio [Reyes], del pelotón de Guillermo, con él [Efigenio Reyes] incluido. Sólo quedó un hombre fuera de la razzia. Algunos, luego que Fidel los tratara duro quisieron echar atrás pero ya no se les permitió. En total se fueron nueve dejando el total de hombres en 127, casi todos armados ahora. El hombre de las costillas rotas ya se incorporó a nosotros y parece bueno. Lo curioso es que uno de los que habían intentado irse anteriormente y por eso fuera detenido no quiera irse ahora y siga contento en la escuadra de Nano.

Esa noche los combatientes comen hasta hartarse. *Nano* Díaz, para quien el tema de la comida es casi obsesivo—como para muchos de los otros que también llevan diarios de campaña y, en general, para casi todos los guerrilleros—, inserta ese día estas minuciosas notas gastronómicas:

A las 5 1/2 dieron orden de prender fuego y empezamos con unos bisteces como de a libra cada uno,

acompañados de ñame con mojo, cuando acabamos hicimos un sopón de hueso de vaca que hasta sudamos después que nos lo comimos y de postre un fanón de harina, colamos café carretero y después un arroz con garbanzos que nos comimos también. Aquí cuando se puede cocinar se come hasta explotar.

VIERNES 24 DE MAYO

No ha amanecido aún cuando se corre la voz por la tropa rebelde que debe estar lista para partir en cualquier momento. La marcha, sin embargo, no se emprende hasta las 8:00 de la mañana.

La columna vuelve a subir por la misma falda que escalaron los combatientes camino de la última emboscada. Cuando alcanzan el lugar donde esperaron inútilmente a los guardias dos días atrás, siguen más adelante hasta adentrarse en el monte. Allí los alcanza Marciano Oliva, el colaborador que vive en Santana, cerca de Santo Domingo. Trae informaciones sobre nuevas armas, uniformes y otras mercancías que van a ser introducidas en la Sierra por aquella zona distante. Fidel le da algunas instrucciones.

Cuando Marciano parte de regreso poco después, lo acompaña Marcelo Fernández, incorporado a la guerrilla desde finales de abril en ocasión de la subida del periodista norteamericano Robert Taber. Aunque Marcelo ha marchado con la columna más de un mes y ha expresado su disposición a permanecer en la Sierra, Fidel ha considerado conveniente que se reintegre a la lucha en el llano para cubrir el frente de propaganda del Movimiento, cuyo responsable anterior, Carlos Franqui, ha sido detenido en La Habana a mediados de marzo cuando la Policía ocupó la imprenta clandestina del periódico *Revolución*.

Nano Díaz relata en su diario:

A las 5 estábamos listos para la partida en espera de la orden. Mi escuadra se compone de catorce hombres. A las 8 nos pusimos en marcha, subiendo lo que faltaba de la loma hasta llegar al camino donde hace poco tendimos la emboscada. Caminamos como una hora hasta adentrarnos en el monte, por el camino llegó el campesino del barrio de Santana, Marciano [Oliva]. Entre las noticias que trajo era que el compañero del barrio de Alejandro [Carballé], que se había unido a nosotros, la señora había dado a luz una hembra. Se puso de lo más contento a pesar que hace tres días que tiene un empacho que casi no puede comer.

La columna prosigue la marcha. Al mediodía los combatientes hacen un alto para descansar. Dos horas más tarde siguen camino, y una hora después llegan al lugar escogido para tender la nueva emboscada, donde se intersectan tres caminos carreteros. Los pelotones emplazan sus ametralladoras en posiciones convenientes. Comienza de nuevo la espera, silenciosa, tensa e inmóvil. A lo lejos se escuchan los ruidos de un aserrío y el movimiento de camiones.

Che escribe en su diario:

Con el enorme peso resultante del buey emprendimos una marcha cuesta arriba que a mí me produjo mi principio de asma, subimos una loma de 1.625 metros y al otro lado, en el camino, nos emboscamos. Con la bípode fui a instalarme sobre el mismo camino, en una posición buena para barrer la columna pero nada envidiable para esconderse si viene algún guajiro, cosa que realmente sucedió por lo que, al vernos, debimos detenerlo. Al final resultó hermano de la mujer de Enrique [López] y la sangre no llegó al río. Por allí no pasaron guardias.

La columna permanece emboscada en el lugar hasta las 6:00 de la tarde. A esa hora es evidente que tampoco ese día pasarán los guardias, y Fidel ordena levantar las posiciones.

Nano Díaz anota:

Acampamos a las 12 y descansamos hasta las 2 que seguimos la marcha. Como a las 3 nos emboscamos en el cruce del camino y estuvimos emboscados hasta las 6 de la tarde que seguimos la marcha por el camino. Este lugar se llama La Siberia, lleva ese nombre por el frío que hace aquí a las 2 de la tarde, parece como si no hubiera sol, y el frío como si estuviéramos en invierno.

La columna acampa en el fondo de una cañada profunda de monte virgen. La bajada hasta el arroyo es trabajosa. Entre las lluvias incesantes de los últimos días y la humedad perenne del bosque, el suelo está enfangado y resbaloso. El microclima del lugar hace justicia al elocuente nombre que le han dado a la zona sus primeros pobladores.

Nano Díaz concluye así sus anotaciones de esta fecha:

Como a las 7 bajamos a una cañada que tiene como 200 metros de profundidad y acampamos a la orilla de un arroyo, un lugar molestísimo donde la leña está como las esponjas de mojada y no había donde amarrar las hamacas, tuvimos que amarrarlas en unas matas de helechos que a media noche se cayeron y tuvimos que dormir en el suelo, medio congelados por el frío.

Che, característicamente, es mucho más escueto: “Al anochecer fuimos a acampar a un arroyo muy frío y muy incómodo”.

SÁBADO 25 DE MAYO

Fidel ha decidido permanecer en el lugar. El día anterior, por intermedio de Enrique López, ha enviado aviso a *Lalo Pupo* para que suba desde Uvero.

Nano Díaz anota en su diario:

Nos levantamos temprano y recogimos las mochilas, luego se nos avisó que nos quedaríamos hasta mañana, que salíamos a las 5 de la mañana. No teníamos nada de provisiones, sólo un poco de azúcar y café, así que pasaríamos un día con un poco de hambre.

Ya son varias las emboscadas que se han dispuesto en espera de una tropa enemiga en movimiento, pero ninguna ha dado fruto. Ni los guardias de Pino del Agua ni los de Uvero han manifestado intención de moverse de sus cuarteles respectivos. El jefe rebelde no quiere esperar más para hacer entrar en acción a la columna.

Fidel comprende que no puede seguir dilatando la presencia inactiva de su tropa en esa misma zona. Los firmes y valles por donde se han movido los combatientes durante estos días tienen acceso relativamente fácil desde los dos puntos donde existen guarniciones enemigas. Esta parte de la montaña está cruzada en todas direcciones por caminos madereros, que posibilitan el movimiento de fuertes contingentes de soldados. El enemigo, con algo más de información o decisión, pudiera lanzar una ofensiva por dos frentes que crearía una situación complicada y podría obligar a una retirada rebelde hacia el oeste.

Por otra parte, Fidel sabe que ha llegado el momento de probar en el combate a la tropa bisoña que ya considera lo suficientemente preparada para la lucha guerrillera, después de las últimas semanas de caminatas y penalidades. Con sagaz percepción, comprende que un aplazamiento ulterior del combate puede tener un efecto psicológico perjudicial para la mayor parte de los integrantes de la tropa.

Por las informaciones que ha escuchado de Enrique López y Gilberto Cardero, el jefe rebelde ha llegado a la conclusión de que el cuartel de Uvero puede ser un objetivo apropiado para los fines que está buscando. Se trata, sin duda, de una guarnición fuerte, compuesta, según se dice, por unos 60 guardias bien pertrechados y armados. Semejante instalación sólo podrá ser derrotada como resultado de un asalto frontal, que no es el tipo de acción más conveniente para la guerrilla. Pero Fidel tiene confianza en las potencialidades combativas de sus hombres. Por esas mismas características del objetivo, la captura de un cuartel como el de Uvero, en la actual coyuntura de levantamiento de la censura de prensa en el país, obligará al gobierno de Batista no ya a admitir la existencia del grupo guerrillero en la Sierra Maestra, que se ha empeñado en negar públicamente, sino que el régimen tendrá forzosamente que reconocer ante la opinión pública nacional, por la evidencia misma de los hechos, que aquel puñado de hombres desorientados y hambrientos de que habla se ha convertido en una fuerza pujante de más de cien combatientes capaces de tomar por asalto un puesto militar poderoso y bien defendido.

Pero es preciso contar con información más detallada para poder preparar el plan de combate más efectivo y que garantice la menor cantidad de bajas posible entre los atacantes. Para eso ha mandado buscar a *Lalo Pupo*, quien por su condición de viejo residente en el lugar, administrador del batey, vecino del cuartel y hasta amigo de los guardias, puede ser, junto con Cardero, de gran utilidad.

Esa mañana Lalo sube bien temprano en su jeep desde Uvero hasta la Cooperativa, donde Enrique López le indica el rumbo que debe seguir para dar con el campamento guerrillero. Poco después llega hasta las postas rebeldes cerca del camino. Siguiendo las instrucciones que ha recibido, ha amarrado un pedazo de tela blanca al parabrisas del vehículo. Trae algunas latas de leche, botellas de miel y otras provisiones.

Sin revelarle a Lalo el plan que está madurando para atacar el cuartel de Uvero, durante la conversación que sostienen Fidel lo somete hábilmente a un sutil pero minucioso interrogatorio sobre la disposición del cuartel y de su entorno, la posición y número de postas, la cantidad exacta de soldados, el armamento con que cuentan, las comunicaciones que utilizan, los caminos de acceso al lugar, las características físicas del batey, la vegetación existente, el relieve, las demás instalaciones, la población civil. Cuando el jefe rebelde agota sus preguntas, Lalo le cuenta que Teófilo Babún, el dueño de la empresa, quiere conocerlo y está dispuesto a subir a la loma para conversar. Fidel está de acuerdo, y le dice que trasmita a Babún el aviso de que lo espera a la mañana siguiente.

Cuando el visitante se despide finalmente, Fidel sube con él hasta donde ha quedado el jeep. Desde el alto, Lalo le indica algunos detalles del paisaje en el llano, entre ellos la ciudad de Bayamo, la carretera de Ventas de Casanova y las torres de algunos centrales. Luego parte de regreso a Uvero, desde donde seguirá viaje esa misma tarde hasta Santiago para transmitir a Babún la respuesta del jefe guerrillero. Esa noche *Lalo Pupo* regresa a Uvero para esperar a la mañana siguiente la llegada del empresario y acompañarlo en la subida al encuentro con Fidel.

En el campamento rebelde, mientras tanto, ese mediodía se empiezan a escuchar por el radio de baterías las primeras noticias acerca del desembarco la noche anterior, en la costa de la bahía de Nipe, al norte de la provincia de Oriente, de una expedición armada llegada a bordo de un yate llamado *Corynthia*. Según el parte oficial del ejército, habían desembarcado 27 expedicionarios, de los cuales dos ya se habían entregado. Más tarde se informará de la captura de otros tres. El resto, se decía, trataba de internarse en las estribaciones de la Sierra Cristal, aunque eran perseguidos de cerca por fuerzas pertenecientes al Regimiento no. 8 de Holguín, al mando del coronel Fermín Cowley, y se estaban enviando refuerzos desde La Habana y Camagüey.

La expedición del *Corynthia* había salido de Miami el 19 de mayo. El grupo expedicionario, comandado por Calixto Sánchez White, estaba integrado por militantes de la llamada Organización Auténtica, grupo opositor de tendencia insurreccional organizado por el ex presidente Carlos Prío, y había sido preparado en la República Dominicana. Con este desembarco se pretendía abrir un nuevo frente guerrillero en las montañas orientales. Ese mismo día, en efecto, las tropas radicadas en Holguín, a las órdenes del connotado asesino Cowley, habían comenzado la persecución de los expedicionarios.

Para los combatientes del *Corynthia* se inician jornadas de agonía. Faltos de prácticos, no aciertan a alcanzar las estribaciones de la Sierra Cristal para internarse en las montañas. El enemigo bloquea todos los caminos. Los expedicionarios comienzan a sentir los rigores del hambre, la sed y el cansancio. Al cabo, se dividen en dos grupos, el más numeroso al mando de Calixto Sánchez.

El destino de estos combatientes será trágico. El 28 de mayo, el mismo día del combate del Uvero, quince expedicionarios, entre ellos el propio Calixto Sánchez, son hechos prisioneros en Brazo Grande y asesinados cruelmente con las manos atadas a la espalda. En total, mueren 16 de los 27 que han desembarcado, según el ejército en combate. Algunos son hechos prisioneros y unos pocos logran escapar.

Pero todavía nada de esto ha ocurrido, ni se conocen aún detalles sobre la composición del grupo expedicionario. Ese día Che anota en su diario: “Pasamos el día en el lugar, sin mayor novedad, salvo que la radio anuncia un desembarco rebelde en la región de Mayarí. Según la radio de 27 desembarcados ya fueron capturados 5; la gente parece ser la de Trujillo”.

A la caída de la tarde las escuadras preparan, como de costumbre, los fogones en los que cocinarán la comida del día. Las provisiones escasean de nuevo. Esta vez vuelve a escucharse el ruido de un avión y vuelven a apagarse rápidamente las candelas. Lo que ha causado dos veces la

alarma en el campamento no es más que el paso sobre la montaña del vuelo comercial de pasajeros que dos o tres veces por semana cubre alrededor de esa hora el itinerario entre Santiago de Cuba y La Habana.

Esa noche, el campesino Ramiro Cruz, de la escuadra de vanguardia, deja su fusil Mendoza y decide bajar sin autorización en busca de medicinas. Más adelante se reincorporará a la guerrilla. Che consigna el hecho y agrega varios comentarios especulativos: “Por la noche se fugó un hombre de la vanguardia que tenía un problema estomacal y parecía medio pendejo. No hay muchas posibilidades de que sea chivato. Vino y se fue Lalo [Pupo]”.

Nano Díaz apunta al final de ese día:

A las 6 empezamos a cocinar un poco de carne para trece hombres, luego tomamos café y algunos compañeros se pusieron a hervir dos patas que quedaban para tomarse el caldo. Yo hace dos días que me está dando fiebre, por un nacido que me ha salido y el Che me dijo que va a operar mañana, cuando se pueda dormir mejor.

DOMINGO 26 DE MAYO

Muy temprano la columna rebelde se pone nuevamente en movimiento. Los combatientes suben al firme y por dentro del monte regresan al lugar donde dos días atrás han preparado la más reciente emboscada contra el enemigo sobre el camino maderero. Che relata en su diario:

Sin mucho apuro, iniciamos la marcha. Al llegar al lugar de la emboscada de días antes, nos alcanzó uno de los hombres volantes que tenemos, trayendo un prisionero que, según informes es policía disfrazado. Del interrogatorio no surge nada concluyente, según él, es fidelista y viene a unirse a nosotros.

El combatiente Manuel Morales ha dado alcance a la columna. Trae detenido al negro Plácido Despaigne, de quien se sospecha es un soldado disfrazado. Fidel lo interroga. Despaigne refiere que hace algunos días ha salido de Ramón de Guaninao y que desde Pino del Agua lo persiguen dos guardias con perros. Insiste en que viene a unirse a la guerrilla. Las explicaciones no son muy convincentes y, ante la duda, el jefe rebelde ordena que el recién llegado permanezca en la columna, pero en calidad de prisionero.

Nano Díaz escribe ese día:

A las 5 estábamos listos para partir de nuevo. A las 6 salimos a camino y regresamos al lugar donde le pusimos la emboscada. Allí vimos la *Bohemia* donde aparece la entrevista del periodista americano Bob [Taber] con Fidel con algunas fotografías. Nos pusimos muy contentos. Ayer recibimos la noticia de que habían desembarcado en la bahía de Nipe algunos hombres que pertenecen a la AAA [se refiere erróneamente a la organización opositora conocida como Triple A, organizada por Aureliano Sánchez Arango].

El número de la revista *Bohemia* a que se refiere *Nano*, que esa mañana hojean algunos combatientes, es el fechado el 26 de mayo, que ha comenzado a circular en todo el país varios días atrás. Trae una entrevista al camarógrafo norteamericano Wendell Hoffman sobre su subida y estancia a la Sierra junto con Robert Taber. El reportaje y las fotos que lo acompañan son elocuentes como testimonio de la lucha rebelde, pero a Fidel le incomodan el título sensacionalista puesto por la redacción de la revista y un pasaje del texto del que pueden interpretarse que el jefe guerrillero repudia la acción del asalto al Palacio Presidencial el 13 de marzo por un comando del Directorio Revolucionario. Ese mismo día Fidel redactará un documento que enviará al Movimiento en Santiago de Cuba con alguno de los enlaces que están subiendo al campamento rebelde, con la indicación de que

sea entregado a la prensa y divulgado por los medios clandestinos del 26 de Julio, en el que desmiente la condena que se pone en su boca y expresa: “Aunque nuestro Movimiento no intervino en ese hecho, respaldamos de todo corazón a los valientes que pretendieron así, inmolando sus vidas, poner fin a la dictadura”. Y concluye Fidel: “Ahora más que nunca, es cuando hay que intensificar la lucha en todos los órdenes y el Movimiento debe llevarla a cabo nacionalmente, con todas sus fuerzas”.

Se trataba de salir rápidamente al paso de lo que, a todas luces, constituía un temprano intento por sembrar la desunión entre las fuerzas revolucionarias. Ya para entonces la lucha por la unidad de esas fuerzas es una de las prioridades estratégicas de Fidel. Su concepción unitaria se manifiesta ahora también en la decisión de realizar de inmediato una acción de envergadura como una manera de apoyar el desembarco de los expedicionarios de la Organización Auténtica el día anterior.

No se trata ciertamente de una expedición organizada por el Movimiento 26 de Julio. Por el contrario, los expedicionarios desembarcados por Cabonico pertenecen a una organización que responde a una línea ideológica y estratégica bastante diferente a la planteada por Fidel y el Ejército Rebelde en la lucha contra la dictadura de Batista. No obstante, son cubanos que han venido a luchar, y quizás a morir. La experiencia del *Granma* indica que contra los expedicionarios del *Corynthia* se desatará la más feroz persecución. Completamente al margen de toda consideración sectaria, Fidel considera que es preciso apoyar ese gesto con una muestra activa de solidaridad. Y la forma más adecuada de hacerlo es asestar un golpe que pueda tener como consecuencia distraer la atención militar del enemigo común sobre otra región de la provincia de Oriente, a fin de aliviar la difícil situación de los expedicionarios y permitirles reagrupar sus fuerzas y alcanzar las montañas sin mayores contratiempos.

El ataque a Uvero permitirá también lograr ese objetivo solidario. Sin embargo, otros combatientes, entre ellos Che, tienen el criterio de que es preferible escoger como objetivo alguna columna móvil de las que el enemigo en algún momento tiene forzosamente que enviar dentro de la montaña. Ese día se suscita una discusión sobre este tema entre varios de los oficiales de la columna, que pronto se polariza en los dos criterios defendidos respectivamente por Fidel y Che. Así lo narra el propio Che en sus memorias de la guerra:

Opinaba yo que no se podía desperdiciar la oportunidad de tomar un camión y que debíamos dedicarnos específicamente a cazarlos en las carreteras donde pasaban despreocupadamente para arriba y para abajo, pero Fidel ya tenía en mente la acción del Uvero y pensaba que sería mucho más interesante y lograría un éxito mucho más rotundo el hacer esta acción capturando el puesto del Uvero, pues sería un impacto psicológico grande y se conocería en todo el país, cosa que no sucedería con el ataque a un camión, caso en que podían dar las noticias de unos muertos o heridos en un accidente en el camino y, aunque la gente sospechara la verdad, nunca se sabría de nuestra efectiva presencia combatiente en la Sierra. Eso no quería decir que se desechara totalmente la idea de capturar algún camión en condiciones óptimas, pero no debíamos convertirlo en el centro de nuestras actividades.

Ahora, después de varios años de aquella discusión en que Fidel tomó la decisión, pero no me convenció, debo reconocer que era justa la apreciación y que hubiera sido mucho menos productivo para nosotros el tener una acción aislada sobre alguna de las patrullas que viajaban en camiones. Es que, en aquel momento, las ansias de combatir de todos nosotros nos llevaban siempre a adoptar las actitudes más

drásticas sin tener paciencia y, quizás, sin tener visión para ver objetivos más lejanos.

Podría añadirse en favor de la posición de Fidel el hecho de que varias veces en los últimos días la columna había dispuesto esas emboscadas, y los guardias no habían subido. No había garantía alguna de que el enemigo se moviera en los próximos días y, por ende, de que pudiera lograrse el objetivo de dar el golpe deseado en el momento propicio para distraer fuerzas de la persecución contra los expedicionarios del *Corynthia*.

En su diario de campaña la anotación de Che sobre este asunto es un simple apunte, aunque en dos líneas recoge la esencia del debate:

Estuvimos todo el día emboscados y en el curso del mismo surgió una discusión con Fidel pues yo decía que no se podía desperdiciar la oportunidad de agarrar 50 ó 60 guardias en una emboscada, y él que no se podía atacar sino a un cuartel por la fuerza moral que ello tiene. Se ha pensado en principio atacar Uvero que tiene 60 soldados.

Lalo Pupo ha estado esperando esa mañana a Teófilo Babún en Uvero, pero al ver que no llega sube por delante a la loma para esperarlo en el campamento rebelde donde se ha entrevistado con Fidel el día anterior. Allí le informan que el jefe guerrillero y el grueso de la tropa rebelde han salido al amanecer a emboscar al enemigo, y que Fidel ha dejado dicho que es necesario aplazar la entrevista para el día siguiente. Lalo aguarda hasta el mediodía. Cuando se dispone a emprender el regreso, convencido ya de que Babún no subirá ese día, aparecen Gilberto Cardero y el industrial en un jeep que viene conduciendo el primero.

Babún ha salido tarde de Santiago en su avioneta y, al llegar a Uvero y no encontrar a Pupo, ha pedido a Cardero que lo conduzca a la cita con Fidel. Lalo les comunica el mensaje de Fidel y emprende el regreso hacia la costa. Babún y Cardero permanecen un rato más en el campamento.

Cuando van bajando de vuelta, Gilberto Cardero le pregunta directamente a Babún cuáles son las razones por las que ha aceptado cooperar con la guerrilla. El empresario, que tiene la suficiente confianza con Cardero, le habla con franqueza:

—Mira —le dice con su voz ronca—, esta gente anda mal vestida y en malas condiciones, pero se ve que tienen energía, disciplina y que están dispuestos a luchar. No me cabe la menor duda de que Fidel es un hombre inteligente y es valiente. Fíjate cuando lo del Moncada y todo lo demás. La gente lo sigue, pero, así y todo, es muy difícil que pueda tumbar a Batista. Tú sabes que yo no me llevo bien con la gente de Batista, pero mi hermano sí, porque nos conviene. Pero quiero que sepas que nosotros estamos apoyando a todos los de la oposición, a Prío, a Aureliano. Uno nunca sabe lo que puede pasar, y mañana triunfa cualquiera de estos grupos y hay que estar bien con todos ellos. Batista está muy apoyado por los americanos, pero si alguien le va a dar un dolor de cabeza grande, ese es Fidel. Por eso me conviene ayudarlo ahora a él también.

Mientras tanto, el grueso de la columna sigue emboscada en espera del paso de alguna patrulla enemiga. Después del mediodía se siente varias veces ruidos de camiones. Aunque los choferes de la Cooperativa se han comprometido a avisar cuando transporten guardias, haciendo como si los motores fallaran, y los camiones que se han escuchado no han tenido fallo en sus motores, Fidel ha orientado a los combatientes mantenerse alertas.

Poco después llega Enrique López, con la noticia de que en la Cooperativa han aparecido tres sujetos que parecen ser espías de los guardias. Prosigue relatando Che:

Por la tarde llegó un gordo hacendado de la zona [Teófilo Babún] a ofrecer vacas y malangas. Vino con

Caldero [Gilberto Cardero], el yerno del administrador de la compañía Babún en Uvero [Lalo Pupo]. Fidel citó al hombre para el mediodía de mañana. Nos enteramos por Enrique que había tres guardias disfrazados en el batey y hacia allí mandamos tres hombres.

Por su parte, *Nano* Díaz apunta: “El día lo pasamos tranquilo. Dos compañeros de mi escuadra salieron en busca de guardias especiales que pasaron cerca del campamento, eran tres. Estuvimos toda la mañana esperando la factura”.

Pasadas las 4:00 de la tarde, Fidel decide levantar la emboscada. Una vez más han esperado en vano al enemigo. Pero esta será la última, según la decisión ya tomada por el jefe rebelde. La columna guerrillera sube un trecho por el camino maderero y toma por otro secundario, junto al cual se establece el nuevo campamento unos 200 metros más adelante.

Las escuadras juntan candela, en espera de una mercancía que debe llegar. Pero en su lugar regresa Enrique López a informar que uno de los guardias disfrazados de campesinos ha desaparecido y que se escuchan camiones cerca del batey. Fidel teme que el espía pueda haber averiguado algo y haya ido a avisar, y sale de inmediato con el grueso de la columna a ocupar posiciones en una nueva emboscada. Edelfín y Jesús, hijos de Eligio Mendoza, quienes junto a su hermano Luis se han incorporado definitivamente al destacamento rebelde esa misma tarde, han recibido la orden de partir en busca de los otros dos soldados que se han quedado en el batey.

Prosigue relatando *Nano* Díaz:

Como a las 7 cuando empezamos a cocinar un poco de garbanzos que nos quedan, dieron la orden de estar todo listo para el combate. [...] Partimos enseguida 83 hombres, antes de partir nos comimos los garbanzos que estaban duros como balines. Salimos al camino real, caminamos como media hora y nos emboscamos en la carretera. Se mandaron dos

hombres en busca de los tres especiales, los que fueron de mi escuadra, al no encontrarlos fueron en busca de otro más lejos.

Una escuadra rebelde se acerca al dormitorio de los trabajadores solteros de la Cooperativa, donde están los dos presuntos espías. Los combatientes entran por las dos puertas, sorprenden a los guardias y los hacen prisioneros.

Che relata:

Nosotros nos movimos hasta un nuevo lugar frente a una aguada en un camino lateral. Allí esperábamos alimentos y cigarrillos cuando en vez de eso llegó Enrique nuevamente, a avisar esta vez que se había ido uno de los guardias y que se oía ruido sospechoso en las inmediaciones del Batey; Fidel supuso que Casillas estaba cerca y ordenó el avance de 80 hombres hacia el lugar, al mismo tiempo, dos hombres se animarían a tratar de capturar los guardias. Tomamos posiciones en el lugar cuando se nos informó que todo estaba tranquilo y que los chivatos estaban en nuestro poder.

Los prisioneros son conducidos ante Fidel. Algunos combatientes manzanilleros los identifican como masferre-ristas, es decir, miembros de los grupos paramilitares organizados por el senador batistiano Rolando Masferrer, notorios por sus asesinatos y abusos. Se les encuentran documentos comprometedores que esconden en las medias. Los dos hombres confiesan finalmente haber sido enviados por el teniente coronel Casillas, jefe de las tropas enemigas estacionadas en Pino del Agua, para descubrir la ubicación de la columna rebelde y delatar sus colaboradores en la zona. Llorando, piden clemencia abyectamente.

Che lo refiere así: “Al rato los prisioneros, un blanco y un negro, el blanco llorando a lágrima viva, confesaron tener órdenes de Casillas de andar rondando para averiguar cosas. No daban lástima pero sí repugnancia en su cobardía”.

Por su parte, Nano apunta: “Como a la hora subían del valle a dos de los tres chivatos detenidos, se pusieron a llorar como las gallinas”.

Fidel de la orden de retornar al campamento. El destacamento llega al lugar donde ha permanecido el resto de la columna cerca de las 2:00 de la madrugada. Los combatientes se acuestan con hambre. Hace un frío espantoso esa madrugada.

Pero apenas una hora después el campamento se espabila de nuevo por la llegada de un camión cargado de provisiones: carne de puerco, viandas y otros víveres. A esa hora las escuadras se ponen a cocinar.

Nano Díaz concluye sus anotaciones de la fecha:

Al averiguar que no había ninguna trampa regresamos al campamento. Como a las 2 de la mañana colamos un café y nos acostamos. Hoy he pasado el frío más grande de mi vida, no pude dormir ni media hora porque con el frío el vello infectado que tenía me dolió mucho. Como a las 3 de la madrugada llegó el camión con ñame, sardinas, azúcar, carne de puerco, a esa hora nos pusimos a cocinar ñame que comimos con un sofrito. En todo lo que pasó de la noche no pudimos dormir.

LUNES 27 DE MAYO

Decidido ya por Fidel el objetivo del inminente combate, queda ahora por precisar cómo se planificará y ejecutará.

Esa mañana, bien temprano, llega Gilberto Cardero en su jeep al campamento rebelde en la Siberia. Trae algunas provisiones que de inmediato se reparten por escuadras. Fidel le pide que baje de nuevo y haga un cuidadoso reconocimiento del cuartel y sus alrededores, incluidas las postas periféricas, y regrese más tarde a informar.

Después que se marcha Cardero, el jefe rebelde convoca a todos los oficiales de la columna para comunicarles que

pronto entrarán en combate y que deben tener a todos sus hombres listos y las armas preparadas. Luego manda buscar a Enrique López y le indica que se disponga para acompañar a la tropa esa noche, pues piensa atacar.

Che escribe en su diario: “Temprano llegó el jeep con los alimentos y a las 10 se reunió el cuerpo de oficiales para recibir instrucciones, pero sólo se les dijo que tuvieran a todos los hombres y armas listos para la pelea, que en las 48 horas restantes tendríamos combate” .

Por su parte, *Nano* Díaz anota:

Como a las 7 1/2 fui acompañado con el amigo [Reynerio] Jiménez a ver al Che para que me operara la muñeca, me dolió un poco, pero me siento mejor aunque sigo con fiebre. A las 9 repartieron la factura a todas las escuadras. Y a las 10 citaron reunión de oficiales en el Estado Mayor. Se nos comunicó que posiblemente atacaríamos esta noche, que todas las escuadras tuvieran las armas engrasadas. El plan nos lo comunicarían por la tarde.

Al mediodía, cuando las escuadras están cocinando, una patrulla trae detenido a Felipe Aguilera, conocido en la zona por el Pinto, quien es acusado de ser confidente de los guardias. Pero luego de ser interrogado por el jefe rebelde, se comprueba su inocencia. Che narra al respecto: “Se dio orden de cocinar de 12 a 1:30. En ese intervalo trajeron detenido a un tal Pinto, presunto chivato que no lo fue sin embargo y pudo ser dejado en libertad”.

A las 3:00 de la tarde, Fidel da la orden de emprender la marcha. Prosigue relatando *Nano*:

A las 12 comimos un poco de ñame con sardinas y después café. A las 3 partíamos, el rumbo no lo sabíamos. A las 4 1/2 hubo una confusión cuando se sintieron dos disparos y se sintió un camión por el camino, enseguida emplazamos la ametralladora y

tomamos el fusil Madsen. Los disparos fueron los que hizo la retaguardia al fusilar a los dos chivatos.

Che, como de costumbre, es mucho más conciso: “Se cavó la fosa para los guardias chivatos y se dio la orden de marchar. La retaguardia los ajustició”.

La columna comienza a marchar por dentro del monte. Dos horas después los combatientes salen a un camino maderero abandonado. Al rato, Fidel ordena hacer un alto para esperar la retaguardia. Luego continúan. Pasan sucesivamente por los altos del Indio, del Sombrero y de la Cruz. A la caída de la tarde alcanzan la intersección con el camino nuevo donde, según lo acordado, los aguarda Enrique López con noticias de que todo está tranquilo en la zona. Che relata: “Caminamos lentamente por entre el monte hasta el anochecer, hora en que emprendimos la marcha por camino”.

La larga columna de más de 120 hombres reemprende el prolongado descenso. Algunos van sin armas, como prácticos o ayudantes. En realidad, sólo unos 80 combatientes llevan armas eficaces. A todos les espera esa tarde y esa noche una caminata de casi 18 kilómetros, en una casi continua bajada desde los 1.500 metros de altura hasta el nivel del mar.

Sin embargo, la marcha no resulta particularmente penosa. Siguiendo las indicaciones de los prácticos, Fidel ha decidido bajar a la costa por el camino abierto entre el monte para el acarreo de madera, transitado habitualmente por los camiones de Babún. Para los combatientes es casi un paseo la bajada por este terraplén ancho y liso, sin monte ni manigua que romper, peñascos que salvar ni pendientes fatigosas que escalar. No obstante, precisamente por haber abandonado la seguridad de la espesura y de los trillos recónditos, es preciso avanzar con precaución. Van bajando sin precipitación, sin ruido. La noche está oscura. A pocos metros de distancia, nadie hubiera podido percatarse de que más de cien personas le han pasado por el lado.

Todos saben o sospechan que van a combatir. Se palpa el entusiasmo entre los combatientes. Salvo para el puñado

de veteranos de la guerra, ha llegado para la gran mayoría el tan esperado bautismo de fuego guerrillero. Lo que casi ninguno sabe es hacia dónde se dirigen. Acostumbrados al perenne sube y baja de la Sierra, el ininterrumpido descenso provoca en muchos las más disímiles conjeturas. Hay hasta quien piensa que esta marcha conduce al mismo Santiago de Cuba.

Llevan ya cuatro horas de camino cuando Fidel ordena hacer otro alto para que Celia haga un conteo de la tropa. En total la columna suma 128 combatientes, incluidos los prácticos. Descansan un rato y luego siguen adelante. Ya desde el comienzo de la bajada de La Virgen se han hecho perceptibles la brisa y el olor característicos de la cercanía del mar, cuya sombra, distinta a la de la loma, se ha visto en la noche desde el alto del Francés. Para muchos de los combatientes, sobre todo los veteranos de varios meses de monte, la proximidad al mar produce una sensación indefinible, extraña.

Durante todas estas semanas, Raúl Castro ha seguido llevando su diario de campaña, en el que anota con prolijo detalle todos los acontecimientos de la columna guerrillera. De ese diario perdido de estos meses se han podido rescatar solamente unas cuantas líneas de una de las páginas escritas por el combatiente este día:

Ya de tardecita la columna con 128 hombres del destacamento número 1 se puso en marcha. Se puede decir que casi todo el mundo iba contento para el ataque, [el] punto cero es Uvero, a la orilla del mar. Según la información, tienen 61 números armados con Garands y M-1. Llegamos a un punto desde donde se empezó a ver el mar.

Domingo Hernández, el carnicero de Uvero, ha alcanzado en el camino a la columna. Viene a caballo y trae dos reses amarradas con sendas sogas. Fidel le indica que las suelte loma abajo y se incorpore él a pie con la tropa como práctico.

Poco después de las 9:00 de la noche, cerca del alto de La Virgen, la vanguardia escucha el ronroneo de un carro y divisa a lo lejos, camino abajo, las luces de un vehículo que sube. Pasan en un susurro la voz a Fidel y éste ordena rápidamente a la tropa que se oculte. Bajo ningún concepto puede dejarse ver ningún combatiente hasta que no se sepa si se trata de amigos o enemigos. Los combatientes se descuelgan por la ladera, bajo el camino. Algunos ruedan por un derrisco, entre ellos Francisco Maderal, que carga la trípode calibre 30 del pelotón de Crescencio Pérez, y a quien hay que ayudar después a subir con una sogá.

A pesar de la orden de Fidel, Raúl Barreras, combatiente de la retaguardia, se deja ver en el camino por el conductor del jeep que pasa de largo. Molesto, el jefe rebelde ordena desarmar al combatiente y que siga en calidad de preso. La imprudencia, sin embargo, no trae mayores consecuencias. La columna ha seguido bajando cuando al poco rato regresa el jeep con su mismo chofer. Se trata de Gilberto Cardero, quien viene a traer las informaciones que le he pedido Fidel. La tropa se detiene de nuevo mientras el jefe rebelde conversa con el recién llegado.

Cardero había estado hasta las 8:00 de la noche en Uvero, jugando dominó con un sargento y varios guardias. Ha esperado hasta el último momento para subir con los datos más precisos que ha podido obtener acerca de la disposición defensiva de la guarnición esa noche y la situación general en el batey. Che relata estos incidentes en su diario:

Fidel había ordenado sacar a la mujer del administrador [Lalo Pupo] con sus hijos, pero ésta se negó a hacerlo como nos enteramos después. Marchábamos a toda prisa rumbo a la playa cuando vino un jeep en sentido contrario y nos escondimos. Uno de la retaguardia fue visto por Caldero [Gilberto Cardero] que lo manejaba pero aquel lo dejó pasar sin averiguar quién era. Cuando Fidel se enteró armó un berrinche tremendo y detuvo al hombre de la

retaguardia, Barrera. Sin embargo no pasó de un susto y al rato vimos al jeep de vuelta, allí nos enteramos de lo que le había acontecido a Caldero con el encargo de desalojar a la mujer de Lalo, el administrador, buen amigo nuestro, se decidió seguir y atacar pese a todo.

La columna se pone de nuevo en movimiento. Cardero se incorpora a la fila y sigue con la tropa también como práctico para el ataque. Antes de reemprender la marcha, Fidel ha ordenado que se devuelva a Raúl Barreras su fusil Johnson y que el combatiente se reintegre a su escuadra.

Por la tarde, *Nano* Díaz había seguido llenando las páginas de su libreta: “La muñeca me duele un poco a causa del frío y tengo un poco de fiebre. La tropa se”

Algo distrae al combatiente y no concluye la frase que ha comenzado a escribir. Esa noche, ya en marcha hacia el combate, Nano no tiene oportunidad de terminarla. Será la última anotación, inconclusa, de su diario de campaña.

MARTES 28 DE MAYO

Poco después de las 3:00 de la madrugada, la columna rebelde al mando de Fidel, que ha partido la tarde anterior de su campamento en la zona de la Siberia, alcanza finalmente el punto conocido por Agua Hedionda, donde el terraplén maderero que baja de la loma se une con el camino de la costa, aproximadamente a kilómetro y medio al oeste de Uvero. Fidel ordena a la tropa que deje sus mochilas ocultas tras un pequeño rellano cerca del camino.

Mientras los combatientes descansan y dan la última revisión a sus armas, el jefe rebelde se reúne con los oficiales y prácticos. Sentados en el suelo, a la luz de una linterna, Gilberto Cardero dibuja en la tierra un croquis de la posición del cuartel y las postas que había observado la tarde anterior. Fidel asigna a cada jefe la misión que le ha encomendado, de

acuerdo con el plan de ataque que ha concebido. Según este plan, se realizará un movimiento envolvente sobre las postas y el cuartel desde las tres direcciones posibles, descontando el mar.

Por el flanco derecho, hacia el oeste, a lo largo del camino de la costa, atacará el pelotón de Jorge Sotús, con unos 20 combatientes, provisto de algunas armas semiautomáticas y dos ametralladoras: una de trípode que será manejada por Guillermo García —segundo en mando del pelotón— y un fusil automático que llevará Juan Soto. La misión principal de este grupo será dominar la posta número 1 del enemigo, la más fuerte con que cuentan los guardias, y apoyar después el ataque al cuartel.

Por el centro, de espaldas a la montaña y de frente al cuartel y al mar, se desplegará el pelotón de Juan Almeida, también con unos 20 hombres, algunas armas semiautomáticas y un fusil ametralladora que manejará Luis Argelio González Pantoja. Este grupo debe avanzar lo más posible hacia el cuartel para el ataque directo a esa posición.

Por el flanco izquierdo deberán posicionarse las escuadras de vanguardia y de retaguardia de la columna, al mando respectivamente de Camilo Cienfuegos y Efigenio Ameijeiras, con unos 15 hombres en total, a los que apoyará un fusil ametralladora manipulado por Ernesto *Che* Guevara y su escuadra de apoyo. Por el extremo izquierdo, entre la pista aérea y el camino de la costa que va hacia Chivirico, debe ocupar posiciones el pelotón de Crescencio Pérez, con unos 15 hombres y una ametralladora de trípode que manejará Francisco Maderal. La misión de estos grupos será dominar las postas situadas en esta zona y avanzar por ese flanco hacia el cuartel. El grupo de Crescencio, además, deberá cortar la retirada del enemigo en dirección a Chivirico y vigilar el camino para impedir la llegada de refuerzos desde esa dirección.

Detrás de la posición de Almeida, en la pequeña elevación que domina todo el escenario del combate, se ubicará la

comandancia y el pelotón al mando del capitán Raúl Castro —en total unos 30 hombres—, para apoyar el avance de los demás grupos con fuego de mirilla y otras armas. El pelotón de Raúl cuenta con la trípode de *Nano* Díaz y la bípode de Reynerio Jiménez que, junto con los demás efectivos de esta posición, actuarán como reserva para intervenir durante el combate según ordene Fidel en caso de que las circunstancias lo exigieran.

Los combatientes deberán esperar el disparo con que personalmente el jefe rebelde dará inicio a la acción, y evitarán a toda costa disparar sobre las casas del batey, donde viven familias de trabajadores de la maderera.

Una vez explicado el plan de ataque, Fidel da la orden de iniciar el avance hacia las posiciones de combate. La columna avanza junto al camino de la costa unos 300 metros y luego se interna en una cañada que cae sobre la izquierda. Allí se separa el pelotón de Jorge Sotús, cuya posición es la más cercana a lo largo del camino de la costa.

El resto de los combatientes suben una primera falda, algo retirados de una casa que está cerca del camino, y se descuelgan a otra pequeña cañada por donde asciende el sendero que sube al embalse de agua en la falda del alto del Francés. Los grupos de Almeida, Che, Camilo, Efigenio y Crescencio siguen faldeando para rodear las últimas casas del batey e ir a ocupar sus posiciones respectivas, mientras la escuadra del estado mayor y el pelotón de Raúl, a los que acompaña como práctico Gilberto Cardero, suben al firmecito de la pequeña altura desde donde podrán observar el panorama completo del lugar en la medida en que la oscuridad se los permite.

Geográficamente, Uvero es uno de los llanos costeros abiertos entre los espolones montañosos de la vertiente sur de la Sierra Maestra por la erosión y la acumulación aluvial de los ríos que descienden de la cordillera. Por regla general, estas llanuras de aluvión al pie de la Sierra presentan varias características comunes: su forma triangular, con la base en el mar y el vértice hacia la montaña, su extensión relativamente reducida y la presencia del río que las corta por el centro y las nutre con el rico sedimento que arrastra de las lomas. En el caso de Uvero, sin embargo, la llanura presenta algunas particularidades.

Su forma no es exactamente triangular. Lo que hoy se conoce como la Vega del Uvero, situada hacia el este, no sólo es comparativamente extensa, sino que muestra una prolongación aluvial hacia el oeste que rebasa la terminación del estribo montañoso que normalmente le hubiera servido de límite natural por ese extremo. Como resultado de algún accidente geográfico en época remota, el sedimento del río se corrió hacia el oeste y rellenó las terrazas marinas emergidas delante de la loma. Por esta razón, el espolón de la Sierra no baja hasta el mar de ese lado, y el río queda desplazado hacia el costado opuesto. Precisamente este estrecho llanito frente al estribo terminal de la loma, por el oeste, es el escenario del combate, puesto que en 1957 el batey —y el actual poblado también— no estaba edificado en la Vega, sino aquí.

Originalmente, la vegetación de todos estos llanos costeros de la Sierra era muy rica. Los sedimentos y las crecidas de los ríos favorecían la promoción de montes tupidos. Uvero, además —de ahí su nombre—, se caracterizaba por una ancha franja de uvas caletas a lo largo de la costa. Hoy se pueden descubrir todavía algunos ejemplares de estos árboles corpulentos cuyos troncos, de formas caprichosas, a veces no pueden ser abarcados por seis hombres, y cuyas ramas, pobladas por las hojas grandes y

gruesas típicas de esta especie botánica, forman un techo bajo y frondoso.

Pero en la época de esta historia el llano de Uvero ha sido ya prácticamente desmontado por el hombre. Los bosques han cedido su lugar a potreros o simples descampados. Frente al batey, la uva caleta ha sido talada y la costa ha quedado desnuda para permitir el embarque de madera. Algunos jagüeyes y almácigos, una que otra ceiba, cayos aislados de pequeñas guásimas, son los residuos principales de los bosques de antaño.

A los primeros campesinos establecidos en la zona, habían sucedido las compañías latifundistas interesadas fundamentalmente en la explotación maderera. Pronto Uvero adquirió importancia como punto de embarque de la madera extraída de esa parte de la Sierra. A principios de la década de 1940, la familia Babún, que estaba entonces fomentando lo que vendría a ser diez años después una de las empresas más importantes del país en lo que respecta a la comercialización de la madera, adquirió algunas porciones de tierra en Uvero con vistas a establecer allí su principal punto de embarque. Este es el origen del batey.

Poco a poco, los Babún fueron ampliando en Uvero las facilidades para su explotación de la madera. Las primeras edificaciones del batey fueron siendo sustituidas por instalaciones permanentes que se ampliaron de manera progresiva. En 1957, ya la firma Relámpago de los Babún había construido 18 edificaciones en Uvero, entre ellas un embarcadero, e incluso había limpiado una faja de terreno que servía como pista de aterrizaje para la avioneta de los propietarios de la empresa.

Fuera del entorno del batey, la compañía había abierto varios caminos en esta parte de la montaña, que iban hasta las principales zonas de extracción de madera y entroncaban con el que venía desde Guisa, del otro lado de la Sierra, pasando por el Oro y Pino del Agua. En lo alto de la loma del Indio, a unos 1.600 metros, la empresa había levantado otro batey llamado la Cooperativa, donde vivían leñadores,

choferes y otros empleados. Por las inmediaciones de la Cooperativa es donde se han establecido los campamentos de la columna rebelde en los días anteriores al combate.

En mayo de 1957, había en Uvero 13 viviendas, todas construidas por la empresa de los Babún y propiedad de ella. De la propia empresa dependían los medios de vida de los 65 pobladores permanentes del lugar. No había escuela ni médico. Pero las necesidades de la explotación de la madera habían concedido a Uvero algunos privilegios en relación con otras localidades de la Sierra: existía un camino que llegaba a Santiago de Cuba —a 60 kilómetros hacia el este—, para uso de los camiones y jeeps de la compañía maderera, y una pequeña planta eléctrica para el funcionamiento de las instalaciones de la empresa, que suministraba luz a algunas casas del batey durante unas horas por las noches. Por lo demás, las condiciones de vida no se diferenciaban mucho de la dura realidad de otras partes de la costa sur de Oriente.

Hasta principios de 1957, la presencia militar en Uvero consistía en una pareja de la Guardia Rural, dedicada fundamentalmente a vigilar los intereses de la compañía maderera. Como parte de las medidas de reforzamiento militar de la Sierra, tomadas después de las victoriosas acciones guerrilleras de La Plata y Llanos del Infierno, Uvero es uno de los puntos de la costa sur donde se establecen guarniciones reforzadas. La pareja de guardias dio paso a una tropa de cerca de 60 hombres, seleccionados entre el Escuadrón 11 del Regimiento no. 1 de Santiago de Cuba y diversas unidades de infantería y artillería de Camagüey, Santa Clara y La Cabaña. Una de las casas del batey se convirtió en cuartel, y se estableció un sistema de defensa circular con varias postas periféricas permanentes.

En el momento del combate, el batey del Uvero presentaba el siguiente aspecto para un observador situado de espaldas al mar, en la orilla de cantos rodados, frente a la casa del cuartel:

A la derecha, a unos 60 metros, estaban las instalaciones del embarcadero: un pequeño rancho de yaguas junto al mar

cuyo piso estaba levantado a la altura de la plancha de un camión, un largo poste inclinado que sostenía los cables del gūinche con que se efectuaba la carga o descarga de las embarcaciones, la caseta del propio gūinche y una minúscula casita donde vivía uno de los gūincheros. El embarcadero estaba siempre rodeado de bolos y traviesas de madera listos para embarque, bidones de petróleo y grasa y otros enseres. Aquí tenían los guardias una de sus postas, la número 6, y algunos soldados tendían sus hamacas entre los bolos en las noches despejadas.



Un ángulo del batey del Uvero, algún tiempo antes del combate. La casa de madera a la izquierda, delante de las demás es el cuartel enemigo antes de su modificación previa al combate. Detrás, algunas de las instalaciones de la empresa maderera de los Babún: el taller de mecánica, el albergue y la construcción que servía de fonda, tienda y casa del dueño de ambas. A la derecha, una de las casitas de los trabajadores de la maderera. Detrás, la lomita donde instaló Fidel su puesto de mando durante el combate. La foto está tomada de espaldas al mar.

A la izquierda del observador, también a unos 60 metros de distancia y unos 15 de la orilla, estaba la posta número 1 de los guardias. Era una especie de fortín cuadrado de dos metros por cada lado, construido con polines de madera dura superpuestos hasta la altura aproximada de un hombre, y cubierto con una armazón de yaguas y una lona. Aquí hacían posta, por lo general, cinco soldados: el centinela fuera, junto al camino, y los demás descansando en sus hamacas dentro del fortín. Esta era la posta que cubría el acceso al batey desde el oeste, por el camino de la costa.

Unos cinco metros más allá de esta construcción comenzaba un corral de cercas de palos, que se alargaba casi desde el camino hasta la orilla del agua y tendría unos 10 ó 15 metros de ancho. En este corral, junto al cual se levantaba un pequeño varaentierra, mantenía sus puercos el dueño de la fonda del batey, Samuel el jamaicano. Más atrás en la misma dirección, a unos 25 metros del corral, había una casita de madera cuyo portal daba hacia el camino. Detrás de ella, un poco más retirada del camino, otra casa, y unos 40 metros más allá, en un altico, una tercera.

Casi toda la orilla, entre el embarcadero y la posta 1, solía estar cubierta por bolos de madera dura que se amontonaban junto al agua, para su embarque directo en las goletas. El día del combate los bolos estaban allí, en una pila de unos 30 ó 40 metros de largo y 3 ó 4 de altura.

Frente al observador, a unos 15 metros, cruzaba de derecha a izquierda el camino de la costa, que se prolongaba hacia el oeste menos de 2 kilómetros hasta el entronque con el camino que bajaba de la loma. A unos 20 metros del camino estaba la casita convertida en cuartel, alrededor de la cual los guardias habían regado bolos y tanques vacíos de petróleo. Era una construcción rectangular construida, según el prototipo de la empresa maderera, con paneles prefabricados de madera machihembrada y techo de zinc pintado de rojo. El piso, también de madera, estaba montado en piloticos a unos 40 centímetros del suelo.

El cuartel estaba orientado con uno de sus costados cortos casi de frente a la costa, pero desde la posición de este observador hipotético podía verse en diagonal el costado largo de la derecha. Por este último lado tenía una puerta y dos ventanas, mientras que por los costados cortos tenía sendas ventanas y por el otro lado otras dos puertas. El otro costado corto, a uno de cuyos extremos había como una caseta o extensión adosada a la edificación principal, daba casi de frente hacia la loma que cierra el panorama por detrás, de cuya base lo separaba una distancia de 300 metros. Es conveniente retener este último elemento, que tiene mucho que ver con el inicio del combate.

Detrás del cuartel y a ambos lados, se extendían en línea recta las edificaciones de la empresa maderera, todas con el frente hacia el mar. En primer lugar, de izquierda a derecha, estaba la casa de *Lalo Pupo*, el administrador, que era distinta y más grande que el resto de las viviendas prototípicas de la empresa. Junto a ella, a una distancia de menos de 5 metros, había una pequeña construcción pintada de blanco, dividida en dos secciones, que servía de oficina de la empresa y almacén o pañol.

Comenzaba entonces el taller de mecánica, que no era más que un largo rancho de 25 metros sin paredes y techo de yagua, dentro del cual se estacionaban y reparaban los camiones de la maderera. En este taller se había preparado un foso de engrase que estaba ubicado, desde la posición de este observador, exactamente detrás del edificio del cuartel. Visto desde el mar, por tanto, el cuartel quedaba delante del taller; visto desde la loma, quedaba detrás, a unos 25 metros de distancia.

A continuación del taller hacia la derecha, siempre en línea recta, estaba el albergue utilizado por los mecánicos y algunos choferes, que también servía de dormitorio a algunos de los guardias. Era una construcción alargada, de unos 10 metros, con techo de papel de amianto. Más a la derecha, con una separación de pocos metros, estaban la fonda y la

tienda, atendidas las dos por una familia de jamaicanos cuya vivienda estaba adosada a esta construcción.

Siguiendo hacia la derecha, venía un espacio abierto de unos 50 metros y comenzaba entonces la hilera de casas de vivienda, todas iguales, ocupadas por trabajadores de la maderera. En el momento del combate, había siete casitas en fila, más otras dos en ángulo recto que cerraban el batey. La segunda de estas casas era utilizada por los guardias como puesto sanitario, y en ella vivían el teniente médico y su ayudante.

Detrás de la fonda había otra casa y, más arriba, junto a un caminito que salía de la casa del administrador y subía hasta el embalse en la falda de la loma del Francés, de que se proveía de agua el batey, estaba la casa de Gilberto Cardero.

Frente al cuartel y a las instalaciones de la maderera, moría el limpio que hacía las veces de pista aérea, de unos 50 metros de ancho, que se prolongaba diagonalmente hacia atrás y la derecha unos 650 metros. La pista estaba cercada en toda su extensión a ambos costados. El cuartel tenía una cerca por el lado oeste, y la línea de edificaciones de la maderera estaba cercada por delante y por detrás.

Sólo queda por ubicar el resto de las postas. La número 2 estaba junto al caminito que subía hacia el embalse, a unos 60 metros del camino de la costa. La posta 3 solía ubicarse junto a una guásima, detrás de la letrina sanitaria colectiva que estaba, a su vez, al fondo de la hilera de siete casitas de vivienda. La posta 4 quedaba, por lo general, junto a la pista, detrás de las dos casitas que cerraban el batey por la derecha. La posta 5, finalmente, cubría el acceso del camino en la dirección de Chivirico, hacia el este, y distaba unos 100 metros del embarcadero.

Este sistema de defensa exterior del cuartel estaba constituido por una especie de fortines construidos también con gruesos troncos de madera dura superpuestos hasta alturas variables entre 80 centímetros y metro y medio, algunos con dos lados y otros con tres en ángulo recto. En el

propio cuartel se mantenía un centinela, además del cabo de guardia y algunas postas imaginarias o de recorrido.

El cuartel contaba con un aparato de telegrafía con el que la guarnición podía establecer comunicación con el puesto de mando ubicado en Pino del Agua o con los puestos similares existentes en Ocujal y Chivirico. Este equipo estaba instalado en la caseta adosada al costado de la casa que daba hacia la loma.

Por esta fecha, la plantilla de la guarnición del Uvero constaba de 59 hombres. Al mando de la tropa se encontraba el segundo teniente Pedro Pascual Carreras Pérez, quien había relevado al jefe anterior menos de dos semanas atrás. El único otro oficial era el teniente médico José M. Travieso. Las clases incluían a dos sargentos y nueve cabos.

Pero esta madrugada hay en Uvero 52 guardias. Siete soldados están de licencia o en misiones fuera del lugar. Disponen todos de fusiles semiautomáticos Garand y de fusiles Springfield, además de un fusil ametralladora Browning ubicado permanentemente en la posta I. El parque para estas armas es abundante.

SE OCUPAN LAS POSICIONES

En la oscuridad de la madrugada, en silencio, sin precipitación y sin ruido, los combatientes de las distintas escuadras rebeldes se mueven en dirección a las posiciones que tienen asignadas para el comienzo del combate.

Fidel ha subido hasta el firmecito de la loma. Lo acompañan como prácticos Gilberto Cardero y Enrique López, quienes le muestran en la penumbra la casa con techo de zinc que sirve de cuartel. Fidel observa detenidamente el panorama en la medida en que la oscuridad se lo permite. Las informaciones previas que ha recibido no corresponden exactamente con la realidad que constata. El cuartel, en efecto, es perfectamente visible desde allí, pero las edifica-

ciones del batey están mucho más próximas al edificio de los guardias de lo que le habían dicho, e interfieren en algunos casos con las líneas de fuego. Al parecer, algunas de las postas del enemigo no están en las posiciones que se les suponía. Incluso es difícil precisar la ubicación de algunas de ellas.

Pero, sobre todo, hay dos elementos con los que no se contaba a partir de esas informaciones, y que hacen comprender a Fidel que la toma del cuartel va a ser más difícil de lo que inicialmente se había supuesto. Uno es la característica de las postas periféricas, verdaderos fortines tras los cuales el enemigo puede protegerse de manera relativamente segura para hacer resistencia. El otro es la presencia de los amontonamientos de bolos en torno al cuartel, que permiten también a los guardias atrincherarse en sus posiciones defensivas.

Desde abajo, los combatientes que se están desplegando en el llano no pueden percatarse de todas estas circunstancias. Por otra parte, la comunicación con las unidades de combate no será fácil. La topografía real del terreno hace también más dificultoso el asalto, pero Fidel decide llevar a cabo el ataque. Una retirada a estas alturas es impensable, por muchas razones. De todas maneras, es preciso esperar a que aclare más el día, con todos los riesgos inherentes a un combate diurno, para poder precisar con mayor exactitud los objetivos. El jefe rebelde llama a Juan Almeida y le ordena que, tan pronto se inicie el fuego, avance lo más posible con su pelotón sobre el cuartel para el ataque directo a esa posición.

Almeida despliega a su personal en la base de la loma, en un terreno prácticamente descubierta. El personal rebelde es ubicado inicialmente por Eligio Mendoza, campesino de la zona de Dos Brazos de Peladero incorporado días antes como práctico a la columna. Félix Pena, jefe de una de las escuadras de este pelotón, cuenta para el combate, entre otros, con Luis Argelio González Pantoja, a cargo del fusil ametralladora Madsen, con Hermes Leyva y Juan Bienvenido Escardó como ayudantes, *Pepín* Quiala, Orestes Álvarez y

Miguel Ángel Ruiz Maceiras. A la izquierda se ubica la escuadra de Enrique Ermus, con Gustavo Adolfo Moll, Esteban Marino Borjas, Emiliano Rigoberto Sillero, Enrique Soto y Luis Viera, y después la escuadra de Raúl Castro Mercader, integrada por Luis Alfonso Zayas, Orlando Pupo, Mario Maceo y Leopoldo Mojena.

Más la izquierda, entre la hierba de guinea, Camilo y Efigenio posicionan a los combatientes de las escuadras de vanguardia y de retaguardia de la columna, entre ellos Walfrido Pérez, Víctor Mora, Sergio Pérez, Ibrahim Anoceto, Vitaliano Torres, Raúl Barreras, Mario Leal, *Tony* Béguez, José Cañada, Raúl Díaz Torres y Luis Barreras. Cuentan con cuatro carabinas M-1, dos subametralladoras Thompson y algunos fusiles semiautomáticos. Che emplaza su fusil ametralladora Madsen en una pequeña elevación, a unos 500 metros del cuartel, auxiliado por Joel Iglesias, Alejandro Oñate y Manuel Beatón. No obstante, Camilo y Efigenio equivocan el rumbo y en vez de situarse a la derecha de Che, como estaba previsto, lo hacen a su izquierda. La misión de estas escuadras será dominar las postas situadas en este sector y avanzar por ese flanco hacia el cuartel.

Por el extremo izquierdo se ubica el pelotón de Crescencio Pérez, compuesto por Francisco Maderal, que lleva la trípode calibre 30 con *Nandín* Sosa y *Yayo* Castillo como ayudantes, Ignacio Pérez, Francisco Coello, *Vilo* Acuña, Eladio Bullaín, Reynerio Vasallo, *Titín* Pérez, Félix Lugones, *Mongo* Marrero, Heliodoro Ramón Pozo, *Chino* Sosa, Orlando Pérez, Rubio Corzo y Mariano Mora. Además de la ametralladora, estos combatientes cuentan con fusiles semiautomáticos y escopetas de distintos calibres.

Pero Elio Bertot, que se ha unido momentos antes a la columna y sirve de práctico a Crescencio, cree haber llegado al camino de Chivirico cuando en realidad sólo ha alcanzado un trillo que se interna desde el batey a lo largo de la pista aérea. El pelotón se fracciona: un grupo queda a un lado de la pista, mientras Crescencio y otros combatientes pasan con la trípode del otro lado y se posicionan en un potrero de

hierba de guinea que está entre aquella y el camino de la costa. En el trayecto se extravía Mariano Mora, que lleva una cinta de la ametralladora 30, y no aparece más, mientras que otros miembros de este grupo —*Mongo* Marrero, Félix Lugones, Antonio Sosa y Orlando Pérez—, al parecer fatigados por la larga jornada de marcha hasta el lugar del combate, se han detenido a descansar y se han quedado dormidos, y también permanecerán durante el combate separados del resto de su pelotón.

Mientras tanto, por el flanco derecho a lo largo del camino de la costa, ha venido avanzando el pelotón de Jorge Sotús. Con Domingo Hernández de guía, los combatientes de este grupo llegan hasta las tres casas que están cerca de la posta 1. Después de rebasar la primera de ellas, un grupo baja hacia la orilla del mar. Guillermo García se adelanta con la ametralladora calibre 30. Lo acompañan como ayudantes Luis Peña, Reinaldo Mora y Primitivo Pérez. Debaten sobre el mejor emplazamiento del arma y deciden avanzar un poco más, por detrás de las casas, hasta que se ubican entre el mar y el extremo del corral de puercos próximo a la última casa, en una pequeña hondonada del terreno. La oscuridad es tal que no se percatan de inmediato que están a menos de 10 metros del fortín enemigo.

Detrás de ellos y a su izquierda, ha venido avanzando el resto del pelotón. Las escuadras de Ciro Frías y Miguel Ángel Manals, integradas, entre otros, por Francisco Soto, José Arias, Manuel García, Omar Ramos, Luis Arturo Tirado y Ramón Hermógenes Acosta, quienes llevan fusiles semiautomáticos y algunas escopetas, se deslizan entre la última casa y el camino y se parapetan detrás de la empalizada del corral. Juancito Soto instala el fusil ametralladora Madsen en la esquina de la casa que da hacia el camino, auxiliado por Conrado Benítez Lores y Fernando Tamayo. Lo apoyan además Enrique Escalona y Chuck Ryan.

Más atrás viene la escuadra de *Chicho* Larrea, con José Agustín Lara, Alberto Martínez, Ramón Fiallo, Mario Martínez, Marcos Borrero y Anselmo Vega. Algunos de los de este último grupo son sorprendidos todavía en el avance cuando suena el primer disparo, y ocupan precipitadamente posiciones detrás del corral y de la casa.

El práctico Domingo Hernández se ha separado del pelotón y avanza hasta el fortín enemigo para conversar con la posta. Le explica al guardia que si siente algún ruido no dispare, pues es él que está dando una vuelta a los puercos del corral.

Desde el firmecito de la loma, Fidel pregunta a Cardero:

—¿A ver, ódónde me queda la planta del telégrafo?

—Es posible que la ventanita abierta con un solo bombillito nada más encendido sea la planta.

—¿Por qué tú crees?

—Usted sabe que esas plantas se calientan mucho y hay que abrir la ventana para que entre aire.

Por la orientación del cuartel y la ubicación de la planta de telegrafía, Fidel determina colocarse en la falda de la loma, unos 20 metros más abajo y a la derecha del llanito que corona el alto. Esta posición le permite el mejor ángulo de tiro para efectuar el primer disparo, con el que pretende inutilizar el equipo de comunicación del enemigo. Al mismo tiempo, cuenta con la relativa protección que le ofrece el propio terreno, que es casi la única que existe, ya que la falda sólo tiene un poco de hierba y algunos palos salteados. Cerca de Fidel se distribuyen los combatientes de la escuadra del estado mayor, entre los que se cuentan Celia Sánchez, Manuel Fajardo, Luis Crespo, Universo Sánchez y Marciano Arias Sotomayor.

Raúl está cerca también, a unos 10 metros a la izquierda y un poco más abajo. Su pelotón se despliega por todo el frente de la falda. A la derecha del jefe rebelde, *Nano* Díaz emplaza su ametralladora de trípode, con Abelardo Colomé, Raúl Perozo, José Antonio Véliz y Juan Bautista González

como ayudantes, y un poco más allá Reynerio Jiménez instala el fusil ametralladora Madsen, auxiliado por Armando Véliz, Paulino Fonseca, Eloy Rodríguez Téllez y Alejandro Carballé, y apoyados por Manuel Morales y Jesús Alejandro como fusileros. *Julito* Díaz se ubica detrás de un almacigo, a la izquierda de Fidel, y junto a él *Yayo* Reyes, *Beto* Pesant, Juventino Alarcón, *Pedrin* Sotto y *Ramonín* Pérez. Delante, la escuadra de *Ciro* Redondo, integrada por Ramiro Valdés, Calixto García, Calixto Morales, Hermes Cardero, Manuel Acuña y Julio Guerrero.

Unos 25 metros más arriba y hacia la izquierda del jefe rebelde, se ubican *Popo* Beatón y los hermanos Edelfín, Jesús y Luis Mendoza, todos desarmados, con la misión de apoyar al estado mayor como mensajeros o guías. Más atrás, casi en la cima de la ladera opuesta de la loma, el combatiente *Vitico* Boronat, quien tiene un ojo infectado desde el día anterior, custodia con un revólver a los tres prisioneros de la columna: Plácido Despaigne, el billetero Pascual Rodríguez y el cabo Pascual Aldana.

Los minutos transcurren lentamente, a medida que el cielo se va tiñendo con la entreluz precursora del amanecer. El silencio de la noche tiene de fondo el canto de los grillos y el mugido sordo de las olas que baten con fuerza de mar abierto las piedras de la playa. Los combatientes esperan en silencio, tendidos entre la hierba húmeda de la noche.

Amanece. Ya hay algo de luz, tamizada por una leve neblina matinal. Se percibe cierta actividad en el cuartel. Sotús avisa con un mensajero que aún no domina el punto asignado desde su posición. Pero no es posible seguir esperando.

Fidel ha ajustado la mira telescópica de su fusil a 300 metros. Busca cuidadosamente el punto de la caseta de madera tras el cual calcula que se encuentra el pequeño aparato de telegrafía de los guardias. Sabe que este primer disparo puede ser decisivo en el combate. Es preciso inutilizar a toda costa la comunicación del enemigo. De no ser así, los guardias pueden avisar que están siendo atacados y pueden

venir en su auxilio la aviación, la fragata y las tropas de Chivirico y Pino del Agua. En cualquiera de esos casos, la retirada rebelde tendría que ser inevitable.

Fidel quita el seguro a su fusil. Tendido en el suelo, se acomoda firmemente. Apoya la culata del arma en el hombro y comienza a tomar puntería. A su alrededor, los combatientes que están cerca esperan tensos, con sus armas preparadas.

Lento, muy lento, con mucha suavidad, Fidel oprime el disparador de su fusil. Son exactamente las 5:15 de la mañana.

COMIENZA EL COMBATE

Para la guarnición de Uvero, la madrugada ha transcurrido normalmente. El avance de las fuerzas rebeldes ha sido tan subrepticio y cauteloso que ninguna de las postas se ha percatado del peligro, a pesar de que en muchos casos los combatientes han pasado o se han colocado a pocos metros de distancia. La vigilancia de los centinelas tiende a relajarse durante esta última hora anterior al amanecer, cuando el relevo está tan próximo.

Cuatro soldados duermen en hamacas dentro del pequeño fortín de la posta 1, mientras otro está de guardia afuera. En el resto de las posiciones que rodean el cuartel, algunos descansan como mejor se han podido acomodar en lo que otro vigila. El centinela apostado en el embarcadero se pasea aburrido entre los bolos amontonados en espera del embarque. Cerca de él varios de sus compañeros han tendido sus hamacas.

Dentro del cuartel, comienza a sentirse el movimiento que precede siempre el despertar de un grupo de hombres. Algunos duermen en hamacas, otros en colchonetas en el piso. Hay poco espacio. El teniente se despierta. La noche ha sido calurosa y muchos han dormido en calzoncillos. Dentro de unos minutos el batey entrará en movimiento. Se echará

a andar la pequeña planta eléctrica. Los trabajadores comenzarán a prepararse para la jornada. Quizás esté al llegar alguna de las goletas para cargar la madera.

También dentro de unos minutos se pondrá en funcionamiento el aparato de telegrafía para pasar al puesto de mando el mensaje de rutina: “Uvero sin novedad”. El telegrafista se viste y se acerca al equipo. Ha comenzado a clarear.

De repente suena un disparo. Del telégrafo saltan esquirlas metálicas y fragmentos de cristal. El telegrafista se asoma atónito a la ventana de la caseta. Casi de inmediato cae herido por un segundo disparo.

Al escuchar la primera detonación, la reacción inmediata del teniente es pensar que se le ha escapado un tiro a una posta. Pero apenas ha tenido tiempo de formular en su mente esta idea, cuando el silencio del amanecer se quiebra definitivamente por una descarga casi cerrada de más de ochenta fusiles y escopetas y el tableteo furibundo de varias armas automáticas.

—¡Nos están atacando! —es lo único que atina a gritar.

En el pequeño cuartel de madera, la escena es de pánico. Unos se tiran en el suelo y comienzan a buscar sus armas. Otros no tienen siquiera tiempo de incorporarse y caen heridos en las primeras descargas. Algunos que han salido afuera a asearse o ya están vestidos, corren a guarecerse. En pocos instantes, la mayoría de los guardias ha logrado arrastrarse afuera. Se cubren entre los bolos de madera y los bidones que rodean la casita, y comienzan a disparar hacia donde cada uno supone que se encuentran los que atacan.

Al escuchar el primer disparo de Fidel, con el que ha quedado inutilizada la planta de telégrafo, todos los combatientes rebeldes han abierto fuego con sus armas. Frente a la posta 1, Guillermo García monta su ametralladora calibre 30 y lanza una primera ráfaga. Los cinco guardias se han parapetado detrás de los polines y comienzan a disparar con su fusil automático Browning y sus cuatro Garand semiautomáticos. Desde el primer momento, se estable en

esta posición un duelo a muerte casi a boca de jarro. Guillermo adelanta un poco más su ametralladora y la coloca del otro lado del ranchito, a unos cinco metros de la fortificación enemiga.

Los combatientes del pelotón de Almeida comienzan a avanzar desplegados hasta unos 50 ó 60 metros del cuartel. Antes del inicio de la acción, Gilberto Cardero ha sido enviado por Fidel junto a Almeida para orientar el fuego rebelde hacia el cuartel. Lleva su revólver, y la capa negra que viste atrae los disparos enemigos. Desde la posta 2, situada a la derecha de los combatientes, los descubren y les abren fuego graneado. Sin dejar de avanzar, siguiendo el ejemplo y el aliento constante de su jefe, entablan combate con esta posta en su flanco derecho y con los guardias regados alrededor del cuartel, a los que ven a través del taller sin paredes de la maderera.

Por la izquierda, las escuadras de Camilo, Efigenio y Che se mueven buscando una mejor línea de tiro hacia el cuartel, entre el claro que existe entre las edificaciones de la maderera y las casas del batey. La posta 3 les contesta y Che dirige su fusil ametralladora contra esa posición, a unos 50 metros de distancia. Che narra en su diario:

Al aclarar nos encontramos con la desagradable realidad de que el cuartel no se veía. Algunos grupos como el de Camilo equivocaron la dirección y a otro, Jorge, le dieron mal los informes y su grupo no dominaba el cuartel como le habían dicho. Mi posición me permitía tirar sobre el cuartel a unos 500 metros. Apenas se dio la orden de fuego, por medio del disparo de Fidel, empezaron a tabletear las ametralladoras. El cuartel respondió al fuego y con bastante efectividad, como luego supe.

Por su parte, los guardias de la posta 4 deciden replegarse casi de inmediato y se refugian entre las casas del batey. También los de la posta 5, situada en el camino de Chivirico, retroceden hasta la posta 6, junto a los bolos del embarcadero.

La ametralladora del pelotón de Crescencio, que manipula Francisco Maderal, se traba, al parecer por alguna dificultad con la aguja percutora. No funcionará más durante el combate. La posición del pelotón no les permite disparar contra el cuartel, pues pueden correr el riesgo de herir a sus propios compañeros que combaten en el flanco derecho con la posta 1. Por ello, tratan de tirotear a los guardias atrincherados en el embarcadero.

En estos primeros minutos del combate, por tanto, al tiempo que el tiroteo se generaliza, también se individualiza al poder precisarse con mayor exactitud los objetivos. Los combatientes que ocupan posiciones en la falda de la loma disparan contra el cuartel, sobre el que tienen buena visibilidad por encima de las edificaciones de la empresa maderera. La orden que ha recibido Raúl es concentrar el fuego contra la caseta del telégrafo y el cuartel.

Después de las primeras descargas, el fuego rebelde aminora. Fidel lo ha ordenado así, para dar oportunidad a los guardias a rendirse si quisieran. De las posiciones rebeldes se escuchan gritos que intiman a la rendición y ofrecen garantías para la vida de los prisioneros. Sin embargo, del cuartel y de las postas prosigue el fuego intenso. Se reanuda el combate.

En el flanco derecho la lucha es particularmente encarnizada. Los guardias de la posta 1 están bien armados, tienen parque abundante y se sienten seguros detrás de su fortificación. A pesar de su posición casi descubierta, la ametralladora de Guillermo es un blanco difícil para el enemigo. Su muro de polines carece de espilleras y para disparar tienen que asomarse por arriba. Al emplazarse en una hondonada del terreno, Guillermo y sus ayudantes quedan más abajo que ellos. Ya han producido la primera baja enemiga. Guillermo ha lanzado una ráfaga rasante contra el borde superior de la fortificación, en el momento en que uno de los guardias se asomaba para disparar, y le ha cosido la frente a balazos por debajo del casco. Sin embargo, la resistencia continúa tenazmente.

Anselmo Vega ha ido atrás, hacia la casa, en busca de parque para la ametralladora. El fuego enemigo no se detiene. Para Anselmo es su primer combate. Billetero en Pilón, se ha incorporado a la tropa rebelde apenas tres semanas atrás. Cuando regresa a la línea de fuego, avanza corriendo, casi erguido. Guillermo, que en ese momento está mirando para atrás, le grita que se tire al suelo, pero Anselmo no entiende y aprieta su carrera. Recibe un disparo en el pecho y cae ya casi llegando, sobre las piernas de los combatientes que están tendidos disparando. Muere pocos instantes después.

Manals y algunos combatientes de su escuadra han logrado introducirse en el corral y se han acercado también a pocos metros del fortín. Se protegen con la empalizada y siguen disparando desde dentro. El fusil ametralladora de Juan Soto se ha quedado algo retirado. Desde la posición que ocupa, no tiene ángulo de fuego contra la posta, por lo que el combatiente ha estado disparando contra al cuartel. Pero se hace necesaria una mayor concentración de fuego contra la fortificación inmediata, cuya toma es la clave del avance por ese flanco. Manals se vuelve y hace señas a Soto que se adelante. En ese momento, siente un golpe en el costado. Ha sido herido en el pulmón, pero sigue combatiendo. Soto emplaza su fusil ametralladora en el extremo del corral que da para el camino y comienza a disparar contra el fortín.

Al frente y a la derecha, el entongamiento de bolos a la orilla del mar ofrece posibilidades de ataque de fusilería sobre la posta desde una posición de flanco y más elevada. Jorge Sotús ordena a Francisco Soto, a quien los combatientes conocen como el Policía, que lo siga, y se lanza a la carrera para tratar de alcanzar los bolos. Una ráfaga de Browning le pisa los talones. En vez de buscar la protección del virtual muro de madera, Sotús sigue corriendo derecho al mar. Se lanza al agua y allí permanece aboyado largo rato. Los que lo han visto creen que ha sido alcanzado por los tiros.

Tras Sotús ha salido el Policía, hombre corpulento y poco ágil. La ráfaga de Browning le cruza por el cuerpo. El

combatiente, quizás ya muerto en plena carrera, llega con el impulso hasta cerca del agua y se desploma. Allí quedará durante todo el resto del combate, tocado ocasionalmente por las olas en la orilla.

Desde la loma, los combatientes allí posicionados han seguido apoyando el avance de sus compañeros. Celia dispara, tendida, con su M-1. El cuartel se bate a distancia y responde al fuego rebelde con una lluvia de balas. Un poco más arriba, a la izquierda de Fidel, *Julito* Díaz dispara rodilla en tierra con su Johnson, parapetado tras el almacigo que ha buscado como protección. De pronto, abre los brazos, deja caer el arma y se desploma hacia atrás. Una bala le ha entrado junto al ojo derecho. La muerte es casi instantánea.

—¡Han herido a Julito! —gritan Ramiro Valdés y otros que están cerca.

Celia se arrastra hacia donde ha caído el combatiente. Ya Julito está muerto. Ramiro deja su M-1, al que le quedan pocas balas, toma el Johnson de Julito y sigue combatiendo.

El fusil automático de Reynerio Jiménez se ha encasquillado después de las primeras ráfagas y no interviene más en la acción. Los combatientes a su cargo colaboran entonces con la ametralladora de Nano, que dispara sin pausa.

En su avance, los combatientes del pelotón de Almeida y las escuadras de Che, Camilo y Efigenio se han unido y forman un frente casi continuo. Otros del pelotón de Raúl, como Hermes Cardero y Manuel Acuña, han bajado por la izquierda de la loma para participar en ese sector del combate. También lo hacen algunos de los combatientes del pelotón de Crescencio que habían quedado rezagados en la loma, entre ellos *Mongo* Marrero y Orlando Pérez, conocido por Tata el Cojo. Hermes ha ido al combate nada menos que con un gran sombrero negro alón que atrae los disparos enemigos como un imán. Parapetado detrás de una gran piedra con *Mongo* Marrero, cada vez que asoma la cabeza lo acribillan.

Por la izquierda, Che ha adelantado su fusil ametralladora y entabla un duelo muy próximo a la posta 3,

auxiliado ahora además por Manuel Acuña, Orlando Pérez y Mario Leal, de la retaguardia. Dos guardias huyen hacia las casas, pero Che no les tira siguiendo las instrucciones terminantes de Fidel para proteger al máximo a los pobladores civiles del batey.

Che relata en su diario:

La gente de Almeida avanzaba a pecho descubierto impulsados por su ejemplo temerario. Veía avanzar a Camilo con su gorra adornada con el brazalete del 26 de Julio. Yo andaba por la izquierda con los dos ayudantes llevando peines y Beatón con la ametralladora de mano. Pronto se nos unió el renguito de Pílon [se refiere a Orlando Pérez], del pelotón de Crescencio, Mario Leal de la retaguardia y Acuña el viejo [Manuel Acuña], de Raúl. Seguimos avanzando y dos que corrieron hacia el batey escaparon de la acción de mi Madzen.

Ante el avance de los hombres de Camilo se interpone una cerca de tablas de palma amarradas con alambre, que les impide el paso. Camilo ordena voltearla para tratar de ganar el frente del cuartel.

Cerca de Efigenio, un balazo arrebató al Johnson de las manos a Raúl Barreras, que combate muy próximo a la cerca. La cara se le cubre de sangre al combatiente. Le examinan la herida. Una esquirla del arma le ha penetrado en la mejilla sin mayores consecuencias. Barreras toma de nuevo su fusil y continúa disparando.

Che ha seguido avanzando peligrosamente con su escuadra sobre la posta 3. Muy cerca escucha un grito de dolor. Cree al principio que es un enemigo que ha caído, pero Manuel Acuña, que ha llegado hasta allí, le dice que es de los rebeldes. Se trata de Mario Leal, que ha sido herido gravemente en la cabeza. Che le aplica como vendaje un pedazo de papel y ordena a Joel Iglesias que lo atienda. Continúa relatando en su diario:

Seguía el duelo pero cada vez estrechábamos más el círculo. Cuando ya no quedaban matas para irnos arrastrando cayó cerca mío el viejo Leal y fui a prestarle auxilio, tenía una herida a sedal en la cabeza, pero había interesado la masa encefálica a la altura de la circunvolución parietal izquierda y no podía mover la mano derecha. Le eché un poco de aire, tapé la herida con un papel y se lo encargué a Joel [Iglesias] mientras yo atendía mi ametralladora.

Che continúa su avance sin dejar de disparar, por un terreno cada vez más descubierto. Casi inmediatamente, Manuel Acuña recibe dos balazos en el brazo derecho, y Che le ordena que se retire.

Mientras tanto, en el sector que ocupa el pelotón de Almeida la lucha sigue encarnizada. El avance continúa, a despecho de la lluvia de plomo que cae del frente y del flanco derecho. La misión recibida ha sido avanzar hacia el cuartel, y en el avance inclusive se ha rebasado la posición de la posta 2 enemiga. Por otra parte, algunos guardias de las postas 3 y 4 se han replegado hacia adelante, por el flanco izquierdo, y disparan también desde atrás. Muchos de los combatientes, al sentir este fuego de flanco y de espaldas, piensan que sus propios compañeros que están en la falda de la loma están tirando equivocados. Después del combate, algunos de estos guardias aparecerán escondidos en la maleza y en las copas de los árboles.

Almeida se mueve incansable entre sus hombres. Anima, conmina, alienta, maldice. Es preciso seguir avanzando. El terreno prácticamente no ofrece protección alguna. El pelotón ha sufrido ya varias bajas. Hermes Leyva, ayudante del fusil ametralladora de Pantoja, ha sido herido a sedal en el tórax. Mario Maceo ha recibido un impacto en el hombro izquierdo. Gustavo Adolfo Moll ha muerto de un tiro en la cabeza. Félix Pena tiene un disparo en una pierna. Los heridos van siendo retirados hacia atrás, a la cañada contigua a la loma donde está Fidel.

Eligio Mendoza se ha hecho de un fusil y dispara enardecido. No hace caso a quienes le advierten que se tienda en el suelo. Responde que tiene un resguardo y que las balas no le pueden entrar. En una ocasión en que avanza descubierto, un disparo le atraviesa el vientre. Cae herido de muerte entre la hierba de guinea, muy cerca de la escuadra de vanguardia. Almeida le indica a Gilberto Cardero, hasta entonces desarmado, que tome el fusil de Eligio y siga combatiendo.

La cerca de alambres que bordea el fondo del taller, a menos de 50 metros del cuartel, detiene momentáneamente el avance del pelotón. Hay que cruzarla a toda costa y alcanzar las edificaciones. Desde allí, ya muy cerca del cuartel, el empuje final será más factible.

Almeida se incorpora para cruzarla, delante de sus hombres. Los que están más cerca le escuchan decir una palabrota. Ha recibido un balazo en el pecho. La bala ha golpeado contra la cuchara de metal que tiene en el bolsillo de la camisa, se ha desviado hacia arriba y le ha atravesado el hombro, inutilizando además su fusil. Casi de inmediato, recibe otro tiro en la pierna izquierda. Al caer, siente un golpe en la cabeza por detrás.

Las heridas parecen graves. Orestes Álvarez, a quien todos llaman Sabú, y *Pepín* Quiala arrastran al herido tras un tronco. A ellos se incorpora poco después Luis Alfonso Zayas. La segunda bala ha perforado una lata de leche condensada que Almeida lleva en el bolsillo del pantalón. La sangre se mezcla con la espesa crema blancuzca. Todavía el combatiente tiene ánimos para pedir que le saquen la lata del bolsillo, sorber unos tragos de leche sanguinolenta y ofrecerla a los que están a su lado. Luis Viera, que ha fungido a veces en la tropa como enfermero, se acerca, lo examina y le inyecta un ampolla de penicilina que el herido guarda en su bolsillo.

Fidel ha seguido disparando desde su posición, mientras observa el desarrollo del combate. Se ha percatado de que la

situación en el flanco derecho es difícil, y ordena a *Nano* Díaz que avance con su ametralladora y sus hombres para reforzar el ataque sobre ese sector. Es preciso liquidar cuanto antes las postas 1 y 2, que están haciendo una fuerte resistencia. *Nano* baja por la cañada que está hacia la derecha y comienza a batir la posición de los guardias. En su avance, tropieza con *Almeida* herido, que desde el suelo lo anima y orienta.

Sabú y Miguel Ángel Ruiz Maceiras cargan a *Almeida* y lo llevan hasta la boca de la cañada que está detrás. Allí lo dejan y Sabú sube a informar que su capitán ha sido herido. Pero ya Fidel, Celia y otros combatientes del estado mayor vienen bajando por la falda.

El acceso a la cañada es batido fuertemente por el fuego enemigo de la posta 2. Manuel Acuña ha llegado hasta allí desde el lugar donde ha sido herido. Encuentra a *Almeida* y lo carga. Camina un tramo hacia adentro de la cañada. Allí se le une Gilberto Cardero, que viene con Félix Peña herido. Entre los dos suben a *Almeida* por detrás de la falda, hasta donde ha llegado Fidel. En ese momento llega la noticia de que también Che ha sido herido, y Acuña parte de nuevo a comprobar si es cierto.

Mientras todo esto ocurre en el frente central del ataque, la lucha en el flanco derecho sigue con ferocidad. Guillermo prosigue en su duelo cerrado con los guardias del fortín. Otros combatientes del pelotón de Sotús, entre ellos Agustín Lara y Manuel García, han cruzado del otro lado del camino para tratar de flanquear por la izquierda la fortificación de los guardias, pero han podido avanzar poco.

Quique Escalona ha sido herido también dentro del corral. Una bala le ha lesionado la mano, el brazo y la nalga derechas. Junto a Manals, comienzan a retirarse hacia las casas que están detrás. En una de las casitas encuentran a una anciana que al verlos, llenos de fango y ensangrentados, empieza a dar gritos con las manos en la cabeza:

—Pero, m' hijo, ¿qué es lo que les ha pasado a ustedes?

Quique ve unos pollos que revolotean dentro del bohío y responde: “—Mire, vieja, deje el grito para después y despescuézeme un par de pollos para hacer una sopa, que el problema nuestro es de hambre y después viene la gritería”.

La mujer les da un poco de vianda que ya tenía cocinada. Tras engullir atropelladamente algunos bocados, Manals y Escalona cruzan el camino y suben en dirección a la loma. Un poco más adelante se encuentran con Almeida herido y más adelante con Hermes Cardero, quien los acompaña hacia la cañada donde se están reuniendo los rebeldes heridos.

Han transcurrido más de dos horas de combate. Por ambas partes se hace derroche de coraje. Son ya más de las 7:30 de la mañana. Sobre el lugar ha pasado, muy alto, una avioneta. Los combatientes rebeldes han utilizado una buena parte del parque no muy abundante con que cuentan. Ya es francamente de día, y existe el peligro de que la noticia del ataque haya llegado a los puestos de mando de la tiranía. La situación se ha tornado muy peligrosa. No cesa la resistencia del enemigo desde sus posiciones bien atrincheradas, tanto en el cuartel, donde está concentrado un grupo grande, como en las postas principales fortificadas.

Sin embargo, aun en estas condiciones, el desenlace de la acción no ofrece opción para el jefe rebelde. Una retirada, a pesar de las circunstancias difíciles en que se desarrolla el combate y de la hora tan avanzada —y en parte precisamente por este último factor—, es casi imposible. Al margen del parque gastado y de las bajas sufridas, el efecto psicológico de una retirada, sobre todo entre la tropa bisoña, puede tener consecuencias desastrosas para el futuro de la guerrilla. Es preciso, por tanto, hacer un esfuerzo final y llegar a la victoria.

Impaciente, Raúl solicita autorización para avanzar con su pelotón por el frente del cuartel. Pero Fidel decide esperar un poco más antes de emplear en este ataque frontal las últimas fuerzas disponibles.

Llega Luis Peña, enviado por Guillermo, para informar la difícil situación en el flanco derecho. Casi al comienzo mismo de la acción, Fidel ha comprendido que la clave del

combate está en ese sector. Las posiciones fortificadas de las postas 1 y 2 del enemigo han sido las que han impedido hasta ese momento la toma del cuartel. La escuadra de *Nano* Díaz, del pelotón de Raúl, enviada para reforzar el ataque sobre ese flanco, ha avanzado realmente en la misma dirección que Almeida, es decir, hacia el cuartel. Otros combatientes son enviados al flanco derecho. El jefe rebelde dispone también que Luis Crespo, de la escuadra del estado mayor, baje con su fusil de mirilla y una granada, acompañado por Peña, hacia la posición de Guillermo, y autoriza a Raúl a avanzar directamente sobre el cuartel con el resto de su pelotón.

En el puesto de mando quedan solamente tres o cuatro fusiles, incluido el de Fidel. Todo el destacamento rebelde ha sido lanzado al feroz combate.

Crespo y Peña dan un rodeo, cruzan el camino de la costa un poco más atrás de las casas y avanzan hasta la línea rebelde. Crespo lanza su granada contra el emplazamiento de los guardias, pero no estalla. Del otro lado del camino está *Furry* Colomé, que también ha sido enviado por *Nano* Díaz con una granada para apoyar el ataque al fortín. Luego de arrastrarse hasta cerca de la posta, el combatiente lanza la granada, que estalla sobre el techo de lona de la fortificación. Los rebeldes suspenden un instante el fuego. Hasta las paredes de traviesas han sido removidas, pero aún queda un enemigo vivo que sigue combatiendo.

Crespo da entonces la vuelta a las casas y, siempre acompañado por Luis Peña, llega arrastrándose hasta la posición de Guillermo. Le dice al combatiente que si lo cubre con la ametralladora intentará alcanzar los bolos, para desviar desde allí con el fuego de su fusil de mira telescópica la atención del guardia que resiste.

Guillermo dispara una ráfaga sostenida y Crespo, de un salto, se lanza a correr. Llega hasta los bolos y sube por detrás. Desde arriba comienza a provocar al guardia del fortín: le grita, le dispara, le asoma la gorra. El soldado concentra su fuego en esa dirección. La posición de Crespo es ventajosa, pues está más alta y protegida. Es la misma que había

intentado tomar Sotús, quien después de haber permanecido un rato medio ahogado, aunque ileso, en el agua, se ha reincorporado al combate. Alrededor de Crespo, los disparos del guardia hacen saltar astillas a los bolos.

Es entonces cuando Guillermo aprovecha. Mientras el soldado trata de neutralizar con su fuego a Crespo, Guillermo deja la ametralladora y avanza a rastras con su pistola Star de ráfagas en la mano. Poco a poco se acerca al fortín hasta que llega junto al muro de traviesas. Con gran trabajo y cautela, logra por fin introducir la mano y parte del brazo por una hendidura, y vacía el cargador de la pistola sobre el guardia. El último enemigo de la posta I ha sido liquidado.

Guillermo avanza entonces con el fusil ametralladora Browning que hasta ese momento utilizaba el soldado, se coloca delante del fortín, casi en el camino, a menos de 100 metros del cuartel, y comienza a disparar. Juan Soto emplaza también su fusil ametralladora Madsen junto a Guillermo. Reinaldo Mora y Luis Peña se hacen cargo de la ametralladora 30.

Entretanto, las escuadras de Che, Camilo y Efigenio han rendido las postas de su sector y, junto con los combatientes del pelotón de Almeida, avanzan resueltos hacia el cuartel. *Nano* Díaz, por su parte, ha logrado avanzar con su escuadra hasta el taller, y desde allí dispara también con su trípode a 30 metros de la instalación enemiga. Crescencio y su pelotón han bordeado la pista y desde un altico, en un ángulo más favorable, disparan sus armas contra el reducto de los guardias.

Desde todas estas direcciones, comienza el fuego rebelde a batir el último foco principal de resistencia. La situación se hace insostenible para el enemigo. Ya en ese momento el combate ha sido ganado.

El teniente Carreras ha permanecido todo el tiempo combatiendo junto al cuartel. Protegido detrás de los bolos de madera, no ha dejado de disparar con su Garand y de dar ánimo a sus compañeros. A su alrededor hay varios muertos y heridos. Él mismo ha sido herido en una pierna. Desde el comienzo del combate, algunos guardias han instado al teniente a que se rinda. Pero éste ha persistido en la lucha.

Dos factores han influido fundamentalmente en el ánimo del teniente y de los guardias que han combatido con mayor tenacidad, ambos derivados de la cuidadosa cortina de propaganda que la tiranía ha tendido en las Fuerzas Armadas con relación a los rebeldes. Por una parte, no ha dejado de repetirse entre los soldados que los mau-mau no perdonan a los prisioneros y heridos en combate, sino que los rematan criminalmente una vez que se han rendido. Alrededor del combate de La Plata el alto mando del ejército de la tiranía ha tejido la especie de que los soldados muertos allí fueron sorprendidos y asesinados después. Los guardias de Uvero, por tanto, creen que están luchando por su vida.

Por otra parte, el teniente ha calculado que los rebeldes son incapaces de sostener un combate prolongado. Presume, porque así se lo han hecho creer, que están escasos de parque y de fuerzas, que son una banda de forajidos que se aprovechan de los golpes por sorpresa y que carecen de la moral necesaria para un ataque frontal sostenido como el que están teniendo que librar en Uvero, donde por fuerza deberán sufrir algunas bajas. Es de día, además. Se supone que la guerrilla vive de la noche. En cualquier momento puede pasar la avioneta de reconocimiento o la fragata, y los rebeldes se verán obligados a retirarse.

El jefe del cuartel ha escuchado la detonación de la granada. Ahora, a su alrededor, el plomo golpea los bolos como si mil carpinteros con madarrias se hubiesen dedicado a martillar al unísono sobre la dura madera. Detrás, las

astillas y pedazos de las paredes del puesto militar vuelan como virutas impelidas por la fuerza de un ciclón.

El teniente levanta la cabeza para mirar a su alrededor. De pronto, siente un fuerte golpe en el casco y cae hacia atrás. La sangre le cubre los ojos y el rostro. Una bala le ha entrado por la misma insignia del casco y le ha resbalado sobre el hueso parietal.

—Cabo Lorenzana —puede gritar todavía—, ¡asuma el mando!

—Teniente, ¡lo han herido! —exclama el cabo.

No puede decir más. Ha comenzado a incorporarse y una bala le atraviesa la cabeza.

Ya no hay nada más que hacer. El cuartel está siendo despedazado poco a poco por el fuego implacable de las ametralladoras rebeldes. Desde el embarcadero, algunos guardias emprenden una fuga desesperada por el camino de Chivirico. Otros se lanzan al agua. Los combatientes del pelotón de Crescencio corren hacia el camino y logran detener a algunos de los que huyen. Sin embargo, seis soldados logran escapar.

El teniente Carreras saca un pañuelo blanco del bolsillo de su pantalón y lo agita desde el suelo, por encima de los bolos. Es la señal de rendición.

Desde la cañada, Fidel ha observado atentamente el desarrollo de la última parte del combate. Un rato antes, la situación había sido realmente crítica. Pero la tenacidad del avance de Almeida, la intervención de la escuadra de *Nano* Díaz, el avance final del resto del pelotón de Raúl y el arrojado de Guillermo y los combatientes que han tomado finalmente por asalto la posta del flanco derecho, han decidido el combate.

Por la izquierda, las escuadras de Che, Camilo y Efigenio han vencido también la resistencia de las postas enemigas en ese sector. Víctor Mora y Vitaliano Torres, combatientes de la escuadra de vanguardia, toman prisioneros a varios de los guardias y sobre la marcha rinden al soldado que ha estado

ofreciendo resistencia a Che hasta el final, que emerge de la trinchera haciendo ademán de entregar su arma.

Por su parte, a los guardias de la posta 2, a la derecha, apenas les quedan ya posibilidades de seguir luchando, e indican también su intención de rendirse.

Fidel observa por la mirilla de su fusil la señal de rendición del cuartel. De inmediato ordena el avance de toda la tropa.

Los combatientes del flanco derecho han visto también la tela blanca.

—¡El cuartel se rinde! ¡El cuartel se rinde! —gritan todos.

Bajando por la loma y por entre las edificaciones de la empresa maderera, los rebeldes convergen sobre el cuartel. Todavía se escuchan algunos disparos. *Nano* Díaz ha dejado la ametralladora y avanza con su pistola en la mano hacia los guardias. Lo siguen otros combatientes del pelotón de Almeida, entre ellos Rigoberto Sillero. Suena una ráfaga. Los que están cerca de Nano lo ven caer al suelo como fulminado de repente, muy cerca ya del cuartelito. Ha sido alcanzado en la cabeza por un disparo. Detrás cae herido también Sillero. Son las últimas bajas rebeldes y las más dolorosas, pues ya el combate había terminado.

Son en este momento poco más de las 8:00 de la mañana. La acción ha durado casi exactamente tres horas.

Uno de los primeros combatientes que llega al cuartel es Guillermo García, quien después de poner en fila a los soldados prisioneros pregunta a uno de ellos, que tiene los brazos en alto y tiembla como una hoja:

—¿Dónde está el jefe de ustedes?

—Mírelo ahí en el suelo. Lo acaban de matar ahora mismo.

El teniente Carreras no ha perdido el conocimiento pese a sus heridas, y escucha el diálogo. Con el rostro y las ropas llenas de sangre, se incorpora trabajosamente.

—No, todavía no estoy muerto —le dice alterado al capitán rebelde—, pero máteme, máteme.

—Aquí nadie lo va a matar —le responde Guillermo—. Tranquilícese, que ahora lo van a curar.

Tras la rendición del último soldado que combatía en la posta 3, Che le ha pedido que lo acompañe hasta la casa que sirve de puesto sanitario, donde han permanecido encerrados durante todo el combate el teniente médico y su ayudante. Che le encomienda momentáneamente al primero la atención de los heridos que vienen llegando. Acto seguido, revisa las demás casas del batey y hace prisioneros a dos guardias que se han refugiado en la vivienda de Héctor Pupo. En su diario relata: “Enfrente mío, a 15 metros se rindió el soldado que hiriera a Leal y a Acuña el viejo. Me llevó al consultorio donde estaban trancados el médico y su asistente que [se] entregaron prisioneros, empecé a recorrer las casas y recolecté dos prisioneros”.

Luego Che se dirige hacia el cuartel, donde los combatientes rebeldes han ido reuniendo a los soldados rendidos. Cuando llega, el teniente Carreras está gritando todavía:

—Yo soy el responsable, la culpa es mía. Mátenme a mi, no a ellos.

—Oiga, inosotros no asesinamos a los prisioneros ni rematamos a los heridos! —le contesta enérgico Che—. Eso es lo que quieren hacerles creer a ustedes, pero nosotros no actuamos así. Usted y sus hombres han combatido con valor. Estése tranquilo, que no le va a pasar absolutamente nada.

Fidel, Raúl, Celia y los demás combatientes que habían avanzado desde la loma también han llegado hasta el cuartel. El jefe rebelde da las órdenes pertinentes. Es preciso recoger lo más rápidamente posible todas las armas, parque y equipos militares de los guardias derrotados, y sacarlos del lugar hacia el campamento guerrillero en la montaña. Hay que recoger a los muertos rebeldes y agruparlos en el batey. Los heridos ya vienen bajando desde la cañada y se agrupan frente al puesto médico. Debe hacerse un inventario de bajas de ambas partes. Che se ocupará de atender a los heridos, tanto rebeldes como guardias.

Raúl ordena a parte de su pelotón que emplace la ametralladora calibre 30, ahora a cargo de *Furry* Colomé, por la entrada de Chivirico y mantenga allí una posta. Es uno de los lugares más cercanos de donde puede venir una tropa enemiga, alertada por el combate. Algunos integrantes de la escuadra de retaguardia acompañan en esta misión a los del pelotón de Raúl.

También Sotús ha ordenado a Reinaldo Mora y a Juan Soto emplazar la trípode y el fusil ametralladora de su pelotón a la salida del camino hacia el oeste, en previsión de algún refuerzo que venga de Ocujal o Pino del Agua.

Los primeros combatientes que han llegado al cuartel y a las postas en las inmediaciones, cambian sus deteriorados calzados por las botas de algunos soldados muertos o heridos. Varios rebeldes entran en la fonda y tienda del batey para tomar alguna mercancía, y detienen allí también a algunos soldados que se han escondido en el lugar.

Guillermo García ha recibido la responsabilidad de ir reuniendo todas las armas y equipos que los combatientes van localizando. Las armas se van amontonando a un costado del cuartel y luego tirando sobre la plancha de uno de los tres camiones de la empresa maderera que Sergio Pérez, Enrique López e Ignacio Pérez han logrado echar a andar y han estacionado frente a la instalación enemiga rendida.

El botín de guerra capturado consta de 45 fusiles en total: 24 Garand semiautomáticos, 20 Springfield y un fusil ametralladora Browning, cerca de 6 mil tiros 30,06, varias armas cortas y diversos equipos, entre ellos uniformes, botas, mochilas, cananas, cascos y cuchillos.

La requisita de armas es tan exhaustiva que las tropas enemigas de refuerzo, al llegar esa misma tarde, sólo encontrarán un fusil Garand en la hierba de guinea al final de la pista, al parecer abandonado por uno de los soldados que lograron escapar después de combate.

Otro grupo se encarga de recoger los muertos rebeldes. Ciro Frías y Manuel García encuentran cerca de la posta 1 el cuerpo de Francisco Soto, que las olas mecen en la orilla, y

lo llevan hasta la fonda, donde ya han sido depositados en el suelo los cadáveres de *Julito* Díaz, Gustavo Moll, Anselmo Vega y *Nano* Díaz. En cambio, el de Eligio Mendoza no es encontrado entre la alta hierba donde cayó durante el combate. Los guardias lo hallarán por la tarde y lo embarcarán esa noche en la fragata junto con sus propias bajas.

Son once los muertos del enemigo, entre ellos un sargento y dos cabos. Cuatro de los guardias han caído combatiendo en la posta 1, seis han sido abatidos dentro o alrededor del cuartel y otro junto a los bolos del embarcadero. Después del combate, el cuartel parece una criba. Los cadáveres de los soldados que cayeron al inicio de la acción están acribillados. De las siete cotorritas que los guardias conservaban en la instalación, sólo dos han sobrevivido.

Hay, además, 19 guardias heridos, algunos graves. Todos son llevados también a la casa consultorio. En ese trajín, se acerca un cabo herido en una mano y pide a Gilberto Cardero que lo traslade en su jeep a Chivirico con otros de los soldados heridos. Pero Raúl interviene en la conversación para no comprometer a Cardero:

—No puede ser. Este señor siempre está metido aquí ayudando a los guardias. Este se va preso con nosotros.

Che vuelve a hablar con el teniente médico, hombre canoso de mediana edad, para que atienda a sus heridos, al tiempo que le ofrece toda la ayuda que esté a su alcance.

—Mira, chico —le contesta el oficial, nervioso—, hazte cargo tú de todo esto, porque la verdad es que yo me acabo de graduar y tengo muy poca experiencia.

Auxiliado por Luis Viera y algunos otros combatientes, Che comienza a ocuparse de todos los heridos. Lo primero que hace es examinar las heridas de los combatientes rebeldes. No piensa hacerles de momento más que los primeros auxilios, pues Fidel ha ordenado la evacuación inmediata de los muertos y heridos. El primer herido que atiende, debido a su gravedad, es Sillero, a quien sólo le es posible suministrar algún calmante y apretarle fuertemente el cinturón para que respire mejor.

Che narra en su diario: “Enseguida empezaron a caer los heridos y brindamos los primeros auxilios, Leal estaba grave, Cilleros con una herida en el brazo que se lo había fracturado y otra con orificio de entrada en el pulmón derecho alojada en la columna, estaba moribundo”.

De todos, Sillero, Leal y Almeida son los que están en peores condiciones. Se decide que los dos primeros tienen muy pocas posibilidades de salvarse y que, en ningún caso, resistirán la subida en camiones de regreso a la montaña. Por otra parte, no cabe duda de que, desde el punto de vista médico, podrán ser mejor atendidos en manos del enemigo.

Se levanta un acta de entrega de los dos heridos. La redacta *Tony* Béguez, la firman Che y el teniente médico José M. Travieso, quien se compromete por su honor militar a protegerles la vida. Como garantía del compromiso, la columna guerrillera llevará consigo a todos los prisioneros ilesos, salvo el médico y su ayudante.

LA RETIRADA

Los vecinos del batey han comenzado a salir de sus casas y de los lugares donde se han escondido durante el combate. A uno de ellos hay que arrancarlo casi a la fuerza de debajo de una de las casas, donde ha quedado trabado. A petición de Che, llevan todas las colchonetas disponibles al puesto médico para acomodar a los heridos.

Gilberto Cardero se ha dedicado a recorrer las casas del batey para conocer si hay bajas civiles. Pero ha sido tanto el cuidado puesto por los rebeldes en no disparar contra las casas, que no hay un solo muerto ni herido grave entre los pobladores, a pesar de que en muchos casos sus viviendas estaban en plena línea de fuego. Sólo una niña de quince días de nacida, nieta de *Lalo* Pupo, ha recibido la quemadura de una bala que le rozó la piel debajo del labio. Durante las

tres horas que duró el combate, la familia de Lalo permaneció con todos sus hijos y nietos aplastada bajo el piso de su casa.

Guillermo García ha salido por delante en un camión que va manejando Sergio Pérez. Lleva consigo las armas ocupadas y lo acompañan algunos combatientes. El vehículo se ha detenido a esperar por los demás en Agua Hedionda, en el entronque del camino de la costa con el que sube a la montaña. Al poco rato llegan los catorce guardias prisioneros, custodiados por otros combatientes.



Después del combate del Uvero, antes de iniciar el regreso a las lomas. Fidel está parado en el estribo del camión, del otro lado Universo Sánchez y detrás Guillermo García. De espaldas, Celia Sánchez y a su lado Ciro Redondo. Se aprecian otros combatientes rebeldes, algunos de los guardias prisioneros y vecinos del lugar.

Alrededor de las 9:00 de la mañana, sale del batey otro camión. Lo maneja Gilberto Cardero, y sobre la cama van los heridos y los muertos rebeldes, un grupo numeroso de combatientes y alguna mercancía tomada de la tienda. El vehículo se detiene también antes de emprender la subida de la loma, en el lugar donde está esperando el primero. Se

cargan las mochilas que habían quedado escondidas en un rellano junto al camino. Fidel conversa con algunos campesinos que han salido a saludar a los rebeldes, y luego sube al estribo del primer camión mientras Celia se acomoda en la cabina.

Los dos carros comienzan entonces la trabajosa ascensión. No es posible seguir demorando allí. Aparte del peligro de un ataque de la aviación enemiga a lo largo de la prolongada ruta que debe cubrir el destacamento rebelde, que lleva consigo además a los heridos, los muertos, las armas ocupadas y los prisioneros, se corre el riesgo de chocar por tierra con cualquier refuerzo que el enemigo puede enviar desde la fuerte guarnición de Pino del Agua por ese mismo camino, que es el más corto en dirección a Uvero.

Los combatientes ocupan apretadamente todo el espacio disponible en los camiones, incluidos guardafangos, defensas y hasta el capó. En varias ocasiones los choferes tienen que pedirles que se aparten para poder ver el camino. Entre los heridos que van en el camión que conduce Cardero, Almeida es el que está en peores condiciones. En la subida recobra el conocimiento. De una cantimplora le echan agua en las heridas, pues la sangre se ha endurecido y el roce con el uniforme lo lastima. Le indican al chofer que detenga el vehículo, cortan ramas de helechos y se la colocan encima para refrescarlo. Luego continúan la marcha.

En Uvero han quedado Che, Raúl y el grupo de combatientes emboscado en el camino de Chivirico. Che sigue atendiendo a los soldados heridos. Les inyecta suero antitetánico y venda sus heridas. Poco después de las 11:00 de la mañana, parte finalmente con el resto del personal rebelde que queda en el batey hacia el lugar donde dejaron las mochilas, esperando encontrar allí el grueso de la columna.

—Ya nos vamos—le dice Che al cabo Basilio Hernández, uno de los heridos—, porque seguro que ya vienen a buscarlos. Ya ustedes están salvados. Ustedes tienen más recursos que nosotros.

Antes de salir, Che se despide con dolor de Sillero y Leal. En sus memorias de la guerra, este pasaje es sin duda uno de los más emocionantes:

Cuando se lo comuniqué a Cilleros, diciéndole las palabras reconfortantes de rigor, me saludó con una sonrisa triste que podía decir más que todas las palabras en ese momento y que expresaba su convicción de que todo había acabado. Lo sabíamos también y estuve tentado en aquel momento de depositar en su frente un beso de despedida pero, en mí más que en nadie, significaba la sentencia de muerte para el compañero y el deber me indicaba que no debía amargar más sus últimos momentos con la confirmación de algo de lo que él tenía casi absoluta certeza. Me despedí, lo más cariñosamente que pude y con enorme dolor, de los dos combatientes que quedaban en manos del enemigo. Ellos clamaban que preferían morir en nuestras tropas, pero teníamos nosotros también el deber de luchar hasta el último momento de sus vidas. Allí quedaron, hermanados con los 19 heridos del ejército batistiano a quienes también se había atendido con todo el rigor científico que éramos capaces.

No es posible esperar más tiempo. En cualquier momento puede ocurrir una sorpresa desagradable.

Al llegar Raúl, Che y sus compañeros a Agua Hedionda, ya la columna rebelde ha continuado viaje loma arriba y tienen que esperar ocultos, pues no poseen vehículos para subir. Continúa relatando el Che:

Lo maravilloso en el largo combate que duró 2 horas 3/4, fue que ningún civil fue herido. Los heridos nuestros salvo Leal y Cilleros fueron llevados con nosotros, ellos dos quedaron bajo la atención del médico quien se responsabilizó con sus vidas. Los heridos partieron y yo creí que era a un lugar

cercano, donde dejamos la mochila, pero cuando me dispuse a curarlos me encontré con que no estaban y no había vehículo para irse.

Más o menos a esta misma hora, llegan a Chivirico algunos de los seis guardias que han logrado escapar del combate. Desde el cuartel se avisa a Santiago, y poco después despega un avión C-47. Los mandos militares ordenan también a la guarnición de Chivirico que emprenda la marcha hacia Uvero, y a todas las unidades navales que patrullan la costa que se dirijan al lugar.

El C-47 sobrevuela el batey, pero no puede aterrizar. Se despacha entonces una avioneta Beaver de reconocimiento, que llega a Uvero poco después de las 2:00 de la tarde. A esa misma hora comienza a sobrevolar la zona un B-26, el primero de los aviones de combate que serán enviados antes de la caída de la noche. Pero ya los dos camiones donde viajan los rebeldes han llegado a la loma del Indio. La columna acampa en los alrededores de la casa del buldocero *Chago Arias*, en ese momento vacía. En el camino, Reinaldo Mora emplaza la ametralladora 30, con Luis Peña y Primitivo Pérez de ayudantes.

En Uvero, el sargento que ha llegado en la avioneta pretende llevarse a los dos rebeldes heridos. Su intención es evidente. Pero el teniente Carreras, que ha recobrado el conocimiento después de haber permanecido un rato inconsciente, se niega de plano. Al final, aceptará ser transportado a Santiago en la avioneta junto con Leal y Sillero, que está cada vez en peores condiciones y muere en el trayecto. Leal, en cambio, es atendido en Santiago, luego en La Habana y logra sobrevivir, aunque pasará el resto de la guerra en la prisión de Isla de Pinos.

Raúl, Che y sus compañeros han seguido aguardando en Agua Hedionda para continuar camino. Pasa un rato largo. Ya van a emprender la subida a pie cuando bajan de la loma dos o tres camiones y en uno de ellos, conducido por Ignacio Pérez, quien ha sido enviado por Fidel para recoger al resto

del personal, empiezan a subir. Todavía este carro está a mitad de camino cuando aparece un B-26. La marcha se detiene momentáneamente y los combatientes buscan refugio a los costados del camino. Algunos quieren disparar con sus fusiles contra el aparato enemigo. Al cabo, el avión se retira después de dar dos pases bajos. Al parecer, no ha detectado el camión o no creyó que en él viajaban guerrilleros, o simplemente no ha querido ametrallar ni bombardear.

Alrededor de las 5:00 de la tarde llegan a Uvero la tropa enviada de Chivirico y el cañonero *Baire*, de la Marina de Guerra. Las condiciones del mar no permiten el ataque. La embarcación se coloca frente a la loma de La Virgen y comienza a cañonear el camino. Los aviones, mientras tanto, siguen sobrevolando la zona. Pero ya a esta hora las nubes han cubierto las lomas más altas. Por fin, esa noche pueden ser embarcados los heridos y los muertos en el *Baire*.

Cerca de las 6:00 de la tarde el camión donde viajan Raúl, Che y los demás que han subido en este último viaje llega cerca del batey de la Cooperativa, en El Indio. Allí no encuentran al destacamento rebelde y van en busca de Enrique López, quien los conduce hasta el campamento en el Hoyo de Frías. El vehículo se ha detenido al borde del camino, en un lugar al parecer poco firme, y después que los combatientes han bajado el camión resbala fuera y se vuelca ligeramente.

Che concluye sus anotaciones ese día:

Al rato cayeron los camiones que venían desde arriba y luego pasamos tres horas largas en llegar cerca del batey sin encontrar nadie y tuvimos que ir hasta allí mismo para que Enrique nos condujera al lugar donde estaba el comandante y la otra gente. Al anochecer pude atender los heridos y dormir que era mi gran anhelo.

En el campamento rebelde, la euforia del triunfo se mezcla con la pesadumbre por la pérdida de los combatientes que han caído en el combate, a los que se les hace guardia de honor esa noche.

UNA POSDATA FINAL

A la mañana siguiente, en un lugar cercano al campamento rebelde en el Hoyo de Frías, próximo al firme de la loma que ya los combatientes han empezado a llamar del Veintiséis, los cinco cadáveres de los combatientes caídos en el combate serán enterrados con honores militares. Poco después la columna rebelde emprenderá la marcha. Era preciso abandonar la zona lo más rápidamente posible. Cabía prever que el enemigo iniciaría una tenaz persecución después del golpe tan duro que había recibido.

Atrás quedará Che, encargado de cuidar a los siete heridos hasta su restablecimiento. Junto a él quedarán para ayudarlo los combatientes Joel Iglesias, *Vilo* Acuña y Alejandro Oñate, y el campesino Sinecio Torres como práctico. Comenzará para este grupo una pequeña odisea que sólo terminará al reincorporarse Che y sus compañeros a la columna a mediados del mes de julio. Pero ya ésta es otra historia.

Al día siguiente, tras firmar un documento que redacta Celia en el que dejan constancia del buen trato recibido, los catorce guardias prisioneros serán dejados en libertad y se les proveerá a cada uno de un salvoconducto. El 31 de mayo Celia se separará de la guerrilla y bajará a Santiago de Cuba enviada por Fidel. Llevará un mensaje del jefe rebelde a Frank País en el que se incluye un detallado recuento del combate y de las bajas guerrilleras, se plantea la necesidad del envío de más armas, parque para el nuevo armamento, equipos de comunicación y dos médicos. Fidel señala a Frank que es el momento preciso de intensificar la lucha en todos los órdenes y que el aparato clandestino del Movimiento en todo el país debe apoyar a la fuerza rebelde con todas sus fuerzas, y autoriza emplear una parte de los recursos bélicos de que se dispone en Santiago para la apertura inmediata del segundo frente en la provincia oriental, por considerar que es el momento psicológico y militar apropiado, aunque advierte

que este nuevo empeño deben llevarlo adelante jefes capacitados que no se dejen sorprender ni engañar. Durante su breve estancia en Santiago, Celia se entrevistará también con el periodista norteamericano Herbert Matthews, que ha hecho un segundo viaje a Cuba.

Mientras tanto, la columna rebelde regresa a la zona de Turquino. Se ha cerrado una etapa de la guerra.

Sin lugar a dudas, el combate del Uvero fue un hito fundamental en la historia de la guerra revolucionaria en Cuba. Para la dictadura, significó un serio revés al que trató de responder inútilmente, tanto en el terreno militar como en el de la propaganda. Para el Ejército Rebelde, representó su consolidación material y moral, y la reafirmación plena de la supremacía de la línea estratégica mantenida desde la Sierra Maestra en la lucha revolucionaria.

En el orden material, Uvero trajo como resultado el acrecentamiento apreciable de los recursos bélicos de la guerrilla. Fue en este combate donde los rebeldes aplicaron por primera vez en gran escala la experiencia de surtir en armamento y parque a la tropa con los recursos arrebatados en el campo de batalla al enemigo.

Es cierto que la acción de Uvero fue posible en buena medida por los suministros en armas recibidos del llano. Pero no es menos cierto que la situación de aislamiento de la guerrilla provocada por el continuo cerco enemigo, la persecución despiadada a que se veían sometidos los combatientes del llano y determinadas concepciones entre algunos de los dirigentes de la lucha en las ciudades acerca de la priorización de los recursos, tuvieron como consecuencia que durante todo el resto del primer año de guerra el Ejército Rebelde no recibiera ningún otro lote importante de armas y parque enviado desde el llano. Por eso tuvo que aprender a sostenerse fundamentalmente con los recursos arrancados al enemigo.

En este sentido, las armas conquistadas en Uvero tuvieron un peso indiscutible en el fortalecimiento material

de la guerrilla, necesario para mantener una correlación de fuerzas favorable al logro de ese objetivo. Pudiera decirse que las armas que combatieron en Uvero, muchas de ellas enviadas desde el llano, establecieron una ecuación que se mantuvo vigente durante todo el transcurso ulterior de la guerra: a más armas, mayor posibilidad de obtener todavía más armas; y que el combate del Uvero fue la primera demostración en los hechos de la vigencia de esa ecuación.

Al respecto, resulta a la vez significativo y elocuente lo planteado por Fidel el 28 de mayo de 1965, hablando de la trascendencia del Uvero: “Cuando aprendimos a quitarle las armas al enemigo, habíamos aprendido a hacer la revolución, habíamos aprendido a hacer la guerra, habíamos aprendido a ser invencibles, ¡habíamos aprendido a vencer!”.

En Uvero la guerrilla demostró ser una fuerza combatiente madura y plenamente efectiva, capaz de sostener con éxito un tipo de acción —el asalto a una posición enemiga fuerte y defendida con tenacidad— difícil y atípica en la guerra de movimientos que caracteriza esencialmente a la lucha guerrillera, y que fue el rasgo general de todo el primer período de la lucha en la Sierra Maestra e incluso hasta el rechazo de la gran ofensiva enemiga del verano de 1958.

En términos de bajas totales, el combate del Uvero fue posiblemente el más sangriento de toda la guerra. Los atacantes rebeldes sufrieron siete muertos: *Julito* Díaz, Francisco Soto, Gustavo Adolfo Moll, Anselmo Vega, Eligio Mendoza, *Nano* Díaz y Rigoberto Sillero. Otros ocho combatientes resultaron heridos de mayor o menor gravedad: Juan Almeida, Félix Peña, Mario Maceo, Miguel Ángel Manals, *Quique* Escalona, Hermes Leyva, Manuel Acuña y Mario Leal. No obstante, la fuerza asaltante fue capaz no sólo de sostener el combate sino de obtener la victoria. Los defensores del cuartel, por su parte, tuvieron once muertos y diecinueve heridos, es decir, casi el 60 por ciento de sus efectivos, lo cual revela la intensidad y violencia de la acción.

Esta es una de las razones por las que, en el orden moral, la importancia del combate del Uvero tampoco puede ser desconocida. Al cabo de más de cuarenta años, todos los participantes en la acción coinciden al afirmar que fue precisamente en Uvero donde adquirieron la convicción plena de que la guerra podía ser ganada, de que la guerrilla era una fuerza invencible, incluso en las circunstancias más adversas. Che escribió sobre este tema:

A partir de este combate, nuestra moral se acrecentó enormemente, nuestra decisión y nuestras esperanzas de triunfo aumentaron también, simultáneamente con la victoria y, aunque los meses siguientes fueron de dura prueba, ya estábamos en posesión del secreto de la victoria sobre el enemigo.

A Uvero, en efecto, siguió un período difícil para el destacamento guerrillero. El enemigo hizo todo lo posible por estrechar el cerco a la guerrilla. Se incrementó el programa de bombardeo y ametrallamiento indiscriminado de la Sierra.

—Si aguantamos quince días, hemos ganado la guerra—expresaba Fidel en los días posteriores al combate, consciente de que, en su rabia e impotencia, el enemigo extremaría contra la guerrilla todas las medidas posibles de persecución y aislamiento.

El Ejército Rebelde aguantó esos quince días y muchos más, y ganó la guerra.

Después de Uvero, el Ejército Rebelde consolidó su posición hasta tal punto que pudo comenzar a abandonar lo que Che califica como la etapa nómada de la guerrilla, caracterizada por la existencia de una sola columna y la movilidad constante. Pocas semanas después del combate ocurre la primera división de la tropa en dos columnas autónomas, aunque subordinadas ambas al mando central de Fidel. La guerrilla se hace dueña absoluta del territorio en que opera y, sobre todo en el caso de la nueva columna—cuyo mando Fidel confía precisamente a Che—, comienza la etapa sedentaria, en la que el guerrillero está afincado a la tierra.

De más está decir que para el campesinado de la Sierra, nutriente y sostén primario de la guerrilla, la victoria rebelde en Uvero multiplicó su espíritu de combate y su identificación con el Ejército Rebelde. Ya en Uvero cerca del 60 por ciento de la fuerza rebelde atacante, es decir, más de la mitad de los combatientes, son de procedencia campesina. A partir de ese combate cobra nuevo impulso la incorporación campesina a las filas rebeldes y, por ende, la definitiva primacía de esta fuente de ingreso en la composición de la guerrilla.

También para el enemigo, Uvero puso de manifiesto el peligro real que representaba la presencia guerrillera en la Sierra Maestra, aunque, por supuesto, hizo todo cuanto pudo por minimizar la significación de este combate. Es apenas una semana después de Uvero cuando los mandos militares de la dictadura deciden enviar a la Sierra a su unidad escogida de combate, el Primer Batallón del Regimiento no. 1 de Infantería, compuesto por 800 hombres entrenados por asesores norteamericanos y equipados por los Estados Unidos con las armas mejores y más modernas.

Una admisión tácita de la gravedad de la amenaza fue el programa de desalojo en masa del campesinado de grandes zonas de la Sierra, aplicado a la fuerza por el ejército a raíz del combate. Cientos de familias fueron concentradas en Santiago de Cuba, Bayamo y otras ciudades. Hombres, mujeres, ancianos, niños, fueron hacinados durante varias semanas en alojamientos estrechos e inmundos, obligados a pasar hambre o a vivir de la limosna. La prensa de la época narra, horrorizada, escenas espantosas que sólo antes se habían visto en Cuba cuando la reconcentración campesina ordenada por el lamentable Valeriano Wéyler. El paralelo histórico no pasó inadvertido para todo el pueblo cubano.

Desde el primer momento, los medios de propaganda de la dictadura trataron de restar importancia a la acción. No era posible, en una coyuntura en la que había sido levantada la censura de prensa, ocultar la noticia del combate ni la cantidad de bajas sufridas por el ejército. Los voceros del

régimen, por tanto, apelaron a tres recursos principales: primero, insistir en que el ataque y las bajas fueron resultado de una aleposa sorpresa contra una guarnición indefensa y confiada; segundo, falsear exageradamente el número de bajas rebeldes; tercero, contrarrestar el revés tratando de sobrevalorar la importancia de las 16 supuestas bajas causadas a los expedicionarios del *Corynthia* en la masacre cometida por las fuerzas de asesino Fermín Cowley, que fue presentada, como es de suponer, como un épico combate en el que la victoria fue tan aplastante que el ejército no tuvo ni muertos ni heridos.

Parte de las contramedidas propagandísticas ejecutadas después de Uvero fue el anuncio por el gobierno de un nuevo combate en las inmediaciones del Turquino en el que los rebeldes habían sufrido nueve muertos, había sido capturada Celia Sánchez y ocupadas “gran cantidad de municiones, una planta de radio y documentos importantes”. Por supuesto, ni el combate se produjo ni fue ocupado nada, y Celia en ese momento estaba nada menos que en Santiago de Cuba. Sin embargo, toda esta propaganda fue incapaz de anular el impacto que causó en el pueblo cubano la noticia del combate del Uvero.

Quizás la mayor importancia histórica de esta acción fue su significación a largo plazo en el orden estratégico general. Uvero, en efecto, representó la reafirmación en los hechos de la primacía del papel del Ejército Rebelde como vanguardia de la lucha revolucionaria en las circunstancias concretas del país. Por primera vez, grandes sectores de la población abrieron los ojos a la realidad de que, mediante la lucha guerrillera, no sólo era posible hostigar al régimen dictatorial, sino que la guerrilla tenía las potencialidades necesarias para provocar la toma del poder por la Revolución como consecuencia de una victoria militar. No resulta aventurado afirmar que, después de Uvero, comenzó a quedar demostrada en la práctica la falsedad del notorio apotegma de que “en Cuba podía hacerse una revolución con el ejército

o sin el ejército, pero nunca contra el ejército”. Los hechos comenzaron a probar, en consecuencia, la validez de las concepciones estratégicas de Fidel.

Refiriéndose a esta acción, Raúl Castro ha dicho que “allí la insurrección se cubrió de gloria”. Las consecuencias del combate del Uvero ratifican plenamente el juicio de Che: “la victoria que marcó la mayoría de edad de nuestra guerrilla”.

UN EPÍLOGO BREVÍSIMO

El segundo teniente Pedro Manuel Carreras Pérez, jefe de la guarnición de Uvero en el momento del combate, fue marginado por sus superiores después de la acción, a pesar de su conducta valiente y capaz. Hombre de pueblo, negro, llegado excepcionalmente a ese grado militar por su condición de músico, pasó el resto de la guerra en oscuras posiciones. Licenciado al triunfo de la Revolución, decidió poner sus manos y su esfuerzo al humilde y anónimo servicio de todo su pueblo por construir una nueva sociedad.

Así, la zafra gigante de 1970 lo tuvo como machetero voluntario. Un día llegó Fidel al corte de caña y quiso saludar a los cortadores. Al pasar frente a él, Carreras se cuadró y saludó militarmente. A Fidel le llamó la atención el gesto y se le quedó mirando fijamente:

—Yo te conozco a ti. Espera, no me digas, déjame ver si me acuerdo.

Pasaron unos instantes en los que Fidel, con el entrecejo fruncido y la vista fija en el rostro de Carreras, hacía un esfuerzo mental por recordar. Pero Carreras no pudo contenerse:

—Comandante, yo soy aquel teniente del Uvero...

Fidel no lo dejó seguir hablando:

—¡Teniente Carreras, cará! —exclamó sorprendido y jubiloso— ¡Déjeme darle un abrazo!

Al sentirse apretado por los brazos de Fidel, atónito y enmudecido por la sorpresa que le produjo el hecho increíble del gesto y de que hasta su nombre fuese recordado después de tantos años y de tantas cosas ocurridas, Pedro Carreras entendió por fin que él también había sido y seguiría siendo hasta su muerte, ocurrida en La Habana hace ya varios años, parte de la Revolución.